

EOIN COLFER

FUTURO AZUL

POLEMIKO
ARTEMIS TOWNA

Lectulandia

Bienvenidos al tercer milenio; bienvenidos a Satellite City, la ciudad del futuro. Un futuro que no parece nada prometedor para Cosmo Hill, un huérfano que vive en el Instituto Clarissa Frayne. Cosmo, harto de ser un conejillo de Indias para probar los nuevos productos de una tecnología cada vez más avanzada, sólo sueña con escapar. La ocasión se presenta, pero todo sale mal. De repente, empieza a ver cómo su cuerpo se va debilitando y a unos seres azules que se lanzan contra él, extendiendo cuatro largos dedos que se introducen en su cuerpo...¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¿Por qué los ve?

Lectulandia

Eoin Colfer

Futuro azul

ePUB v1.0

adruki 20.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Supernaturalist*

Eoin Colfer, 2004.

Traducción: Ana Alcaina

Ilustraciones: Penguin Books

Diseño/retoque portada: Penguin Books/Random House Mondadori

Editor original: adruki (v1.0)

ePub base v2.0

Para Sophie, mi amiga y agente.
Gracias por los últimos cuatro años,
y por los muchos más que vendrán.

Cosmonaut Hill

Ciudad Satélite, Hemisferio Norte, próximamente



«CIUDAD Satélite. La ciudad del futuro», anunciaban las vallas publicitarias. Una metrópoli bajo el control absoluto del satélite Myishi 9, eternamente suspendido en el aire encima de ella como un buque de guerra flotante; una ciudad entera hecha a medida para el tercer milenio: todo lo que quiera el cuerpo y nada de lo que necesite el alma. Quinientos kilómetros cuadrados de acero

gris y automóviles.

Ciudad Satélite. Una superciudad de veinticinco millones de habitantes, cada uno de ellos con una historia más conmovedora que contar que la de su vecino. Si lo que quieres son finales felices, más te vale mantenerte alejado de la ciudad del futuro.

Tomemos a Cosmo Hill, por ejemplo, un buen chico que no había hecho nada malo en su corta existencia. Por desgracia, eso no le bastó para garantizarse una vida feliz, porque Cosmo Hill no tenía patrocinador, y en Ciudad Satélite, si no tenías patrocinador y no podían localizar a tus padres biológicos consultando los archivos públicos de registro de ADN, te enviaban a un orfanato hasta que alcanzases la edad adulta y, para entonces, o estabas muerto o el orfanato ya te había fabricado unos antecedentes penales para poder venderte a una de las cárceles privadas de trabajos forzados.

Catorce años antes de que emprendamos el hilo de esta historia, un Cosmo recién nacido fue encontrado envuelto en una bolsa aislada térmicamente en La Pizza Alegre de Cosmonaut Hill, Moscovtown. La policía estatal tomó una muestra de su ADN, buscó una coincidencia en el ordenador central de Satélite y no encontró nada. La situación no tenía nada de raro, porque todos los días aparecían huérfanos en la ciudad, así que sumergieron al recién bautizado Cosmo Hill en un tanque de vacunas y lo metieron en un vagón para enviarlo al Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres. En el vagón de transporte de mercancías.

Ciudad Satélite no formaba parte de ningún sistema de seguridad social, por lo que las instituciones tenían que recaudar fondos como pudiesen. La especialidad del Clarissa Frayne era probar productos nuevos: cada vez que una empresa producía un nuevo alimento modificado o desarrollaba un producto farmacéutico no experimentado, el orfanato ofrecía como voluntarios a sus internos para que hiciesen de cobayas. En el aspecto económico, el sistema funcionaba con una lógica aplastante: los huérfanos recibían alimentación y atenciones higiénicas y el Instituto Frayne recibía dinero por el privilegio.

La formación de Cosmo estaba en manos de programas informáticos educativos, tenía los dientes más blancos que la nieve y el pelo brillante y libre de caspa, pero cada día sentía como si le estuviesen rascando el intestino con un estropajo radiactivo. Al final, Cosmo acabó por darse cuenta de que el orfanato estaba acabando lentamente con él: había llegado la hora de largarse.

Solo había tres formas de salir del Clarissa Frayne: la adopción, la muerte o la huida. No tenía ninguna posibilidad de que lo adoptasen, no a su edad: los adolescentes difíciles y malhumorados no gozaban de demasiada popularidad entre las clases medias sin hijos. Durante años, Cosmo había acariciado el sueño de que alguien lo querría algún día, pero ahora había llegado el momento de enfrentarse a la realidad.

La muerte era algo mucho más fácil de conseguir: lo único que debía hacer era seguir haciendo lo que le decían y su cuerpo se rendiría en cuestión de años. La media de la esperanza de vida de un huérfano institucionalizado era de quince años; Cosmo tenía catorce, y eso significaba que le quedaban menos de doce meses para que las estadísticas dictaminasen que le había llegado la hora. Doce meses para planear la opción final, la única forma de salir del Clarissa Frayne con vida: escapando.

En el Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres, todos los días eran prácticamente iguales: trabajo duro de día y sueño irregular por las noches. No había días de descanso ni derechos del niño, todos los días eran días de trabajo. Los supervisores hacían trabajar tan duro a los huérfanos que a las ocho de la tarde casi todos se dormían de pie, soñando con sus camas.

Cosmo Hill era la excepción, pues pasaba cada instante de su vida despierta aguardando esa ocasión, esa fracción de segundo en que su libertad le haría señas desde el exterior de una puerta sin el cerrojo echado o de una verja sin vigilancia. Debía estar preparado para aprovechar ese momento y salir huyendo con él.

No era muy probable que aquella oportunidad se le presentase aquel día en particular y, aunque así fuese, Cosmo no creía que tuviese energías para echar a correr a ninguna parte.

Los no-patrocinados habían pasado la tarde probando una nueva serie de antitranspirantes; les habían afeitado las piernas y luego se las habían dividido en secciones con trozos de cinta aislante. A continuación, habían rociado la piel entre un trozo de cinta y el siguiente con cinco variedades distintas de antitranspirante y luego habían ordenado a los chicos subirse a una cinta para empezar a correr. Los sensores sujetos a las piernas de los chicos controlaban sus glándulas sudoríparas y determinaban cuál de los aerosoles era el más eficaz. Al final de la jornada, Cosmo había corrido diez kilómetros y tenía los poros de las piernas hinchados y ardiendo. Casi se alegró de que lo esposasen a un compañero y de iniciar el largo camino de

regreso al dormitorio.

El supervisor Redwood urgió a los chicos a que entrasen en el dormitorio. Redwood parecía un gorila engominado, salvo por el tupé de color rojo con el que jugueteaba constantemente.

—Bueno, chicos —dijo Redwood abriendo cada par de esposas de uno en uno—. Esta noche hay un partido y tengo mucho interés en verlo. De hecho, he apostado unos cuantos dinares por el resultado, así que si sabéis lo que os conviene...

A Redwood no le hizo falta terminar de verbalizar su amenaza, pues los chicos sabían que el supervisor conocía cien maneras legales de convertir la vida de un no-patrocinado en un auténtico infierno. Y mil maneras ilegales.

—Que durmáis bien, principitos —se despidió el supervisor con una sonrisa burlona, mientras tecleaba el código de seguridad en la puerta del dormitorio—. Mañana, como de costumbre, os espera un día de mucho ajetreo, repleto de diversión.

Una vez que Redwood hubo salido, los no-patrocinados se relajaron, y el rumor de los gemidos de dolor de los chicos relevó al silencio de la disciplina. Cosmo se tocó con cuidado la pierna en el lugar donde un aerosol particularmente ácido le había quemado la piel.

—Cinco minutos para apagar las luces —se oyó la voz de Redwood a través de la red de altavoces—. Trepad por la escalera, chicos.

Trescientos huérfanos se dirigieron al unísono a la docena de escaleras de acero y empezaron a trepar por ellas. Nadie quería quedarse en el suelo del dormitorio para cuando apagarán las luces: si los supervisores pillaban a un nopatrocinado en el suelo con las luces apagadas, una carrera de diez kilómetros sería como un paseo dominical comparada con el castigo que le impondrían.

Cada uno de los chicos disponía de una sección del dormitorio donde comía, dormía y pasaba el tiempo libre que tuviesen los no-patrocinados. En realidad, las habitaciones eran secciones de tuberías de cartón cosidas en fragmentos de metro ochenta. Las tuberías estaban suspendidas en un entramado de cables a casi un metro y medio del suelo. Cuando los huérfanos ocupaban las tuberías, todo el invento se balanceaba como un transatlántico.

Cosmo trepó con rapidez, haciendo caso omiso del dolor que sentía en los músculos de la pierna. Su tubería estaba casi arriba de todo; si las luces se apagaban antes de que llegase hasta ella, podía quedarse encallado en la escalera. Con cada peldaño que subía, sentía una nueva punzada de dolor en los tendones, pero seguía trepando, empujando con la cabeza al chico que tenía delante y sintiendo las prisas del chico que venía detrás.

Después de varios minutos de escalada febril, Cosmo llegó a su nivel: una estrecha pasarela de una anchura de apenas un palmo servía de acceso a cada una de las tuberías. Cosmo la cruzó con cuidado, agarrándose a una barandilla de la parte

inferior de la pasarela que tenía justo encima. Su tubería estaba cuatro columnas más allá. Cosmo se lanzó al interior y aterrizó en el colchón de espuma diez segundos antes de que apagarán las luces.

Un brillo amarillo y enfermizo iluminaba el interior de las tuberías: la cena. Antes, un supervisor la había arrojado al interior de la tubería con ayuda de una grúa pluma. Años atrás, los no-patrocinados habían probado la comida envasada para consumo de los soldados en el campo de batalla. Tanto las bandejas como las botellas de agua eran luminosas y también comestibles, lo cual significaba que los huérfanos podían comer una vez apagadas las luces, ahorrando de este modo unos cuantos dinares a la dirección del centro. La bandeja era una especie de galleta delgada y crujiente, sin levadura, y la botella de agua estaba hecha de goma de mascar. El ejército había dejado de consumir la comida envasada después de varias denuncias presentadas por los soldados, que aseguraban que aquellos paquetes luminosos les provocaban hemorragias internas. El orfanato compró todo el excedente y se lo daba de comer a los internos todos los días.

Cosmo comía despacio, sin molestarse en preguntarse de qué estaría hecho aquello, porque si se lo preguntaba solo conseguiría añadir una preocupación más a su lista. Tenía que creer que escaparía del Clarissa Frayne antes de que aquellos paquetes de comida envasada le destrozasen la salud. Se guardó el agua para el final, tras usar la mayor parte para acompañar la bandeja de galleta crujiente. Luego, volvió la botella de goma del revés y se la puso encima de la cabeza como si fuera un embudo. «Tiene que haber una vida mejor», pensó con tristeza. En algún lugar, en aquel preciso instante, había gente charlando tranquilamente, seguro que había gente riéndose, echándose unas risas auténticas además, no como aquellas risas maliciosas que tan a menudo retumbaban por los pasillos del orfanato.

Cosmo se recostó y sintió cómo la humedad de la botella de goma le calaba la frente. Esa noche no tenía ganas de pensar, esa noche no quería jugar a fantasear con quiénes eran sus padres, pero el sueño que tanto había necesitado se mostraba ahora esquivo. Sus padres biológicos. ¿Quiénes eran? ¿Por qué lo habían abandonado en Cosmonaut Hill? A lo mejor era ruso, aunque no se podía saber por sus facciones: pelo castaño y rizado, ojos marrones, tez clara y pecosa... Podía ser de cualquier parte.

¿Por qué lo habían abandonado?

Cosmo presionó la botella de goma contra una zona enrojecida de la pierna. «Cállate —le dijo a su cerebro—. Esta noche no. No sigas viviendo en el pasado, hay que mirar al futuro.»

Alguien dio unos golpecitos en la tubería de arriba: era Mordazas Murphy. La red estaba estableciendo contacto. Cosmo respondió dando unos nuevos golpecitos y a continuación movió el colchón, como señal para Ganzúas, que estaba en la tubería de

debajo. Los no-patrocinados habían ideado un sistema de comunicación que les permitía hablar sin enfurecer a los guardias. El Clarissa Frayne prohibía la comunicación cara a cara entre los chicos con el argumento de que de ese modo podían forjarse amistades, y las amistades podían llevar a la unión, tal vez incluso a la revuelta.

Cosmo hundió las uñas en una abertura de la tubería de cartón y extrajo dos tubos pequeños, hechos de galleta crujiente mezclada con botella de goma molida y luego secada en el alféizar de una ventana. Cosmo atornilló uno en un agujerito de la base de su tubería y el otro en un agujero que tenía arriba.

Oyó la voz de Mordazas procedente del espacio de arriba.

—Eh, Cosmo, ¿qué tal las piernas?

—Me arden —se quejó Cosmo—. Me he puesto la botella de goma en una, pero no sirve de nada.

—Yo también lo he probado —contestó Ganzúas desde abajo—. Antitranspirantes. Es casi tan horrible como aquella vez que nos hicieron probar las balas trepadoras. Me pasé una semana entera vomitando.

A través de los agujeros de la estructura de tuberías fluyeron toda clase de consejos y sugerencias. El hecho de que las tuberías estuviesen conectadas entre sí, además de la acústica de la sala, hacía que las voces recorriesen unas distancias asombrosas por toda la red. Cosmo oía cuchichear a los nopatrocinados a cien metros de distancia.

—¿Qué dice el Químico? —preguntó Cosmo—. De lo de las piernas.

El Químico era el nombre que habían dado los habitantes del orfanato a un chico que dormía a tres columnas de él. Le encantaba ver los programas médicos que emitían por televisión y era lo más parecido a un especialista que tenían los nopatrocinados.

La respuesta no tardó ni un minuto en llegar a sus oídos.

—El Químico dice que te escupas en las manos y te frotes la saliva en las piernas. Parece ser que la saliva contiene algo así como un bálsamo; pero, sobre todo, no te chupes los dedos o te pondrás peor que la vez de las balas trepadoras.

El ruido que hacían los chicos al escupirse en las manos retumbó en toda la sala, y el entramado de tuberías dio una sacudida con los movimientos. Cosmo siguió el consejo del Químico, luego se recostó y se dejó empapar por cientos de conversaciones distintas. A veces intervenía él también o al menos escuchaba una de las historias de Mordazas, pero aquella noche, en lo único en que podía pensar era en el momento en que la libertad llamase a su puerta. Y en que debía estar listo para recibirla.

La oportunidad de oro de Cosmo para abrazar la libertad se presentó justo al día siguiente, durante un traslado rutinario. Cuarenta no-patrocinados, Cosmo entre ellos,

acababan de pasar el día en una productora de música viendo una serie de posibles spots televisivos para promocionar grupos de música pop generados por ordenador, seguidos de un cuestionario de sesenta kilobytes. ¿Qué no-cantante te ha gustado más? ¿Qué no-artista te ha parecido más guay? ¿«Guay»? Hasta los ordenadores de la productora estaban desfasados. Los adolescentes ya nunca decían eso de «guay». Cosmo leyó las preguntas muy por encima antes de marcar una casilla con su bolígrafo digital; prefería la música hecha por gente de verdad al pop generado por unos cuantos píxeles. Pero nadie abrió la boca para protestar: un día viendo vídeos de música era infinitamente mejor que someterse a más pruebas químicas.

Los guardias del Frayne subieron a los no-patrocinados a una camioneta justo después de la sesión. Aquel vehículo debía de tener más de cien años, con sus neumáticos de caucho y todo en lugar de las bandas de plástico habituales. A Cosmo le pusieron como compañero de esposas a Mordazas Murphy. Mordazas era un chaval muy majo, solo que hablaba demasiado. Precisamente por eso se había ganado aquel apodo en el orfanato: un día, el chico irlandés había estado «hablando demasiado» con la persona equivocada y le habían puesto una mordaza en la boca con unas bolsas de plástico, solo que no se habían conformado con tapársela sin más y se las habían pegado con Superglue. Las ampollas tardaron semanas en desaparecerle de la boca, pero Mordazas no solo no había escarmentado, sino que ahora tenía algo más de lo que hablar.

—No lo llaman Superglue porque sí, no te creas —explicó Mordazas animadamente, mientras uno de los guardias pasaba las esposas por la anilla de sujeción del asiento—. Los médicos usan esa cosa en las zonas de guerra para cerrar las heridas. Lo echan directamente en la herida, ¿sabes?

Cosmo asintió con la cabeza sin demasiado entusiasmo. Mordazas parecía olvidar que ya había contado esa historia un millón de veces, a lo mejor porque Cosmo era el único que fingía escucharlo cuando hablaba.

—Tuvieron que usar agua hirviendo para quitarme aquello de la cara — siguió diciendo Mordazas —. Pero no sentí nada, no sufras. Uno de los guardias me durmió la cara entera con anestesia. No me habría enterado ni aunque me hubiesen estado martilleando clavos de diez centímetros en el cráneo.

Cosmo se frotó la piel de las muñecas, bajo las esposas. Todos los nopatrocinados tenían una marca roja alrededor de la muñeca, la marca de la vergüenza.

—¿Has probado alguna vez a respirar solo por la nariz durante un día entero? A mí me entró el pánico varias veces, te lo confieso.

En la parte delantera del furgón, el piloto estaba alineando el vehículo con la sección de navegación del Satélite. Sin embargo, las semanas anteriores había habido muchos problemas con el Satélite: demasiadas conexiones, decían los lavacerebros televisivos. El Myishi 9 empezaba a pesar demasiado, sencillamente, para que sus

motores soportasen una órbita tan baja. Se decía incluso que las antenas de algunas compañías se rompían y se quemaban.

—¿A qué viene el retraso? —gritó el supervisor Redwood. Ese día, el mastodóntico pelirrojo tenía mal aliento y peor humor. Seguro que había tomado demasiadas cervezas la noche anterior. Su barrigón bamboleante era un claro indicio de que tomaba demasiadas cervezas casi todas las noches—. Si vuelvo a llegar tarde a casa esta noche, Agnes me ha jurado que se va a vivir con su hermana.

—Es el Satélite —gritó el piloto—. No me dan línea.

—Bueno, pues consigue esa línea o te aseguro que será mi bota la que te deje una línea en el trasero.

Mordazas se rió lo bastante alto para que Redwood lo oyera.

—¿Crees que estoy de guasa, Francis? —gritó el hombre, pellizcándole la oreja a Mordazas—. ¿Que no soy capaz de hacerlo?

—No, señor, estoy seguro de que es capaz de hacerlo, señor. Tiene esa mirada en los ojos, y no es buena idea meterse con alguien que tiene esa mirada en los ojos.

Redwood levantó la barbilla de Mordazas hasta que ambos se miraron a los ojos.

—¿Sabes qué, Francis? Es la primera frase inteligente que te oigo decir en mi vida. No es buena idea meterse conmigo porque siempre hago lo que me da la gana. La única razón por la que no me deshago todos los días de una docena de vosotros, los raritos, es por el papeleo. Odio el papeleo.

Mordazas debería haber cerrado la boca en ese momento, pero no pudo. Su boca no se lo permitió.

—Ya había oído eso de usted, señor.

Redwood le tiró con más fuerza de la barbilla, obligándolo a subirla unos centímetros.

Cosmo tiró de la cadena de las esposas, como advertencia. Redwood no era un hombre al que se pudiese llevar al límite de las provocaciones. Hasta los chavales psicópatas tenían miedo de Redwood. Corrían muchos rumores sobre él, historias sobre la desaparición de algunos no-patrocinados.

Sin embargo, Mordazas no podía callarse. Las palabras se le escaparon de la boca como abejas furiosas de una colmena.

—He oído decir que no le gusta el papeleo porque parece ser que algunas palabras tienen más de tres letras.

Acabó la frase con una risa aguda, provocada por la histeria más que por el humor. Cosmo se dio cuenta entonces de que desde allí Mordazas iría derecho al pabellón psiquiátrico, si es que vivía lo suficiente para ir a alguna parte.

Redwood desplazó los dedos al pescuezo de Mordazas y empezó a hacer presión como si tal cosa.

—Los imbéciles como tú no se enteran de la película: en esta ciudad no te dan

ningún premio por hacerte el gracioso, así solo conseguirás hacerte daño o algo peor.

El Satélite le salvó el cuello a Mordazas, pues transmitió un plan de transporte antes de que Redwood pudiese cerrar un poco más los dedos. El furgón avanzó desde su sitio en el aparcamiento y se desplazó hasta la autopista principal. De la parte inferior del chasis se desplegó una guía que fue a introducirse en la ranura correspondiente de la autopista.

—Ya estamos alineados —anunció el piloto—. Llegaremos al instituto dentro de diez minutos.

Redwood soltó el cuello de Mordazas.

—Tienes la suerte del irlandés, Francis. Ahora estoy demasiado contento para causarte ningún daño, pero luego, cuando esté de un humor de perros, cuenta con ello.

Mordazas tomó aliento casi con avaricia, pues sabía por experiencia que la tráquea no tardaría en encogerse hasta adquirir el diámetro de la pajita de un refresco y emitiría silbidos cada vez que hablase.

—Procura cerrar el pico, Mordazas —le susurró Cosmo mientras veía alejarse al supervisor—. Redwood está loco; para él no somos seres de carne y hueso.

Mordazas asintió y se frotó el cuello dolorido.

—No puedo evitarlo —le explicó con voz ronca y lágrimas en los ojos—. Las barbaridades se me escapan por la boca. Esta vida me está volviendo loco.

Cosmo conocía muy bien aquella sensación. Era la misma que se apoderaba de él muchas noches, tumbado en su tubería oyendo el llanto sofocado a su alrededor.

—Seguro que tú también lo sientes, Cosmo. ¿Crees que va alguien a adoptar a un psicópata *borderline* como yo o a un adolescente problemático como tú?

Cosmo apartó la mirada. Sabía que ninguno de los dos encajaba en el perfil de adolescente con probabilidades de ser adoptado, pero Mordazas siempre había conseguido fingir que aquel era el día en que aparecerían sus nuevos padres. La negación de aquel sueño significaba que el chico estaba al borde del colapso mental.

Cosmo apoyó la cabeza en la ventanilla, observando la ciudad que se materializaba al otro lado del cristal. En ese momento pasaban por los complejos de viviendas subvencionadas, bloques de apartamentos de color gris. Eran edificios de hierro colado, razón por la cual sus habitantes se referían a Ciudad Satélite como el Gran Colador. No es que el material fuese hierro en realidad: era un polímero con una base de acero y extremadamente resistente que se suponía que conservaba el frío en verano y el calor en invierno, aunque a la hora de la verdad hacía justo lo contrario.

El furgón dio una violenta sacudida; algo había chocado contra ellos por detrás.

Redwood cayó sobre las planchas de plástico del suelo.

—Eh, ¿qué pasa ahí fuera?

Cosmo estiró el cuerpo al máximo, tirando de las esposas, para tratar de ver algo. El piloto se había puesto de pie y estaba introduciendo su código una y otra vez en la unidad de alineamiento.

—Es el Satélite. ¡Hemos perdido la conexión!

¡No había conexión! Eso significaba que se habían quedado colgados en mitad de una autopista saturada de vehículos y sin ningún rumbo que seguir, como pececillos entre una bandada de tiburones. Recibieron un nuevo golpe, este lateral. Cosmo vio cómo una pequeña furgoneta de reparto salía a toda velocidad de la autopista, con el parachoques destrozado.

Redwood se levantó.

—¡Pasa a manual, idiota! ¡Usa el volante!

El piloto se puso pálido. Los volantes solo se utilizaban en las zonas rurales o en las carreras ilegales del distrito de Booshka. Lo más probable era que nunca en toda su vida hubiese tenido que vérselas con un volante. El pobre desgraciado se libró de tener que vérselas en ese momento cuando un vehículo-anuncio giratorio se estrelló contra ellos de frente y dejó la cabina como un acordeón. El piloto quedó aplastado entre un amasijo de hierros y cables.

El impacto fue espectacular y arrancó el furgón de su raíl hasta hacerlo caer de lado. Cosmo, y Mordazas se quedaron colgando de los asientos, salvados por las esposas. Redwood y los demás guardias cayeron desparramados por todas partes como hojas en una ventisca.

Cosmo no supo contar cuántas veces colisionaron con el furgón otros vehículos. Tras un rato, los impactos se fusionaron como las notas finales de un frenético solo de batería. En los paneles laterales aparecieron grandes abolladuras acompañadas de un estruendo ensordecedor. Se hicieron añicos todas las ventanillas, estallando en una lluvia de arco iris de cristal.

Cosmo trató de agarrarse con fuerza. ¿Qué otra cosa podía hacer? A su lado, la risa histérica de Mordazas era casi tan zahiriente como las esquirlas de cristal.

—¡Mierda, esto es el fin! —exclamó el irlandés.

El furgón realizó un giro de ciento ochenta grados y patinó por la autopista dejando un reguero espectacular de chispas. El asfalto se deshizo en pedazos tras la acometida brutal y dejó una zanja de treinta metros en la estela del vehículo, que por fin se detuvo al chocar contra el cristal de la ventana del restaurante chino La Barba del Dragón. Los aromas especiados del jengibre y la salsa de soja se mezclaron con los olores del aceite de motor y la sangre.

Cosmo apoyó un pie en el borde de una ventanilla para compensar el esfuerzo que estaban haciendo los brazos.

—¡Mordazas! Francis, ¿estás bien?

—Sí. Aquí sigo. —El chico parecía decepcionado.

En todo el vehículo se oían los quejidos y los gritos de ayuda de los napatrocinados. Algunos estaban heridos, otros peor. Los guardias estaban fuera de combate, o eso o mirándose la extremidad que apuntaba en la dirección equivocada. Redwood se tocó con cuidado una nariz cada vez más hinchada.

—Creo que me la he roto —gimió—. A Agnes le va a encantar...

—Bah —exclamó Mordazas, balanceándose en el aire sobre el cuerpo de Redwood—, no hay mal que por bien no venga.

Redwood se quedó inmóvil y luego se puso a cuatro patas, como un pitbull. Un goterón de sangre le resbaló de uno de los orificios nasales y cayó al espacio vacío del marco de una ventanilla.

—¿Qué es lo que has dicho? —El supervisor habló despacio, para asegurarse de que se oía bien cada una de sus palabras.

Cosmo hizo oscilar el pie hasta darle un puntapié a su compañero de esposas en las costillas.

—Calla, Mordazas. ¡Lo que te pase a ti me pasará a mí!

—¡Vale! ¡Vale! No he dicho nada, supervisor. No he dicho nada en absoluto.

Pero era demasiado tarde. Acababa de traspasar una línea invisible. En mitad de todo aquel caos, Redwood se replegó en sí mismo. Cuando volvió a salir, se había convertido en un individuo aún más peligroso.

—En mi opinión... —empezó a decir, al tiempo que se ponía de pie muy despacio para encararse con los chicos que colgaban del techo. Se pasó un peine de bolsillo por sus preciosos rizos rojos—, a causa del accidente se ha soltado la anilla de vuestras esposas y habéis intentado escapar.

Pese a la rapidez de su lengua, esta vez Mordazas tardó algo más de tiempo en reaccionar.

—Pero ¿qué dice, señor Redwood? No le pasa nada a la anilla de nuestras esposas. ¡Mire! —Tiró de las esposas para enseñárselas.

—Os ordené que os detuvieseis, pero no me hicisteis caso. —Redwood lanzó un suspiro dramático, con la nariz ligeramente sibilante—. Y no tuve más remedio que empaquetaros.

«Empaquetar» era el término en jerga de seguridad para las balas de virus de celofán con que los guardias cargaban sus armas a gas. Cuando la bala hacía impacto contra un objeto sólido, se liberaba un virus que recubría el objetivo con una capa envolvente de celofán y restringía al máximo su capacidad de movimiento. El celofán era lo bastante poroso para permitir la respiración, pero al parecer podía ejercer tanta presión que podía llegar a romper las costillas. A Cosmo ya lo habían empaquetado en una ocasión, y había tenido que pasarse una semana entera con la totalidad del cuerpo escayolada.

Cosmo apartó a un lado a Mordazas dándole un codazo.

—Supervisor Redwood, señor. Francis no ha querido decir nada. Solo es idiota, el pobre. Yo le enseñaré, señor. Deje que me encargue de él y usted vaya a que le curen la nariz.

Redwood le dio unos cachetes a Cosmo en la mejilla.

—Es una lástima, Hill, porque siempre me has caído bien. No eres un chico difícil, pero por desgracia en todas las guerras hay daños colaterales.

El supervisor se inclinó hacia delante para introducir su tarjeta inteligente en la anilla de las esposas. Los chicos cayeron dos metros y aterrizaron en el suelo, en medio de la alfombra de cristales.

Redwood desenfundó su arma y comprobó la recámara.

—Soy un hombre razonable —explicó—. Os doy veinte segundos.

Cosmo se sacudió los cristales de la ropa y ayudó a Mordazas a levantarse. Ya estaba. Había llegado su oportunidad: viviría o moriría.

—¿Por qué no nos da treinta segundos?

Redwood se echó a reír.

—Sí, claro, ¿y por qué iba a hacer eso?

Cosmo agarró a Redwood de la nariz y se la torció casi noventa grados.

—Por esto.

Los ojos de Redwood se inundaron de lágrimas mientras se agachaba en el suelo, retorciéndose de dolor entre los cristales rotos.

—¡Rápido, vamos! —exclamó Cosmo, agarrando a Mordazas del codo—. Tenemos treinta segundos.

Mordazas no se movió de donde estaba.

—Quiero pasar medio minuto viendo cómo sufre Redwood.

Cosmo corrió a la luna trasera arrastrando al irlandés.

—Pues usa la imaginación, yo quiero vivir.

Atravesaron la ventana rota y entraron en el interior del restaurante, donde los comensales estaban pegados a las paredes, por si al furgón le daba por desplazarse un metro más. La policía local solo tardaría unos segundos en llegar y cortaría todas las vías de escape. Los reflectores de los pájaros de la televisión ya asomaban por entre las ruinas de la pared principal.

Mordazas cogió un par de crepés de pato del plato de un comensal estupefacto. Los no-patrocinados habían oído hablar de la comida recién preparada, pero en realidad nunca habían llegado a probarla.

Mordazas se metió una de las crepés en la boca y le ofreció la otra a su compañero de esposas. Cosmo no era tan tonto como para rechazar la comida, en cualquier circunstancia, porque ¿quién sabía cuándo iban a volver a poder echarse algo al estómago? Eso contando con que de veras volviesen a comer... Aquella podía ser la última comida de los condenados.

Dio un mordisco a la crepé y la penetrante salsa le inundó la lengua. Para ser alguien que había crecido con comida experimental preenvasada, aquello fue casi una experiencia religiosa. Sin embargo, no tenía tiempo de disfrutarla; ya se oía el aullido de las sirenas entre el alboroto reinante.

Cosmo corrió a la parte trasera del restaurante, arrastrando consigo a Mordazas. Un camarero les cerró el paso; llevaba un mono a rayas y el pelo muy brillante, incluso para unos expertos como ellos en probar productos de esa clase.

—Eh, vosotros —dijo el hombre con aire vacilante, sin saber todavía si involucrarse o no, pero los chicos lo esquivaron antes de darle tiempo a tomar una decisión.

Una de las puertas traseras daba a una escalera muy estrecha y serpenteante que no se sabía adónde conducía: puede que a la libertad, o puede que a una habitación sin salida. No había tiempo para tomar una decisión meditada; Redwood aparecería en cualquier momento, si es que no estaba ya pisándoles los talones. Subieron por la escalera, apretando el cuerpo contra el cuerpo del otro, hombro con hombro.

—No lo conseguiremos —dijo Mordazas, jadeando, mientras un reguero de salsa de ciruela le chorreaba por la barbilla—. Solo espero que no nos pille antes de que me acabe esta crepé.

Cosmo echó a correr más deprisa, al tiempo que las esposas se le clavaban en la muñeca.

—Lo conseguiremos. Ya lo verás.

Los chicos doblaron una esquina y llegaron a un estudio de aspecto lujoso; de debajo de una enorme cama doble asomó la cara de un hombre.

—¿Y el terremoto? —chilló el hombre—. ¿Se ha terminado ya?

—Todavía no —contestó Mordazas—. Ahora vendrá la réplica.

—Que el Señor nos asista —exclamó el hombre, antes de refugiarse tras los flecos de una colcha de chintz.

Mordazas se echó a reír.

—Vámonos antes de que se dé cuenta de que sus reporteros son en realidad no-patrocinados fugitivos.

El apartamento estaba decorado con el estilo opulento de la antigua China: en cada esquina había trajes de armadura y las estanterías estaban repletas de dragones de jade. En la sala principal había varias ventanas, pero la mayoría de ellas eran decorativas, de plasma, y en realidad solo una daba a Ciudad Satélite. Cosmo accionó el cierre y abrió el cristal de protección triple y fotosensible.

Mordazas asomó la cara y respiró el aire exterior.

—Perfecto —exclamó—. Una escalera de incendios. Nos llevará hacia abajo.

Cosmo atravesó la ventana y pisó el enrejado metálico.

—Redwood esperará que vayamos hacia abajo. No, iremos arriba.

Mordazas arrugó la frente.

—¿Arriba?

Cosmo lo asió del cuello y lo obligó a cruzar al otro lado.

—No me digas que al chico que saca de sus casillas a los supervisores por diversión le dan miedo las alturas.

—No —respondió Mordazas, al tiempo que la palidez se apoderaba de su rostro demacrado—. Lo que me da miedo es el suelo.

El supervisor Redwood no se desmayó, no tuvo esa suerte, sino que el dolor lo azotó con tanta fuerza como si lo hubiese aplastado un glaciar gigante. Combatió la agonía recurriendo a un truco de sus días en el ejército: localizar el foco del dolor y concentrarse en él. Para su sorpresa, Redwood descubrió que el foco del dolor no estaba en su nariz, sino en la mitad de la frente. Se concentró en aquel punto, absorbiendo el dolor y conteniéndolo. Lo mantuvo allí atrapado el tiempo suficiente para extraer un analgésico del contenedor de plástico que llevaba en su botiquín de primeros auxilios. Apenas hubo pasado un minuto, el dolor se mitigó hasta convertirse en un golpeteo monótono detrás de la oreja. Lo tenía bajo control... por el momento.

Manos a la obra de nuevo. Aquellos no-patrocinados se habían reído de su autoridad en su cara. Esos dos no se iban a librar de ser empaquetados, eso seguro. Sin embargo, lo mejor era aparentar que iba a seguir las reglas. Se llevó a la oreja el intercomunicador que llevaba en el cinturón.

—Redwood llamando a la base.

—¿Es usted, Redwood? Le dábamos por muerto.

Redwood frunció el ceño. Fred Allescanti volvía a estar de guardia en la base. A su lado, los peces de colores parecían seres inteligentes.

—Sí, bueno, pues estoy vivo, pero tengo a un par de fugitivos. Ahora mismo salgo en su persecución.

—No sé, supervisor Redwood... Se supone que debe permanecer junto al vehículo. Son las reglas. Van a enviar una patrulla a por usted. Tardarán cinco minutos como mucho.

Redwood arrebató una porra paralizadora a uno de sus colegas inconscientes.

—Negativo. Los no-patrocinados van armados y ya han disparado balas de celofán. ¿Te imaginas la denuncia que le pondrían al Clarissa Frayne si empaquetan a un civil?

Fred permaneció en silencio unos minutos, buscando sin duda en el manual de seguridad cuál era el protocolo para aquellos casos.

—De acuerdo, Redwood. Tal vez podría pegarles un poco antes, para poder probar con ellos algunos de los nuevos fármacos.

Aquello era muy típico del instituto, siempre tratando de sacar algún provecho:

acababa de llegar una nueva partida de piel sintética, pero necesitaban gente con heridas y magulladuras para probarla.

Redwood escondió la porra paralizadora en el interior de su chaqueta.

—Veré lo que puedo hacer.

En el restaurante, los clientes escapaban por una puerta lateral. No es que fuesen culpables de nada, pero ninguno quería pasar el resto de la tarde respondiendo preguntas de los guardias de seguridad privada, la policía estatal, los agentes de seguros y los abogados.

Cuando Redwood trepó por los restos de la ventana de emergencia, la gente se apartó instintivamente. Viendo aquella mirada feroz en sus ojos y la hinchazón de su cara, hecha puré, no parecía una buena idea interponerse en su camino.

Para tratarse de un hombre que perseguía a unos fugitivos, Redwood no parecía demasiado ansioso, ni siquiera inquieto. Aunque, ¿por qué iba a estarlo? A pesar de que los no-patrocinados no lo sabían, era imposible que escapasen. Cada movimiento que hacían estaba siendo registrado, y no gracias a la clase de localizadores que pudiesen tirarse sin más: llevaban los localizadores en cada poro de la piel. Cada vez que los no-patrocinados se duchaban, una lluvia de gotas microscópicas de una solución halógena electronegativa recubría su cuerpo, y la sustancia aparecía en el escáner del Clarissa Frayne. Aunque los huérfanos dejasen de ducharse, la solución tardaría meses en eliminarse por completo del cuerpo.

Redwood pulsó el botón de comunicación del aparato.

—Fred, envíame al receptor los patrones de localización de Hill, C. y Murphy, F. Fred carraspeó y le habló al micrófono.

—Mmm... ¿Los patrones de localización?

Redwood hizo rechinar los dientes.

—Maldita sea, Fred. ¿Está ahí Bruce? Dile que se ponga.

—A Bruce lo han llamado por un problema en el Bloque D. Estoy yo solo.

—Vale, Fred. Escúchame con mucha atención: introduce los nombres de Cosmo y Mordazas en el archivo de localización y luego envíame por e-mail los patrones a mi receptor. Usa el icono del e-mail. Mi número está ahí mismo, en la lista del personal. Lo único que tienes que hacer es arrastrar y soltar las carpetas, ¿de acuerdo?

Fred se secó el sudor de la frente. A través de la radio sonó como si fuera papel de lija limando una superficie de madera blanda.

—Ya lo tengo. Arrastrar las carpetas. Ya está. Ahí van.

—Será mejor que vengan. O seré yo quien vaya a por ti.

Redwood tenía por costumbre convertir sus afirmaciones en amenazas. En las no-cafeterías se había hecho famoso por decir: «Será mejor que esté muy caliente, o seré yo quien te deje a ti caliente». A Redwood eso le parecía muy ocurrente.

Cinco segundos más tarde aparecieron en la pequeña pantalla del

intercomunicador de Redwood dos iconos en movimiento que situaban a los dos fugitivos en una escalera de incendios en el exterior del edificio. E iban hacia arriba, los muy imbéciles. ¿Qué iban a hacer? ¿Salir volando desde el tejado?

Redwood sonrió, y aquel gesto hizo que le afloraran unas lágrimas de dolor a los ojos.

Salir volando desde el tejado. Pues no era tan mala idea...

En Ciudad Satélite, las gotas de lluvia podían sacarle un ojo a cualquiera si ese alguien era lo bastante estúpido como para mirar arriba durante una tormenta. La reacción con determinados gases tóxicos hacía que las moléculas de agua se adhiriesen de forma más eficaz, hasta que caían a la Tierra como misiles. Los paraguas tradicionales ya no bastaban, y los nuevos modelos de plástico estaban haciéndose cada vez más populares en el Gran Colador.

Mordazas y Cosmo no podían darse el lujo de refugiarse bajo un paraguas con el aguacero que estaba cayendo en aquellos momentos, y no tuvieron más remedio que mantener la cabeza gacha y los hombros encogidos. Los goterones les arponeaban la nuca y la espalda, pero los chicos tenían tanto frío que apenas sentían dolor.

Una ráfaga de gotas empujó a Mordazas contra los barrotes de la escalera de incendios.

—Veo la ciudad. Siempre he querido ver la ciudad sin grilletes en las muñecas. Tal vez pronto podremos hacerlo, Cosmo, pasearnos por ahí sin esposas.

Cosmo se ahorra las energías para el siguiente tramo. Solo les faltaba un piso para llegar a la azotea; a partir de ahí, tendrían que confiar en la buena suerte. Tal vez lograrían saltar hasta el siguiente edificio. O tal vez no.

Se aferraron a la pared, tratando de resguardarse del azote de la lluvia. Abajo, en las calles, las gotas mutantes activaban las alarmas de los coches. Las empresas de seguridad nunca respondían cuando saltaban las alarmas durante las tormentas: siempre las activaban las condiciones meteorológicas o los ladrones de coches muy tontos.

Cosmo recorrió el último tramo hasta llegar a la azotea, una superficie lisa muy resbaladiza y recubierta de alquitrán presidida por el remate de la caja de una escalera, que parecía la torre de un submarino. El tejado ondulado de la caja se estaba combando bajo la acometida del chaparrón. Y de repente, la lluvia cesó, como si Dios hubiese cerrado el grifo del agua. Otra característica del clima antojadizo de Ciudad Satélite.

—Debemos de caerle bien a alguien ahí arriba —señaló Mordazas.

—Es un poco tarde para eso —comentó Cosmo, al tiempo que se sacudía el agua del pelo—. Vamos.

Atravesaron el suelo empapado. Con cada paso, la superficie se hundía de manera alarmante, y en varios puntos las vigas de soporte se veían a través de los escasos

filamentos que la recubrían. El edificio contiguo estaba un piso más abajo. Como pista de aterrizaje dejaba mucho que desear: la cubierta estaba plagada de los restos de un campamento okupa, los bloques de cemento estaban desperdigados como fichas viejas de dominó y salían chispas de la caja resquebrajada de un generador de la azotea.

Cosmo hincó los dedos de los pies en el borde de la azotea, intentando no pensar en la caída.

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó.

La respuesta de Mordazas fue que retrocediera del borde del edificio.

Cosmo no se inmutó.

—Creo que podemos conseguirlo. De verdad que sí.

—Pues yo creo que no lo conseguiréis, ninguno de los dos —dijo una voz nasal. Cualquiera que hablase con aquel timbre de voz, o bien estaba bastante resfriado, o bien tenía la nariz rota.

Cosmo y Mordazas se volvieron muy despacio: el supervisor Redwood estaba en la puerta de acceso a la azotea, con una amplia sonrisa dibujada en los labios. Unas lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—He cogido el ascensor —explicó—. Vosotros dos sois más tontos que las aguas residuales recicladas. ¿Qué os habíais creído? ¿Que yendo hacia arriba lograríais despistarme?

Cosmo no respondió. En realidad, era una pregunta retórica. El agua le chorreaba de los rizos del pelo hasta los omóplatos; puede que fuera por eso por lo que estaba tiritando.

—Nos rendimos, supervisor. ¿Verdad que sí, Mordazas?

Mordazas estaba demasiado paralizado para responder.

—Demasiado tarde para rendirse. Ahora sois fugitivos armados, no puedo permitirme correr ningún riesgo. Tengo que empaquetaros. —Redwood extrajo el arma paralizadora de la chaqueta.

Cosmo empezó a jadear.

—Por favor, supervisor. Estamos en una azotea. Podrían pasar horas antes de que nos metan en la cubeta.

La cubeta era un compuesto ácido que se empleaba para disolver el celofán.

—Ya lo sé —repuso Redwood, al tiempo que la locura de sus ojos le brillaba entre las lágrimas.

Redwood se acercó a Mordazas y lo agarró de la solapa. Empujó al aterrorizado chico hasta el borde del tejado.

—Esta es la última lección, Francis. Como no aprendas de esta, no aprenderás nunca.

Mordazas empezó a reírse con nerviosismo, con una risa histérica que nada tenía

que ver con la felicidad o la alegría.

Redwood apoyó la porra paralizadora en su frente.

—Te recomiendo que cierres la boca, Francis. No querrás que se te meta el plástico ahí dentro.

—Haga lo que quiera, Redwood —gritó Mordazas con los ojos desorbitados—. No puedo estar más asustado de lo que estoy.

Redwood soltó una carcajada y provocó un nuevo chorro de sus conductos lacrimales.

—Pues no sé yo si...

En ese momento, el mono de Mordazas se rompió; demasiados lavados habían dejado la tela como si fuera de cartón mojado. Redwood se quedó con un trozo de tela en forma de rosa en la mano y Mordazas se quedó en un ángulo imposible de corregir.

Dirigió sus últimas palabras a Cosmo.

—Lo siento —dijo, y cayó por el borde de la azotea.

La altura no era nada del otro mundo; hay colegiales que han saltado de árboles mucho más altos sin torcerse siquiera el tobillo, pero cuando Mordazas cayó, lo hizo de espaldas, y arrastró a Cosmo consigo.

No hubo tiempo de rezar ni de gritar. La vida de Cosmo no pasó a toda velocidad por delante de sus ojos. Si en un momento estaba suplicando por su vida ante el supervisor Redwood, al cabo de un segundo la tierra y el cielo dieron una voltereta en el aire y acabó boca abajo encima del generador de la azotea del edificio contiguo.

Pero vivo, decididamente. Con grandes dolores, eso sí, pero vivo al fin y al cabo. El dolor lo demostraba. Cosmo tenía la visión borrosa, con una nube multicolor de cables, chispas, transformadores antiguos y chips oxidados que le revoloteaban alrededor de la cabeza como copos de nieve sanguinolentos.

Sintió una sacudida en el brazo: Mordazas se estaba moviendo.

—No —le susurró, sin aire en los pulmones para gritar—. No te muevas.

Mordazas se movió otra vez. Tal vez lo había oído o tal vez no, Cosmo nunca lo sabría. El movimiento de su compañero arrastró el grillete metálico por encima de dos cables pelados e hizo que diez mil voltios de los cables de suministro se desviaran hasta los dos chicos.

La descarga hizo saltar a los jóvenes de lo alto del generador y los hizo girar y rebotar en los charcos de la azotea como piedras sobre la superficie de un lago. Se detuvieron al estrellarse contra una barandilla, y cayeron de espaldas, mirando hacia arriba.

Redwood miró hacia abajo desde lo alto de la azotea. Los patrones de ambos chicos habían desaparecido de su localizador. El generador podía haber fundido las

microperlas halógenas electronegativas de sus poros, pero lo más probable era que hubiesen muerto.

Era evidente lo que podía haber sucedido: la tormenta podía haber tirado a los dos fugitivos de la azotea. Era una mentira muy simple y creíble, siempre y cuando no permaneciese por allí el tiempo suficiente para que lo fotografiase algún satélite curioso. El supervisor se precipitó hacia la escalera. Era mejor dejar que otro encontrase los cadáveres. Él estaría en el restaurante ayudando a los heridos cuando eso ocurriese.

Cosmo no tenía fuerzas para hablar. Era como si la descarga eléctrica le hubiese devorado todo el cuerpo; lo único que oía eran los latidos de su corazón, que iba ralentizándose con cada nueva inhalación. Unas palpitaciones cada vez más espaciadas, hasta que acabasen por desaparecer del todo. Por cerrarse del todo.

La vista le estaba jugando una mala pasada. Estaba teniendo alucinaciones, o al menos eso suponía: unas extrañas criaturas inhumanas aparecieron en las paredes de los edificios que los rodeaban, gateando a velocidades asombrosas sin respetar la fuerza de la gravedad. Se precipitaron por el borde del edificio y dieron un viraje brusco hacia abajo, hacia el lugar de la colisión. Dos de ellos se separaron del grupo y se desviaron hasta los chicos malheridos. Uno se puso encima del pecho de Cosmo. Ingrávido, lo observaba con grandes ojos inexpresivos. La criatura era del tamaño de un niño, con la piel lisa, azul y translúcida, cuatro extremidades esbeltas y la cara ovalada. Tenía unos rasgos delicados e impasibles, y la cabeza calva y lisa. Por las venas le corrían chispas en lugar de sangre.

La segunda criatura ¿pareció parpadeante en la comisura de sus ojos, se arrodilló junto a Mordazas y le acunó la cabeza humeante. Cosmo sintió cómo el corazón se le detenía un segundo, puede que dos. ¿Quiénes eran aquellas criaturas? El miedo hizo que un escalofrío le recorriese el pecho, como si fuera una nueva descarga del generador.

Arqueó la columna vertebral en un arrebato de estupor y de pánico, tratando de sacudirse a la criatura de encima, pero esta continuó aferrada a su pecho, sin apenas hacer esfuerzo. Extendió una mano azul. «Cuatro dedos — pensó Cosmo—. Solo cuatro.» La criatura colocó la mano encima del corazón de Cosmo y empezó a absorber. De algún modo, la criatura le estaba arrancando el dolor del cuerpo. La agonía fue mitigándose poco a poco hasta extinguirse por completo. Cuanto más absorbía la criatura, más brillante se hacía la luz que emitía, hasta que el brillo azul se transformó en un dorado cálido. Cosmo empleó las últimas energías que le quedaban para mirar hacia abajo: algo manaba de su cuerpo como un reguero de estrellas. Supo lo que era: la vida. Cosmo sintió cómo sus días y sus meses se escapaban escurriéndose de su cuerpo como el agua a través de las grietas de una presa. La criatura lo estaba matando. El pánico volvió a apoderarse de él: quiso luchar, tratar de

agarrar a aquella criatura, pero los músculos no le obedecían.

Luego, todo sucedió muy rápido. Aparecieron tres niños en el tejado, dos niños y una niña. No eran médicos ni enfermeros, saltaba a la vista por la vestimenta que llevaban y por su edad, pero al menos eran humanos.

—Aquí hay dos —dijo el primero, un chico alto y mayor, vestido de negro de pies a cabeza—. Yo me encargo de ellos. Vosotros mirad abajo.

Sus compañeros salieron disparados al borde de la azotea y se asomaron a la calle.

—Están mirando, pero no se están posando —dijo la chica, de aspecto hispano y unos quince años, con el tatuaje de una banda callejera encima de una ceja—. Demasiada agua. Los bomberos están rociando el furgón con la manguera.

El primer chico extrajo lo que parecía una linterna de su sobaquera y tiró de una anilla que había en la base. Unas chispas blancas saltaron en el cañón del cacharro: apretó el gatillo y dos ráfagas de electricidad pura manaron a chorros de aquella arma tan extraña. El efecto fue espectacular: los rayos blancos se clavaron en la piel de las criaturas fantasmales y se dividieron en un millar de ramificaciones. Cada una de ellas localizó una vena y se fusionó con las chispas que ya había en ellas. Las criaturas se estremecieron y empezaron a sufrir convulsiones, y su piel empezó a hincharse hasta que parecía que estaba a punto de reventar. Y eso fue lo que ocurrió: las dos criaturas explotaron en multitud de esferas perfectas de luz que se volatilizaron en el aire.

—¡Dios! —exclamó Cosmo, malgastando su último aliento.

—¡Este está vivo! —gritó el tercer miembro del grupo, que parecía tener unos seis años. Era rubio y tenía la cabeza desproporcionadamente grande para ser un niño. Se arrodilló junto a Cosmo, le comprobó el pulso y le iluminó la pupila con una linterna.

—No hay dilatación y el pulso es irregular. Necesita un desfibrilador, Stefan. Hay que ponerle el corazón en marcha cuanto antes.

Una alucinación. Tenía que ser una alucinación.

El chico alto, Stefan, apareció en el campo de visión de Cosmo, cada vez menos nítido.

—¿Qué hay del otro, Lorito?

Lorito apoyó la mano en el pecho de Mordazas. Por un segundo, Cosmo creyó ver una corriente de vida revoloteando por sus dedos. Y luego...

—¿El otro? No. Nada de nada. Se nos ha ido.

Stefan ajustó su arma.

—Bueno, pues como no tengo ningún desfibrilador...

Lorito se apartó unos pasos apresuradamente.

—¿Estás seguro? Mira que esta azotea está muy mojada...

Stefan apuntó con el arma al pecho de Cosmo.

—No —dijo, y a continuación disparó.

Cosmo sintió cómo la descarga le penetraba por las costillas como si fuera un mazo. Seguro que le había roto todos los huesos del tórax. Seguro que aquella era la última gota que colmaba el vaso: su cuerpo ya no podía más. Sintió cómo se le ponían los pelos literalmente de punta, tirando de los poros del cuero cabelludo. Se le prendió fuego al mono que llevaba, que se separó de su piel deshaciéndose en trozos llameantes. Lorito le arrojó el contenido de un cubo de agua, pero Cosmo no sintió el frío: estaba ocurriendo algo más.

Pu-pum.

Su corazón. Había emitido un latido. Y luego otro.

Pu-pum, pu-pum.

—Lo tenemos —exclamó Lorito—. Este tío tiene más ganas de vivir que un perro hambriento, pero necesita atención médica inmediata. Tiene la cabeza abierta como un melón.

Stefan suspiró con alivio al ver que su truco había surtido el efecto deseado. Se guardó la vara electrizante.

—Vale. Los abogados lo encontrarán, no quiero que nos encuentren a nosotros también.

Cosmo contuvo la respiración por primera vez en más de un minuto.

—Por favor...

No podían dejarlo allí tirado, no después de todo aquello.

—Llebadme con vosotros.

Stefan no se volvió a mirarlo.

—Lo siento, pero ya tenemos suficientes problemas nosotros solos.

Cosmo sabía que Redwood nunca le dejaría volver al instituto con vida.

—Por favor...

La chica se inclinó por encima de él.

—Stefan, ¿sabes qué? A lo mejor podría encargarse de hacer el no-café o algo así.

Stefan lanzó un suspiro y aguantó la puerta para que pasara su equipo.

—Mona, todas las noches es la misma historia.

Mona suspiró.

—Mala suerte, chico.

El corazón de Cosmo latía ya con normalidad, bombeando la sangre al cerebro regularmente.

—Si me dejáis aquí —dijo con voz ronca—, volverán.

Y de repente, parecía que Stefan recuperaba el interés.

—¿Quiénes volverán? —preguntó, volviendo sobre sus pasos.

Cosmo se esforzó por mantenerse consciente.

—Las criaturas.

Lorito dio una palmada de entusiasmo.

—¿Lo habéis oído? Las criaturas, Stefan. Es un Oteador. Que me empaqueten si no lo es.

Stefan se encogió de hombros.

—Podría no ser nada. Tal vez uno de nosotros ha mencionado a las criaturas. Tal vez ha sido una alucinación.

Cosmo tosió a causa del humo en sus pulmones.

—Las criaturas azules con electricidad en las venas. Me estaban chupando la vida.

—Pues para ser una alucinación, parece muy exacta —señaló Mona.

Stefan hizo una señal a Lorito.

—Vale, nos lo llevamos. Es un Oteador.

La chica hispana examinó las esposas.

—Muy bien, Stefan. Dame un minuto.

—Un segundo, Mona. Solo disponemos de un segundo.

Mona se quitó un pasador del pelo y maniobró con él en el cierre de las esposas con movimiento experto. En poco más de un segundo, liberó la muñeca de Mordazas, aunque a este ya no le sirviese de nada.

Stefan se echó a Cosmo al hombro.

—Vamos, podemos abrir la otra esposa en el almacén.

Cosmo se dejó llevar como si fuera un costal de carne. Podría haber hablado entonces, haber hecho unas cuantas preguntas más, pero no lo hizo, por miedo a que si molestaba a aquel chico alto este decidiese no llevárselo a dondequiera que fuesen a llevarlo. Y cualquier lugar era mejor que el Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres.

El cerebro de Cosmo decidió que no había espacio para aquella nueva sensación de alivio y decidió cerrar sus puertas para realizar reparaciones temporales.

El Oteador



EL olor despertó a Cosmo. El aroma acre y amargo de alguna no-cafetera cercana le inundó los orificios nasales y le hizo cosquillas, y a pesar de que no era un olor desagradable, era demasiado para sus poco refinados sentidos. Todo hacía que su dolor de cabeza empeorase: la raspadura de aquel material, el martilleo de la luz en sus párpados y ahora aquel olor.

Pero aún peor que el dolor era la sed.

Cosmo trató de abrir la boca, pero tenía los labios pegados por la sequedad. Se le escapó por la nariz un gemido de frustración y oyó el ruido de unos pasos aproximándose sobre una superficie dura.

—Bueno, bueno —dijo una voz. Femenina—. Bienvenido a la calle Abracadabra.

Un paño húmedo le acarició los labios y se los abrió al fin. Cosmo abrió la boca y apretó el material entre los dientes. El agua le supo a vida y le bajó goteando por la garganta.

—Con cuidado, bebe despacio.

Cosmo abrió los ojos un milímetro y los dejó entrecerrados bajo la luz cegadora del sol. La cabeza de la chica estaba rodeada de un halo de luz blanca. Por un momento pensó... pero no, era la chica de la azotea. ¿La azotea?

—Bienvenido de nuevo a la vida. Aunque para el par de días o así que vas a pasar, a lo mejor más te valía estar muerto.

Entonces Cosmo lo recordó absolutamente todo. El accidente, la subida a la azotea, la caída...

—¿Mordazas? —exclamó Cosmo, con voz rara y distante.

La chica se rascó la frente, estirándose la tira de ADN que llevaba tatuada allí. Cosmo sabía que el tatuaje era la marca de una de las distintas bandas callejeras de Ciudad Satélite. Seguramente la tinta estaba cargada con un isótopo que podía verificarse con un escáner de barra, lo que impedía la presencia de policías infiltrados entre los miembros de la banda.

—¿Mordazas? —repitió la chica—. ¿Tienes fuerzas para decir una sola palabra y esa es la palabra que eliges?

Cosmo sintió cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla. Mordazas había sido lo más parecido a un amigo que había tenido en su vida.

La chica vio la lágrima e hizo la deducción lógica. Compuso una mueca de fastidio al ver que había metido la pata.

—Lo siento. Mordazas, ¿era ese el nombre de tu amigo?

—¿Está...?

—Lo siento, chaval. Cuando llegamos ya se había ido. Lo dejamos allí, ¿te acuerdas?

Cosmo levantó el brazo. Lo único que llevaba alrededor de la muñeca era una venda.

—La electricidad te fundió parte de las esposas en la piel. Lorito tuvo que arrancártela. Tuviste suerte de que no te reventara la vena.

Cosmo no se sentía tan afortunado, y no solo por su muñeca.

—En realidad, Lorito tuvo que trabajar contigo a base de bien. No habrías llegado con vida a un hospital, así que tuvimos que usar lo que teníamos a mano. El suero analgésico que te dimos estaba un poco caducado, pero oye, no te ha matado, ¿no?

Mona consultó un monitor de pared que había encima de la cama de Cosmo.

—Lorito te ha pegado el tendón de Aquiles del talón izquierdo y te ha reemplazado la rótula con hueso sintético.

Cosmo asintió con la cabeza, horrorizado.

—También tuvimos que abrirte el tórax y plastificarte unas cuantas costillas. Te he quitado las grapas esta mañana. Ah, y por supuesto, he tenido que afeitarte la cabeza.

—¿Qué?

Mona se encogió de hombros.

—O te la afeitaba o dejaba que el cerebro se te desparramase por el suelo. Por suerte para ti, Lorito tenía por ahí guardadas un par de placas base robóticas y ha usado una para remendar la fractura de cráneo. Esas placas robóticas están hechas del mismo material que se usa para revestir los tanques de asfalto. Cuando se te cure la piel, Lorito dice que serás capaz de atravesar una pared de ladrillo de un cabezazo.

De repente, Cosmo se acordó de algo.

—¿Lorito? ¿El niño pequeño?

Mona miró por encima de su hombro.

—¡Chsss...! No lo llames así. Es muy sensible. —La chica se acercó a él y bajó el tono de voz—. Lorito es un niño Bartoli. Ese «niño pequeño» en realidad tiene veintiocho años.

Ahora todo tenía sentido: los experimentos genéticos del doctor Ferdinand Bartoli eran un capítulo tristemente famoso de la historia moderna. El doctor había hecho pruebas de selección genética en varios recién nacidos con el propósito de crear un superhumano. Sin embargo, en lugar de cumplir su objetivo, había modificado el ADN de los bebés y había provocado una serie de mutaciones no deseadas. La percepción extrasensorial había sido uno de los efectos secundarios, pero el más frecuente era la atrofia física. El escándalo Bartoli tuvo como consecuencia la prohibición de realizar experimentos genéticos durante más de diez años.

Cosmo se frotó el cuero cabelludo con cuidado y sintió una parte de la frente

endurecida y como agujereada.

—En esa placa hay poros de liberación de presión, así que no te la toques.

Placas robóticas en la cabeza y niños Bartoli. Eran demasiadas novedades para asimilarlas todas.

—¿Algo más?

—No, más o menos, eso es todo. Por supuesto, todavía llevas cien grapas o así en los cortes y magulladuras, pero las he disimulado con spray de piel.

En general, estás peor de lo que aparentas.

«Pero no peor de como me encuentro», pensó Cosmo.

Mona retiró la cubierta de un parche y se lo pegó en el brazo.

—Ahora lo mejor será que descanses y te recuperes. Con este parche sedante dormirás durante un buen rato. La próxima vez que despiertes, a lo mejor ya puedes andar un poco.

—No —protestó Cosmo, pero era demasiado tarde: el sedante ya estaba penetrando en su sistema circulatorio.

—Buenas noches —dijo Mona con dulzura.

Cosmo sintió que los miembros de su cuerpo le iban pesando cada vez menos y que la cabeza se le meneaba como a uno de esos muñecos de resorte.

—Buenas noches —repitió.

O tal vez solo lo pensó, porque el mundo se estaba deshaciendo y le resbalaba por los globos oculares como el óleo derritiéndose en un lienzo.

Cosmo se despertó de nuevo cinco segundos más tarde, o eso le pareció. Pero eso no podía ser, porque las lámparas halógenas estaban encendidas y unas estrellas apagadas se asomaban por los jirones de niebla tóxica, detrás de unas anticuadas cortinas. No había mucha gente que usase cortinas todavía; por lo general, los cristales fotosensibles venían de serie con el edificio.

Cosmo buscó entre sus recuerdos como si fueran archivos en la pantalla de un ordenador. ¿Quién era? Cosmo Hill, de catorce años. No-patrocinado fugitivo. ¿Dónde estaba? En un almacén, tal vez, rescatado por una panda de cazadores de criaturas. Un adolescente alto, una chica hispana y un niño Bartoli. ¿Podía ser verdad? Parecía imposible. ¿Podía él entrar a formar parte de aquella extraña panda? ¿Era eso lo que quería?

El cerebro de Cosmo se detuvo un momento: ¿qué era lo que quería? Esa era una pregunta que nadie en toda su vida le había hecho. Rara vez se la hacía él mismo. Lo único que había querido en su vida era escapar del Clarissa Frayne y, ahora que lo había conseguido, no tenía ni idea de qué era lo que iba a hacer a continuación. Sin embargo, sí había algo que Cosmo sabía con una certeza absoluta: no pensaba volver nunca más al Clarissa. Nunca jamás.

Cosmo se concentró en las heridas. El dolor seguía ahí, agazapado, pero ahí.

Como un trol debajo de un puente, listo para atacar si él se movía demasiado rápido. La venda le había desaparecido de la muñeca y tenía la totalidad del antebrazo recubierta de espray de piel.

Tras varios minutos de respiración y parpadeos básicos, Cosmo decidió poner a prueba sus extremidades. Se sentó despacio, con una sensación de mareo por el parche sedante que llevaba en el brazo. Se lo arrancó y comprobó la esponja: estaba blanca, no quedaba más líquido. Eso explicaba por qué estaba despierto.

Tenía la rodilla nueva cubierta con plexiescayola. La escayola transparente estaba llena de antiinflamatorio, que aceleraría el proceso de curación. Un piloto con una luz verde encima del panel de rayos X de la escayola le indicaba que podía caminar con aquella pierna.

Cosmo probó el suelo igual que un nadador probando la temperatura del agua en el Polo Norte. Sintió una punzada en la rodilla, pero nada más. Debía de haber dormido al menos cuarenta y ocho horas para que la escayola hubiese hecho su trabajo. La frente era otra historia. Cada movimiento, por leve que fuera, hacía que el dolor de un clavo de acero le martillease el cráneo. Casi tan malo como el dolor era el picor que le producía la piel nueva al crecer por encima de la placa robótica de la frente.

Hizo rechinar los dientes y empezó a caminar, proponiéndose como meta inicial la jarra de agua filtrada que había en la mesa, a cinco metros de distancia. No es que fuese una maratón precisamente, pero no estaba mal teniendo en cuenta por todo lo que había pasado.

Cosmo estuvo a punto de alcanzar la mesa, y lo habría conseguido de no ser por un pequeño obstáculo: un espejo de acero colgado en la pared. Cosmo vio la imagen de su propio reflejo y, por un momento, creyó que había otra persona en la habitación.

Separó los labios resecos para formar una sola sílaba:

—Oh.

La figura del espejo le recordó uno de aquellos niños de la guerra de los documentales de historia: magullado y escuálido, abatido y demacrado. Parecía un pequeño Frankenstein en miniatura, cosido por distintas partes y con multitud de remiendos, ninguno de ellos del tamaño adecuado, y algunos ni siquiera diseñados para seres humanos. La cabeza era especialmente grotesca: afeitada al rape, con numerosas cicatrices y grapas trazando un zigzag por todo el cuero cabelludo. La placa robótica de la frente sobresalía ligeramente bajo la piel hinchada, y los poros de presión se dibujaban con nitidez en el tejido cutáneo rosado. Lo único que reconoció fueron los ojos espaciados, redondos y castaños.

Cosmo completó su recorrido con movimiento tembloroso y agarró la jarra con ambas manos para beber de ella. La mayor parte del agua le salpicó la frente, pero

alguna entró. «Todo se está curando —se dijo—. Es provisional.»

Pero no para Mordazas. Era demasiado tarde para poder curarle a él.

Mordazas. Su amigo tendría que estar allí con él... pero ¿qué quería decir «allí» exactamente? Cosmo miró a su alrededor por primera vez. Estaba en un enorme almacén construido de polímero de hierro colado. Las ventanas eran altas y estrechas, del estilo de las iglesias, con cortinas opacas colgando a cada lado. Unas mesas de trabajo y distintos equipos electrónicos aparecían repartidos por el suelo de cemento, y los cables de electricidad salían de cada enchufe de la pared como serpientes multicolor. Había varios cubículos divididos por módulos de separación móviles y una docena de discos duros zumbaban en el interior de las habitaciones improvisadas. Sin embargo, no había rastro de gente. Aparte de él, el almacén estaba completamente desierto.

Cosmo se movió despacio, para acostumbrarse a su nueva rodilla. Había una zona de cocina en un rincón, nada demasiado acogedor: apenas una encimera con dos fogones, muebles de jardín enmohecidos y una no-cafetera. Había un ramo de lirios encima de la mesa, envueltos en celofán y con una burbuja de agua en la base. Flores de verdad, muy caras. Había una tarjeta entre dos de los lirios: «Madre —decía—, te echo de menos más que nunca».

Había un par de esposas de acero en la mesa que había junto al simulador. A Cosmo se le hizo un nudo en la garganta; era la última prueba que evidenciaba que Francis Murphy había vivido, la que dejaba constancia de su existencia, y ni siquiera sabían su verdadero nombre.

—Vamos, Francis —dijo Cosmo, al tiempo que cogía las esposas—. Es hora de que veas la ciudad.

Una de las ventanas del almacén daba al río, hacia el famoso perfil del centro de Ciudad Satélite recortado contra el horizonte, dominado por el cilindro de la Torre Myishi. El edificio de la Cuzzy Cola burbujeaba al otro lado, con las paredes animadas por unas burbujas efervescentes generadas por ordenador, y una luz roja parpadeaba en la mano de piedra de la Estatua de la Voluntad, un coloso de doscientos cuarenta metros de altura que señalaba al Satélite de arriba.

Cosmo trepó a través de una ventana y se encaramó en un balcón para tratar de orientarse. A juzgar por la posición del río del Periplo, estaba en algún lugar del lado oeste de la ciudad. El aullido hiriente de las sirenas y el batir de las alas de los pájaros de la policía que patrullaban el cielo confirmaban esta teoría.

Cosmo hizo oscilar las esposas en el borde. Tenía que decir algo, algo especial para rendir un último homenaje a Mordazas. Cosmo se quedó pensando unos minutos, pero no encontraba palabras para describir su sentimiento de desolación absoluta. A lo mejor así era precisamente como debía ser, a lo mejor no había palabras capaces de expresar un sentimiento como ese. Sabía cómo se sentía, y eso

era lo más importante.

Cosmo lanzó las esposas al aire de Ciudad Satélite y estas brillaron bajo las luces de neón como si fueran estrellas fugaces.

Los salvadores de Cosmo parecían salir de una crisis para meterse en la siguiente: acababa de cerrar la ventana tras él cuando los tres irrumpieron por la rejilla del ascensor arrastrando consigo un carrito de supermercado. Mona estaba acurrucada en el interior del carrito, tenía la piel de color verde y estaba tiritando de pies a cabeza.

Cosmo se fue renqueando tras ellos.

—¿Qué ha pasado?

Stefan no respondió, sino que se limitó a limpiar la superficie de fórmica de una mesa de trabajo barriéndola con el brazo.

—Cierra las cortinas —le ordenó.

Cosmo señaló el panel de control fotosensible que había junto a una ventana.

—Pero ¿y el cristal? ¿Por qué no ajusto...?

—Porque los pájaros de la policía ven a través del cristal fotosensible. Por eso los edificios vienen equipados con esos cristales de serie, ¿lo entiendes?

Cosmo corrió las cortinas de arpillera para tapar las ventanas. Apenas unos segundos más tarde, un pájaro gubernamental pasó volando por el edificio. Cosmo oyó un crujido electrónico cuando las ventanas se despolarizaron por control remoto; con las cortinas abiertas, la habitación habría quedado completamente al descubierto. Y no habría pasado nada, siempre y cuando nadie estuviese huyendo de la escena de un crimen, cosa que obviamente estaban haciendo.

Stefan estaba inclinado encima de Mona. El cuerpo esbelto de la chica estaba crispado de dolor, con cada músculo y tendón completamente tenso. Unas frases atropelladas e inconexas en su idioma salían a borbotones de sus labios inertes, y el pelo negro y empapado en sudor se extendía por la superficie de la mesa como algas marinas.

Lorito se subió a la mesa de un salto, extrajo un destornillador de su cinturón y, acto seguido, metió el mango de la herramienta en la boca de Mona para impedir que esta se tragara la lengua.

—No sé qué le pasa —admitió—. Esto es nuevo, nunca había visto esta cepa. —Retiró el adhesivo de una tira térmica y se la pegó a Mona en la frente—. Está ardiendo —anunció, tras leer la temperatura de la tira—. En estado crítico.

—Ve a por un cubo de hielo —ordenó Stefan a Cosmo—. Trae tanto como puedas.

Cosmo avanzó cojeando hasta la nevera y vació un cubo de arena en el suelo. Apoyó el borde contra la lengüeta del dispensador de hielo del frigorífico y observó mientras los cubitos caían con una lentitud exasperante.

—Vamos, vamos.

Tardó casi un minuto en llenar la mitad del cubo. Tendría que bastar de momento. Haciendo caso omiso del dolor de la rodilla, Cosmo regresó a toda prisa a la mesa.

Stefan cogió el cubo y empezó a introducir el hielo en la ropa de Mona. La mirada de Lorito seguía fija en la tira térmica.

—No funciona. Cuarenta y cuatro con cuatro y subiendo.

—¡No! —gritó Stefan, con el rostro tenso de preocupación—. Necesitamos llevarla a un hospital.

—¿Qué hospital? —exclamó Lorito—. He trabajado en todos los hospitales de la ciudad, ¿recuerdas? No hay nada más que el General de Westside y, créeme, si yo no sé cómo tratar algo, ellos tampoco lo saben.

Cosmo se asomó por encima del cuerpo de Stefan. Las convulsiones de Mona se hacían cada vez más violentas, y unos filamentos verdes se extendían por la superficie de sus globos oculares.

—¿Y si le diéramos antibióticos? —sugirió Stefan—. Tenemos que intentar algo.

—¡No! —soltó Cosmo de repente, sin tiempo a impedir que se le escapara de los labios.

Lorito bajó de la mesa de un salto.

—¿No? ¿Y tú cómo lo sabes, chaval?

Todos los dolores de Cosmo escogieron ese momento para volver a manifestarse.

—No sé. Algo, tal vez. A lo mejor he visto esto antes, en el instituto. ¿Qué le ha pasado?

—No tenemos tiempo para esto —dijo Stefan—. Hay que llevarla al General cuanto antes. Correremos el riesgo.

Lorito se encaró con el chico alto. Un David contra Goliat.

—¿Que correremos el riesgo? Para cuando nos atiendan, ya estará muerta. Lo sabes tan bien como yo. Oigamos qué tiene que decir el chico.

Bueno, chaval, ¿qué necesitas saber?

Cosmo rehuyó la mirada de Stefan.

—Solo qué ha pasado exactamente. ¿Cómo se ha puesto así?

Stefan arqueó una ceja.

—Hubo una explosión en la planta química de Komposite. Estábamos haciendo un barrido en busca de Parásitos cuando nos sorprendieron los guardias locales y uno le disparó un dardo a Mona. Se ha ido poniendo cada vez peor desde entonces.

Cosmo se estrujó los sesos: por ley, los guardias de seguridad privada no estaban autorizados a llevar armas, así que sorteaban ese problema pertrechándose de varas electrizantes no letales que disparaban balas de celofán o distintos dardos químicos. La opción de los dardos era especialmente ingeniosa, porque técnicamente no eran letales siempre y cuando la víctima permaneciese en el lugar de los hechos el tiempo suficiente para poder recibir el antídoto.

—¿De qué color era la funda protectora del dardo?

Lorito arrugó la frente.

—¿La funda? Pues no estoy seguro. Verde, tal vez.

—¿Con una raya blanca en el lado?

—Puede ser. No estoy seguro.

—Sí —contestó Stefan—. Con una raya blanca. Recuerdo que le quité la funda a Vasquez de la pierna. Verde y blanca.

Cosmo cerró los ojos, evocando el instituto.

—Esos dardos de Komposite se probaron en el Clarissa Frayne. Me acuerdo. Los de color verde y blanco eran los peores. Los llamábamos balas trepadoras. Los chicos se pasaban horas y horas vomitando, aun después de que les administraran el antídoto. Tuvieron que reforzar las cañerías de todo el instituto. Pero uno de los chicos encontró una cura: se comió un bocadillo florecido y se encontró mucho mejor. No fue el pan, fue...

—El moho —completó la frase Lorito—. ¡Claro! Es un virus que ataca a la flora. La celulosa lo destruiría. Necesitamos plantas.

Cosmo se acercó renqueando a las flores envueltas en celofán.

—Aquí. Aquí mismo.

Extrajo una sola flor del ramo y partió en pedazos pequeños el tallo y las hojas del lirio para, acto seguido, metérselos en la boca. Dio el resto a Lorito, quien lo imitó. Stefan cogió otra flor y se metió el tallo en la boca.

Mascaron con energía, haciendo caso omiso del regusto agrio que les resbalaba por la garganta.

Los tallos estaban duros y se partían en filamentos largos, negándose a quedar reducidos a pequeños trozos. Sin embargo, Cosmo y los demás no cejaron en su empeño y siguieron machacando los filamentos entre sus molares. Un hilillo de zumo verdoso les caía por la barbilla. Al final, se escupieron una masa de pasta verde en la palma de la mano.

—Hay que aplicarlo a la herida —ordenó Cosmo.

El niño Bartoli rasgó los pantalones de Mona y escupió el pringue mascado que tenía en la boca directamente en la señal del pinchazo del muslo de la chica. Stefan añadió su porción de pasta a la herida y la masajeó en el interior del agujero inflamado.

Cosmo quitó el destornillador de la boca de Mona y metió la pasta a la fuerza entre los dientes castañeteantes. Mona sintió arcadas, sin dejar de temblar, pues su cuerpo rechazaba la planta de modo natural, pero Cosmo le masajeó la tráquea hasta obligarla a tragar. Poco a poco, cada vez más porción de la masa verde se deslizaba por la garganta de la chica. Para cuando hubo terminado, los dedos de Cosmo estaban teñidos de sangre de tantos mordiscos.

Durante lo que pareció una eternidad, no hubo cambios en el estado de Mona, pero entonces...

—Cuarenta y tres con nueve —anunció Lorito—. Le está bajando la fiebre.

Mona seguía con la mirada perdida, pero al menos los filamentos verdes empezaron a latir con menos fuerza hasta que desaparecieron del todo.

Lorito comprobó la tira térmica.

—Cuarenta y dos con dos. Está funcionando, que me empaqueten si no es verdad.

Los ojos de Mona hicieron un amago de parpadeo. ¿Los reconocía?

—Treinta y siete con ocho. Treinta y siete con dos.

El cuerpo debilitado de la chica se desplomó sobre la mesa. Paulatinamente, la tensión fue aflojando la presión sobre sus músculos.

—Treinta y seis con seis. Normal. Se pondrá bien.

Mona se puso de costado y vomitó un líquido verde sobre las baldosas.

Lorito esbozó una sonrisa angelical.

—Eso te pasa por comer alfalfa.

Asearon a Mona y la acostaron en una cama. —Ahora lo que necesita es dormir —explicó Lorito—. Es mejor que cualquier medicina.

A Cosmo no le habría importado echarse él unas horas; habían pasado muchas cosas en los minutos que llevaba despierto, pero tenía que averiguar unas cuantas más.

—¿Se puede saber quiénes sois? —inquirió—. ¿Qué está pasando aquí?

Stefan estaba reparando con cinta aislante lo que quedaba de su ramo de flores.

—Nosotros vivimos aquí, así que la pregunta sería más bien quién eres tú.

Parecía justo.

—Soy Cosmo Hill. Cuando me encontrasteis estaba escapándome del Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres.

Lorito se echó a reír.

—Cosmo Hill. A ti te encontraron en los alrededores de Cosmonaut Hill, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Los orfanatos llevan siglos usando ese viejo truco. Una vez conocí a un hombre de San Francisco que se llamaba Holden Gate. Adivina dónde lo encontraron.

—El supervisor Redwood vendrá a por mí y a por Mordazas.

Lorito negó con la cabeza.

—No. Por lo que a las autoridades respecta, estás tan muerto como tu amigo, Cosmo. Trabajé un par de meses en la enfermería de un orfanato hasta que me enteré de lo que ocurre allí dentro. Todos los orfanatos, y todas las demás instituciones de comercio humano, utilizan microlocalizadores en los poros para mantener vigilados a sus residentes en todo momento. El generador de ese tejado debe de haber

carbonizado todos los localizadores de tu piel. Estás limpio y libre, eres una «no-persona».

Cosmo sintió cómo si le acabaran de quitar un peso físico de encima.

—Ahora me toca a mí. ¿Quiénes sois?

—¿Que quiénes somos? —Lorito señaló con aire teatral a Stefan—. Ese es Stefan Bashkir, segunda generación de pobladores de Ciudad Satélite, de descendencia rusa. Yo soy Luden Bonn, alias Lorito, por mi manía desquiciante de repetir lo que dice la gente. Y Mona Vasquez, supongo que ya lo sabes.

—Ahora ya sé cómo os llamáis, pero ¿qué hacéis?

Lorito separó los brazos, extendiéndolos al máximo.

—Nosotros, Cosmo Hill, somos los únicos e incomparables Sobrenaturalistas.

Los labios de Cosmo dibujaron una sonrisa débil.

—¿Cómo? ¿Es que no os gusta llevar ropa?

Stefan no pudo reprimir una carcajada.

—Esos son los naturistas, Cosmo, y ya nadie hace esas cosas, sobre todo después de que la capa de ozono se haya vuelto tan fina que parece film transparente. Nos hacemos llamar los Sobrenaturalistas porque cazamos criaturas sobrenaturales.

—Yo no —interrumpió Lorito—. Yo soy médico. Intento curar a la gente, eso es todo. Lo de la caza se lo dejo a Stefan. Es el único que se ha entrenado en una academia de policía.

Cosmo miró a la chica durmiente.

—¿Y qué hay de Mona? No es policía, no con ese tatuaje...

—No —le dio la razón Stefan—. Mona se ocupa del transporte. Tiene algo de... mmm... formación en ese campo.

Cosmo asintió con la cabeza. Hasta entonces todo quedaba bastante claro, pero tenía el presentimiento de que su siguiente pregunta iba a destapar un mundo completamente nuevo.

—Y esas criaturas sobrenaturales... ¿Qué son? Supongo que os estáis refiriendo a esos bichos azules que había en la azotea...

Al fruncir el ceño, a Stefan se le empequeñecieron los ojos.

—Exactamente. Los Parásitos han estado alimentándose de nosotros desde Dios sabe cuándo; chupándonos la vida de nuestro propio cuerpo. Tú lo sabes, lo has visto. No todo el mundo lo ve.

—Me llamaste Oteador.

Stefan se sentó enfrente de Cosmo. Era un personaje carismático, de unos dieciocho años y de rasgos atormentados. El pelo negro azabache se le erizaba en puntas rebeldes y le nacía una cicatriz rosada en la comisura de los labios, dando la impresión de una sonrisa picaruela, una impresión que para nada encajaba con el dolor de su mirada. Sus ojos seguramente eran azules, pero a Cosmo le parecían más

negros que el espacio sideral. Saltaba a la vista que Stefan era el líder de aquella estrambótica pandilla, lo llevaba escrito en su forma de ser, por el modo en que se repantigaba en la silla, por la forma en que Lorito se dirigía automáticamente a él, a pesar de que el niño Bartoli era varios años mayor.

—No hay muchos como nosotros —explicó Stefan, mirando a Cosmo directamente a los ojos. Resultaba difícil no desviar la mirada—. No los suficientes para que nos crean, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de los Oteadores son unos críos; a lo mejor tenemos la mente más abierta, no lo sé. Lorito es el único Oteador adulto que he conocido, eso si se puede considerar a Lorito un adulto.

—Vaya, vaya. No me digas que Stefan ha hecho un chiste... —exclamó Lorito, al tiempo que levantaba el brazo para darle un golpecito a Stefan en el costado—. No es que haya tenido mucha gracia, la verdad, pero no ha estado mal para ser la primera vez.

Stefan se frotó el costado con agonía fingida.

—Nunca habías visto a las criaturas con anterioridad a esa noche en la azotea, ¿verdad, Cosmo?

Cosmo negó con la cabeza. Se acordaría.

—La visión suele ocurrir después de una experiencia cercana a la muerte, y creo que lo que te pasó a ti cuenta como una experiencia cercana a la muerte.

—Lo más cercana que puedes llegar a experimentar —añadió Lorito, dando unos golpecitos a la placa de la cabeza de Cosmo.

—Normalmente, la visión suele desaparecer con la misma rapidez con que se produce —prosiguió Stefan—, pero a veces, cuando se abre el nuevo espectro, permanece abierto. A veces durante una semana y otras veces para siempre. Podrías perder la capacidad de verlas mañana o dentro de diez años, o tal vez nunca la pierdas. Eres un caso fuera de lo común, Cosmo. Ahora te toca decidir si quieres ser alguien fuera de lo común con nosotros, donde podrás hacer cosas positivas, o volver al Clarissa Frayne.

¿Qué clase de elección era esa? Cosmo prefería mil veces arriesgarse a enfrentarse a un ejército de Parásitos antes que volver al orfanato. Existe un límite de experimentos médicos a los que puede someterse una persona.

—Me gustaría quedarme.

—Muy bien —dijo Stefan—. Necesitarás coraje y determinación para formar parte de esta pequeña familia.

«Familia —pensó Cosmo—. Formo parte de una familia.» Stefan había empleado la palabra a la ligera, pero para Cosmo aquello significaba mucho.

—¿Somos una familia?

Stefan levantó a Lorito del suelo.

—Sí, este hombrecillo gruñón de aquí es el abuelo, y Mona es nuestra hermana

pequeña. Es un grupo disfuncional, pero somos lo único que tenemos. Somos lo único que tiene toda la humanidad. A veces parece que nunca podremos ganar, pero salvamos a quienes podemos. A ti, por ejemplo. De no haber sido por nosotros, ese Parásito te habría chupado la sangre hasta dejarte seco y nadie se habría enterado.

—¿Pueden chuparnos la sangre hasta dejarnos secos?

—Pues claro, para eso es para lo que están.

Cosmo se removió inquieto en su asiento.

—Entonces podrían aparecer aquí en cualquier momento.

El buen humor de Stefan se esfumó.

—No, este es el único lugar en el que estás a salvo. Hemos aislado las paredes con hidrogel. A los Parásitos no les gusta el agua. Hay gel hasta entre los cristales.

—Pero ¿qué pasará en cuanto salgamos fuera?

Stefan se encogió de hombros.

—Entonces estamos en igualdad de condiciones.

—Las cosas han cambiado en este último año —explicó Lorito mientras abría una botella de cerveza. Dio un gran sorbo y lanzó un eructo. Un niño rubio bebiendo cerveza; una imagen poco corriente.

—Lorito tiene razón —convino Stefan—. Antes, los Parásitos solo salían por la noche, en la escena de un accidente o en los hospitales. Encontraban a alguien a las puertas de la muerte y chupaban como sanguijuelas el último vestigio de fuerza vital que les quedase. Los médicos nunca sospechaban nada, por eso han permanecido ocultos tanto tiempo. Ese monstruo que tenías encima la otra noche... Seguramente te chupó cinco años de vida antes de que lográramos arrancártelo.

Cosmo se frotó el pecho instintivamente.

—¿Y ahora?

—Ahora, en cambio, nadie está a salvo —explicó Stefan con amargura—. Por alguna extraña razón, parece que hay más Parásitos. Las reglas han cambiado: pueden atacar en cualquier sitio, en cualquier momento y a cualquiera. Los Parásitos acuden rápidamente en cuanto huelen la mínima herida.

Cosmo tragó saliva.

—¿Y cómo se combate contra algo así? ¿Cómo se matan fantasmas?

Stefan extrajo una vara electrizante del interior de su chaqueta y la hizo girar entre los dedos como si fuera el bastón de una majorette.

—Con uno de estos cacharros. Quieren energía, ¿no? Pues eso es lo que les doy.

Lorito le quitó la vara.

—Menudo fanfarrón... —exclamó—. Existen distintas opciones para los proyectiles de este trasto, según el tipo de cartucho. Una clase determinada de balas provoca una sobrecarga en los Parásitos, tú mismo viste el resultado. Se llama Shocker, una bala diseñada por una empresa de armamento como alternativa al Taser.

Aunque fallemos el tiro, la descarga no es lo bastante potente para herir a nadie, por pequeño que sea. A diferencia del tiro que te descerrajó Stefan, que habría podido freír a un jabalí.

Cosmo recordó cómo la criatura que tenía encaramada en el pecho había estallado en una nube de burbujas azules.

—O puedes escoger proyectiles normales no letales: bolas de chicle, empaquetadores, etcétera —siguió diciendo Lorito—. Lo último que queremos es que alguien resulte herido, pero a veces necesitamos ganar un poco de tiempo, y la verdad es que los proyectiles no letales pueden ayudarnos un montón.

Cosmo parpadeó.

—He entendido más o menos el sesenta por ciento de lo que me has dicho.

Stefan se levantó y se abrochó el abrigo.

—Eso es más de lo que suele entender la mayoría de la gente. Lorito, ¿le enseñas a Cosmo las instalaciones? Yo tengo que salir un rato. —Se metió el ramo de flores en el interior del abrigo y se dirigió al ascensor.

Cosmo lo llamó.

—Una última pregunta.

Stefan no se volvió.

—Que sea rápida, Cosmo.

—Ahora ya sé lo que hacéis, pero ¿por qué lo hacéis?

—Porque somos los únicos que podemos hacerlo —contestó Stefan, al tiempo que tiraba del cable de la rejilla del ascensor.

«Estoy metido dentro de las páginas de un cómic —se dijo Cosmo para sus adentros—. Todo esto es como una novela gráfica, ahora mismo alguien estará pasando las páginas y diciendo: "Todo esto es demasiado raro; ¿quién podría creerse algo así?".»

—Hace tres años, Stefan era cadete de la policía —explicó Lorito, al tiempo que tiraba su botella de cerveza al aparato de reciclaje—. Su madre también estaba en el cuerpo, era una de las cirujanas jefe de traumatología de la ciudad. Cuando ella murió, Stefan pasó un año en el hogar de viudas y huérfanos, y al salir se gastó hasta el último diñar del pago del seguro en este sitio.

Cosmo miró a su alrededor. El edificio no era lujoso, ni siquiera para el criterio de un huérfano. Los catres eran como los del ejército, la pintura de las paredes estaba abultada por el efecto de la humedad y las ventanas hacía años que no veían un trapo.

—No es que sea la Batcueva, precisamente.

—¿La Bat qué?

—No importa.

El chico rubio señaló a una mezcla de ordenadores inclasificables apilados encima de una mesa de trabajo. El último grito en pantallas de cristal líquido aparecía

junto a monitores del siglo anterior.

—La mayor parte de todo esto procede del mercado negro. Vigilamos las noticias del Satélite a la espera de catástrofes.

—¿Qué? ¿Habéis hackeado el sitio de la policía?

Lorito se echó a reír.

—¿El sitio de la policía? No, gracias. Tenemos demasiada prisa para estar esperando a la policía. Hackeamos a los bufetes de abogados.

Tenía sentido. Teniendo en cuenta que los pleitos estaban por las nubes, la mayoría de las empresas contrataban a equipos privados de abogados de emergencia y combate para llegar antes que la policía a los lugares de los accidentes.

Lorito volvió a centrar su atención en la habitación.

—Todos tenemos una cama —dijo—. Es un catre muy sencillo, pero al menos es un lugar donde echar una cabezada.

—¿Y da la casualidad de que teníais uno de sobra para mí?

Lorito lanzó un suspiro.

—¿Uno de sobra para ti? No, la verdad es que no. Ese era de Astillas. Antes era uno de los nuestros, pero ya no podía soportar más las visiones. Se marchó de la ciudad hace seis meses. Ahora vive fuera. Lleva gafas de sol de cristales azules y nunca se las quita.

—¿Tú también eres un Oteador, Lorito?

—¿Un Oteador? Sí, todos lo somos, pero en mi caso es un efecto secundario del experimento Bartoli. Mona ya te habló de mí, ¿verdad?

—Sí. ¿Y cómo conociste a Stefan?

Lorito frunció el ceño.

—Stefan tuvo un... accidente hace unos años. Yo iba en la ambulancia que lo recogió; era el enfermero más bajito del mundo. Aquel hospital en concreto montó un gran número por el hecho de contratar a un niño Bartoli. A lo mejor has leído algo sobre mí en Satnet...

Cosmo negó con la cabeza.

—Bueno, da lo mismo. El caso es que recogimos a Stefan, que estaba desvariando, hablando de criaturas azules que le chupaban la energía del pecho. Yo no podía creerlo: hasta ese momento, había pensado que yo era el loco. Así que fui a visitarlo al hospital y empezamos desde ahí. Cuando Stefan decidió crear nuestro pequeño grupo, dejé mi trabajo sin pensármelo dos veces. Desde entonces hemos estado salvando juntos el mundo.

—Una pregunta más.

Lorito meneó su cabeza de niño.

—«Una pregunta más...», con vosotros los niños todo son preguntas.

—¿Para qué quiere Stefan esas flores?

—¿Las flores? Ya te lo contará él mismo cuando esté preparado.

El corazón le dio un vuelco. Cosmo casi formaba parte de un grupo; casi, pero no del todo.

El piloto de su plexiescayola se puso de color rojo y empezó a sonar un débil pitido de alerta.

—Basta ya de caminatas por hoy. La escayola aún necesita ocho horas más para completar su trabajo. ¿Te duele?

Cosmo asintió.

Lorito extrajo una tirita analgésica del bolsillo. La arrugada tira parecía caducada hacía diez años.

—Ten, esto todavía se puede exprimir un poco.

Retiró la banda adhesiva y pegó la tirita en la frente de Cosmo.

—¿Cómo tienes el pulso? El corazón estuvo a punto de salirse él solito por la boca. —Lorito apoyó la mano en la válvula cardíaca de Cosmo y, de repente, el dolor desapareció.

—Ya no lo siento... el dolor. ¿Cómo lo haces?

—No he sido yo, ha sido la tirita. Es uno de mis propios inventos. En este trabajo tengo un montón de oportunidades de utilizar mi formación médica.

—¿Y Stefan se formó en la academia de policía?

Lorito esbozó una sonrisa demasiado cínica para alguien de su edad aparente.

—Sí, se especializó en demoliciones.

—Mañana, ¿me enseñaréis a ser un Oteador? —preguntó Cosmo.

Lorito señaló con la cabeza hacia Mona Vasquez, que roncaba a pierna suelta, disfrutando de un profundo pero plácido sueño.

—Nadie puede enseñarte a ser un Oteador, chaval; es lo que eres. Pero esa chica de aspecto inocente de ahí te enseñará qué hacer cuando llegue la hora de poner en práctica tus habilidades.

El almacén de la calle Abracadabra disponía de lo que parecía una pequeña puerta trasera poco utilizada. En realidad, la puerta estaba muy bien engrasada y equipada con alarma, pero para el transeúnte ocasional, el óxido que trepaba por los goznes y las pilas de desperdicios acumulados hacían que la entrada pareciese fuera de servicio. Lo que los transeúntes no sabían era que el óxido se cultivaba con sumo cuidado y que las pilas de desperdicios estaban en realidad encima de ruedecillas. Con solo pulsar un botón, la totalidad de la pila se deslizaba a un lado y dejaba al descubierto una entrada lo bastante ancha para que cupiese un camión de gran tonelaje. No era un mecanismo de tecnología avanzada, pero era suficiente siempre y cuando a nadie se le ocurriese reciclar la basura.

Stefan abrió la puerta unos centímetros y se adentró en el amanecer de Ciudad Satélite. Antes, la salida del sol solía ser anaranjada, pero luego los amaneceres se

habían convertido en un espectáculo multicolor, pues la luz del sol iluminaba las partículas contaminantes que hubiese en la niebla tóxica del día en cuestión. Aquel día la niebla era de un intenso color violeta oscuro, lo que seguramente significaba pesticidas. El hedor del aire sería ya insoportable hacia el mediodía. Pese a todo, era mejor que el rojo. Nadie salía de su casa sin máscara cuando la niebla tóxica estaba de color rojo.

Los vendedores ambulantes andaban ya muy atareados a tan temprana hora de la mañana, encendiendo sus braseros y barbacoas móviles, listos para la franja comercial del desayuno. Sin embargo, todavía era demasiado temprano para las bandas. Los Gorilas solían seguir los horarios de los vampiros. Las calles estarían relativamente seguras hasta última hora de la tarde.

Stefan compró una porción de *pazza* en Carlo's Kitchen y encaminó sus pasos hacia el crematorio. Las *pazzas* eran el último grito en comida rápida: pizza calzone rellena de pasta y distintas salsas. La comida ideal para alguien en movimiento.

Stefan avanzó por la avenida del Periplo sin apartar la mirada de la *pazza*. En Westside, solían robarle la comida a la gente directamente de la boca. Era algo lamentable. Si aquella era la Ciudad del Futuro, Stefan se quedaba con el pasado.

Estaba de mal humor, y no era solo por la niebla tóxica. A pesar de todos sus esfuerzos, el grupo había adoptado a otro vagabundo. Sí, de acuerdo, el chico era un Oteador, pero no podía tener más de catorce años y no tenía ni la más remota idea de cómo sobrevivir en la ciudad. Mona también era joven, pero ella se había criado en las calles, era lista y tenía agallas. A Cosmo, en cambio, parecía que las calles iban a comérselo vivo en un abrir y cerrar de ojos. Stefan ya se sentía responsable por el chico, aunque no tenía ningunas ganas de serlo. ¡Pero si apenas había alcanzado la edad de ser responsable de sí mismo! Una cosa era arriesgar su propia vida para perseguir a los Parásitos, pero poner la vida de otra persona en peligro era algo completamente distinto, sobre todo tratándose de alguien todavía tan verde como Cosmo Hill.

Cinco manzanas más abajo, Stefan llegó al crematorio El Consuelo. El edificio era de un inevitable gris hierro colado, pero el director había hecho un esfuerzo por alegrar un poco el lugar haciendo que unos ángeles diseñados por ordenador se desplazasen arriba y abajo por la fachada.

Stefan rodeó el costado del edificio y se dirigió a la parte posterior, al salón del Eterno Descanso. Insertó en la máquina su tarjeta de residente y pasó por el torniquete. Con la tarjeta activó lo que parecía una pared de espejos, pero en realidad era un carrusel de diez pisos de cajitas de cristal. La banda magnética de su tarjeta activó el movimiento de una caja colocada en el nivel más alto. Stefan siguió su avance con la vista y la vio bajar por las hileras hasta que se situó en una cabina vacía que había a ras de suelo.

El chico escogió la opción sin música de la pantalla táctil y entró en la cabina. La caja se deslizó de su compartimento y se colocó en una almohadilla de terciopelo.

—Todo esto no me gusta nada, mamá —murmuró Stefan, avergonzado—. Terciopelo y angelitos... Pero, lo creas o no, hay lugares mucho peores que este.

La caja medía quince centímetros de lado y era transparente, con una placa de latón en la parte frontal. La inscripción era breve y sencilla: «A la mejor de las madres: Te quiero muchísimo. Te fuiste demasiado pronto».

Stefan sacó el ramo de flores del interior del abrigo y las dejó en la almohadilla, delante de las cenizas de su madre.

—Lirios, mamá. Tus favoritos.

El flequillo en punta de Stefan se le había caído por la frente y le tapaba los ojos. Parecía varios años más joven.

—Hemos reclutado a otro Oteador, mamá. Es un buen chico. Inteligente. Esta noche le ha salvado la vida a Mona. Tiene la mente ágil; decididamente, podría ser un buen Sobrenaturalista, pero solo es un niño, un no-patrocinado recién salido del Clarissa Frayne.

Stefan se pasó las manos por la cabeza.

—Pero incluso con Cosmo, hay demasiados de esos bichos azules. Cada día aparecen más. Ahora también salen de día, ¿sabes? Aunque te hagas un simple cortecito en el brazo, tienes que ir con mucho cuidado. Nadie está a salvo. Todas las noches reventamos a cien y, al día siguiente, vienen mil Parásitos más a ocupar su lugar.

Stefan frunció el ceño y en su joven frente aparecieron las arrugas de preocupación propias de una persona tres veces mayor que él.

—¿Estoy loco, mamá? ¿Estamos todos locos? ¿De verdad están ahí fuera esos Parásitos? Y si lo están, ¿cómo va a acabar con ellos una pandilla de críos? Los otros creen que soy su líder. Veo cómo recurren a mí, como si yo tuviera todas las respuestas. Hasta el chico nuevo, Cosmo, ya siente auténtica admiración por mí, y eso que solo lleva despierto unas horas. Bueno, pues no tengo ninguna respuesta. Cada día hay más Parásitos y lo único que podemos hacer es salvar a unas cuantas personas cada vez.

Stefan enterró la cabeza en las manos. Sabía lo que le habría dicho su madre: «Cada persona a la que salvas es el hijo de alguien, o la madre de alguien. Cuando los salvas a ellos, me estás salvando a mí».

«Ojalá... —pensó Stefan—. Ojalá hubiese podido salvarte a ti. Entonces todo habría sido distinto.»

Burbujas efervescentes



MONA Vasquez se sentía como si tuviese los intestinos a punto de salirse por la boca del estómago. Estaba tumbada en su catre, sudando a mares. Mona se acordaba de todo lo sucedido la noche anterior, pero las imágenes eran borrosas, como si las estuviese viendo debajo del agua. La policía privada le había disparado un dardo y Stefan y Lorito habían conseguido llevarla de vuelta al almacén. Y luego, ¿qué?

Luego, el chico nuevo la había salvado. Después de eso había estado vomitando seis horas y, a juzgar por los ejercicios gimnásticos de su estómago, los vómitos no habían terminado todavía. Mona yacía inmóvil como una estatua. Si no se movía, a lo mejor desaparecerían las arcadas.

Últimamente, aquello sucedía cada vez con más frecuencia; no podías esperar ir por toda Ciudad Satélite disparando varas electrizantes sin que hubiese repercusiones. En los dieciocho meses anteriores, Mona, sin ir más lejos, había acumulado sesenta y siete puntos, tres huesos rotos, una hernia discal y ahora un pinchazo en la pierna. Tenía suerte de estar viva, aunque no se sentía especialmente afortunada en aquellos momentos. La cruda realidad era que llevaba todas las de perder, y cada día sus posibilidades de ganar eran más reducidas.

Pero ¿qué otra opción tenía? La misión de Stefan era su misión; alguien tenía que pararles los pies a aquellos Parásitos. Sus propios padres habían muerto muy jóvenes, tal vez los Parásitos les habían robado unos cuantos años de vida, y las horrendas criaturas se estaban volviendo cada vez más audaces: las atraía cualquier herida o enfermedad, por leve que fuese, y agredían a sus víctimas a plena luz del día.

Mona no compartía el odio visceral que Stefan sentía por los Parásitos. Tras una noche de caza de criaturas con los Sobrenaturalistas, la chica no tenía problemas para dormir ocho horas ininterrumpidas. Stefan, en cambio, se quedaba levantado y se le oía trajinando en las mesas de trabajo, reparando el armamento o poniendo a punto los equipos de escalada. Muchas veces, su obsesión lo mantenía despierto cuarenta y ocho horas seguidas.

La chica se incorporó despacio, esperando a que se le revolviere el estómago. Sin embargo, no pasó nada. A lo mejor se había curado del todo por fin. Se examinó la cara en el espejo que había junto a la cama. Tenía el cutis de color verde, de eso no había duda; no es que fuese un verde intenso, pero el tono era decididamente verde. Hasta tenía unos cuantos filamentos verdes en el blanco de los ojos. ¿Qué clase de veneno llevaba aquel dardo? De no haber sido por Cosmo, en esos momentos no sería más que un arbusto con un par de hojas marchitas.

Mona lanzó un suspiro y se estiró la piel de las mejillas con el pulgar y el índice. Hubo un tiempo en que aún se preocupaba por estar guapa, y su madre solía decirle que era tan hermosa como una flor exótica. A Mona nunca se le había olvidado esa expresión, «flor exótica». Aunque a veces ya no se acordase de sus padres, que habían muerto durante unos disturbios por la escasez de alimentos en Booshka.

Mona se encaminó hacia la zona común, rascándose la cabeza. Por supuesto, Stefan ya estaba manos a la obra, al pie de la mesa de trabajo, aplicando una solución limpiadora a las lentes de sus gafas de visión nocturna. Tenía los ojos castaños completamente concentrados en la tarea que tenía entre manos. Mona se detuvo unos instantes a observarlo. Stefan podría tener un gran éxito entre las chicas, eso si algún día dejase de trabajar el tiempo suficiente para pedirle una cita a alguna. Poseía todos los requisitos: era alto, moreno y guapo, con la belleza que otorga el haber recibido muchos golpes en la vida, en sentido literal y figurado. Sin embargo, Mona sabía que Stefan no disponía de tiempo para sí mismo, así que difícilmente podría dedicarle tiempo a otra persona. Solo tenía tiempo para los Parásitos.

Stefan advirtió la presencia de la chica y una sonrisa sincera iluminó las facciones de su rostro.

—Eh, Vasquez, vuelves a estar viva y coleando.

Mona asintió con la cabeza y el movimiento le hizo sentir una náusea en el estómago.

—Más o menos. Gracias al chico nuevo.

—¿Te apetece un poco de acción?

—Siempre estoy lista para un poco de acción, Stefan —respondió Mona, tratando de reunir un poco de entusiasmo.

Stefan le arrojó una vara electrizante.

—Así me gusta. Enséñale a Cosmo a utilizar este cacharro. Tenemos una alerta a tres manzanas de distancia.

—¿Crees que aparecerán los Parásitos?

Stefan la miró a través de las lentes de las gafas de visión nocturna.

—¿Tú qué crees?

En esos momentos, Cosmo estaba teniendo un sueño especialmente horrible en el que aparecían dos Parásitos, Mordazas y un secador de pelo, cuando Mona lo zarandeó y lo despertó.

El chico abrió los ojos, esperando ver el rostro del supervisor de turno del Clarissa Frayne cerniéndose sobre él, pero en su lugar vio a Mona Vasquez. Por increíble que pudiese parecer, seguía estando guapa a pesar de aquel tono verde de su cara.

—Estás espectacular —masculló, aún medio dormido.

Mona hizo una mueca con el labio inferior.

—¿Cómo dices?

Cosmo lanzó un gemido. ¿Era posible que hubiese dicho eso en voz alta?

—Estás espectacular... mente verde. Espectacularmente verde, eso es. Es por el virus, no te preocupes, ya se te irá.

Mona sonrió.

—Me han dicho que eres el experto en medicina.

La sonrisa fue más eficaz para acabar de despertar a Cosmo que un parche de adrenalina.

—No soy un experto exactamente. En realidad, tuve suerte.

—Yo también. —Mona se incorporó—. Vale, ya basta de momentos sentimentaloides. Levanta esa calvorota de la cama, tenemos trabajo.

Cosmo retiró la raída manta.

—Ya lo sé. Entrenamiento.

—¿Entrenamiento? Eso es lo que tú quisieras. Hemos recibido una alerta a tres manzanas de aquí.

Le dio a Cosmo una vara electrizante.

—El botón verde es para encenderla, el rojo es para disparar. Asegúrate de que la parte más estrecha esté apuntando al bicho azul, ¿lo has entendido todo?

Cosmo asió la vara con mucho cuidado.

—Verde, rojo, parte estrecha. Lo he entendido.

Mona volvió a sonreír.

—Muy bien. Considérate entrenado.

Los Sobrenaturalistas se estaban colocando el equipo, una extraña combinación de herramientas de minería y armas policiales. Era como si algunos de los instrumentos solo se mantuviesen unidos y no se descuajaringasen gracias a la cinta aislante y a las plegarias. Todo parecía muy anticuado.

Stefan gritaba mientras trabajaba.

—¡El edificio Stromberg! Casi todo son unidades residenciales. El Satélite transmite los tiempos de rotación a las unidades y, por lo visto, dos apartamentos han sido rotados al sur al mismo tiempo. La colisión ha sido impresionante.

Mona le explicó la situación a Cosmo mientras le sujetaba un puente extensible a la espalda.

—El Gran Colador es una ciudad de veinticuatro horas, así que las fábricas hacen rotar sus edificios igual que sus turnos. Todo el mundo disfruta de ocho horas de reposo y ocho horas de orientación al sur. Las ocho horas restantes las pasas trabajando, así que te da lo mismo dónde esté tu apartamento. El Satélite ha intentado meter dos apartamentos en un solo espacio. Muy desagradable.

Cosmo se estremeció. El Satélite había vuelto a fastidiarla. Aquello se estaba convirtiendo en el pan de cada día.

Lorito le dio un par de enormes gafas de plástico de visión nocturna que le tapaban la mayor parte de la cara y la coronilla.

—Todos llevamos estas placas de cráneo, que repelen los rayos X. Si los de la privada te hacen una radio del cráneo, pueden generar tu cara por ordenador. Y eso hoy día se acepta como prueba en los tribunales.

—Ah... Vale —murmuró Cosmo.

Se sentía como si estuviese acercándose al borde de un precipicio, con la intención decidida de saltar al vacío. En el orfanato, todo había sido tan predecible como que después de una tormenta vuelve a lucir el sol, pero con los Sobrenaturalistas cada momento traía alguna nueva e inquietante aventura. ¿Era aquella la vida que quería? ¿Acaso tenía elección?

—¿Listo todo el mundo? —gritó Stefan—. Entonces, ¡vamos!

Se subieron al ascensor, nerviosos y en estado de máxima tensión. Cosmo no podía creerse que estaba a punto de salir a disparar contra unas criaturas sobrenaturales. El resto del grupo estaba realizando sus rituales previos al momento de entrar en acción: Lorito se estaba embadurnando los brazos con pintura de camuflaje, Mona estaba haciendo crujir cada nudillo de los dedos y Stefan estaba haciendo un agujero en la pared con la mirada.

Cosmo advirtió que estaban subiendo.

—¿Tenemos un helicóptero? —preguntó en tono esperanzado.

—¿Un helicóptero? Sí, claro —soltó Lorito—. Dos helicópteros y un Transformer.

—Entonces, ¿por qué subimos?

—Porque los abogados están en el suelo —contestó Mona—. Y arriba es donde están los Parásitos.

—Ah —dijo Cosmo, sin demasiada convicción. No había tenido demasiada suerte en las azoteas últimamente.

El almacén de los Sobrenaturalistas estaba en un edificio relativamente bajo según los estándares internacionales. Apenas ciento cuarenta pisos de altura. Salieron a la azotea entre una deprimente nube tóxica de color verde.

En Westside, todos los edificios eran más o menos de la misma altura, piso arriba piso abajo, lo que garantizaba la nitidez de la señal desde el Satélite a las antenas parabólicas de los tejados. También facilitaba a los vigilantes la tarea de desplazarse entre los edificios, siempre que estuviesen dispuestos a arriesgar su vida y su integridad física en el intento.

Westside se desplegaba ante ellos como una hilera de fichas de dominó, y solo los dibujos gráficos en los edificios y los carteles de neón distinguían unos rascacielos de otros. En el aire, los pájaros de la policía y de la televisión competían por ganar espacio, zarandeados por el viento que zigzagueaba entre las columnas de hierro

colado.

Stefan desplegó un puente extensible que llevaba a la espalda. Cosmo lo observó con atención; era obvio que no iba a haber tiempo para practicar aquello. Había visto a los limpiacristales del Clarissa Frayne encaramarse a aquellos artilugios, corriendo entre un edificio y otro con una naturalidad suicida, y siempre se había dicho para sus adentros: «¡Eso no lo haría yo ni en un millón de años!». Las cosas cambian. Las circunstancias cambian.

El puente, en su estado cochambroso, parecía una bandeja de acero con hileras dobles de agujeros semicirculares. En uno de los extremos de la bandeja había un carrete de cable; Stefan se ajustó firmemente el otro extremo al talón y envolvió los dedos alrededor de la empuñadura del carrete. Soltó unos cuantos centímetros de cable y luego pulsó el botón de activación del teclado del carrete. El puente se desplegó al instante, accionado por un pequeño depósito de gas, y se extendió por encima de la separación entre los edificios. Stefan manejó el carrete con movimiento experto, manteniendo el morro del puente en el aire hasta que alcanzó el borde del edificio vecino.

—¡Adelante! —ordenó, al tiempo que se apartaba a un lado.

Mona y Lorito echaron a correr a través del puente, con cuidado pero con seguridad al mismo tiempo.

—No mires abajo —le aconsejó Lorito desde el otro lado.

Cosmo inspiró hondo y empezó a cruzar el puente, aguantando la respiración como si estuviese debajo del agua. Atravesar un puente a aquella altura no es tan fácil como puede parecer: el viento te empuja, el metal cruje bajo los pies y el tiempo juega contigo, alargando cada segundo hasta convertirlo en una hora. Cosmo se concentró en la cara de Mona, que le sonreía.

Había atravesado al otro lado, y se bajó de un salto de la orilla del tejado. Stefan llegó tras él, y volvió a recoger el puente pulsando otro botón. No había tiempo para pensar, no había tiempo para tomar decisiones; solo había tiempo para seguir al resto y sentir miedo.

—¡No os paréis! —ordenó Stefan por encima de su hombro—. No tenemos un segundo que perder. Los Parásitos ya deben de estar allí.

¡Los Parásitos! Cosmo ya casi se había olvidado de ellos. ¿Los estarían esperando? ¿Cómo reaccionaría él cuando volviese a verlos cara a cara?

Avanzó a toda prisa por el segundo puente, el miedo ya se había atenuado un poco. Cosmo no creía que algún día pudiese llegar a sentirse cómodo saltando por los tejados, pero al menos no estaba paralizado por el terror.

Mona corría a su lado.

—Mira —dijo sin resuello—. A nuestro alrededor. ¿Los ves, Cosmo?

Cosmo los veía. Varias docenas de criaturas azules correteaban por las azoteas,

atraídos hacia un solo punto como un remolino de agua sucia que se desliza por el desagüe. «Hay tantísimos...», pensó Cosmo, y sus pensamientos parecían jadear casi tanto como sus pulmones. Debía de haber millares. Sin embargo, él seguía adelante, corriendo sin parar, a pesar de la voz del instinto, que le decía que diese media vuelta y saliese huyendo de allí.

Una manzana al sur de allí, había dos áticos torcidos en posición vertical, ambos intentando todavía ocupar el mismo sitio en el edificio Stromberg. Unos engranajes gigantesos chirriaban sin cesar y las llamas provocadas por los cortocircuitos lamían el costado del edificio. Los Parásitos saltaban como si tal cosa por encima del hueco de separación y trepaban hasta las unidades residenciales.

—¿Vamos allí? —preguntó Cosmo con incredulidad.

Stefan asintió vigorosamente.

—Sí, y más vale que sea rápido. Se acercan los pájaros de la televisión y oigo las sirenas.

Cosmo también oía las sirenas: el aullido regular de la policía y los pitidos estridentes de los equipos de abogados. Los pitidos se oían cada vez más cerca. Tenían un par de minutos como máximo.

Mona desplegó un puente y se apartó a un lado.

Stefan desenfundó su vara electrizante y la encendió.

—Muy bien, chicos. Entraremos por el acceso a la azotea. Nos concentraremos en un solo apartamento. Treinta segundos y salimos. Quiero que estemos a años luz para cuando los de Stromberg Prívate lleguen a esta azotea, ¿entendido?

—¡Afirmativo! —exclamó Cosmo, que había oído aquello en televisión.

Mona y Lorito se limitaron a asentir con la cabeza, poniendo a punto sus armas.

Stefan apoyó la mano en el hombro de Cosmo.

—Tranquilízate, Cosmo. Recuerda, no te preocupes por los Parásitos, no te atacarán a menos que estés herido. Preocúpate por los abogados y la policía privada; esos son los que no juegan limpio.

—De acuerdo.

Mona le dio un golpecito en el hombro.

—No te pasará nada, Cosmo. Yo cuidaré de ti.

Atravesaron el último puente. Cosmo sintió cómo se le estremecía la caja torácica con el palpitar acelerado de su corazón. Lo único que lo hacía seguir adelante era la sensación de que nada de aquello estaba ocurriendo en realidad. En verdad, seguramente estaba tendido en la cama de algún hospital, completamente sedado y vigilado por el supervisor Redwood. Más le valía disfrutar de aquel mundo de ensueño mientras durase, pensar en él como si fuera un videojuego. Había que entrar, cargarse a unos cuantos extraterrestres y luego comparar las puntuaciones.

La superficie de la azotea era irregular, combada bajo el peso de gigantesos

dientes de engranaje. Unos chorros de vapor y de aceite caliente manaban de los geiseros que había entre las grietas del cemento. El hueco de la escalera estaba bloqueado por unos escalones destrozados. Stefan colocó un trozo de cinta abrasante alrededor de los puntales metálicos. La industria maderera de América Latina había creado la cinta abrasante antes de que fuese ilegal utilizar madera como material de construcción.

—Tapaos los ojos.

Cosmo obedeció una fracción de segundo demasiado tarde. Stefan accionó la espoleta y acto seguido se inflamó una cinta de magnesio, que emitió un fulgor blanco y activó un globo de oxiacetileno. La cinta atravesó los puntales de metal como si se tratara de un cable cortando queso y Cosmo retuvo la imagen en la retina durante varios minutos. Una serie de escalones cayeron al hueco y bloquearon los niveles inferiores.

—Puentes —dijo Stefan.

Los miembros del equipo colgaron los instrumentos de distintas partes del pasamanos y los dirigieron con mano experta hacia el caos de debajo. Bajaron uno a uno al ático inestable. Cosmo fue el último en bajar por la escalera de Mona, viendo todavía chispas en los ojos.

Aterrizó en medio del caos más absoluto que había presenciado en toda su vida: la gente corría despavorida y en tropel hacia la salida de incendios, ajena a las criaturas azules que se aferraban con curiosidad a las paredes. Pero no todo el mundo era ajeno a ellas; Stefan empuñó su vara electrizante y abrió fuego. Los Parásitos estallaron en burbujas azules, rebotando en el reducido espacio como si fueran bolas de una máquina del millón sideral. No hacían ningún ruido ni se mostraban sorprendidas, sino que se limitaban a hincharse y a explotar.

Mona empezó a disparar con una precisión mortal, acompañada de una retahíla de frases que Cosmo sospechaba que no había aprendido en ninguna escuela. Limpió rápidamente una de las paredes de cualquier criatura restante y se abrió paso a través del tumulto en dirección a los apartamentos descolocados.

Cosmo desenfundó su vara, la preparó, apuntó y vaciló un instante. Los Parásitos lo miraban a través de unos ojos inmensos y redondos, con la cabeza ladeada. Estaban vivos. No podía hacerlo. Ni siquiera el recuerdo de la criatura azul agazapada encima de su pecho, chupándole hasta la última gota de su fuerza vital, podía obligarle a apretar el botón.

En el extremo del pasillo, el apartamento no había conseguido encajar en su lugar, y se abría un abismo de casi dos metros entre el piso y la estructura principal. Stefan desplegó un puente encima del abismo y lo utilizó como cabrestante para levantar el díscolo apartamento. Los Parásitos revoloteaban a su alrededor, ansiosos por llegar hasta los heridos.

El chico volvió la cabeza.

—Treinta segundos, ¿recordáis? —dijo.

Los miraba con los ojos abiertos como platos, poseído. En ese momento solo había una cosa importante para él.

Cruzó el puente, disparando sin cesar mientras cruzaba. Su equipo lo siguió a la boca del lobo. Saltaba a la vista que el apartamento había chocado con una fuerza considerable. Cada astilla de los muebles estaba apilada contra una pared. Los televisores, las sillas y los robots domésticos habían quedado reducidos a poco más que cables y escombros.

Los seres humanos no habían salido mucho mejor parados. Había al menos una docena de hombres, mujeres y niños amontonados en un rincón de la habitación, formando una maraña de extremidades. Los Parásitos estaban encima de ellos como las moscas encima de la carne, devorando con avidez toda su fuerza vital.

Las dudas de Cosmo se esfumaron. Apuntó con su vara electrificante a la criatura azul más próxima y apretó el botón rojo. Para su sorpresa, la vara apenas produjo retroceso, era casi como de juguete. Sin embargo, el efecto no se parecía en absoluto al de un arma de juguete. La descarga chamuscó el aire al atravesarlo y se hundió en el torso del Parásito. La criatura absorbió hasta el último voltio, y no transmitió ni una sola chispa a su víctima. Su ansia de energía fue su perdición: la descarga la llevó hasta más allá de sus límites e hizo estallar a la criatura en mil esferas llenas de chispas.

Lorito no disparaba. Él era el médico, y hacía cuanto estaba en su mano por los heridos: unía los cortes con grapas, rociaba las heridas con desinfectante antiséptico y administraba analgésico líquido a las gargantas de quienes no hubiesen perdido el conocimiento. Para algunos ya era demasiado tarde.

Lorito apoyó la palma de la mano en el corazón de un anciano.

—Ha sido el shock —dijo con tristeza—. Está en estado de shock.

Mona era mitad ninja, mitad pistolera, descerrajando una descarga tras otra sobre las criaturas azules. No fallaba nunca. En un abrir y cerrar de ojos, la habitación bamboleante se llenó de burbujas azules, como si fueran los globos de una fiesta, que se elevaban hasta el techo y se deshacían con un chisporroteo.

Cosmo disparó una y otra vez. Los Sobrenaturalistas tenían razón: las criaturas estaban arrancándole la vida a aquellos pobres desdichados. Y él no lo había sabido hasta entonces, nunca lo había visto. ¿Cómo iban a derrotar a aquella clase de adversarios?

Mona apareció por detrás de su hombro, con la barbilla chamuscada por el fogonazo de los disparos.

—¡Ánimo, Cosmo! Acabas de salvar una vida.

Esa era la forma de seguir adelante, salvando vidas de una en una. Cosmo apuntó

a una criatura de color plata reluciente por la vida que ya había absorbido. Disparó su arma y la criatura se disolvió en burbujas.

De repente, el suelo bajo sus pies empezó a calentarse. Las botas de suela de goma de Cosmo dejaban filamentos derretidos allí donde pisaba.

—¡Se está quemando el suelo! —gritó.

Stefan puso la mano encima de la moqueta.

—Los abogados —dictaminó—. Vienen a través del suelo. Hemos bloqueado la escalera. Es hora de irse.

—Pero ¿y los Parásitos? ¡Hay más!

Stefan asió a Cosmo por la solapa.

—Hemos hecho lo que hemos podido. Si te detienen no podrás ayudar a nadie.

Un haz de luz anaranjada proyectada por un cortador atravesó el suelo, emergió a tres centímetros del pie de Cosmo y trazó un pequeño círculo en la superficie. El haz de luz desapareció y lo sustituyó una cámara de fibra óptica.

Mona cogió el cable y tiró de él repetidas veces hasta que este se separó de la caja.

—Recogedlo todo. ¡Es hora de largarse!

El haz de luz reapareció, esta vez de color azul para poder quemar con rapidez. A través del agujero se oyeron los chasquidos de las armas al cargarse.

Stefan encabezó la retirada, disparando a diestro y siniestro. A los ojos de los residentes, los Sobrenaturalistas debían de parecerles una panda de locos, disparando a la nada, al aire, cuando había personas heridas a las que ayudar.

Atravesaron el puente extensible que conectaba con el edificio principal. Cosmo miró abajo, al abismo: una docena de abogados de emergencia se agolpaban en una plataforma elevada, con el logo de la Balanza de la Justicia inscrito en los cascos, esperando a que el haz cortador terminara de hacer un agujero. Uno de ellos vio a Cosmo.

—¡Eh, tú! Ese de ahí —gritó—. No puedes abandonar el lugar de un accidente. Hay que firmar documentos de renuncia.

—¡Sigue andando! —le ordenó Lorito—. Esos tipos tienen mejores equipos que los nuestros.

El abogado se arrancó una tira de velero de su chaleco de combate y dejó al descubierto una cuerda y un mosquetón de rappel.

—¡Es ilegal abandonar el lugar de un accidente! —gritó—. ¡Quieto, o la Stromberg Corporation no será responsable si sufres algún daño!

El abogado se agachó debajo de la barandilla de seguridad de la plataforma, y disparó el mosquetón a través de una abertura que había en las barras torcidas del hueco de la escalera. Cosmo consiguió agacharse a tiempo y el mosquetón fue a hundirse en el techo. El abogado pulsó un botón de su equipo y la cuerda del

mosquetón tiró de él y lo izó a gran velocidad. Pasó a través de dos capas de yeso y aterrizó en el pasillo detrás de Lorito.

—Quieto, acusado —dijo al tiempo que le apuntaba con una vara electrizante—. Tienes derecho a que te caiga un buen puro si tratas de escapar.

Lorito abrió los ojos como platos, una imitación perfecta de un inocente crío de seis años.

—¿Que me caiga un buen puro? Pero, señor, soy un menor...

El abogado se rió, burlándose.

—Ya no lo serás para cuando tu caso llegue a los tribunales.

—Protesto —repuso Lorito al tiempo que propinaba un derechazo en el estómago de su adversario.

El abogado, atónito, se cayó por el agujero del suelo, y solo la cuerda de rappel evitó que cayera en picado a la calle.

Stefan y Mona ya estaban en la azotea.

—Daos prisa, vosotros dos. Vienen los helicópteros.

Era un caleidoscopio de caos: distintos frentes se abrían ante los ojos de Cosmo y se mezclaban entre sí y volvían a cerrarse antes de que le diese tiempo a reaccionar ante cualquiera de ellos. Unos abogados asesinos y un niño Bartoli violento, Parásitos que te chupaban la vida y ahora esos helicópteros. Y todo porque trataban de ayudar a la gente. ¿No podían decírselo a alguien?

Cosmo se precipitó por el puente en dirección a la azotea. El cielo nocturno estaba tachonado de helicópteros que convergían en un mismo punto. Docenas de reflectores iluminaban el edificio. La mayoría de ellos eran pájaros de la televisión, y es que las catástrofes llenaban los titulares de los noticiarios. Incluso una catástrofe pequeña como aquella seguramente encabezaría todos los boletines.

Mona y Stefan estaban agazapados en el borde de la azotea del edificio Stromberg. Stefan cogió un walkie-talkie a prueba de golpes de su cinturón y puso el volumen al máximo. Arrojó la radio a un edificio contiguo.

—Necesitamos un puente —anunció Stefan—. ¿Mona?

—Yo no. Yo ya he puesto tres. Ya casi no me queda gas.

—¿Lorito?

—Y yo igual.

Stefan se masajeó las sienes.

—Cosmo: un puente, ahora.

—¿Quién, yo?

—No habrá mejor momento. Nadie más tiene combustible suficiente para un gran salto, y no hay tiempo de intercambiar los depósitos.

El Sobrenaturalista novato retiró el puente de su soporte, en la espalda. Parecía muy sencillo: colocarse encima de la barra, accionar el morro y guiarlo con el cable.

Muy sencillo. No tan sencillo como caerse de un edificio pero más sencillo que enhebrar una aguja con un espagueti.

Se colocó encima de la barra.

—Pon el talón detrás —le aconsejó Mona—. Usa el peso de tu cuerpo como ancla.

Cosmo movió el pie.

—Mantén el morro hacia arriba, es mejor pasarse que quedarse corto.

Morro hacia arriba. Muy bien.

Se oían ruidos abajo. Ordenes a gritos y el ruido sordo de botas al correr.

—Ya vienen.

Cosmo rodeó el carrete con los dedos y disparó. El puente se le enroscó alrededor del pie y le causó una sacudida en la rótula nueva. Hizo caso omiso del dolor y se concentró en dirigir el morro del puente. Pesaba más de lo que parecía, y también era más difícil de manejar. Se retorció en el viento que soplaba a aquella altura. Cosmo tiró con el peso de su cuerpo de la cuerda para elevar el morro. Acto seguido, el puente ya estaba tendido, ganándole sesenta centímetros al edificio contiguo. Cosmo se relajó y dejó que el puente entrase en contacto con la superficie con un estruendo metálico, mientras dos agarres en forma de gancho sobresalían del otro extremo.

Los miembros del equipo no perdieron el tiempo con parabienes, sino que se precipitaron hacia la seguridad que les proporcionaba la siguiente azotea. Cosmo pasó el último y guardó el puente pulsando el botón de cierre.

La sonrisa de Mona brillaba entre las sombras.

—No ha estado mal para ser tu primera vez, Cosmo.

Lorito también sonrió.

—¿Que no ha estado mal? La primera vez que Mona tendió un puente tuvimos que cortar el cable, porque si no la habría arrastrado por el borde.

Mona arrugó la frente.

—Sí, bueno, al menos soy lo bastante alta para colocar una escalera sobre un hueco grande.

—¡Silencio! —ordenó Stefan—. Tenemos compañía.

El equipo de picapleitos estaba descendiendo en rappel hacia la azotea contigua, deslizándose por el maltrecho acceso a la azotea. La luz de las lámparas portátiles asomaba por el agujero como si fueran reflectores de guerra, y varios abogados estaban cambiando sus cartuchos de empaquetar por una cartuchera de munición letal ilegal.

El escuadrón se reunió formando un amplio círculo, buscando indicios de su presa.

Stefan habló en susurros a un segundo walkie-talkie.

—Todo el mundo al suelo, los abogados están en el tejado. —El primer

transmisor, que estaba a dos azoteas de distancia, recogió la frase y la amplificó de manera que fuese claramente audible.

—¡Por aquí! —exclamó el cabecilla legal—. No interroguéis a nadie hasta que hayan firmado una renuncia.

Los abogados siguieron el sonido de la voz de Stefan. En esos momentos estaban muy exaltados, pero no tardarían en sentirse muy estúpidos.

Lorito chasqueó la lengua.

—Es el truco más viejo del mundo. Tenemos una caja entera de walkietalkies como ese en el almacén. Recuerdo una época en que los abogados solían ser más listos.

Mona se asomó por el borde del tejado.

—Algunos lo son.

Dos de los abogados se dirigían hacia ellos, con rifles de descarga eléctrica fuertemente sujetos al hombro.

—Un instrumental fabuloso —señaló Lorito—. Esos equipos de rappel son manos libres, y los rifles pueden disparar eternamente. Solo los pulsos electromagnéticos podrían impedir que esas armas siguieran disparando.

Cosmo estaba demasiado ocupado temblando de miedo para admirar las armas.

—Ya vienen. ¿Qué vamos a hacer?

Stefan se descolgó la mochila y dejó su vara electrizante en el tejado.

—Nos rendimos.

Mona sonrió.

—Observa atentamente, Cosmo. Esto es digno de admiración.

Cosmo advirtió que tanto Mona como Lorito estaban cambiando los cartuchos de sus armas.

Stefan se levantó muy despacio, con las manos encima de la cabeza.

—¡No disparen! —gritó—. No voy armado.

Los abogados se separaron, convirtiéndose de este modo en dos objetivos. Apuntaban con sendas armas a la cabeza de Stefan.

—Has escapado del lugar del accidente —gritó uno desde el otro lado del espacio que separaba ambos edificios—. Tenemos derecho a empaquetarte.

—Ya lo sé, pero venga, chicos... Solo quería ver el espectáculo. No he tocado nada. Además, mi padre es embajador, tenemos inmunidad diplomática.

Los abogados dieron un respingo. La inmunidad diplomática era más o menos superflua desde el Tratado de Un Solo Mundo, pero todavía quedaba alguna que otra república remota que insistía en aferrarse a sus derechos. Si se empaquetaba a un auténtico diplomático, el responsable se enfrentaba a pasar cinco años en los tribunales y los veinte siguientes en la cárcel.

—Y si tienes inmunidad diplomática, ¿por qué llevas esas placas de cráneo?

«Placas de cráneo» era el término en jerga para referirse a las máscaras de visión nocturna que llevaban Stefan y su equipo. Los bajos niveles de radiación del plástico significaban que no solo podían repeler los rayos X, sino también eliminar el vídeo. Aunque los Sobrenaturalistas quedasen grabados en una cámara, sus cabezas solo aparecerían como una imagen borrosa e irreconocible.

—Protección ultravioleta, eso es todo. Lo juro, no quiero que me frían el cerebro.

Uno de los dos abogados empuñó su arma aún con más fuerza.

—¿Rayos ultravioleta? ¿De noche? Vale, señor Inmunidad Diplomática, enséñanos algún tipo de documentación, anda. Y más te vale que no sea falsa, o no verás una cubeta hasta mañana por la mañana.

Stefan se metió la mano en el interior del abrigo y, con solo dos dedos, sacó un documento de identidad

—Os lo voy a tirar, ¿de acuerdo? No os emocionéis con el gatillo, ¿eh? Que mi padre conoce al alcalde Sol.

—Con una mano. Pon la otra encima de la cabeza.

Stefan hizo lo que le decían y lanzó el carnet al aire. El viento lo atrapó en sus garras y elevó la tarjeta plastificada otros veinte metros más arriba.

—Imbécil —masculló el abogado número uno sin desviar la mirada del rectángulo de plástico.

—Ya lo tengo —dijo el número dos.

En ese momento, mientras los dos abogados miraban el carnet, Lorito y Mona abrieron fuego simultáneamente y dispararon una ráfaga entera de sus cartuchos nuevos.

Dos balas verdes atravesaron a toda velocidad el edificio Stromberg, dejando tras de sí una estela viscosa. Se estrellaron contra las viseras de los abogados, y una especie de papilla pegajosa y verde se les desparramó por la cabeza y los hombros. Los dos abogados de emergencia cayeron redondos al suelo, hincando las uñas en la porquería cegadora y verde.

—Bolas de chicle —explicó Mona, esbozando su sonrisa deslumbrante—. La sustancia más repugnante de todo el planeta. Esos cascos son historia; una vez me tiraron una bola de chicle y me destrozaron mi chaqueta antibalas favorita. Esos tíos están fuera de combate hasta que aparezcan los de su escuadrón.

Stefan vio cómo la tarjeta de plástico en blanco trazaba una espiral descendente y caía entre las calles de Ciudad Satélite. A continuación, su teléfono empezó a emitir pitidos leves en su bolsillo, así que lo sacó y consultó la pantalla diminuta.

—Es un mensaje del ordenador. Un anciano ha pulsado su botón de pánico entre la Octava y la avenida del Periplo. Vamos, iremos por la calle.

—Un segundo —repuso Lorito.

Tendió un puente y liberó rápidamente a los forcejeantes abogados de sus equipos

de rappel y sus armas. Los Sobrenaturalistas no contaban con un gran presupuesto y aquel equipo era demasiado bueno para desperdiciar la ocasión y dejarlo ahí tirado. En un visto y no visto, el niño Bartoli ya había regresado junto a los demás.

—Creía que te habías quedado sin gas —señaló Cosmo en tono acusador.

Lorito se encogió de hombros.

—¿Quedarme sin gas? ¿Yo? Eso dije, ¿verdad? Bueno, y tú has aprendido a tender un puente, ¿o no? Y nadie se ha hecho daño.

Los Sobrenaturalistas recogieron sus cosas, guardando los puentes y enfundando sus varas electrizantes. Cosmo los imitó, con el corazón en algún punto entre el estómago y la garganta. Los demás parecían completamente tranquilos, ajenos a la locura de sus cacerías nocturnas. Tal vez llevaban tanto tiempo cazando Parásitos que aquella era una noche normal para ellos. O tal vez, y eso era mucho más probable, estaban todos locos.

Cosmo se ajustó el cinturón de su mochila y siguió a Lorito a través de la puerta de acceso a la azotea.

Eso significaba que él también estaba loco.

El Gran Colador



LOS Sobrenaturalistas volvieron agotados al almacén a las cinco de la madrugada. El botón de pánico de la avenida del Periplo había sido una falsa alarma. Un viejo había metido la mano en el microondas mientras todavía estaba en marcha y había disparado su alarma personal. Muchos ciudadanos llevaban alarmas personales que podían activarse en caso de peligro o enfermedad y así avisar a los equipos médicos o de protección. Era un servicio caro, pero los equipos privados llegaban un promedio de dos minutos antes que la policía local, y esos dos minutos podían ser el tiempo que separaba la vida de la muerte.

Durante el camino de vuelta desde el Periplo, el ordenador del almacén les había informado de un tiroteo en el exterior de un banco de la zona cara del Periplo. Los Sobrenaturalistas se habían apostado en un tejado y habían disparado al tuntún contra todos los Parásitos que habían acudido en tropel al escenario del tiroteo. El sol asomaba con timidez a través de un arco iris de niebla tóxica cuando por fin regresaron a casa. Hasta Lorito estaba cansado y no tenía el cuerpo para chistes, con la carita de niño demacrada y los pantalones salpicados con la sangre de los heridos a los que había atendido.

Se sentaron alrededor de la mesa, masticando cenas procesadas de paquetes de comida súper rápida. Cosmo tiró de la pestaña de su paquete de comida y esperó diez segundos a que el calor se extendiese por todas las raciones.

—Me parece que esta noche hemos hecho un buen trabajo —comentó—. Nadie ha resultado herido y nos hemos cargado a un centenar de bichos de esos.

Stefan tiró la cuchara del ejército.

—Y mañana habrá doscientos que ocuparán el lugar de ese centenar.

Cosmo se terminó la comida en silencio, masticando despacio.

—¿Sabes lo que creo? Stefan se recostó en su silla, cruzándose de brazos. Su lenguaje corporal debería haber hecho callar a Cosmo.

—No, Cosmo, ¿qué es lo que crees?

Mona lanzó a Cosmo una mirada de advertencia, pero él insistió en hablar.

—Creo que podríamos averiguar dónde viven, y entonces sí les podríamos hacer daño.

Stefan se echó a reír ruidosamente, frotándose la cara con ambas manos.

—Llevo casi tres años haciendo esto y nunca se me había ocurrido semejante idea. ¡Caramba! Debes de ser una especie de genio, Cosmo... Averiguar dónde viven, realmente increíble...

De pronto, Cosmo sintió un picor insoportable en la nueva rodilla.

—Yo solo lo decía...

Stefan se levantó de golpe, con brusquedad, y su silla cayó al suelo. Supo controlar su mal genio, pero le costó un gran esfuerzo.

—Ya sé lo que decías, Cosmo. Ya sé lo que pensabas. Yo también he pensado en eso: encontrar el nido y hacerlos salir a todos a la vez. Es una idea estupenda, salvo por un pequeño detalle: no podemos encontrarlos.

Stefan arrojó el tenedor en las sobras de color marrón de su paquete de comida.

—Se me ha quitado el hambre de repente —dijo—. Me voy a la cama.

El chico alto se fue arrastrando los pies a su cubículo y cerró la cortina tras él.

Pese a todo, Lorito soltó una carcajada.

—Eres un as haciéndole la pelota al jefe, novato.

—Déjalo en paz, Lorito —repuso Mona—. O te pondré de cara a la pared.

Lorito se echó a reír y levantó los puños diminutos.

—Ya sé que soy pacifista, Mona, pero contigo haré una excepción.

Cosmo apartó a un lado su comida.

—No era mi intención hacer que se enfadase.

Mona se echó las sobras de las comidas inacabadas en su plato.

—No es culpa tuya, Cosmo. Toda su vida se centra en los Parásitos, tanto dormido como despierto. Stefan vive por y para esto, y todas las noches debe enfrentarse al hecho de que no estamos ganando la partida.

—Sigo pensando que hay algo que se me escapa. ¿Hay alguna otra razón por la que hacemos esto?

Lorito abrió una cerveza y se bebió media de un sorbo.

—Para ayudar a la gente, ¿no es eso suficiente?

—¿Para ayudar a la gente? ¿No hay ninguna otra razón...?

Mona y Lorito se intercambiaron una mirada y Cosmo lo vio.

—Ah, ya lo entiendo. Todavía no formo parte del grupo.

Mona le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Sabes una cosa, Cosmo? Estás demasiado tenso, necesitas salir a dar una vuelta.

De repente, Cosmo se acordó de Mordazas.

—No he salido a dar una vuelta en catorce años.

—Pues no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Mona, al tiempo que cogía su chaqueta—. Yo puedo permanecer despierta unas horas más si tú también puedes. Venga, vamos.

Cosmo la siguió al ascensor.

—¿Adónde vamos?

—Espera y verás.

—Lorito, ¿vienes?

El diminuto niño Bartoli se recostó en su asiento y encendió el televisor.

—¿Que si voy? No, gracias. Ya salí a dar una vuelta con Mona una vez y tuve suerte de volver con todos mis dedos intactos.

Cosmo compuso una leve sonrisa.

—Lo dice en broma, ¿verdad?

Mona lo empujó al interior del ascensor.

—No, Cosmo —contestó ella, cerrando la rejilla—. No lo dice en broma, pero dime, ¿quién necesita diez dedos, eh?

Mona condujo a Cosmo por el laberinto de conductos de suministro y cadenas de montaje abandonadas hasta una enorme zona de carga en la planta baja. Una voluminosa furgoneta estaba aparcada en la rampa de entrada al aparcamiento. Mona dio un golpe en el guardabarros y ahuyentó a un enjambre de ácaros del óxido. Los ácaros del óxido eran una nueva raza de insectos que habían aparecido en Ciudad Satélite. Los lavacerebros televisivos decían que eran el nuevo superbicho de la naturaleza y que llegarían a sobrevivir incluso a las cucarachas.

—Es la Furgomóvil. Ese cacharro nos ha salvado el pellejo más de una vez.

Cosmo dio una patada a uno de los neumáticos.

—No nos vamos a montar en esto, ¿verdad que no?

Mona levantó el capó.

—No juzgues por lo que ven tus ojos: las apariencias engañan. Pero no, hoy no nos vamos a subir en ella, Cosmo. El colector del motor está agujereado por una bala. Necesitamos uno nuevo, o al menos uno que no sea de segundísima mano.

—Creí que solo íbamos a dar una vuelta, andando.

—Y vamos a ir andando —masculló Mona mientras arrancaba el colector tubular de su sitio—, no nos queda más remedio. Pero tengo que hacer un recado por el camino.

—Y ¿para qué me necesitas? —preguntó Cosmo, aunque en realidad estaba más que contento de acompañar a Mona dondequiera que quisiese ir. Al fin y al cabo, tenía catorce años, y Mona era la primera chica con la que había hablado sin que ningún supervisor lo estuviera vigilando.

Mona envolvió el colector en un trapo.

—Cosmo, te necesito como refuerzo.

Booshka significaba «robar coches» en la jerga del Gran Colador, y había tantos vehículos robados en aquella zona de Westside que todo el barrio recibía el sobrenombre de aquel pasatiempo tan singular.

Los piratas *booshka* adolescentes arrancaban BMW, Krom y Benz directamente de sus rieles en los aparcamientos de la zona alta de la ciudad y los preparaban para las carreras todo-terreno. Todas las noches, varios grupos de jóvenes se reunían en

almacenes abandonados para celebrar carreras ilegales de *dragsters*.

Booshka, el territorio donde había nacido Mona Vasquez.

La pareja tardó casi una hora en ir andando desde la calle Abracadabra hasta Booshka, en dirección sur por la avenida del Periplo, y luego cruzando el río hasta la vieja barricada de la policía. Una vez pasada la línea de coches incendiados, dependían única y exclusivamente de sí mismos, pues la policía no respondía a ninguna alerta procedente de Booshka.

Cosmo intentó hacerse invisible, un truco que había aprendido en el Clarissa Frayne: encorvar los hombros, dar pasos cortos y no establecer contacto visual con nadie. Mona no aprobaba la teoría de la invisibilidad.

—Cosmo, por aquí abajo hay que caminar erguido. Si cualquiera de estos buitres huelen algo parecido al olor de la debilidad, te harán picadillo en menos que canta un gallo.

Los buitres en cuestión eran grupos de adolescentes que regresaban a sus casas tras una noche de carreras de *dragsters*. Se paseaban con chulería por las aceras o daban botes en la calzada con sus automóviles con suspensiones trucadas. No había raíles de guía por Satélite allí abajo, todo se realizaba de forma manual.

Por lo visto, la mayoría de los buitres conocían a Mona.

—Eh, chiquita —gritó uno de los miembros de un numeroso grupo, un chico musculoso con un pañuelo atado por encima de un ojo—. ¿Cuándo vas a volver a hacer carreras con nosotros, Mona? Te echamos de menos.

Mona sonrió.

—Hola, Miguel. Tal vez vuelva cuando construyáis algo contra lo que merezca la pena competir. Hasta yo ando más rápido que aquel trozo de chatarra de la última vez.

Miguel lanzó un gemido y se llevó la mano al corazón, como si le hubiesen herido.

—Me has dado, Vasquez. Pero algún día te daré yo a ti.

Mona siguió sonriendo, pero también siguió andando.

—Ni en sueños, Miguel. Ni en sueños...

Cuando hubieron doblado una esquina, Mona se estremeció. Su bravuconería no era más que pura fachada: por dentro la chica estaba muy inquieta.

—Creí que iban a pedirme que volviera. Miguel es un Encanto.

Cosmo se quedó perplejo.

—¿Tú crees?

Mona le dio un golpe en el hombro.

—No, estúpido, no esa clase de encanto. Los Encantos son la banda callejera más importante de Booshka. Antes yo iba con ellos, era su mecánico, me encargaba de cuidar de sus bólidos trucados. Si miras debajo de los pañuelos que llevan por encima

del ojo verás el mismo tatuaje que el mío. —Mona señaló la secuencia de ADN que llevaba en la ceja.

—Eso es un tatuaje de banda callejera, ¿verdad? ¿Qué significa?

Mona se acercó a él para que Cosmo pudiera ver mejor la tinta de encima del ojo.

—Es una secuencia de ADN hecha de partes de coche. ¿Ves las ruedas y los pistones? Bien, pues significa que en el fondo todos los Encantos somos iguales. Vivimos para hacer carreras de coches.

Recorrieron varias manzanas, pasando por delante de las hileras de viviendas de hierro colado y tiendas con barricadas en las puertas. Los comerciantes estaban calentando sus quemadores de calle, protegiendo su mercancía con perros enormes o armas bien visibles. Otros miembros de distintas bandas se dirigieron a Mona, y no solo miembros de los Encantos. Pasaron grupos celtas, anglos, eslavos, africanos y orientales. Mona se lo explicó a medida que iban avanzando.

—Esos de ahí son los irlandeses de la I, y están especializados en el secuestro de camiones de los muelles al otro lado del puente. —Señaló un par de africanos con trajes negros—. Esos chicos altos son los Zools. Casi todos son guardaespaldas, y aprendieron algún tipo de artes marciales en África. Si uno de esos tipos te lanza algo afilado, ya está, es el fin.

Cosmo intentó hacerse más invisible que nunca.

—Esos hombres de los piercings son los Bulldogs. Son capaces de destrozarse una bicicleta en apenas segundos. Te das media vuelta para atarte los cordones de los zapatos y cuando te vuelves, de tu bici solo queda el esqueleto.

—¿Cómo lograste salir de los Encantos? —preguntó Cosmo—. Creía que pertenecer a una banda era algo de por vida.

—Stefan me salvó. Hace dieciocho meses sufrí un choque casi mortal durante una carrera de *dragsters*. Uno de mis pulmones estaba destrozado y estaba desangrándome. Los Parásitos se disponían a chuparme hasta la última gota de vida y, por supuesto, mis hermanos los Encantos se largaron en cuanto me estrellé contra ese pilón. Stefan estaba de ronda nocturna y oyó la explosión. Bajó hasta aquí y me arrancó a esos monstruos del pecho antes de cepillárselos. Lorito me hinchó el pulmón y me dejaron en el General. Por el camino yo no dejaba de delirar hablando de criaturas azules que me querían chupar la vida, y al cabo de una semana Stefan apareció en el hospital y me ofreció una nueva vida. Y yo la acepté, no había nada que me retuviera en Booshka. Mis padres ya no están y Stefan tiene dieciocho años, así que él es mi patrocinador. Ni te imaginas lo fabuloso que es ser una ciudadana legal; no tengo que pasarme la vida esperando a que la policía estatal me encierre en alguna institución.

—¿Y los Encantos te dejaron marchar así, sin más? ¿A su mejor mecánico?

Mona se paró en un puesto de pan y compró un par de *zakuskas*. Se sentaron en

un par de papeleras vueltas del revés y se comieron los panecillos calientes.

—No fue tan fácil. Miguel se presentó una noche en la calle Abracadabra con ganas de bronca. Stefan les dejó entrar en la zona de carga y luego encendió los reflectores. Le dijo a Miguel que los Encantos habían perdido el derecho a mis servicios cuando me habían dejado morir.

—¿Y los Encantos no pusieron objeciones? —preguntó Cosmo con escepticismo.

—No —admitió Mona—. Stefan les ofreció un prototipo de bólido Myishi Z12 nitroso a cambio de mi billete de salida de la banda.

—¿Stefan te compró?

Mona volvió a darle un golpe en el hombro.

—No, Cosmo. Compró mi libertad. Por eso vamos en Furgomóvil, y por eso estamos aquí abajo buscando un colector antiguo.

Mona se terminó su tentempié y arrojó el envoltorio en un incinerador callejero.

—Vamos, tenemos negociaciones que hacer.

Cosmo siguió a Mona por un estrecho pasaje que apestaba a alcantarilla y a aceite de motor. Las ratas roían las sobras de comida y los ácaros del óxido agujereaban los trozos desnudos de vigas de las paredes de hierro colado. Mona apartó a un lado un trapo sucio y tieso de aceite de motor. Detrás de él había una puerta de acero con una cámara de seguridad.

Mona dio unos golpecitos en la pantalla.

—Hola, Jean-Pierre, ábreme.

No se oyó nada durante unos segundos, y luego, el crujido de unas interferencias.

—Mona Vasquez, aún estás viva... ¿Quién es el chico?

—Mi amigo se llama Cosmo. Respondo por él.

Las barras metálicas se abrieron por control remoto y la puerta se deslizó a un lado.

—Pasad, pero no toquéis nada.

Entraron en el sueño de cualquier mecánico: hasta las mismísimas paredes parecían construidas con piezas de coches, cualquier parte, desde el último grito en convertidores de plasma hasta antiguos componentes del motor de combustión. Recorrieron un laberinto de paredes de piezas de coche y varios automóviles en distintas fases del proceso de reparación.

Un hombre alto y esbelto estaba enterrado hasta la cintura en el motor de un Krom de tracción en las seis ruedas. Llevaba el pelo rubio y fino atado en una cola de caballo y cada centímetro de piel a la vista aparecía ensuciado por aceite o los gases del tubo de escape.

—Hola, Jean-Pierre, ¿qué pasa?

El hombre salió de debajo del motor y se quitó unas gafas de lentes de aumento.

—Vasquez, *ça va*? Lo que pasa es que estás a punto de pagarme los cien dinares

que me debes por aquel tubo de escape.

Mona se echó a reír.

—Vete al infierno, Jean-Pierre. Aquel tubo de escape era una porquería. Se rajó a los cien kilómetros. Lo que debería hacer es darte una patada en ese culo francés que tienes y hacer que dieses tumbos por toda la tienda.

Jean-Pierre se encogió de hombros.

—*Très bien*. Vale, tenía que intentarlo, ¿no?

—Me debes una, y he venido a cobrármela. —Mona arrojó el colector encima de una mesa de trabajo—. Si me consigues uno de estos, estamos en paz.

—¿En paz? No lo dirás en serio, Mona. Esos cacharros no son nada fáciles de encontrar... Ochenta dinares. Eso si lo encuentro.

Mona se cruzó de brazos.

—Treinta dinares, hombre. Y sabes si tienes uno o no lo tienes.

Jean-Pierre compuso una amplia sonrisa y enseñó unos dientes relucientes en contraste con las manchas de aceite de su cara.

—Mona, cuánto te he echado de menos... De acuerdo, treinta, no se hable más, pero solo porque me haces reír.

Jean-Pierre desapareció entre dos pasillos metálicos.

—Es el único especialista en piezas de coche medio fiable de todo Booshka —le dijo Mona a Cosmo—. Sea lo que sea lo que necesites, Jean-Pierre puede conseguirlo o fabricarlo. Las bandas lo dejan en paz porque sin él sus bólidos se caerían a trozos.

Jean-Pierre regresó, haciendo girar entre los dedos un colector de repuesto como si fuese un bastón de majorette. Llevaba a un Parásito encaramado en el hombro. Cosmo retrocedió unos pasos y derribó una torre de tapacubos.

—¡Mona! ¡Mira! ¿Es que no lo ves?

El francés frunció el ceño.

—Eh, *mon ami*, cuidado con la mercancía. ¿Se puede saber qué te pasa?

Mona ni siquiera pestañeó.

—No le hagas caso, Jean-Pierre. Está loco. Se ha tragado demasiados gases de tubos de escape en las carreras. A veces tiene alucinaciones.

Cosmo no podía apartar los ojos de la criatura que había allí agazapada, esperando.

—¿No podemos hacer algo? ¿Matarlo?

Mona empezó a recoger los tapacubos y lo fulminó con la mirada.

—Cierra la boca, Cosmo. ¡Ahí no hay nada! Nada, a ver si lo entiendes...

Cosmo intentó leer lo que le decían sus ojos castaños. Ella también veía a la criatura, de eso estaba seguro.

—Nada. Lo entiendo.

—Muy bien.

Mona contó una a una las fichas de dinares mientras las arrojaba sobre la mesa de trabajo. Al otro lado de la línea de la Barricada, la mayoría de la gente usaba tarjetas de crédito, pero, en Booshka, el efectivo era el rey.

—Ten, treinta dinares.

Jean-Pierre metió el dinero en un cajón.

—¿Me das los treinta sin regatear? ¿Es que te estás ablandando, Vasquez?

Mona cogió el colector, haciendo caso omiso al Parásito de ojos enormes a sabiendas de que estaba en el hombro de Jean-Pierre.

—No, es que sé reconocer una ganga cuando la tengo delante. —Hizo una pausa, con la mirada clavada en el suelo—. ¿Cómo te encuentras últimamente?

Jean-Pierre parecía sorprendido.

—Es curioso que me lo preguntes. Me duele un poco el pecho desde hace un par de semanas. Seguramente no es nada. Debería ir a algún médico de la ciudad, pero ¿quién confía en los médicos? *N'est ce pas*.

Mona miró al francés a los ojos.

—Pues haz que te hagan un chequeo, Jean-Pierre. ¿Qué íbamos a hacer sin ti?

—*Certainement*. El cliente siempre tiene razón. —Abrió un cajón de mimbre que había en la pared—. Ten, unas bujías. Un obsequio de la casa para mi clienta favorita.

Mona se metió las bujías en el bolsillo y después besó a Jean-Pierre en la mejilla. El Parásito se apartó de ella como si tal cosa.

—Adiós, Jean-Pierre. Y gracias.

El francés se acarició la mejilla.

—¿Un beso? ¿De Mona Vasquez? ¿Es que estás enferma?

Mona lanzó una mirada llena de odio y malevolencia al Parásito.

—No, Jean-Pierre. Yo no estoy enferma.

Mona se negó a decir una sola palabra más hasta que ella y Cosmo hubieron puesto dos manzanas de por medio entre ellos y el taller de Jean-Pierre.

—Malditos monstruos... A veces ya saben cuándo una persona está a punto de sufrir algún daño.

—¿Y por qué no hemos hecho nada?

—¿Hacer qué? ¿Pegar un tiro al aire a plena luz del día? Jean-Pierre nos habría disparado a nosotros. Aquí no podemos hacer nada, igual que tampoco podemos ir pegando tiros en los hospitales. Tal vez Jean-Pierre sufra un ataque al corazón y el Parásito le dé un empujoncito. Así habrá muerto de causas naturales, ¿sabes? O a lo mejor el Parásito tan solo le roba unos cuantos años de vida. Eso es lo más curioso de los de su raza, que nunca se sabe. No hay crimen, no hay juego sucio, no hay sospechoso ni víctima. Hace solo un año, nunca veías salir a un Parásito durante el día, pero ahora cada vez se los ve más.

Cosmo examinó la creciente muchedumbre de gente en las calles. Era más difícil

ver a los Parásitos a la luz del día, pero ahí estaban, sentados en cuclillas en los hombros de sus futuras víctimas o proyectando su sombra sobre ellos desde el aire.

Mona vio cómo los miraba.

—Eso es. No les gusta demasiado la luz, pero ahí están. Tampoco les gusta el agua. No los mata, pero un buen remojón puede absorberles casi toda la energía. Por eso rezo todos los días para que llueva.

—Entonces, ¿eso es todo? Una vez que te escoge un Parásito, ¿se acabó?

—No necesariamente. Pueden salvarte los equipos de emergencia, o puedes tener suerte, o en nuestro caso, no salir a patrullar esa noche en particular. Por lo general, los Parásitos no salen hasta que ocurre la tragedia, pero a veces el olor a muerte es demasiado intenso para resistirlo.

Recorrieron Booshka a toda prisa en dirección a la Barricada. Cosmo mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo, aterrorizado de llamar la atención de los Parásitos, temeroso de que su mirada atrajese a uno de ellos y decidiese entonces encaramarse en su hombro.

—¿Ya os vais? ¿Tan pronto? —dijo una voz.

Miguel y los Encantos estaban colgados de una barandilla, a tres pisos de altura.

—Tengo que irme —respondió Mona—. Tengo trabajo que hacer.

—Pues deberías quedarte por aquí, chiquita. Esta noche va a pasar algo grande: vamos a presentar en sociedad el Myishi Z12. Vamos a barrer con todo.

—Ah, ¿sí? Pues a lo mejor deberíais dejarlo para otro día. He oído que últimamente la niebla tóxica está muy mal.

Miguel se echó a reír.

—Pero ¿qué dices, chica? A los Encantos les trae sin cuidado la niebla. Esta noche tenemos un asunto muy importante entre manos.

Cosmo miró arriba por el rabillo del ojo. Media docena de Parásitos estaban pegados a la pared que había encima de la cabeza de los Encantos, mirando casi con devoción y con aquellos ojos redondos a sus futuras víctimas.

Mona siguió andando.

—Pues, por lo que parece, esta noche nosotros también vamos a estar muy ocupados.

Encantos y Bulldogs



DOCE horas después, Cosmo volvía a estar de nuevo en Booshka. Esta vez, en la parte de atrás de la Furgomóvil, con los demás Sobrenaturalistas. Mona aparcó a la sombra de un toldo de chapa metálica que había enfrente del cuartel general de los Encantos: una comisaría de policía abandonada en el interior de la Barricada. Fuera, todo estaba cerrado, porque era de noche y las calles

estaban desiertas, salvo por unos cuantos grupos de jóvenes y de vagabundos.

A Stefan no le gustaba la situación.

—Los Parásitos podrían equivocarse. Podríamos estar perdiendo el tiempo toda la noche.

—Había demasiados, Stefan —respondió Mona—. Si solo hubiese habido uno podría tratarse de un error, pero las criaturas estaban esperando una auténtica catástrofe. Miguel dijo que los Encantos iban a sacar el Myishi Z12 esta noche. Es seguro que van a ganar y las demás bandas se van a poner como locas.

Stefan se encogió de hombros.

—Las bandas siempre se ponen como locas.

A Mona le brillaron los ojos.

—Esos chicos fueron mi familia durante mucho tiempo, Stefan. Tienes que cuidar de tu familia, tú deberías entenderlo.

—De acuerdo —dijo Stefan de mala gana—. Los vigilaremos un par de horas, pero luego volveremos al ordenador.

—Gracias, Stefan. Lorito se apartó de la ventanilla.

—Muy bien, allá vamos.

Los Encantos estaban saliendo del aparcamiento subterráneo de la comisaría de policía en una serie de Krom trucados liderados por Miguel, que conducía un Myishi Z12 muy bien camuflado.

—Ahí está —señaló Mona—. El precio de mi libertad.

Cosmo restregó el cristal sucio de la ventana para mirar por un agujerito.

—Pues no parece gran cosa.

Mona arrancó el motor de la Furgomóvil, que era increíblemente silenciosa a pesar de su tamaño.

—Eso es lo más ingenioso. Si los Encantos llegasen con el Myishi Z12, nadie apostaría contra ellos, mientras que de este modo se aseguran de obtener más dinero.

—Se incorporó a la carretera, a una distancia considerable de la caravana de los Encantos—. Nunca llegaste a contarme la historia de cómo te hiciste con ese coche, Stefan.

Stefan sonrió.

—Lo saqué de la división experimental de Myishi. Estaban probando un par y uno de ellos no enfiló bien la curva. Se empotró directamente contra un depósito de combustible. Seguí a un enjambre de Parásitos a las instalaciones y empecé a disparar. Los abogados se me acercaron demasiado y entonces cogí el otro coche. Ese trasto es alucinante, está a años luz de los de competición. Hasta tiene alerones por si quieres optimizarlo. Me dolió mucho tener que desprenderme de él.

Mona le dio un golpe en el pecho, un gesto de cariño viniendo de ella.

—Muy bien, Stefan. Gracias. ¿Cuántas veces quieres que te dé las gracias?

—Con otro par de miles de veces bastará.

Los Encantos desfilaron por la avenida, haciendo sonar unas bocinas personalizadas para despertar a toda la calle. Una multitud de gente no tardó en arremolinarse en los balcones, haciendo ondear pañuelos. Miguel saludó como si fuera un rey, sacando la mano por la ventanilla.

Mona permaneció rezagada con la Furgomóvil hasta que hubieron dejado atrás la plaza Roja. La caravana de coches se dirigió hacia el este.

—Muy bien, al este. Eso es territorio Bulldog. Van a competir en la vieja fábrica Krom.

Lorito introdujo aquella información en el ordenador de a bordo y al cabo de unos segundos el servidor del almacén les envió unos planos de la fábrica.

—Es perfecta. Si utilizan las cadenas de montaje, tienen dos carriles de cinco kilómetros sobre asfalto sólido.

—¿Acceso? —inquirió Stefan.

—Seis puertas en el nivel de la planta baja, que supongo que no vamos a utilizar.

—Correcto.

—En ese caso recomiendo las rampas de las placas solares del tejado. Estoy seguro de que los lugareños hace mucho tiempo que robaron las placas solares, así que deberíamos poder subir al nivel superior.

Cosmo lanzó un gemido. Más azoteas... Sin embargo, no dijo nada.

Stefan pareció leerle el pensamiento.

—No te preocupes, Cosmo —dijo—. Anoche lo hiciste muy bien. Tendiste aquel puente como si fueras un bombero. También supiste defenderte con la vara electrizante, aunque la verdad es que le diste más veces a las paredes que a los Parásitos.

—¿Un cumplido de Stefan Bashkir? —exclamó Mona, haciéndose la sorprendida—. Deberías grabar eso y ponértelo todas las noches porque lo más seguro es que no vuelvas a oír otro.

Cosmo se echó a reír, pero las palabras de Stefan significaban mucho para él. Por primera vez, se sentía casi parte del grupo.

Mona hizo avanzar la Furgomóvil por varios callejones estrechos, plegando los espejos laterales contra las puertas. La fábrica Krom apareció imponente ante ellos, y la luz anaranjada de unas fogatas parpadeaba entre los paneles vacíos del tejado.

—Ese debe de ser el sitio —anunció Mona, y apagó el motor. Trepó a la parte de atrás—. Debe de haber al menos cincuenta Bulldogs dentro, todos armados hasta los dientes con antiguallas de pólvora y algún que otro empaquetador o un Shocker. Estoy segura de que va a haber algún accidente; o eso, o una pelea entre bandas. Stefan asintió con la cabeza.

—Muy bien. No nos meteremos hasta que pase lo que sea que tenga que pasar. Luego nos encargaremos de nuestros amiguitos invisibles.

A Mona no le gustó el plan.

—¿Y no deberíamos intentar sabotearlo todo? Para impedir el desastre...

—No. No podemos predecir el futuro. A lo mejor cuando intentemos sabotearlo provocamos nosotros el desastre.

Tenía sentido, aunque a Mona no le hiciese un pelo de gracia. Stefan apoyó la mano en su hombro.

—¿Estás bien, Mona? ¿Podrás hacer el trabajo?

Mona insertó una batería en su vara electrizante.

—No te preocupes por mí, Stefan. Sé perfectamente a qué hemos venido.

—Bien. Subiremos por la escalera de incendios, atravesaremos el tejado y entraremos por la planta superior. Permaneced atentos, a las bandas podría haberles crecido el cerebro y podrían tener apostados centinelas en el tejado.

Lorito se pegó un botiquín de primeros auxilios al pecho con velcro.

—Sí, claro, y los cerdos vuelan.

El callejón era tan estrecho que tuvieron que bajarse de la Furgomóvil por la parte trasera y luego encaramarse al techo para alcanzar la escalera de incendios de la Krom. Los ruidos de los motores y los vítores solo se oían ligeramente amortiguados por las paredes de la fábrica. El último peldaño de la escalera de incendios estaba un metro por encima del alcance de Stefan y, en lugar de desplegar una escalera, asió a Lorito de la cintura.

—¿Estás listo?

Lorito asintió.

—Arriba, entonces.

Stefan elevó en sentido vertical al hombrecillo hasta que este alcanzó el último peldaño. Su peso arrastró la escalera de incendios hasta el nivel del suelo, y treparon uno a uno, mientras Stefan se quedaba el último para cubrir la retaguardia. Si alguien tenía alguna probabilidad de romper el peldaño, ese era el chico alto.

Sin embargo, la escalera de incendios soportó el peso, y al cabo de unos minutos los Sobrenaturalistas se encontraron boca abajo sobre el tejado de suave inclinación,

asomándose por el hueco vacío que habían dejado unas placas solares. Por debajo de ellos se extendían los despojos de una megafábrica que en el pasado había llegado a dar empleo a más de veinte mil habitantes de Ciudad Satélite.

Las cadenas de montaje elevadas estaban reforzadas por largas extensiones de vigas soldadas. Los androides constructores habían sido despojados de cualquier componente útil y colgaban sin fuerzas de sus puestos como esqueletos robóticos. En lo alto, unos complicados puentes y unos sistemas de monorraíl magnético se entrelazaban en el aire, y los ganchos, las abrazaderas y los equipos de luz colgaban de ellos cómo piezas de joyería mecánica.

Los Bulldogs y los Encantos estaban frente a frente en la típica posición tribal. Al menos cien miembros de cada banda aparecían adoptando poses junto a sus vehículos, sacando pecho, con la barbilla levantada y pavoneándose. Los propios vehículos parecían la versión en automóvil de la cola de un pavo real: unos alerones enormes adornados con gráficos digitalizados, neumáticos de caucho de los antiguos y capós arrancados para dejar al descubierto unos motores palpitantes. Solo el Myishi Z12 carecía de cualquier adorno. Era una pantera en reposo.

La carrera ya había comenzado. Había dos coches subidos a la cadena de montaje, destrozando la pista de cinco kilómetros con la poscombustión de gasolina y nitroso. Las reglas eran muy simples: había una barrera electrificada en cada carril; en cuanto se levantaba la barrera, el conductor tenía que pisar a fondo el acelerador. Si lo hacía demasiado tarde, la carrera había terminado; si lo hacía demasiado pronto, la descarga eléctrica de la barrera hacía saltar por los aires el coche y al piloto, y los desalojaba de la pista. El primero que pasase el poste se llevaba los honores y el premio en efectivo del ganador.

Los Sobrenaturalistas no eran los únicos espectadores de las gradas superiores: varias docenas de Parásitos se encaramaban como arañas a la infraestructura, y bajaban en picado a chupar unas cuantas gotas de vida de cualquiera de los conductores heridos. Como de costumbre, los pilotos eran del todo ajenos a las atenciones del grupo.

Cosmo desenfundó su vara electrizante.

—Espera —ordenó Stefan—. Este no es el acontecimiento principal. No se reúnen tantos Parásitos por unas cuantas heridas de poca consideración. Tenemos que esperar hasta que pase algo más grave.

Stefan estaba tamborileando con los dedos sobre su propia vara electrizante. Era evidente que el mero hecho de permitirles a los Parásitos robar aunque fuese una sola gota de esencia vital le estaba matando. A veces los líderes tenían que tomar decisiones difíciles.

Lorito estudió el altímetro de su reloj.

—Estamos al menos a seis metros del suelo. Si de verdad pasa algo, no voy a

poder ayudar a nadie, y la única razón por la que estoy aquí es para curar a los heridos. Ya sabes lo bien que se me da disparar a los Parásitos, así que si no voy a poder curar a nadie, entonces será mejor que vuelva a mi antiguo trabajo. Me pagaban mejor y no tenía que aguantar tus cambios de humor de adolescente.

La mirada de Stefan podría haber hecho agujeros en un bloque de titanio.

—Lorito, ahora no es el momento.

Lorito le devolvió la misma mirada.

—¿Que no es el momento? ¿Ahora solo salvamos vidas cuando tú lo digas? Bueno, si hubiese sabido eso me habría quedado en casa en nuestro palacio y me habría tomado unas cervezas.

Stefan hizo rechinar los dientes, tanto por frustración como para acallar la sonrisa que estaba a punto de aflorar a sus labios.

—Lorito, uno de estos días voy a tener que apuntarte a un parvulario, así que ayúdame un poco, ¿quieres? De acuerdo, llévate a Mona y bajad cerca del nivel del suelo. Pero no corráis ningún riesgo. Esta no es la clase de gente con la que estamos acostumbrados a tratar, estos son asesinos armados. Si podéis ayudar a alguien, ayudadlo, pero mi consejo es que antes le administréis un sedante. Y poneos las placas para la cabeza, nunca se sabe.

Lorito sonrió.

—Stefan, eres encantador.

El niño Bartoli se deslizó entusiasmado por el hueco de una escalera que conectaba con la planta inferior, con movimiento firme y seguro. Mona se fue tras él, refunfuñando entre dientes. Se desplazaron por varios tubos y barandillas hasta que se sentaron a horcajadas sobre un conducto de cables que había justo encima de la cadena de montaje. En caso de catástrofe, les resultaría muy sencillo tender un puente al nivel del suelo.

Stefan siguió su avance a través de sus gafas especiales.

—Están a salvo.

Cosmo estaba sentado a su lado.

—¿No deberíamos bajar con ella... con ellos?

Stefan no apartó la vista de la escena que se desarrollaba debajo.

—Te daré un consejo, Cosmo. No te encariñes demasiado con Mona. Es la mejor Oteadora que he conocido, pero algún día seguirá su propio camino. Y en respuesta a tu pregunta, podemos cubrirlos desde aquí. Si los pillan, podemos crear un poco de distracción, apartar de ellos el foco de atención.

Cosmo lanzó un suspiro. Apartar de ellos el foco de atención sonaba aún más peligroso que cualquier cosa que hubiesen hecho hasta entonces.

Stefan malinterpretó el suspiro.

—No te preocupes, chaval —lo animó, tamborileando con los dedos en la placa

robótica de Cosmo—. Ya me imagino que en el Clarissa Frayne no enseñan tácticas militares.

El tamborileo le recordó a Cosmo que había partes de su cuerpo que no eran las originales. Cuántas cosas habían cambiado en solo una semana... Una nueva rodilla, una nueva frente, nuevos amigos, nueva vida... Cosmo miró abajo al centenar de pandilleros armados. Una nueva vida... ¿por cuánto tiempo?

A Lorito no le costó ningún trabajo mantener el equilibrio en el conducto de cables, pues era un gimnasta nato a pesar de su tamaño. A lo mejor se había acostumbrado a su cuerpo después de décadas de que este no hubiese sufrido ningún cambio.

—Así que te gusta ese chaval, ¿eh? —dijo en un tono burlón que contrastaba con su rostro angelical—. Ese chico tuyo.

—Sí, claro que me cae bien. Es un buen chico. Aprende rápido.

Mona se tumbó boca abajo encima del conducto, rastreando entre el gentío en busca de Miguel. Si tenía ocasión de salvar a alguien, salvaría a Miguel, quien la había adoptado en la calle cuando un par de sus chicos la habían pillado con las manos en la masa a punto de perpetrar un pequeño *booshka* en un coche de los Encantos. En lugar de castigarla, Miguel le había dado trabajo.

Lorito se rió.

—¿Que es un buen chico? Vamos, Vasquez, que estás hablando conmigo... Estás muchísimo menos gruñona que de costumbre desde que él ha llegado.

—Por la compañía, ¿vale? Está bien tener a alguien de mi edad en la calle Abracadabra, ¿sabes?

Lorito siguió pinchándola.

—Porque no se puede decir que sea guapo, la verdad. No tiene pelo, y con esa frente parece que esconda un puerco espín ahí debajo.

—Bueno, al menos es alto —replicó Mona, lanzándole una clara indirecta.

—Vaya, vaya... Mira quién se ha puesto a la defensiva... ¿Detecto una grieta en la armadura de Vasquez?

Mona nunca lo admitiría ante el niño Bartoli, pero en cierto modo tenía razón. El huérfano era un chico interesante. Había irrumpido de forma espectacular en sus vidas, tendido y humeante en la azotea de un edificio. Luego había salvado la vida de Mona. Después de eso, habría tenido que ser un auténtico ogro para que a ella no le gustase.

—Solo es un amigo, eso es todo. Aunque quizá la amistad sea un concepto demasiado «grande» para que tú lo entiendas.

Lorito volvió a sonreír, encantado de que sus pullas estuviesen surtiendo efecto.

—¡Caramba! ¡Qué «gran» sentido del humor! Puede que yo sea pequeño, Vasquez, pero tengo más cerebro dentro de mi escuchimizada cabeza que los demás

Sobrenaturalistas juntos.

Mona apuntó con su vara electrizante a su minúsculo compañero.

—Deja de incordiarme, Lorito. ¿Crees acaso que no soy capaz de lanzarte una bola de chicle? ¿Es eso lo que crees? Porque si es así, estás muy, pero que muy equivocado.

Lorito levantó las manos.

—¿Amenazas violentas? No me había dado cuenta de que esto iba tan en serio. Y tan rápido, además. ¿Quién lo iba a decir? —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa sincera—. Ahora hablando en serio. Es majó, ese chico, Cosmo. Me alegro de que hayas encontrado un amigo.

Mona chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Haces que parezca un cachorrito.

—Solo intento hablar en serio. Tú eres joven, Mona, una adolescente. Necesitas a alguien con quien hablar. Puede que no lo parezca, pero yo soy demasiado viejo, y Stefan... Bueno, la mayor parte del tiempo no está de humor para hablar.

El teléfono de Lorito vibró en su bolsillo.

—Un mensaje de texto de arriba —anunció, leyendo la pantalla. «¿A qué jugáis vosotros dos? Mantened la boca cerrada y los ojos abiertos.» El niño Bartoli señaló en dirección a Stefan—. Será mejor que te concentres en el trabajo, Mona, o tendré que hacer valer mi rango.

Mona sonrió.

—¿Sabes una cosa? Si no midieses noventa centímetros...

—Noventa y cinco —la corrigió Lorito.

En el suelo de la fábrica que había a sus pies, las cosas se estaban poniendo al rojo vivo. Las carreras menos importantes ya habían finalizado y ahora los coches más valiosos se preparaban para subirse a la cadena de montaje. Los Bulldogs estaban apiñados en torno a un Charger con tracción a las seis ruedas, creando un gran estruendo y disparando descargas eléctricas al aire. El Charger tenía neumáticos de ancho especial, calcomanías de plasma en las portezuelas y tubos de escape dobles que vibraban en la parte trasera. Como los propios Bulldogs, el coche hacía mucho ruido y parecía muy resistente. Los Bulldogs estaban obsesionados con el aspecto; seguramente, el vencedor de la carrera de esa noche invertiría sus ganancias en implantarse una prótesis muscular debajo de la epidermis.

El bólido Myishi parecía manso y dócil a su lado: tenía la carrocería curvada hacia atrás, un único tubo de escape asomaba por debajo del parachoques trasero y solo contaba con cuatro ruedas. Un aspecto francamente ridículo. Los Bulldogs no estaban en absoluto impresionados, así que se pusieron a aullar al techo, su método particular de expresar desdén.

Mona puso los ojos en blanco.

—Los Bulldogs, las sobras de la naturaleza.

Mona no estaba tan tranquila como aparentaba. Sea lo que sea lo que fuese a suceder, sucedería pronto. La muerte se respiraba en el mismísimo oxígeno, y los Parásitos también la percibían, porque se estaban descolgando cada vez más abajo en las paredes de la fábrica.

El teléfono de Lorito volvió a vibrar.

—Otro mensaje de texto —anunció con un quejido—. ¿Qué se cree Stefan? ¿Que soy su secretario? —Sacó el teléfono del bolsillo y leyó el mensaje.

—Será mejor que leas esto —dijo con la voz entrecortada.

Mona agarró el teléfono sin apartar la vista del todo de la escena que tenía lugar más abajo. Las letras eran negras sobre una pantalla de fondo verde.

«Los cerdos vuelan —decía el texto—. Los Bulldogs tienen apostado a un centinela detrás de ti.»

Mona oyó cómo alguien cargaba una batería en un arma detrás de su oreja.

Cosmo se levantó de golpe.

—Tenemos que ayudarles.

Stefan lo asió de las solapas y lo obligó a agacharse nuevamente.

—Agáchate, Cosmo, te estás poniendo a tiro sin necesidad.

—Pero ¡los van a matar! —protestó Cosmo.

Stefan rodó sobre sí mismo para acercarse a él y le tapó la boca con la mano.

—Escúchame con atención, Cosmo. Sé lo que hago, llevo haciéndolo durante los últimos tres años. Tú te has pasado la vida entera en un orfanato, y lo único que sabes sobre misiones de combate podría escribirse en los pantalones de Lorito, ¿entiendes lo que te digo?

Cosmo asintió con la cabeza.

—Bien. Observaremos la situación y esperaremos a ver qué pasa. Mona y Lorito podrían tener ideas propias.

Retiró la mano y Cosmo inspiró aire con movimiento tembloroso.

—¿Y si les disparan?

Stefan dirigió la mirada a la escena de abajo. Pestañeaba con nerviosismo y tenía las manos aferradas a las barandillas de la pasarela. No tenía la situación tan controlada cómo quería aparentar.

—Si les disparan, lo pagarán muy caro.

«Tal vez —pensó Cosmo—, pero no tanto como nosotros.»

El centinela de los Bulldogs iba completamente desnudo salvo por unos pantaloncitos cortos y tenía la piel muy oscura. Sin embargo, aquel moreno no era natural. Al cabo de unos segundos de examen minucioso, Lorito se dio cuenta de que el hombre llevaba la piel tatuada casi por completo. Al principio no veía nada en la tinta, pero luego, de repente, unos extraños remolinos y dibujos hipnóticos se

materializaron como por arte de magia.

—¿Te gustan? —preguntó el centinela—. Cuerpo entero con hipnodibujos jamaicanos, solo cuesta treinta y nueve en el salón de tatuaje El Borrón de Tinta. Pregunta por Sasha.

—¡Caramba! —exclamó Lorito. Tenía todo el cuerpo repleto de dibujos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Mona hizo chasquear los dedos delante de su compañero.

—No mires la tinta, estúpido, o los hipnodibujos te dejarán grogui.

—Es verdad —corroboró el centinela—. Una vez, un taxista se me quedó mirando por el retrovisor y se quedó dormido al volante.

Apuntó a Mona con el cañón de su arma.

—Y ahora, en marcha. Levantaos. Tenéis el tiempo justo para concertar vuestra última cita con el tatuador.

Lorito abrió la boca para decir algo y Mona se la tapó con la mano.

—Ningún problema, amigo. Guíanos tú.

El centinela tatuado los obligó a bajar por una escalera muy pronunciada hasta el suelo de la fábrica. Los demás Bulldogs parecían mucho más altos si se los miraba de frente. Empujaron a los intrusos, blandiendo sus armas y aullando, sedientos de sangre.

El líder dio un paso hacia delante. Saltaba a la vista que era el líder porque llevaba inscritas en el pecho desnudo las palabras «Cabecilla de Líder» con iluminación subcutánea.

—¿Qué tenemos aquí, Sombra? —gruñó haciendo temblar la cresta metálica que llevaba en la coronilla.

Y, de hecho, el gruñido que soltó Cabecilla de Líder parecía de verdad: seguramente, hasta se había operado las cuerdas vocales para conseguir ese efecto.

Sombra exhibió a sus dos trofeos.

—Dos pequeños ácaros del polvo colgados de las vigas.

Cabecilla de Líder miró a los intrusos de arriba abajo.

—Vale, súbelos encima de los capós, serán unos adornos de primera.

Varias docenas de manos sujetaron a la pareja y los levantaron en volandas, sin ningún miramiento.

—Espera —dijo Miguel cerrando el paso al grupo de Bulldogs—, A mi capó no se sube nadie, Cabecilla. Esta máquina es aerodinámica, y si le coloco accesorios adicionales le impedirán alcanzar velocidad, ¿comprendes?

Mona lo fulminó con la mirada desde arriba, en medio de un océano de brazos.

—Muchísimas gracias, Miguel. Y yo que creía que mi vida te importaba algo...

El engranaje del cerebro de Cabecilla empezó a chirriar con gran estruendo, atando cabos.

—¿Conoces a esta cría?

Miguel lanzó un profundo suspiro. Otra noche metiendo la pata.

—Pues sí. Es mi... hermana pequeña. Le dije que se quedase en casa, pero a ella le gustan las carreras. Lo lleva en la sangre, supongo. Hacedme un favor y soltadla.

Las luces del pecho de Cabecilla de Líder parpadearon más rápido, al mismo ritmo que los latidos de su corazón.

—No lo sé, tío. Las reglas son las reglas.

Miguel insistió.

—Venga, hombre. No puedo volver a casa sin la nena.

—¿Por qué no, tío? Los adolescentes son un desperdicio de espacio y aire.

—Es verdad, pero la chica es una de nuestras mejores conductoras, es casi tan buena como yo. Sería una lástima malgastar todas las horas de conducción que hemos invertido. Dentro de un par de años será un as del circuito.

Una sonrisa malvada se desplegó en el rostro de Cabecilla. Su cresta de acero vibró mientras reía.

—Vale, tío. Hagamos un trato. La chica conduce en la última carrera.

—¡Que no! —protestó Miguel—. Ni hablar. Ese coche es como si fuera mi hijo.

—Tú eliges: o la chica va dentro del coche, o va encima.

Miguel se quitó el pañuelo y lo estrujó entre ambas manos.

—Vale. La chica conduce. —Señaló a Mona con un dedo rígido—. Si la fastidias, Mona, lo pagarás muy caro.

En realidad, no era cuestión de elección. ¿Dentro del coche o encima de él? Aunque no es que Mona tuviese elección. Una multitud de manos desconocidas la transportaron en volandas hasta el Myishi Z12 y sintió casi como si la doblasen por la mitad mientras la metían por la ventanilla lateral del bólido. A Lorito lo subieron a empujones al asiento del copiloto.

—También puedes llevarte a tu mascota —dijo Cabecilla, al tiempo que se subía en el coche de los Bulldogs—. Vas a necesitar toda la suerte del mundo.

—Mascota... —repitió Lorito entre dientes—, ¡Será imbécil! Maldito saco de implantes... Me encantaría desenchufarle esas luces del pecho, literalmente. — Se miró su melena rubia en el espejo de cortesía—. Sabrás conducir este cacharro, ¿verdad?

Mona examinó el confuso despliegue de cuadrantes y medidores.

—Sí. Puede ser. En teoría.

—¿Crees que nos dejarán dar una vuelta de calentamiento?

Fuera del coche, los grupos de líderes de las bandas estaban dando botes de entusiasmo, cargados hasta las cejas de adrenalina; una turba de jóvenes tatuados y estimulados por la testosterona, especialistas en trucar coches, que se habían apostado muchísimo dinero en aquella carrera.

—No, no va a haber vuelta de calentamiento.

Mona podía conducir o arreglar cualquier cosa que llevase ruedas, pero aquello era un bólido nitroso, no la Furgomóvil. Por lo general, los *dragsters* añadían una mezcla de óxido nitroso al combustible habitual para ese empujoncito de velocidad extra cuando era necesario, pero aquella máquina utilizaba, de hecho, óxido nitroso como combustible habitual. Como el nitroso se consumía tan rápidamente, habían transformado el coche entero en un depósito de combustible: habían rellenado todas las piezas e instrumentos con la mezcla explosiva y, en realidad, nadie sabía cómo conducir un coche como aquel.

Miguel se apoyó en la ventanilla.

—Dile a Stefan que me debe un gran favor.

—Díselo tú mismo —repuso Mona—. Dentro de diez segundos seré una mancha de carbón en el asfalto.

—Solo tienes que mantener la máquina recta y dejar que el nitroso se ocupe del resto. Usa los pedales como siempre, pero pisa el freno un poco antes. Es una pesadilla detener este coche. Ah, y una cosa, Mona... Si pierdes esta carrera, Vasquez, será mejor que te marches de la ciudad.

Cabecilla hizo sonar el claxon con impaciencia.

—Dos preguntas más —dijo Miguel—. ¿Dónde está Stefan y por qué estás aquí?

Mona le puso la mano en el brazo.

—Cuando ocurra lo que tiene que ocurrir, lo sabrás. Tú mantén la cabeza bien agachada y echa a correr en cuanto puedas.

Miguel se puso el pañuelo al estilo gángster.

—Somos Encantos, nena. Nunca echamos a correr. —Y con aquella réplica de tipo duro, se marchó y bajó a la planta baja de la fábrica, con sus chicos.

El teléfono de Lorito empezó a vibrar insistentemente, y el niño Bartoli lo sacó con disimulo. En la pantalla solo había un signo de interrogación, y Lorito compuso un mensaje de respuesta.

«Permaneced atentos —decía—. Todo está bajo control.»

Mona estiró el cuello para leer el texto.

—¿Bajo control? Pues ya me avisarás cuando hayamos perdido el control...

Las barreras se activaban por medio de un brazo articulado de robot Krom, que funcionaba con un generador portátil. Las calandras frontales de ambos automóviles echaban chispas, y Cabecilla ya estaba aullando, mientras las digicalcomanías de sus guardabarros mostraban unos bulldogs babeantes que no dejaban de correr. Los otros Bulldogs obedecieron su llamada canina hasta que la fábrica entera empezó a retumbar con el eco de los aullidos de los miembros desquiciados de la banda.

—No sé qué es peor, si perder o ganar —comentó Lorito.

Mona pulsó el botón de ignición y puso la marcha en punto muerto.

—Pues yo no pienso quedarme a averiguarlo.

Lorito se agarró al salpicadero con nerviosismo.

—No hagas ninguna tontería, Mona. Solo soy un niño...

—Espera y verás. Y abróchate el cinturón.

Las barreras se levantaron despacio, desparramando una lluvia de chispas sobre el público del nivel inferior. Cabecilla estaba golpeando el techo de su coche, abollando la chapa. Si se entusiasmaba aunque solo fuese un poquitín más, seguro que fundía sus propios plomos.

Mona puso primera. Los Encantos habían añadido la caja de cambios manual, aunque apenas habría tiempo para pasar a la sexta: Mona no tendría más remedio que saltarse unas cuantas marchas. El Z12 dio una sacudida hacia delante como si fuera una pantera ansiosa, y entonces la chica lo retuvo con el embrague.

Había un metro de distancia entre la barrera y la superficie de competición. Una cascada de chispas blancas ensombrecían la visión de Mona, y los Bulldogs disparaban al aire sin cesar. Los Parásitos los estaban rodeando, cada vez más cerca, puede que fuesen a por ella. Sea lo que fuese lo que iba a ocurrir, sucedería de un momento a otro, por ridículo que pudiese parecer.

Las barreras subieron varios centímetros más.

—¡Ya! —gritaron los Encantos al unísono—. ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

Mona apretó el acelerador, pero no se movió.

—Todavía no.

Cabecilla no tuvo tantos reparos: pisó a fondo el acelerador y salió disparado por debajo de la barrera. Fue demasiado pronto, el alerón trasero se quedó enganchado en la barrera. Sin embargo, no hubo ninguna explosión ni ninguna descarga de miles de voltios que se propagase por la totalidad del chasis, sino que el alerón trasero se derritió formando una masa negra que recubrió a medias la ventanilla trasera. Cabecilla siguió corriendo.

—¡Es de goma! —exclamó Mona con desprecio—. Pedazo de tramposo...

—¡Ya! —gritaron los Encantos, casi con lágrimas en los ojos. Cabecilla ya le llevaba un kilómetro de delantera, y eso que ni siquiera había recurrido todavía al nitroso.

—Todavía no.

Lorito le dio un golpecito en el hombro con sus manos diminutas.

—¿Qué haces, Vasquez? ¿Es que te has vuelto loca?

—Un segundo más.

Cabecilla ya le sacaba dos kilómetros de ventaja. Dos y medio; iba al menos a trescientos kilómetros por hora, y los neumáticos desprendían humo negro. Los Encantos empezaban a arremolinarse alrededor del coche, sacando armas de sus bolsillos. Miguel tenía el rostro crispado por la ira.

—Es hora de irse —murmuró Mona al tiempo que pisaba el acelerador y soltaba el embrague.

El Z12 salió disparado como el martillo de Thor por el cielo. La inyección nitrosa dejó clavados en sus asientos a Lorito y a Mona, y si los reposacabezas no hubiesen llevado almohadillas, el cráneo se les habría resquebrajado como la cascara de un huevo. Tenían la visión distorsionada, los colores se mezclaban y se difuminaban a la velocidad del rayo. No veían nada con nitidez, salvo la pista.

Mona tensó las muñecas para mantener el volante recto. A cada lado, todo se disolvía en imágenes borrosas pero delante, la pista era una franja sólida de color negro y el Charger de Cabecilla aparecía cada vez más grande en el parabrisas de cristal. Comparado con el Z12, era como si el coche de Cabecilla fuese marcha atrás, aunque eso no lo sabía el Bulldog, quien ya estaba haciendo ondear banderines de victoria por la ventanilla.

«Mira por el espejo retrovisor, cabeza de chorlito —pensó Mona—. Mira lo que se te viene encima.»

Y, como por arte de magia, pareció que Cabecilla hacía lo que le decía, porque los tubos de escape gemelos emitieron unas llamaradas azules cuando el Bulldog inyectó el nitroso en el motor. La máquina dio una sacudida hacia delante, añadiendo otros cincuenta kilómetros por hora a su velocidad, pero era demasiado tarde, el Z12 era ya una bala automática que quemaba el asfalto como si fuera el relámpago del estómago de una nube de tormenta.

—Increíble —exclamó Mona, mientras le castañeteaban los dientes—. Este cacharro es un animal.

Lorito sonrió a Cabecilla cuando lo adelantaron y le lanzó una irritante sonrisa de suficiencia, capaz de incitarlo a causarle heridas de consideración. Sin embargo, lo más probable era que Cabecilla no pudiese ver el otro coche, y mucho menos el busto sonriente y petulante del niño Bartoli, pero su sonrisa hizo a Lorito sentirse mejor.

Pasaron como una exhalación por la línea de meta y activaron los fuegos artificiales de la victoria. Cinco kilómetros en menos de un minuto. La pared de la fábrica se erguía imponente ante ellos, cada vez más cerca.

—Se te ha olvidado pisar el freno —gritó Lorito para que lo oyese a pesar del estruendo del motor—. Tu antiguo novio ha dicho que frenes pronto.

Mona pisó a fondo el acelerador para alcanzar velocidades supersónicas.

—No es mi antiguo novio. Además, ¿de verdad quieres pararte a charlar un rato con Cabecilla?

—Hombre, en principio no, pero ¿qué otra opción tenemos?

—Podemos atravesar esa puerta.

Lorito contuvo la respiración y apretó el aire con fuerza hasta que se le destaparon los oídos, por si la presión estaba interfiriendo con su sentido del oído.

—¿Atravesarla...? Pero ¿tú estás loca o qué?

—Piénsalo. Saltamos por el extremo de la rampa a unos trescientos kilómetros por hora. La puerta solo es de polímero de plástico y el coche es de aleación reforzada. Tenemos muchas probabilidades de conseguirlo.

—Tiene que haber otra forma.

—Soy toda oídos: tienes tres segundos.

—Mona, no me obligues a pegarte.

—Si llevaras un mazo en el bolsillo sí me preocuparía.

Lorito adoptó la posición de colisión y puso la cabeza entre las piernas.

—Estamos muertos —murmuró.

La pared de hierro colado se cernía sobre ellos, a escasos segundos de distancia. Una procesión vertiginosa de coches de ambas bandas corría a toda pastilla por las instalaciones de la fábrica mientras, en lo alto, los Parásitos se acercaban cada vez más al nivel del suelo. Pero había algo más, algo que nadie podría haber previsto, algo que rara vez se veía en Booshka: abogados.

El Z12 frenó de golpe.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó Mona.

Las cuatro ruedas se bloquearon al unísono y dos miniparacaídas de frenado se activaron saliendo del alerón trasero.

—Esto no me gusta nada —masculló Mona, al tiempo que luchaba con el volante paralizado.

El salpicadero del Z12 se levantó y dejó al descubierto una pantalla iluminada. Un mensaje parpadeaba en la pantalla: «Paralizados por control remoto —decía el mensaje—. Abandonen el vehículo».

El coche se detuvo dando un brusco viraje final y una rueda quedó suspendida en el aire al borde de la pista.

Lorito levantó la cabeza desde su posición de colisión.

—¿Estamos muertos?

—No, estamos rodeados.

Lorito se incorporó con cuidado.

—Gracias a Dios.

Mona se bajó del coche y meneó la cabeza para sacudirse de encima el zumbido de la velocidad. La situación empeoraba por momentos y parecía que iba a terminar en tragedia, sobre todo para ellos. Las bandas no tardarían en darles alcance y esta vez Miguel no podría volver a salvarlos ni aunque quisiera. Mona dirigió la mirada a los cielos; Stefan era su única oportunidad, estaba observándolos desde arriba como su ángel de la guarda. Vendría a rescatarlos, ella sabía que lo haría.

Sin embargo, había algo más, justo encima de donde Cosmo y Stefan estaban encaramados. Varios «algunos» más.

Lorito se bajó del Z12.

—Una cosita, Vasquez: si estamos rodeados, ¿quién nos ha rodeado?

Mona señaló a varias docenas de figuras borrosas que bajaban en caída libre por los huecos de las placas solares.

—Ellos.

Arriba, en el puente de la fábrica Krom, Cosmo y Stefan observaban la carrera con una mezcla de terror y fascinación. En un momento dado, el teléfono de Stefan empezó a vibrar y el chico consultó la pantalla.

—¿Qué dice? —quiso saber Cosmo.

Stefan borró el texto.

—Todo va bien. Nos vemos pronto.

—Vale, ya lo pillo. Mejor no preguntar.

Stefan vio el final de la carrera a través de sus gafas especiales.

—Qué raro...

—¿Raro? —preguntó Cosmo—. ¿Qué es raro?

Stefan le pasó unos prismáticos.

—Se han parado. Y ha sido una parada de emergencia. Estaba convencido de que Mona iba a salir disparada y atravesar la puerta. ¿Por qué iba a pararse ahí en medio de la pista como un pasmarote? A menos que...

Cosmo sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y que se le helaba la sangre. A menos que... ¿qué?

—A menos que fuese otra persona la que detuviese el coche y no ella.

A través de las gafas especiales, Cosmo vio a Mona señalar al techo, encima de ellos. Se volvió y entrecerró los ojos para mirar a través de los huecos de las placas solares al cielo nocturno. Varias figuras de contornos imprecisos se estaban descolgando por los agujeros del tejado.

—¿Son reales esas cosas de ahí o son otra vez criaturas que solo podemos ver nosotros?

Stefan cogió las gafas y apuntó con ellas hacia el techo. Varias figuras vestidas de negro se materializaron con nitidez en las lentes: llevaban tras ellos varios paracaídas de combate y unos chorros de gas propulsor salían despedidos de sus talones para controlar la dirección. Sostenían en los brazos rifles de asalto muy voluminosos y llevaban el logotipo de una empresa estampado en cada casco. Era el mismo logo que parpadeaba en el Satélite.

—Son los Cuerpos Especiales Myishi —dijo Stefan—. Asistentes de abogados, también conocidos como leguleyos. Están aquí por el Z12.

—¿Qué? ¿Toda esta parafernalia por un coche?

Stefan se puso de rodillas sobre la rejilla y se echó el abrigo por encima de la cabeza.

—El diseño de ese coche ha costado miles de millones de dinares; perderlo fue una auténtica patada en la boca para Myishi. Seguramente esta es la primera vez que pasa fuera de una plancha de plomo el tiempo suficiente para poder localizarlo.

Stefan se levantó el faldón del abrigo.

—Rápido, escóndete aquí y reza por que no nos vean.

Cosmo se metió debajo del cuero, pegado al cuerpo de Stefan. El abrigo olía a trabajo intenso y a descargas de vara electrizante. A través de una rendija en el abrigo, vio a los leguleyos descender con aire majestuoso por los huecos del tejado. Con unas oportunas ráfagas de gas que emitían por las botas, esquivaron las vigas que sobresalían por todas partes y bajaron hacia las pandillas apiñadas abajo.

Uno de ellos se arrancó un minibafle de una tira de velero que llevaba en el brazo y lo arrojó al suelo de la fábrica. Rebotó unos tres metros en su caja de plástico antes de rodar por la pista e ir a parar a los pies de Cabecilla, que lo recogió con gesto intrigado.

La voz del leguleyo atronó por la redecilla.

—El Bólido Nitroso Z12 es propiedad de la Corporación Myishi. Apártense del vehículo o serán sancionados. Esta es la última advertencia. Tienen diez segundos para responder.

Los miembros de las bandas no necesitaron diez segundos, la mayoría de ellos dieron un giro de ciento ochenta grados con sus máquinas y salieron disparados hacia las puertas. A medio camino, advirtieron la presencia de los tanques de asalto de tres pisos, que les bloqueaban las salidas. Por lo visto, los de Myishi no habían reparado en gastos ni en recursos para aquella misión. Los líderes de las bandas empezaron a disparar con lo que tenían más a mano a los abogados que descendían del cielo.

Para entonces, ya habían pasado los diez segundos y los abogados de Myishi tenían legítimo derecho a abrir fuego, cosa que hicieron, y con las armas más avanzadas del mundo, además. La primera fase consistió en arrojar al suelo una sábana de celofán. Los líderes de las bandas que intentaban escapar se quedaron atrapados en su huida. A continuación empezaron a disparar ráfagas de Shocker, que recorrieron toda la superficie del celofán: la descarga hizo que todo lo que había bajo la superficie pegajosa cayese en el olvido o más allá de él.

Los Parásitos se movían de acá para allá abalanzándose sobre los cuerpos como una manada de lobos hambrientos e iridiscentes, atravesando los caparzones de celofán para colocarse encima del pecho de los pandilleros. La descarga de los Shockers era demasiado dispersa para que pudiese llegar a hacerles algún daño y, de hecho, parecía añadir aún más emoción a su entusiasmo.

Los picapleitos caían como misiles mortales, escupiendo dolor y muerte. Se encaramaron a los huecos de escalera y a los puentes inferiores para escoger a sus presas desde arriba. Los miembros de las bandas no tuvieron ninguna oportunidad. La

mayoría de ellos estaban inconscientes antes de que les diese tiempo a desenfundar el arma. Los demás estaban acorralados por los tanques de asalto en algún rincón y pegados a la pared con balas de celofán.

Stefan asomó la cabeza por debajo del abrigo.

—Todo es culpa mía —se lamentó—. Los Parásitos se están dando un festín por mi culpa: yo le di el Z12 a Miguel.

Cosmo observó el caos que reinaba en la planta inferior.

—No podías saberlo. Nadie podía saberlo.

Los ojos de Stefan emitieron un destello a la luz de las descargas eléctricas.

—¡Debería haberlo sabido! Llevo tres años huyendo de la policía de Myishi. Sé cómo trabajan. —Apuntó con su vara electrificante a un grupo de Parásitos—. Demasiado lejos. No están dentro del radio de alcance. Necesitamos bajar ahí.

Cosmo escudriñó la confusión de cuerpos en estampida.

—Ya los veo. Están a punto de meterse debajo de la pista. ¡Se quedarán atrapados!

—Necesito bajar más —murmuró Stefan—. No puedo ayudar desde aquí.

Cosmo dio un puñetazo en la rejilla.

—¿Por qué no llueve nunca cuando se necesita?

Stefan lo miró extrañado.

—¿Lluvia? ¡Pues claro! Necesitamos agua para ahuyentar a los Parásitos. Al menos podemos hacer eso.

—¿Me estás diciendo que puedes hacer que llueva?

Stefan estaba de pie, abriéndose paso hasta una escalera de acceso.

—Yo no, pero ellos sí.

—¿Ellos? —gritó Cosmo, corriendo tras el Sobrenaturalista—. ¿Quiénes son ellos?

—Los de ahí, en la entrada. Vuelve a la Furgomóvil, intenta recoger a Mona y a Lorito si logran salir.

Cosmo seguía sin entenderlo. Lo único que había en la entrada era un tanque de asalto de nueve metros de altura. Stefan no pretendía hacerse con un cacharro de esos, ¿no? Cosmo siguió a Stefan por una escalera. No tenía la menor intención de regresar a la Furgomóvil. Si Stefan iba a ir a por un tanque de asalto, Cosmo iría con él. A fin de cuentas, él era uno más del equipo.

—Leguleyos —anunció Mona con un hilo de voz—. Lo peor de lo peor.

Los leguleyos eran un cruce entre abogados, paracaidistas y pitbulls. Eran el último recurso para cualquier empresa y solo los soltaban cuando había mucho dinero en juego.

Mona lo supo al instante.

—Están aquí por el coche. —Agarró a Lorito del cuello de la camisa y lo arrastró

al borde de la pista—. Myishi ha bloqueado el coche, debe de haber algún localizador en el chasis. Necesitamos ponernos a cubierto.

—¿A cubierto? —acertó a decir Lorito, medio asfixiado por la presión que ejercía el puño de su compañera—. Pero si solo quieren el coche...

—Y a cualquiera que lo haya visto o haya trabajado en él. No pueden arriesgarse a que otra empresa robe ideas de Myishi. Se van a llevar a todo el mundo para someterlos a un interrogatorio.

—¿Un interrogatorio? ¿Unas cuantas preguntas y una taza de no-café?

Mona chasqueó la lengua, a punto de perder la paciencia.

—Sí, claro. Unas cuantas descargas y una taza de pentotal sódico. Tendremos suerte si podemos contar hasta diez cuando hayan acabado con nosotros.

Lorito asintió con la cabeza.

—A cubierto. Buena idea.

Se bajaron de la cadena de montaje de un salto y se encaramaron a las vigas que la sostenían. El asfalto estaba repleto de cartones de zumo y envoltorios de chicle, y el nauseabundo hedor de generaciones de basura variada les golpeó violentamente la nariz.

Lorito dio una bofetada en el aire como si con eso pudiese ahuyentar el olor.

—Esta chaqueta ya no tiene remedio. Nunca se le irá el mal olor.

Mona se adentró más aún entre las sombras.

—Al menos todavía tendrás nariz para oler el mal olor.

Empezó el tiroteo, y unas enormes manchas de celofán líquido envolvieron a los líderes de las bandas y a sus coches. Les siguieron unas ráfagas de descargas eléctricas.

—Les están aplicando el tratamiento a base de chispas y alquitrán —dijo Lorito—. Casi siento lástima por ellos.

Cabecilla pasó como un cohete al lado del escondite de ambos, con las luces del pecho parpadeándole con furia. Un Shocker le acertó en el codo e hizo que la descarga le sacudiera todo el cuerpo. Las bombillas bajo la epidermis de la zona pectoral le estallaron como si fueran balas, y un Parásito corrió a agazaparse encima de él en cuestión de segundos. Cabecilla agitaba los brazos sin parar, ajeno a la presencia sobrenatural, gritando su ira a cualquiera que estuviera lo bastante cerca para oírlo. Al final, un leguleyo le disparó una bala de celofán con total indiferencia, y el líder de los Bulldogs realizó un débil aleteo bajo una capa de líquido pegajoso.

Se oyó un murmullo sordo procedente de la parte de atrás de la sala, como si fuera un lobo aullando en un túnel.

Mona sabía identificar todos los ruidos de motores del mundo.

—Tanques de asalto. Han venido para limpiar el desaguisado. Tenemos que largarnos de aquí.

Lorito sacudió la cabeza fingiendo felicidad.

—No me digas...

Avanzaron a gatas a través de años de desperdicios, buscando un agujero en las fuerzas Myishi. Sin embargo, los leguleyos eran eficientes además de letales. Era evidente que habían invertido una buena cantidad de tiempo para estudiar el edificio antes de atacar. Cada centímetro cuadrado estaba vigilado por un soldado Myishi: estaban apostados en las barandillas de los niveles superiores, triangulando sus disparos para cubrir todo el edificio. En minutos, la mayoría de ellos ya habían bajado a la planta principal y estaban metiendo a los miembros de las bandas que quedaban conscientes en los remolques de detención de los tanques.

Mientras, los Parásitos absorbían la fuerza vital con un entusiasmo que ponía los pelos de punta, y brillaban con un fulgor dorado por la energía en circulación. Casi era demasiado para poder soportarlo, y una parte de Mona sintió deseos de meterse debajo de una viga y echarse a dormir, dormir y tener sueños de paz y felicidad. «Si salgo con vida de esta —pensó—, lo dejo de una vez por todas. Tal vez me vaya a Sudamérica y me gane la vida como buceadora y buscadora de conchas. Bueno, eso si todavía queda algún litro de agua del mar en el planeta que no me destiña la piel.»

—No veo ninguna escapatoria —soltó Lorito, sin aliento.

Mona vio cómo se llevaban a Miguel a rastras, con las facciones casi irreconocibles debajo de la capa de celofán. Llevaba un Parásito enganchado al pecho como una sanguijuela.

—Yo tampoco. A Stefan ya se le ocurrirá algo, no nos dejará aquí tirados. O tal vez Cosmo saque algún milagro más de su chistera.

Lorito hizo una mueca de incredulidad.

—Me cae bien Cosmo, pero es un crío. Lo de tu virus fue pura chiripa, no va a poder salvar a nadie más.

Mona se frotó el codo.

—Te equivocas con él, Lorito. Ese chico tiene algo. Además, también tiene cerebro. Cosmo nos sacará de aquí, sé que lo hará.

Cosmo siguió a Stefan por una escalera metálica rodeada de una jaula tubular. Stefan oyó sus pasos en los peldaños.

—Creí haberte dicho que volvieras a la Furgomóvil —le susurró, con cuidado de no alzar la voz para que no lo oyeran los dos leguleyos que había doce metros más abajo.

—Mona y Lorito están atrapados ahí abajo —se limitó a contestar Cosmo—. Tengo que ayudar. Nadie más está huyendo, así que ¿por qué iba a hacerlo yo?

Stefan se quitó la placa de cráneo un momento. Sintió cómo se aliviaba parte de la tensión que soportaba en los hombros. Se alegraba de que Cosmo hubiese decidido permanecer a su lado.

—Está bien, eres un buen Sobrenaturalista; cabezota, como el resto de nosotros. Tengo que llegar hasta ese tanque de asalto de la esquina nordeste. Puedes abrirme un agujero si quieres.

—¿Abrirte un agujero?

—Bajaremos al siguiente nivel y tomaremos prestadas unas cuantas varas Myishi. Echaré una carrera hasta el tanque y tú dispararás a cualquiera que me apunte con su arma.

Cosmo tragó saliva. Aquello era la guerra. Stefan estaba hablando en términos bélicos.

—¿Y tú?

Stefan volvió a colocarse la máscara protectora sobre la cara.

—Seguramente me cogerán, pero vosotros podréis salir por el mismo sitio por donde entramos. La única forma de salvar a Mona y a Lorito es haciendo una maniobra de distracción.

De algún modo, Cosmo consiguió hacer acopio de fuerzas y valor.

—De acuerdo. Haré todo lo que pueda. En marcha.

Stefan llegó a pestañear tras sus gafas rojas.

—Muy bien. Y si por casualidad te cargas a unos cuantos Parásitos, a mí no me importará nada.

Cosmo tragó saliva de nuevo para tratar de desembozarse la garganta, donde parecía habersele atascado el corazón, y siguió a Stefan por las escaleras. Los pies de este no hacían ruido al bajar, pero a los oídos de Cosmo, sus propias botas resonaban en los peldaños como las campanadas de una iglesia.

Más abajo, los dos leguleyos se estaban divirtiendo de lo lindo tendiendo una sábana de celofán de saturación sobre una de las esquinas de la fábrica. Sus rifles no dejaban de dar sacudidas a medida que gastaban cartuchos y disparaban unas balas en arco hacia un grupo de Encantos.

—Están cayendo como moscas —dijo uno.

—Sí, esto es pan comido —convino el otro.

Stefan bajó los últimos metros y aterrizó detrás de los leguleyos. Sin detenerse a lanzar la típica pulla de héroe de película, chocó la cabeza de uno contra la del otro y los dos hombres se deslizaron por el hueco de la escalera sin rechistar.

—Abogados —masculló Stefan mientras los despojaba de sus rifles—. Los prefería cuando combatían con sus maletines. —Se echó uno de los rifles al hombro y sacó el mosquetón de hacer rappel. Stefan soltó la cuerda al máximo y se ajustó la anilla sobre el pecho—. Me voy a lanzar a la máxima velocidad posible. Con un poco de suerte, para cuando se den cuenta de que no soy un miembro de Myishi, será demasiado tarde.

Cosmo se arrojó a la superficie del puente, con el estómago todavía a punto de

salírsele por la boca. Stefan le arrojó una poderosa vara electrizante a los brazos.

—Está preparada para disparar balas de celofán. Apunta un poco más alto que el objetivo, esas balas siempre se curvan un poco. Medio metro más arriba debería ser suficiente. En esta vara tiene que haber unas veinte balas, y en la otra tal vez treinta.

Cosmo examinó el desconcertante conjunto de válvulas, cañones y botones.

—Soy incapaz de entender cómo funciona esto.

Stefan dio la vuelta a la vara de modo que la culata tocaba el hombro de Cosmo.

—Imagina que es un ordenador: no tienes que saber cómo funciona, ni siquiera tienes que utilizar todas las funciones. Lo único que necesitas usar es la mira, el cañón y el gatillo. —Extrajo una mira circular de su lugar en el cañón y utilizó la almohadilla de succión para sellarla sobre la cuenca del ojo derecho de Cosmo—. La mira te proporcionará la distancia al objetivo, la condición del viento y las balas que quedan en el cargador. Túmbate sobre el puente y dispara y empaqueta a cualquiera que mire con malos ojos en mi dirección.

Cosmo se tendió en el suelo.

—Pero ¿y si...?

—No hay tiempo para preguntar esas cosas —le interrumpió Stefan, al tiempo que enganchaba el mosquetón a una viga—. Haz lo que puedas. Recuerda que Mona y Lorito dependen de nosotros.

«Sin presión», pensó Cosmo con tristeza.

Stefan saltó por encima de la barandilla de seguridad y se lanzó en picado al suelo de la fábrica, tres metros más abajo. Cosmo siguió su avance con el cañón de la vara, mientras la mira electrónica transmitía imágenes ampliadas a su ojo derecho. Stefan estaba bajando a un mundo de locos: los tanques de asalto avanzaban traqueteando por el suelo, disparando balas de cañón a los fugitivos que trataban de escapar. Los Parásitos chupaban la fuerza vital de todos los heridos y de los miembros de las bandas atrapados en los globos de celofán como almas en el infierno.

El mosquetón de rappel frenó la caída de Stefan, pero este se quedó sin cuerda cuando aún estaba a sesenta centímetros de altura. Su peso hizo saltar el carrete y el joven cayó al suelo. Por suerte, una brigada de leguleyos amortiguó su caída. Stefan se desabrochó la anilla y echó a correr antes de que cesasen los quejidos de dolor.

Uno de los leguleyos consiguió levantarse y salió tambaleándose detrás de Stefan. Cosmo movió el cañón de la vara y la mira del ojo se movió en consonancia. Centró la cruz de la mira en la cabeza del leguleyo y luego se acordó del consejo de Stefan y levantó la mira poco más de medio metro.

—¡Eh, tú! —le gritó el abogado a Stefan, y entonces Cosmo disparó.

Una bala salió propulsada del cañón e hizo impacto entre los omóplatos del hombre. Del pequeño proyectil estalló un mar de porquería que paralizó al hombre en el suelo de la fábrica.

Stefan siguió con su carrera, deshaciéndose a tiros de los Parásitos que se interponían en su camino. Las esferas de color azul subían flotando al techo como si fueran los globos de una fiesta. Iba directo hacia un tanque de asalto, pero ¿por qué? ¿Qué se proponía?

No había tiempo para preguntas, y mucho menos para respuestas. Dos leguleyos más se habían fijado en Stefan y se habían descolgado de sus paracaídas para, después de desenfundar sus armas, prepararse para disparar.

Cosmo apuntó y abrió fuego. Demasiado bajo. Las balas se desparramaron por todo el suelo. Medio metro más arriba de la cabeza. Concentración, concentración.

Disparó de nuevo, dos disparos en una rápida sucesión. La vara dio un salto en sus brazos y los leguleyos se sorprendieron enredados en una pegajosa manta de celofán.

Uno a la izquierda. Un poco más abajo. El leguleyo descerrajó una bala que fue a hundirse entre los omóplatos de Stefan y lo empujó hacia delante tres pasos tambaleantes. Cosmo no podía apartar los ojos del Sobrenaturalista. La experiencia lo salvó. Stefan se quitó el abrigo y, en cuestión de segundos, la prenda quedó más prieta que una pelota de fútbol.

«Qué suerte ha tenido —pensó Cosmo—. Mucha suerte.» Disparó cinco balas al tirador y tres dieron en su objetivo.

Stefan casi había llegado a su meta: solo lo separaban veinte metros del tanque. Una planta más arriba, apostados en el puente, había un grupo de soldados. Serían el obstáculo final, aparte del propio tanque. Stefan descerrajó unos cuantos Shockers en el puente. La mayoría de los leguleyos iban completamente protegidos con capas de aislamiento, pero dos de ellos se habían quitado los guantes y se sujetaban a la barandilla con una mano. Se desplomaron echando humo y Cosmo cubrió al resto con una ráfaga de balas de su vara prestada.

Una señal roja empezó a parpadear en la mira de Cosmo, el símbolo de la munición: se había quedado sin balas. Cosmo apartó la vara y tiró de la correa de la otra para asirla. Se colocó la mira de la segunda arma y se concentró en Stefan.

Era difícil no hacer caso del caos que lo rodeaba: Parásitos por todas partes, miembros de las bandas tratando de zafarse de la masa que los aprisionaba, bólidos corriendo en círculos por la superficie de la fábrica tratando en vano de encontrar una salida y montones de celofán que recubrían el suelo y las paredes.

«Concéntrate —se ordenó Cosmo—. Resolveremos los problemas de uno en uno.»

El artillero del tanque reparó en la presencia del Sobrenaturalista e hizo girar la torre en su dirección. Stefan trató de apartarse, pero el cañón estaba en posición de fijo y seguía todos sus movimientos sin dificultad. En un momento dado, parecía que Stefan iba a rendirse, pues se quedó inmóvil y levantó las manos. Sin embargo, a

través de la mira de su vara, Cosmo vio el dedo índice de la mano derecha de Stefan: señalaba el cañón del tanque. Era un mensaje: «¡Dispara al cañón!».

Era el disparo más difícil del mundo, aun con la mira.

Cosmo se levantó para tener un mejor ángulo y apoyó la vara en la barra superior. Medio metro por encima de la boca del cañón. No tenía sentido andarse con remilgos, así que Cosmo vació el cargador entero en el tanque. Al menos uno de los proyectiles hizo diana y se clavó en espiral en la panza del carro de combate. En ese preciso instante, un proyectil Shocker estaba tratando de salir por el otro lado, de modo que no solo no consiguió hacerlo, sino que esparció la totalidad de su contenido en el vientre mismo del tanque. Cualquiera que estuviese dirigiendo el panel de instrumentos habría recibido una sacudida lo bastante importante como para quedarse inconsciente al menos un minuto.

Stefan se puso en marcha de nuevo. Dio un salto tremendo, asió la boca del cañón, se sujetó a él con fuerza, mano sobre mano, y luego vio un cañón auxiliar, pequeño y grueso con una boca ajustable. Un cañón de agua a presión para controlar a las masas. ¡Pues claro! ¡Agua!

Stefan empezó a columpiarse en el cañón y dio un golpe seco con las botas en la llave de paso. Tras la válvula se escondían veinte mil litros de agua a presión esperando a que alguien les diera vía libre. La llave de paso emitió un quejido, dio una sacudida y al final estalló por los aires, de tal manera que el agua salió con una fuerza descomunal en un poderoso chorro.

Rápidamente se esparció por el suelo de la fábrica. Los soldados, los vehículos y los miembros de las pandillas corrieron en desbandada al ver el diluvio, pero, lo que era más importante, los Parásitos soltaron a sus presas y treparon con asombrosa rapidez a los niveles superiores. Los que quedaron atrapados en el torrente de agua empezaron a burbujear y chisporrotear antes de ir a reunirse medio groguis con sus congéneres.

Cosmo apuntó con su arma vacía hacia el escondite de Mona. La mira revelaba que la chica estaba asomando la cabeza por debajo de la pista. Luego, aprovechando el caos colosal que había provocado Stefan, cogió a Lorito, se lo puso debajo del brazo y echó a correr hacia una rejilla de ventilación que había en la pared más próxima. Ninguno de los soldados Myishi la vieron correr. La pareja se introdujo en el interior del conducto y desapareció en la oscuridad. De momento Cosmo no podía hacer nada más por ellos.

Entretanto, Stefan había aflojado la presión sobre el cañón y había bajado al suelo de la fábrica. En ese momento iba desarmado y estaba al descubierto. Sus fechorías habían llamado la atención de varios leguleyos Myishi que lo rodeaban como chacales, apuntando al adolescente con sus varas.

Stefan levantó los brazos y extendió los dedos, pero los leguleyos no pensaban

dejar que se rindiera así como así, no después de toda la destrucción que había sembrado. Le dispararon al menos una docena de balas de celofán, y cada una de ellas se extendió por todo su cuerpo como una gran mancha de aceite. Cosmo vio cómo el Sobrenaturalista caía al suelo, cómo trataba de arañar la masa viscosa que amenazaba con exprimirle hasta la última gota de vida. En la pared, varios Parásitos percibieron su dolor y dieron unos pasos vacilantes en su dirección, pero había demasiada agua.

Cosmo cerró el puño y dio un golpe de impotencia en la barandilla, pues no podía hacer otra cosa más que observar la escena.

—Buen disparo, chico —dijo una voz a sus espaldas.

Cosmo se volvió; de pie en el puente, un poco más lejos, había un leguleyo Myishi apuntando con su vara al pecho de Cosmo. Unas crucecillas de color rojo parpadeaban en su chaqueta. Desde tan cerca, no era necesario que le apuntase por encima de la cabeza.

—¿Tienes idea de cuántos dinares va a costar reparar ese tanque de asalto?

Cosmo negó con la cabeza. No hablaba porque estaba conteniendo el aliento, inflando el pecho lo máximo posible. De ese modo le resultaría más fácil respirar si lo empaquetaban.

El abogado se percató de la estratagema.

—Oye, chico, no te preocupes, no pienso empaquetarte. Vas a rendirte sin oponer resistencia, ¿verdad?

—Sí —contestó Cosmo con cautela.

—Muy bien, entonces —dijo el leguleyo al tiempo que apretaba el gatillo de su vara.

Una bala de celofán trazó un arco por la pasarela e impactó en el pecho de Cosmo. Este vio impotente cómo el virus se extendía por su torso. En apenas segundos estaba dentro de un maligno caparazón que le apretaba cada hueso del cuerpo con una saña insoportable.

A través del tinte plateado del celofán vio cómo se le acercaba el abogado.

—¡Huy! —exclamó el hombre, con la voz amortiguada por el pegajoso envoltorio—. Se me ha escapado el dedo.

Especnoide 4

Torre Myishi



COSMO no recordaba con demasiada claridad el trayecto hasta el cuartel general de la Myishi Corporation en la avenida del Periplo. Las balas de celofán contenían una especie de ligero sedante en la sustancia selladora, lo cual no estaba nada mal porque si una persona se ponía demasiado nerviosa ahí dentro podía romperse las costillas con solo inspirar hondo varias veces.

Cosmo sintió cómo lo sacaban de la parte de atrás de un carro de asalto y lo arrojaban sin miramientos a una enorme cubeta de plastiglás llena de un viscoso agente disolvente de color amarillo. Cosmo ya había estado antes en una cubeta, en el instituto. El agente le haría vomitar durante horas una vez que lo tuviese en el organismo. Un dispositivo parecido a un desatascador que llevaba en la cabeza mantenía la nariz y la boca de Cosmo por encima del nivel del líquido. Si se quitaba el dispositivo antes de que el disolvente hubiese cumplido su cometido, el aparato podía quemarse y él acabar con una enorme tonsura chamuscada. Sin embargo, no tenía sentido preocuparse por eso en ese momento, no podía hacer nada, ni siquiera aunque el sedante le dejase reunir algo de fuerza de voluntad. Lo mejor que podía hacer era quedarse allí flotando y mantener la respiración regular, inhalar el aire de forma continuada y breve de manera que no ejerciese presión sobre su caja torácica.

En cierto modo, era todo un alivio no tener nada que hacer: nada de misiones disparatadas ni de tácticas a medianoche para desafiar a la muerte y, sobre todo, nada de criaturas sobrenaturales que lo mirasen con aquellos ojos redondos.

Justo entonces, un Parásito se agarró como una garrapata al exterior de la cubeta, mirándolo a través del plastiglás; pero Cosmo estaba a salvo allí dentro, porque las criaturas no podían enfrentarse al líquido.

En cualquier otro momento, le habría resultado insoportable tener al demonio tan cerca, con las palmas azules y chisporroteantes de sus manos de cuatro dedos adheridas al plastiglás. Se quedaron mirando el uno al otro, chico y criatura, a través de una bruma amarilla. En la mente de Cosmo, los ojos del Parásito eran más que elocuentes: «No puedes escapar de mí», decían.

Tras varios minutos lanzándole una mirada implacable, el Parásito se apartó del plastiglás; sin duda, había más vidas que sorber en alguna otra parte.

Cosmo se sumió en un estado de semitrance, los sucesos de los días anteriores le daban vueltas en la cabeza como un remolino. ¿Quién era él a partir de entonces? ¿Cosmo Hill, no-patrocinado fugitivo, o Cosmo Hill, el Sobrenaturalista? ¿Quién era

Cosmo Hill de todos modos? Un producto del Clarissa Frayne, sin personalidad propia; catorce años y nunca había besado a una chica, por ejemplo.

Mona Vasquez. ¿Qué tenía aquella chica que cada vez que pensaba en ella sentía mariposas en el estómago? A Cosmo le habían inyectado una vez una cepa del virus de la malaria como parte de una prueba relacionada con las vacunas. La malaria tenía más o menos el mismo efecto sobre él que Mona. La verdad es que era una pena. Sus sentimientos eran del todo inútiles. Ninguna chica en su sano juicio se fijaría en Cosmo ni aunque saliese de una tarta de cumpleaños con un corazón de neón en la mano.

A pesar de todo, la imagen de Mona empezó a aumentar de tamaño en la cabeza de Cosmo hasta desplazar a todas las demás. Su sonrisa, el pelo negro que se le rizaba en el cuello... Aquellos ojos oscuros como dos botones de chocolate negro... La muchacha también parecía flotar en el líquido que tenía ante sí, extendiendo la mano para acariciarle la mejilla.

El sedante le dio ganas de hablar en voz alta. «No importa —razonó—. Solo es una alucinación.»

—Mona —dijo y, curiosamente, el celofán ya no le cubría la cara—, me gustas mucho.

—Ah, ¿sí? —repuso el barbudo encargado de la cubeta, que estaba retirando el dispositivo de la cabeza de Cosmo—. Tú a mí también me gustas mucho, cariño.

El hombre de la barba lavó a Cosmo con una manguera, burlándose todo el tiempo, y luego lo encerró tiritando en una celda de aislamiento con las paredes acolchadas. Cuando se marchó, le lanzó un beso por encima del hombro.

—*Adieu*, príncipe mío. Hasta que volvamos a vernos.

Cosmo estaba demasiado ocupado vomitando en el bebedero de aluminio para responder, aunque tampoco le habría contestado de haber podido: en el Clarissa Frayne aprendías a mantener la boca cerrada, todos y cada uno de los no-patrocinados habían aprendido esa lección, todos ellos menos Mordazas.

Cuando se hubo recuperado lo suficiente, Cosmo arrancó un trozo de papel de un rollo que había pegado a la pared y se limpió. A continuación arrastró un catre de acero por la habitación hasta colocarlo justo debajo de la rejilla de la calefacción y se acostó.

Estaba recuperando los hábitos del orfanato, como si nunca hubiese salido de allí. A fin de cuentas, ¿qué representaban unos cuantos días en catorce años? Ni siquiera un uno por ciento, ni por asomo. Y, pese a todo, sentía que había vivido más en aquellos últimos días que en todos esos años juntos.

Cuando en el Clarissa Frayne te metían en el agujero, había ciertos métodos de supervivencia que conocían todos los no-patrocinados. El primero de todos: dormir el máximo posible; eso te permitía olvidarte de la comida y de tu situación en general.

Un huérfano curtido era capaz de dormir hasta dieciséis horas al día.

En segundo lugar, no había que pensar en la libertad, porque desear que pasen los días solo hace que parezcan más largos. Y, por último, hay que intentar no desear nada, sobre todo unos padres. Eso le rompería el corazón a cualquiera.

Cosmo se tumbó de espaldas y se quedó mirando al techo. Sería incapaz de conciliar el sueño, tenía demasiadas cosas en la cabeza: Sobrenaturalistas, Parásitos, Encantos, Bulldogs, un niño Bartoli y, por supuesto, Mona.

Menos mal que solo había declarado su amor al hombre de la cubeta. Mona seguramente se burlaría de él en sus propias narices. Seguramente. Aunque no es que fuera a volver a verla, Cosmo no tenía ninguna duda de que una vez que hubiesen identificado su secuencia de ADN y descubierto quién era, lo meterían en el primer vagón de vuelta al Clarissa Frayne y al supervisor Redwood.

Al cabo de un rato, el hombre de la cubeta regresó, aún con una amplia sonrisa en los labios. Un hombre feliz con su trabajo.

—Vale, cariño —dijo, al tiempo que se rascaba la barba del mentón partido—. Levántate, hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Quién? —preguntó Cosmo, mientras colocaba las botas húmedas en el suelo. El hombre de la cubeta levantó la barbilla de Cosmo con una porra.

—¿Qué has dicho? ¿Acabas de hacerme una pregunta?

—No —se apresuró a contestar Cosmo—. Quiero decir, no, señor.

—Así me gusta —repuso el carcelero, dándole la espalda—. Sígueme y quédate entre las líneas amarillas, o uno de los guardias volverá a empaquetarte.

El hombre de la cubeta lo condujo por un largo pasillo hasta una hilera de ascensores. Había dos rayas gruesas y amarillas en el suelo con un trozo de linóleo con marcas entre ambas. El linóleo que había a uno y otro lado de las líneas, en cambio, no tenía ninguna marca.

Cosmo se detuvo delante del primer ascensor.

—No, no, cariño —dijo el hombre de la cubeta—. Tú vas al Observatorio. —Pronunció el nombre en tono reverencial, como si fuese un sitio muy importante. Cosmo lo siguió al último elevador de la hilera, un bloque dorado sin botón de llamada, solo un interfono de vídeo.

El encargado de la cubeta se puso delante de la cámara y se alisó el pelo con la mano, a la que acababa de dar un lengüetazo.

—Traigo al chico, el que destrozó el tanque.

No hubo respuesta, pero la puerta se abrió deslizándose sin hacer ruido.

—Hala, adentro, cariño —dijo el hombre, dándole un empujón.

—Ya te echo de menos —repuso Cosmo mientras se cerraba la puerta.

Por qué no. Había muy pocas posibilidades de que volviera a ver a aquel hombre. De un modo u otro.

El ascensor subió tan rápido que pareció quedarse completamente inmóvil. Cosmo no se dio cuenta de que se había movido hasta que una de las paredes se corrió y dejó al descubierto una ventana de cristal. El ascensor estaba en la parte exterior del edificio y salió disparado hacia arriba como una bala de cañón. Fuera, la ciudad pasaba como un fogonazo, con rayas de luces borrosas por la velocidad. La caja dorada no tardó en rebasar la altura de los demás edificios y avanzó inexorable hacia arriba, hacia el cielo. Cosmo tuvo la sensación de que si por cualquier motivo el ascensor se detenía en ese momento, él seguiría hacia arriba, perdiéndose en el universo.

No había tiempo para plantearse la posibilidad de escapar, ni tampoco lugar al que escapar. Era lo mismo que intentar escapar de un paracaídas, pero antes incluso de que se le hubiese ocurrido esa comparación, el ascensor empezó a aminorar el ascenso y se detuvo en algún lugar cerca del límite de la atmósfera. Era como si, al levantar la mano, Cosmo fuese a rozar con los dedos el Satélite Myishi.

La puerta se abrió y una mano de gran tamaño lo asió por el cuello. Lo sacó a rastras del ascensor a la habitación más opulenta que había visto en toda su vida. Las paredes estaban llenas de cabezas ilegales de animales disecados: elefantes, osos, un gorila y cientos de pájaros. Había incluso un delfín extinguido, sacudiendo las aletas animatrónicamente en una cuba de conservante azul. Unos sofás bajos amueblaban la parte baja de las paredes, envueltos en unos fulares cubresofás de aspecto muy lujoso. Llamaban la atención las distintas obras de arte de apariencia muy costosa, incluyendo el holograma de un mimo en un cubo suspendido en el aire.

—Bienvenido a la Myishi Corporation —dijo una voz femenina.

Cosmo miró al otro lado de la enorme habitación, a un salón un poco más hundido en el suelo. Una mujer esbelta estaba recostada sobre un sofá forrado de piel, pasando el dedo por el borde de una copa alargada de cristal. Había al menos media docena de guardaespaldas en un radio de dos metros de ella, y Cosmo percibía los ojos de aquellos hombres al otro lado de las lentes negras de sus gafas de sol. Gafas de sol de noche. Todo aquello era raro y cada vez más raro.

Uno de los guardaespaldas ajustó un pequeño disco en la montura de sus gafas.

—Está limpio —anunció en un tono de voz capaz de limar hasta la madera—. No lleva armas encima.

No eran gafas de sol normales y corrientes, por lo visto.

La mujer se levantó. Era alta y delgada, aunque no había indicios de operaciones de cirugía. Aquella mujer parecía muy capaz de cargarse a un par de hombres de seguridad con solo chascar los dedos. Tenía los rasgos duros y bronceados. El bronceado debía de ser artificial, porque nadie con dos dedos de frente se ponía ya bajo la exposición directa al sol. Llevaba el pelo corto, rubio y encanecido en las sienes. Iba vestida con un traje de lino holgado, casi como un pijama, y llevaba unas

sandalias de cuero con un anillo de oro en el segundo dedo del pie.

—Así que tú eres el que destrozó uno de los tanques de asalto —dijo. Tenía la voz melodiosa, casi hechizante—. ¿Sabes cuánto cuesta uno de esos tanques?

Cosmo negó con la cabeza.

—Una auténtica fortuna. No importa, los tenemos asegurados. El caso es que el cañón del tanque está preparado para que no pasen esta clase de cosas: solo se abre durante una centésima de segundo antes de que se dispare el proyectil, y tú conseguiste meter una bala de celofán ahí dentro en ese tiempo. Muy impresionante, si es lo que pretendías. Hemos analizado tu ADN, señorito Cosmo Hill, no-patrocinado. Se supone que estás muerto.

Cosmo decidió que aquel era un buen momento para cambiar de tema.

—¿Es usted la señorita Myishi?

La mujer se echó a reír, con un suave repiqueteo que hizo que a Cosmo le dieran ganas de reír con ella.

—¿La señorita Myishi? No. No ha habido ningún Myishi al timón de Myishi Corporation en casi cien años. Solo conservamos el nombre por motivos de publicidad y reconocimiento público. La *zaibatsu* Myishi no estaba preparada para la vida moderna: demasiados principios morales orientales. Yo soy...

En ese preciso momento, la puerta del ascensor se abrió y Stefan salió del aparato. Tenía el ceño fruncido, como era tan habitual en él, hasta que vio a la mujer rubia.

—¿Ellen...? ¿Profesora Faustino? —dijo en tono vacilante—. ¿Qué hace usted aquí? ¿La han hecho prisionera también?

Stefan se zafó de un par de hombres de seguridad que lo asían por los codos y cruzó la habitación. Con un solo chasquido de sus dedos, Faustino hizo retroceder al ascensor a los guardaespaldas, un ademán que no pasó desapercibido a Stefan. Se paró en seco.

—¿Trabaja aquí, profesora Faustino?

—Ahora soy la directora Faustino, Stefan.

La perplejidad más absoluta se apoderó del rostro de Stefan. ¿Era aquella mujer una vieja amiga o una nueva enemiga?

—¿Directora? Nunca creí que acabaría trabajando para las empresas, sobre todo para Myishi.

—Luchar desde dentro, Stefan. Atacar desde la retaguardia.

—Bueno, dentro está... eso desde luego.

Faustino levantó los brazos y apoyó las manos en los hombros del chico.

—Bueno, bueno, bueno... el pequeño Stefan Bashkir. Has crecido.

Cosmo no salía de su asombro. ¿El pequeño Stefan Bashkir? ¿Quién era aquella mujer?

Stefan parecía abochornado por la atención. ¿Se estaba sonrojando?

—Han pasado más de dos años desde que te saqué de aquel asilo para viudas y huérfanos. La última vez que te vi, aún seguías con la policía de la ciudad. Ahora te has pasado al otro bando. —Faustino cogió un pequeño mando a distancia extraplano de la mesilla del café—. No creas todo lo que dicen de Myishi, Stefan. Hacemos más obras buenas que malas. —Rozó un botón con un elegante dedo y la totalidad del techo de la suite se deslizó despacio hacia atrás y dejó al descubierto las estrellas del cielo y, por supuesto, el Satélite—. El Satélite que salvó...

—Que salvó el mundo —completó la frase Stefan—. Todos lo hemos visto en televisión. Lo vemos cada veinte segundos, de hecho.

Faustino sonrió.

—No, así no lo habéis visto. Acércate, Stefan, y tú también, señorito Hill. Sentaos, la vista es espléndida.

Cosmo atravesó la lujosa moqueta, abriéndose paso entre varios guardaespaldas de aspecto hostil. Seguramente aquellos hombres no habían hecho picadillo a nadie todavía aquel día y estaban buscando una excusa. Se sentó entre Stefan y Ellen Faustino en un sofá bajo. El perfume de la mujer se acercó flotando hasta él como si fuese un aroma que hubiese olido una vez en sueños, pero no se acordaba.

—¿Estás cómodo? —le preguntó ella.

Cosmo asintió con aire vacilante. Nunca antes le habían hecho esa pregunta; los supervisores del Clarissa Frayne no solían andar por ahí preocupándose de si un huérfano estaba incómodo, precisamente. De hecho, casi todas las veces eran ellos los responsables de la incomodidad.

Faustino apretó un segundo botón del mando a distancia y el sofá se inclinó hacia atrás, al tiempo que se desplegaban unos altavoces por detrás de los reposacabezas. En ese momento, estaban mirando directamente a través del techo transparente al Satélite que había más allá. El techo se flexionó ligeramente y de pronto todo multiplicó su tamaño un millar de veces. Era como si el Satélite estuviese a punto de chocar contra el edificio.

Cosmo se levantó de un salto.

—Relájate, chico —dijo Ellen, al tiempo que apoyaba los finos dedos en sus muñecas—. El Observatorio suele tener ese efecto en los primerizos.

La ampliación al detalle era espectacular: Cosmo era capaz de ver hasta las placas solares individuales de las alas del satélite. Veía salir despedidos los chorros de gas de los estabilizadores y a los *dish-jockeys* flotar por la superficie cóncava de la antena principal. Era inmenso, inconcebible.

Stefan no estaba tan impresionado.

—¿Qué hacemos aquí, profesora Faustino? ¿De qué va todo esto?

—Ten paciencia, Stefan. Ese ha sido siempre tu gran defecto. A veces una historia

es demasiado buena para que te la cuenten toda de una sola vez.

Faustino pulsó una combinación de botones y varias pantallas aparecieron en la lente gigante. Las pantallas mostraban imágenes de viejos noticiarios de principios del milenio, escenas de Europa y Oriente Próximo assolados por la guerra, hambre en África y terremotos en Sudamérica. Los altavoces empezaron a emitir de pronto con calidad de sonido envolvente.

Faustino proporcionó los comentarios.

—No hace mucho, el mundo se destruía en mil pedazos. Sencillamente, no había suficiente espacio en el planeta para todos. El Satélite Myishi ha conseguido solucionar ese problema.

Stefan se cruzó de brazos e hizo lo propio con sus botas, todo con gran estruendo, lenguaje corporal internacional para decir: «¿Y qué más?».

—Sé cuál es la opinión que te merece Myishi, Stefan —dijo Faustino—, pero dame una oportunidad y creo que descubrirás que ambos luchamos contra el mismo enemigo.

—Eso lo dudo —replicó Stefan entre dientes.

—El problema era que los países no estaban dirigidos como una empresa; las decisiones se tomaban basándose en la religión o la historia, fundamentos muy poco sólidos para basar cualquier decisión, como todo el mundo sabe. Los estados se descomponían por culpa de los fanatismos y los enfrentamientos de siglos de antigüedad. La Myishi Corporation ha abordado todos esos problemas, y creo que estamos ganando.

—¿Cómo puede decir eso? —la interrumpió Stefan—. Distintas partes de la ciudad están sumidas en el caos. La gente se muere de hambre.

—No estoy diciendo que las cosas sean perfectas, Stefan. Ha habido contratiempos, pero este es un sistema nuevo. Las ciudades satélite podrían solucionar el problema de la superpoblación del mundo. El almacenamiento en el espacio sideral es el futuro, Stefan, y esa es la verdad. Cada familia tiene una media de diez aparatos dirigidos por ordenador. ¿Te das cuenta de cuánto espacio de memoria ocupa eso? En una ciudad de este tamaño, eso supone diez manzanas solo para electrodomésticos. Luego están la administración, el ocio, los viajes, las comunicaciones... Guardamos todo eso en un satélite en órbita geoestacionaria por encima de la ciudad que se actualiza constantemente, que se repara a sí mismo constantemente.

Cosmo fue el primero en vislumbrar adonde conducía todo aquello.

—Que se reparaba solo hasta hace poco —dijo—, porque últimamente el Satélite ha estado fallando muchísimo.

Faustino apagó las imágenes de los noticiarios.

—Eso es verdad. Está funcionando cada vez peor. Como veis, tenemos equipos de

dish-jockeys reparando las veinticuatro horas del día. Hemos conseguido tapar algunas cosas para que no salieran a la luz pública, pero está corriendo la voz. Es un duro golpe para las acciones de Myishi.

—A los enfermos y los sin techo les traen sin cuidado la cotización de las acciones —contestó Stefan.

Por un segundo, un fognazo de irritación afloró a los labios de Ellen Faustino, pero luego desapareció.

—Nos estamos ocupando de eso, Stefan. Hemos puesto en marcha proyectos a largo plazo: asilos, planes de empleo, clínicas de rehabilitación... Estoy haciendo todo lo posible por recaudar los fondos de Myishi International en Berlín. De hecho, la oficina central había concedido una subvención de cuarenta mil millones de dinares para fines sociales para la ciudad hasta que surgió este último problema.

—¿Qué problema? —preguntó Stefan, tratando de aparentar un leve interés superficial.

—Bueno, creo que los dos sabemos cuál es ese problema. —Ellen Faustino se levantó del sofá y se alisó las arrugas de su traje de lino.

Stefan estaba de pie junto al sofá, mirando a la mujer directamente a los ojos.

—He dicho que qué problema es ese, profesora Faustino.

Faustino le sostuvo la mirada, en absoluto intimidada.

—A mí no me hables así, Stefan. Tu madre no lo aprobaría. Respuestas, por eso es por lo que te he traído aquí. Por eso es por lo que tú y tu pequeño ayudante no estáis ahora mismo en la sala de interrogatorios.

Ellen Faustino proyectó unas imágenes más en las pantallas del techo.

—Mira arriba, Stefan. Están tocando tu canción favorita.

Stefan volvió a tomar asiento en el sofá. Arriba se estaba desarrollando digitalmente una escena muy familiar: mostraba a los Sobrenaturalistas disparando a los Parásitos en la azotea del edificio Stromberg, en espléndidos colores de tecnología *true-tone*.

Stefan le guiñó un ojo a Cosmo.

—Eso no prueba nada. Esa gente lleva placas protectoras de cráneo, así que no se ve quiénes son. Y aunque se les viese la cara, no hacen daño a nadie.

Faustino miró a su alrededor con aire teatral.

—No estamos ante un tribunal, Stefan. Yo aquí no veo a ningún abogado. Si quisiera presentar cargos contra ti, lo habría hecho hace dos años.

El asombro de Stefan se abrió paso a través de su máscara de indiferencia.

—¿Que habría hecho qué?

—Así es, jovencito. Llevo ya mucho tiempo sin quitarte el ojo electrónico de encima, por así decirlo: una frecuencia especial en el sistema de alcance del Satélite dedicada a tus actividades nocturnas. Bueno, para ser más precisos, centrada en tus

correrías nocturnas por los tejados de la ciudad, y créeme, tengo muchísimas imágenes de tu cara sonriente sin esa placa protectora. Por no hablar de la señorita Mona Vasquez y de un tal Lucien Bonn, alias Lorito. Tengo pruebas suficientes de las fechorías de tu grupito para enterrarlos casi en el centro mismo de la Tierra.

Stefan cerró los puños con tanta fuerza que le crujieron los nudillos.

—¿Qué está pasando?

—¿No quieres saber por qué no he hecho que te detuvieran?

—Hasta esta noche —la corrigió Stefan.

Faustino sacudió las manos para restarle importancia a sus palabras.

—Lo de esta noche ha sido un error. Te has involucrado en la operación de otro departamento. Si supieras la de favores que he tenido que pedir para que os dejaran bajo mi custodia... Dicho esto, llevo varias semanas tratando de encontrarte.

—Creía que era la directora. Seguro que podía localizarnos con su Satélite que todo lo ve, ¿no?

—Solo soy la directora de la división de Proyectos en Desarrollo. El gran jefe es el alcalde Ray Sol. Ni siquiera sabe que tú y yo trabajamos juntos.

Stefan volvió a quedarse mudo de asombro.

—¿Ahora resulta que trabajamos juntos?

—Tú no lo sabías, claro. Te has estado encargando del problema de la plaga que asola la ciudad, o eso pensábamos.

«Aja —pensó Cosmo—, esa es la razón por la que no estamos sufriendo horrores ahora mismo.»

—¿Plaga? —preguntó Stefan con aire inocente.

Faustino sonrió.

—Vamos, Stefan. No te hagas el tonto conmigo. Yo también los veo, ¿sabes?

—¿Ver a quiénes? ¿El qué?

Ellen Faustino se dirigió a su escritorio y activó una proyección en tres dimensiones en el suelo. Transfirió las imágenes del Stromberg de la pantalla del techo y una versión de los Sobrenaturalistas en tres dimensiones y de alta resolución cobró vida en el centro de la habitación. Grabados desde arriba, parecían personajes de un videojuego. Un Parásito trepaba en solitario por una pared adyacente. Faustino congeló la imagen y manipuló el vídeo hasta que solo quedó el Parásito.

—Los veo, Stefan. Es un Especnoide 4, los devoradores de vidas.

Por tercera vez en otros tantos minutos, Stefan se quedó paralizado de asombro.

—¿Los ve? ¿Un Especno qué?

Faustino amplió la imagen del Parásito.

—Un Especnoide 4: Especie No Identificada 4. Las otras tres son criaturas marinas que estamos seguros de que existen pero que no hemos podido capturar todavía. No se considera identificada una especie hasta que puede ser capturada y

examinada. Por supuesto, no todo el mundo los ve: para una persona normal, estamos viendo una proyección en blanco, pero para unos cuantos escogidos, tu grupito incluido, la verdad está más clara que el agua.

Faustino se dirigió a los guardias de seguridad.

—Fuera. Todos vosotros.

El jefe del servicio de seguridad dio un paso al frente.

—Pero, directora Faustino, eso va contra el reglamento.

Ellen no dijo nada, sino que se limitó a mirar al hombre a las gafas. El gorila de más de dos metros retrocedió en menos de cinco segundos.

—Muy bien, directora. Estaremos en el ascensor.

Ellen se sentó en el escritorio y no dijo nada hasta que la puerta del ascensor se cerró.

—Cuando me incorporé al cuerpo, antes de empezar a dar clases, Booshka era la zona de vigilancia que tenía asignada. Por aquel entonces todavía se respiraba algo parecido al orden ahí abajo. Una noche me encontré con una navaja clavada en las costillas, cuando intentaba entrar en un domicilio. Estuve a las puertas de la muerte: me vi salir de mi propio cuerpo, la luz al final del túnel... todo eso. Los médicos me devolvieron a la vida, pero aquella noche vi algo. Algo que he podido seguir viendo desde entonces...

Cosmo se incorporó de golpe.

—Es una Oteadora. Como yo.

Stefan resopló.

—¿Y por qué no firmas una confesión directamente, Cosmo?

—Lo guardé en secreto —prosiguió Ellen—, el hecho de que veía aquellas cosas, convencida de que estaba loca. Sin embargo, luego oí hablar de alguien que deliraba diciendo cosas extrañas sobre unas criaturas azules. Tú, Stefan, después del accidente. Fuiste el hazmerreír de la academia de policía durante un buen tiempo. «Carne de frenopático», decían todos. Como tu tutora personal y amiga de la familia, intenté ayudarte a superar el trauma, esperaba que te abrieras algún día.

Stefan abrió mucho los ojos, recordando.

—Todas aquellas sesiones de psicoterapia... Todas aquellas preguntas sobre el estrés postraumático y las alucinaciones...

Ellen lanzó un suspiro.

—Pero nunca te abriste a mí. Por lo visto, te habías dado cuenta de que nadie quería escucharte.

—Todo ese tiempo juntos en la academia y los dos teníamos el mismo problema. ¿Por qué no me lo dijo?

—Debería haberlo hecho, lo sé, pero temía que si lo hacía saliese a la luz pública y fuese el fin de mi carrera. —Bajó la mirada—. No confié en ti, lo siento. Cuando te

marchaste de la academia para establecer tu brigada de vigilancia, terminé mi segundo doctorado y vine a trabajar para Myishi, en investigación y desarrollo. Una de mis tareas consistía en un proyecto de poco presupuesto para localizar pequeñas subidas de tensión que impactaban en el plato de las antenas del Satélite procedentes de la superficie del planeta; nada grave, solo pequeñas descargas que ni siquiera provocaban interferencias.

Deduje en apenas diez minutos de dónde provenían las descargas: los Especnoides 4 las estaban emitiendo. Naturalmente, no llegué a revelar a nadie mis suposiciones, tenía una carrera en la que pensar. Al final, las descargas se atribuyeron a las emisiones industriales de Ciudad Satélite. Continué con mi trabajo, tratando de mejorar las cosas aportando mi pequeño granito de arena, pero entonces, hace unos años, las descargas empezaron a aumentar de intensidad. Muy lentamente al principio, pero luego a una velocidad alarmante. Tanto era así, que empezaron a dañar los platos de las antenas. Ahora la descarga es tan fuerte que es una corriente eléctrica constante. Estamos perdiendo vínculos con la superficie, la gente se muere. Es una crisis de alerta máxima para la empresa.

—En Ciudad Satélite la gente lleva años muriendo y Myishi no ha hecho nunca nada al respecto. Ahora, cuando hay dinero de por medio, de repente ponen interés.

Por primera vez, la voz de Ellen Faustino adoptó un tono duro.

—No seas tan ingenuo, Stefan. El dinero consigue que se hagan las cosas. En cuanto el Satélite perdió su primer vínculo, todos los proyectos de desarrollo quedaron paralizados. Tenía proyectados dos hospitales y un centro de rehabilitación; bien, pues ahora ya no están programados, y no lo estarán a menos que podamos solucionar nuestro problema con los Especnoides. —El mal genio de Faustino desapareció con la misma rapidez con que había aparecido—. Tú llevas años enfrentándote a las criaturas, destruyéndolas de un modo muy eficaz. No había necesidad de formar un equipo, o eso pensaba.

Stefan se incorporó.

—¿Qué significa eso?

—Las varas electrizantes. Un sistema muy ingenioso: la propia carga residual destruye a la criatura.

—Parásitos —la interrumpió Cosmo—. Los llamamos Parásitos.

Ellen asintió con la cabeza.

—Parásitos. Es un buen nombre. Estabais liquidando a los Parásitos con un arrojo y una constancia insuperables por los empleados de Myishi, así que os mantuve bajo vigilancia y os dejé en paz para que hicieseis vuestro trabajo: nuestro trabajo. Sin embargo, después del reciente incremento en las descargas, reuní a un pequeño equipo y los puse a investigar. Hay dos factores que activan la capacidad de visión, en mi opinión: experiencias cercanas a la muerte, combinadas con una exposición

durante toda la vida a la niebla tóxica de Ciudad Satélite. El ordenador realizó una búsqueda en los archivos de personal de Myishi y yo entrevisté personalmente a todos los miembros de la lista. Encontré a otros tres Oteadores, todos menores de veinticinco años. Yo soy la única mayor de cuarenta. Comenzamos un estudio en profundidad de los Parásitos, sobre todo de lo que les sucede después de que les dispares. Y descubrimos algo que tal vez te interese mucho saber...

Faustino se acercó a la puerta del ascensor para comprobar que estaba cerrada. A continuación pasó un detector de micrófonos por las paredes y los teléfonos, buscando dispositivos de vigilancia. Cuando estuvo segura de que no había nadie espíandolos en el Observatorio, cogió un chip de vídeo de cristal de su cartera y lo insertó en el proyector de tres dimensiones.

—Tecnología de nueva generación —explicó—. Podemos almacenar hasta doscientas horas de vídeo en un chip de cristal. El próximo trimestre Myishi va a dejar a Phonetix con un palmo de narices y va a desbancarlo en el mercado.

Una representación en 3D y a tamaño natural de un Parásito se materializó en la habitación. Stefan metió la mano inmediatamente en el interior de su chaqueta en busca de una vara electrizante.

Faustino se echó a reír.

—Tranquilo, Stefan. Una calidad asombrosa, ya lo sé. Es la primera generación de lentes que pueden incluso fotografiar un Especnoide 4. Lo que estoy a punto de enseñaros es el resultado de meses de vigilancia. Yo diría que es información clasificada, pero ¿a quién se lo vais a contar?

El Parásito emprendió su curioso galope por una pared de la proyección.

—Parece ser que los Especnoides 4 están hechos de energía pura, que obviamente se gasta durante su actividad. Advertimos que la luminosidad del Parásito se difumina cuanto más se desplaza. —Faustino encendió un puntero láser—. Este centro luminoso de aquí es el equivalente de un corazón en el Especnoide 4. A medida que se le agota la energía, las pulsaciones cardíacas laten más despacio. Al final, el corazón se alimentará del cuerpo de la criatura, absorbiéndolo para seguir palpitando.

El Parásito en 3D se difuminó hasta adquirir una tonalidad azul pastel. Su piel perdió consistencia y, poco después, el propio corazón dejó de tener la energía necesaria para seguir intacto. Desapareció con un fognazo azul.

—Ese fognazo... —dijo Cosmo—. ¿Es eso lo que les preocupa a los de Myishi?

Faustino negó con la cabeza.

—Ojalá. Nuestros medidores apenas registran esos fognazos. No, el Especnoide 4 solo suelta chispas reales después de absorber energía.

La imagen se transformó. Esta vez había un Parásito agazapado en el pecho de un bombero herido. Una corriente de energía de color blanco áureo fluía en las palmas de las manos de la criatura. El Parásito brilló como una luciérnaga y luego

desapareció por una pared próxima. La cámara siguió a la criatura al alféizar de una ventana, donde descansó brevemente. La energía absorbida le recorrió los órganos con una velocidad y una agitación crecientes. Tras varios segundos de malestar, una descarga de energía estalló por los poros de la piel de la criatura y subió en espiral hacia el cielo.

—Eso sí que no lo he visto nunca —comentó Stefan.

—Creemos que los órganos de los Parásitos digieren la energía y luego liberan energía completamente pura.

La mente adolescente de Cosmo fue la primera en sumar dos y dos.

—Entonces, ¿está diciendo que todos estos problemas los causa la caca de los Parásitos?

Ellen sonrió.

—Exacto. Hay gente que ha intentado explicarlo mejor y no ha podido. Se parece un poco al proceso de los árboles, que absorben dióxido de carbono y desprenden oxígeno. Los filtros de la naturaleza. El siguiente fragmento de vídeo es la parte que nos interesa realmente. Lo grabamos hace solo un mes, y desde entonces hemos estado intentando localizarlos.

Una nueva imagen apareció en el proyector, en la que aparecía un Stefan Bashkir con aspecto obsesionado en mitad del escenario de una catástrofe. Los vehículos de emergencia acudían desde todas partes y los Parásitos se alimentaban de las víctimas de una revuelta.

—Lo recuerdo —dijo Stefan—. Una revuelta para reclamar comida en Booshka, cerca de la Barricada. Un desastre.

En la proyección, Stefan arremetía a diestro y siniestro con su vara electrizante, haciendo saltar a los Parásitos por los aires. La cámara captó a uno de los Parásitos en el momento en que estallaba en mil esferas relucientes. La cámara del Satélite siguió a una de las esferas durante varios minutos, siguiendo su ascenso a la atmósfera.

—No os imagináis lo que me costaron esas imágenes. Tuve que comprar un día entero de tiempo de la cámara.

Stefan ni siquiera oyó la queja, tan concentrado como estaba en la esfera. Dejó de subir después de más de un kilómetro y se desvió ligeramente en el viento, que soplaba con fuerza. La cámara hizo un zoom hasta que la esfera adquirió el tamaño de una pelota de baloncesto, suspendida entre el suelo y el espacio.

—Para poder fotografiar a los Parásitos, nuestras nuevas lentes están recubiertas de un compuesto químico —explicó Faustino—. Mi equipo tardó varios meses en encontrar la solución correcta. Le dijimos a la oficina central que era aerosol antirreflectante.

Stefan no respondió; tenía los ojos pegados a la proyección.

La superficie de la esfera empezó a ondularse ligeramente; en el interior, la

energía se enroscó hasta formar una cuerda y enredó su propia cola en nudos intrincados.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cosmo.

Stefan extendió las manos y las metió en la proyección.

—No —exclamó sin aliento.

Las cuerdas se solidificaron y se hicieron más complejas. Una estrella de plata brillaba en el centro.

—No puede ser, no después de todo esto.

Aparecieron dos ojos redondos e inmediatamente después, unos dedos azules que apretaban contra la superficie de la esfera, forzando la piel.

—¿Qué es lo que he hecho?

La superficie de la esfera se resquebrajó y apareció un Parásito recién nacido, completamente formado y listo para absorber la vida de cualquier humano herido. Extendió los brazos y se lanzó en picado hacia la Tierra, a través del viento.

La cara de Stefan era la angustia personificada.

—Todo este tiempo, todos estos años... ¡Los he estado ayudando! ¡No destruyéndolos! Ayudándolos a reproducirse...

Faustino apagó el proyector.

—No es culpa tuya, Stefan. ¿Cómo ibas a saberlo? Lo único que veías eran unas criaturas que habían destrozado tu vida. Luchabas contra ellas tal como habría hecho yo. —Ayudó a Stefan a sentarse en el sofá—. Ahora lo que tenemos que decidir es cómo seguir combatiéndolos.

—No hay ningún combate —dijo Stefan con desolación—. Ellos ganan. Se acabó. ¿Cómo voy a seguir? Tardaría diez vidas solo en deshacer el daño que he causado.

—No necesariamente —repuso Faustino—. Para derrotar a los Especnoides 4 tienes que entenderlos. Deja que te ponga al día sobre lo que ha descubierto mi equipo después de cientos de horas de vigilancia con el Satélite: el Especnoide 4 es una especie parasitaria que se alimenta de energía, preferiblemente de vida humana, y que mantiene en secreto su actividad alimentándose de los enfermos y los heridos. Absorben la energía por osmosis, luego la reciclan a través de unos filtros corporales y, finalmente, desprenden la energía limpia. Estas emisiones han aumentado hasta proporciones muy peligrosas debido al incremento en el número de Parásitos. Por lo general, los Parásitos se dividen en dos entidades después de varios años, cuando han acumulado suficiente energía, pero a causa de tus acciones se están reproduciendo rápidamente y en cantidades espectaculares, contribuyendo de este modo al problema de la sobrecarga energética. Es un círculo vicioso.

La cicatriz de Stefan tiró de la comisura de sus labios hasta formar un remedo de sonrisa.

—Olvida mencionar que no hay forma de matarlos.

Faustino no pudo resistir la tentación de esbozar una tímida sonrisa.

—Vaya, no lo he dicho.

Reactivó el proyector y pulsó el botón de avance hasta un archivo distinto. Otro Parásito apareció en el haz de luz, una criatura incolora y casi completamente transparente. Su corazón centelleante se redujo a un ascua titilante.

—Este se está muriendo.

Stefan volvió a entusiasmarse de golpe.

—¿Cómo? ¿Qué lo ha provocado?

—Nosotros —respondió Faustino—. Sin querer. Un Parásito hambriento a veces recurre a la energía eléctrica; no es su comida favorita, ya lo sabes, pero a veces no hay suficientes desgracias para que puedan sobrevivir. Este se agarró a una barra de uranio de un generador nuclear de una de nuestras plantas de desguace. Demasiada energía contaminada. La criatura no pudo reciclarla y se le atascó en el sistema. Estas son imágenes de una cámara de seguridad, las conseguimos por casualidad. Nadie puso objeciones; al fin y al cabo, para ellos no hay nada en la pantalla más que equipos viejos. Por suerte para nosotros, habían instalado una nueva lente durante una actualización rutinaria.

—Así que lo único que tenemos que hacer... —dijo Stefan.

—...es suministrarles cantidades industriales de energía contaminada — dijo Cosmo terminando la frase.

—Exacto —exclamó Faustino, dando una palmada. Sacó un maletín de aluminio de debajo de uno de los sofás y lo puso con cuidado encima de la mesilla del café—. Esta es la solución que proponemos nosotros.

Abrió el maletín y les enseñó un objeto metálico con forma de cubo que descansaba en un pack de gel congelante. El cubo estaba conectado a un temporizador digital.

—No es muy bonito, ya lo sé, pero no pretendemos venderlo en el mercado internacional.

Stefan examinó el aparato.

—Es una especie de dispositivo de pulsaciones. La brigada antidisturbios de la policía los utiliza para cortar la electricidad de los edificios en los que hacen redadas. Cortan los generadores principales y también los secundarios.

Faustino asintió.

—Es un Pulso de Energía, eficaz en un radio de hasta quinientos metros. La batería se carga radiactivamente. Nada grave, es seguro para los humanos, pero mortal para los Especnoides 4. Si pudierais colocar uno de estos en el lugar donde viven, podríais causar grandes estragos entre nuestros amiguitos invisibles.

—¿Han localizado su guarida? —inquirió Stefan.

—No ha habido tanta suerte —contestó Faustino, lanzando un suspiro—. Se dispersan tan rápido que no tenemos tiempo de localizarlos. En eso es en lo que estamos trabajando en estos momentos.

—Entonces estamos como al principio, donde empezamos.

Ellen cerró el maletín y se lo pasó a Stefan por encima de la mesa.

—No, Stefan, estamos muy lejos de donde empezamos. A partir de esta noche, tú y tu banda tenéis una nueva misión: averiguad dónde viven y, cuando lo hagáis, dadles un pequeño regalo de mi parte.

Stefan tomó el maletín.

—Los encontraré, profesora. A partir de ahora será eso lo único que hagamos, pero no será fácil, y llevará su tiempo.

Ellen Faustino rodeó la mesa y abrazó con fuerza a Stefan.

—Te he echado de menos, joven alumno mío. Y echo de menos a tu madre todos los días. Ella iluminaba esta ciudad.

Stefan le devolvió el abrazo.

—Yo también la echo de menos —dijo.

Calle Abracadabra

A Lorito lo consumía el sentimiento de culpa. Él era lo más parecido a un adulto con que contaba el grupo, y a pesar de eso no había tenido reparos para huir de la vieja fábrica dejando que Stefan y Cosmo se las apañaran solos. Stefan nunca lo habría abandonado si hubiese sido a la inversa, de eso estaba seguro.

Puede que alguien de su tamaño no hubiese podido hacer gran cosa contra los tanques de Myishi, pero eso no le hacía sentirse mejor. De hecho, le hacía sentirse peor, porque Stefan sí había arremetido contra un tanque para salvarlos a él y a Mona.

Sin embargo, había otra razón para que Lorito sintiese remordimientos: había cosas sobre sí mismo que no le había dicho nunca a Stefan, ciertas habilidades especiales con las que contaba. Se las habría confesado a su amigo hacía años, pero nunca había encontrado el momento. Y estaba ya tan acostumbrado a mantener sus poderes en secreto... En los cómics, la gente con poderes se convertía en superhéroes, mientras que en la vida real se convertían en marginados de la sociedad, y Lorito no quería ser un marginado en el único grupo de gente que se había preocupado por él en toda su vida.

A Lucien Bonn lo había bautizado con el apodo de Lorito una chica del Instituto Bartoli que tenía una lengua viperina. No era un mote muy ingenioso, la verdad, era más bien un chiste fácil. Lorito tenía la costumbre de repetir lo que le decía la gente; eso le daba unos segundos para pensar en una respuesta. No es que fuese lento, más bien era todo lo contrario, pero solo quería asegurarse de que con lo que iba a decir no revelaría a nadie ninguno de sus poderes secretos. Ya tenía bastante con ser un niño Bartoli sin que todo el mundo pensase que estaba loco. «Oye, ¿te has enterado? El enano cree que ve fantasmas.» No, gracias.

Las sospechas de Lorito de que no era normal quedaron confirmadas el día de su noveno cumpleaños. Hasta entonces siempre había albergado la esperanza de que, simplemente, era bajito para su edad, pero cuando cumplió los nueve se hizo bastante evidente que la mutación de la atrofia física, tan frecuente en los niños Bartoli, empezaba a hacer mella en él.

El propio doctor Bartoli había llamado a Lorito a su despacho para realizar sus mediciones mensuales. Cruzó la puerta de la habitación del hombre grandote, tiritando con su mono de papel. Al doctor Bartoli le gustaba mantener el aire acondicionado a ocho grados centígrados. Decía que el frío era bueno para el

intelecto.

—Bueno, Lucien —dijo Bartoli, al tiempo que abría el archivo de Lorito en su ordenador—. Vamos a ver tus progresos. Colócate en ese punto de ahí.

Lorito se puso encima de un círculo rojo en el centro del suelo. Bartoli lo rodeó con una cinta métrica y un calibrador del perímetro craneal. No dejó de emitir expresiones de extrañeza mientras medía cada una de las extremidades de Lorito, el tronco y el tamaño de su cabeza.

—Otro fracaso —sentenció al fin, al tiempo que se desplomaba en su sillón—. Igual que los demás. ¿Dónde me he equivocado?

Lorito no respondió. El doctor estaba hablando consigo mismo, como hacía siempre.

Al final, Bartoli se dirigió al chiquillo, que continuaba tiritando.

—Bien, Lucien. Lamento tener que decirte que lo más probable es que no crezcas más. Tu cabeza representa un cuarto de la altura de tu persona; a los nueve años solo debería representar un quinto. Sufres el síndrome Bartoli.

Lorito sintió cómo le daba un vuelco el corazón. Había albergado tantas esperanzas de llevar una vida normal fuera del instituto...

—Pero no todo está perdido. A lo mejor posees otras cualidades, algo que te coloque por encima de nosotros, los seres humanos normales. A lo mejor el doctor Bartoli ha abierto una puerta en algún rincón de tu cerebro, ¿eh, Lucien? ¿Qué me dices? ¿Tienes otros dones?

Bartoli aparentaba despreocupación, fingiendo que la pregunta era intrascendente, pero todo su cuerpo estaba en tensión, esperando la respuesta del chico.

Lorito solo tenía nueve años, pero no tenía un pelo de tonto. Años de fármacos y ejercicios para potenciar la inteligencia habían hecho de él un niño bastante listo. Era consciente de la importancia de aquella pregunta. También sabía qué les pasaba a los niños Bartoli que admitían tener poderes especiales: los trasladaban a otro pabellón del instituto para ponerlos en observación veinticuatro horas al día. Los medicaban, les ponían inyecciones y los interrogaban todo el tiempo que Bartoli pudiese retenerlos.

El doctor se inclinó hacia delante en su sillón.

—¿Ves cosas, Lucien? Algunos de los otros niños aseguran que ven seres extraños. ¿Ves tú criaturas extrañas, Lucien?

Lorito podría haberle dicho la verdad en ese momento: «Sí, doctor. Las veo por todas partes. Criaturas azules. Ellas me ven a mí también. A veces vienen a visitarme. Y eso no es todo: puedo ayudar a la gente, hacer que se sientan mejor con solo tocarlos».

Podría haber dicho todo eso, pero no lo hizo, porque haber revelado sus poderes habría significado pasar el resto de su vida como un experimento, así que Lorito miró

a Bartoli directamente a los ojos y dijo:

—Una vez vi a un hombre lobo por la ventana. Creí que había sido un sueño.

El doctor lanzó un suspiro.

—Muy bien, Lucien. No tienes ningún don extraordinario. Como favor especial me encargaré personalmente de que te envíen a una escuela estatal y no al Clarissa Frayne. Y ahora ya puedes irte.

Y eso fue todo. Ninguna disculpa, ninguna compensación por haber nacido mutante. Seis meses más tarde habían trasladado a Lorito del instituto a una escuela estatal, donde permaneció hasta los dieciséis años. En todo ese tiempo no le habló a nadie de ninguno de sus poderes. Sus secretos siguieron siendo secretos hasta que Stefan entró en su vida, y ni siquiera Stefan lo sabía todo. Pero no tardaría en saberlo y, cuando eso sucediese, se armaría la de San Quintín.

Ellen Faustino envió a Cosmo y a Stefan a casa en una Superlimo Myishi Prestige. El vehículo de lujo de diez ruedas tenía la mitad de la longitud de una manzana de la ciudad e iba equipado con una ventanilla TV, un frigorífico bien provisto y un sofá cama. Stefan no se quedó impresionado. Se encorvó hacia delante en su asiento y se masajeó las sienes como si con eso pudiese hacer que las ideas se le ocurriesen más rápido.

—La señorita Faustino tenía razón, ¿sabes? —dijo Cosmo, tímidamente—. No es culpa tuya, Stefan. Solo hacías lo que podías. ¿Cómo ibas a saber que la electricidad los hacía reproducirse?

Stefan no respondió. Tras despedirse de su antigua tutora, los sentimientos de culpa y de impotencia le habían asestado un doble golpe. Era una combinación que le resultaría difícil sacudirse de encima.

Así, Cosmo hizo lo que habría hecho cualquier adolescente: saqueó la nevera y se llenó los bolsillos de todos los tentempiés que cupiesen en ellos. Lo que no cabía, se lo zampó. Después de catorce años en el Clarissa Frayne, había aprendido que nunca había que desperdiciar la ocasión de hacer acopio de comida. Había muchas posibilidades de que la combinación de ácido de la cubeta y comida basura lo hiciese estar vomitando durante dos días seguidos, pero si dejaba comida en aquel coche se arrepentiría durante años.

Stefan interrumpió su silencio seis calles al oeste de la calle Abracadabra.

—Déjenos aquí mismo.

—La directora Faustino ha dicho que os dejase en la puerta —objetó el chofer.

—Puede ser —contestó Stefan—, pero no quiero desvelar todavía la ubicación de mi cuartel general.

El chofer se echó a reír.

—El mil cuatrocientos cinco de la calle Abracadabra. Ya he enviado las coordenadas al Satélite.

Stefan se enfurruñó aún más. Los Sobrenaturalistas habían dejado de ser una organización secreta. Ahora había adultos implicados. Las empresas los estaban involucrando en sus planes. «A este paso —pensó—, solo falta que nos den cobertura dental y un plan de pensiones.»

Mona y Lorito estaban esperando preocupados cuando Cosmo y Stefan salieron del ascensor. Mona corrió a su encuentro, pero Lorito se quedó inmóvil, inusitadamente callado, sin ni siquiera un comentario sarcástico para recibir a la pareja pródiga. Su secreto estaba fermentando en su interior, haciendo presión por dentro para ser revelado.

—¿Dónde habéis estado? —quiso saber Mona, pasando un brazo por el hombro de Stefan y el otro por el de Cosmo—. Estábamos convencidos de que os habían encerrado en la cárcel.

Stefan se zafó de ella.

—Conecta la Parábola en el tejado. La quiero en funcionamiento veinticuatro horas al día.

Mona se apartó de la pareja como si acabase de recibir una bofetada.

—Estábamos preocupados, Stefan, por vosotros dos. ¿No nos merecemos una explicación? ¿No se supone que somos un equipo?

Stefan estuvo a punto de hablar en ese momento. Estuvo a punto de compartir su pesada carga, pero los sentimientos de culpa y de impotencia eran todavía demasiado fuertes.

—Ahora no, Mona, ¿de acuerdo? Conecta la antena y punto.

—¿La Parábola? Ese cacharro no ha funcionado nunca. Ni siquiera sé si está cargado.

—Conéctalo y ya está, Mona —dijo Stefan con un hilo de voz—. Por favor.

El chico se metió en su cubículo sin pronunciar una sola palabra más. Con cada paso que se alejaba, parecía más bajo. El grupo lo vio marcharse en silencio.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Mona, cuando el eco de las pisadas de Stefan hubo cesado—. Lo había visto enfadado antes, pero nunca así. Es como si su vida hubiese terminado.

—No se ha terminado —respondió Cosmo—. Solo tiene que comenzarla de nuevo.

Les explicó lo sucedido en la Torre Myishi, el hecho de que las descargas que disparaban sobre los Parásitos solo aceleraban su proceso de reproducción. Tres años ayudando a sus enemigos a poblar el planeta. Las palabras parecieron quedar suspendidas en el aire del almacén, condenando sus actos. ¿A cuánta gente habían absorbido su fuerza vital por su culpa?

—No me lo creo —masculló Lorito—. ¿Esas burbujas azules son crías de Parásitos?

—No son crías, son Parásitos adultos y completamente formados, listos para saciar su sed de vida.

Lorito se encaramó a un taburete junto a la mesa.

—Me interesa sobre todo la parte del reciclaje de energía. Esas criaturas forman parte de la naturaleza. Como nosotros. Tal vez deberíamos pensar en lo que el hecho de ayudarles a reproducirse significa para la ecología.

Mona se encaró con él.

—¡La ecología! ¡Esos monstruos le chupan la vida a la gente! No te preocuparía tanto la naturaleza si hubieses tenido a uno de ellos sentado en tu pecho.

—Venga, Mona, no te sulfures. Solo digo que tenemos que encontrar otra manera de combatirlos. Acelerar el proceso de reproducción de los Parásitos no es bueno para nadie.

Mona inspiró hondo varias veces y luego dio un golpe suave a Lorito en el hombro.

—Tienes razón, claro. Ha sido un shock, eso es todo. Creí que estábamos haciendo lo correcto, que estábamos salvando a la gente. Ahora no lo sé, y Stefan... Bueno, ni siquiera nos habla...

Lorito rodeó la mesa y abrazó a Mona.

—Se supone que es nuestro líder, pero a veces nos olvidamos de lo joven que es. Stefan estará bien por la mañana, ya lo verás. Ahora, conecta la antena. Tómate el tiempo que necesites, no vamos a salir de caza esta noche.

Mona lanzó un suspiro.

—Vale. —Se dirigió a Cosmo—. Perdona todo este drama. Me alegro de verte de vuelta sano y salvo. Subamos al tejado y te enseñaré cómo funciona la Parábola.

Cosmo asintió, sonriendo, pero Lorito le colocó una tira térmica en la cabeza.

—No, y rotundamente no. Cosmo necesita dormir. Sí, estoy seguro de que a vosotros dos, jovencitos, os encantaría pasar el día hablando de cortocircuitos bajo la niebla tóxica, pero este chico todavía no se ha curado del todo de su aventura en la azotea. Si no descansa, podría tener fiebre o incluso un rechazo. Tiene que estar muerto de cansancio.

En cuanto Lorito hubo dicho aquello, Cosmo empezó a sentir el agotamiento. De pronto empezó a dolerle la frente y a sentir calambres que le iban del tobillo a la cadera.

—La verdad es que estoy un poco cansado. A lo mejor podría subir más tarde...

—No pasa nada —dijo Mona—. Duerme todo lo que necesites. Lorito tiene razón, has pasado por muchas situaciones difíciles últimamente. Puedo enseñarte la Parábola mañana.

Cosmo asintió con la cabeza. Se iría a dormir, a pesar de que le encantaría pasar el día hablando de cortocircuitos con Mona Vasquez.

Después de todo aquel tiempo en la cubeta, a Cosmo apenas le quedaban energías para arrastrarse hasta su cama. El catre estrecho ya era un hogar para él, algo propio. Pese a que su cuerpo se quedó en la calle Abracadabra, sus sueños empezaron a deambular y viajar por otras latitudes, y se detuvieron en el Clarissa Frayne y en la Torre Myishi. El hombre de la cubeta y Redwood se metamorfosearon fundiéndose en una sola persona, blandiendo un puño amenazador, un puño del que chorreaba un líquido semejante al celofán envolvente. «Vuelve con nosotros —le decía el hombre fusionado—. Vuelve, Cosmo, tenemos un cuarto oscuro esperándote. Un cuarto oscuro lleno de cosas afiladas.»

Cosmo se despertó sobresaltado, y rodó por la cama hasta caer al suelo de hierro colado. La manta verde militar se le quedó enredada en las piernas y, por un momento, se le apareció la cara enloquecida de Redwood.

Cosmo permaneció quieto un momento, esperando a que la conciencia se apoderara por completo de su sentido de la vista. Poco a poco, la realidad se impuso a sus sueños. Pese a todo, a pesar de la pesadilla, el rato de sueño le había sentado muy bien. La hinchazón le había desaparecido de la frente y la rodilla casi ni le dolía.

«En cuanto me crezca el pelo, casi volveré a parecer un ser humano», pensó con una sonrisa amarga.

Cosmo se levantó y se puso la ropa de estilo militar que le había suministrado Stefan. Por lo visto, en el ejército los bolsillos nunca eran suficientes. El almacén estaba en completo silencio, salvo por los ronquidos broncos que salían del cubículo de Lorito. Mirándolo, no parecía que los pulmones del niño Bartoli fuesen lo bastante grandes para emitir un sonido semejante. Las cortinas de Stefan seguían echadas, pero la cama de Mona estaba vacía y ya hecha. O ya se había levantado, o ni siquiera se había ido a dormir.

También había otra cosa rara, la ausencia de un ruido que era tan característico del almacén de la calle Abracadabra como las cortinas: el ordenador no estaba conectado. Pues claro que no. No habría más salidas nocturnas ni más varas electrizantes ni más esferas azules. La gente no tendría más remedio que dejar que le absorbiesen su fuerza vital, como seguramente había estado ocurriendo durante miles de años.

Cosmo se sirvió una taza de no-café, por sentir el calor de la taza en sus manos más que por el sabor de la bebida. Había otra taza encima de la mesa, con el asa en forma de tubo de escape. «Combustible para el mecánico», decía la inscripción en la parte delantera. Cosmo llenó la taza y se dirigió al ascensor.

Caminar por el tejado era como saltar de un avión: un mero edificio no parecía lo bastante robusto para impedir que alguien cayese en picado contra el suelo. «Tú respira y ya está —se dijo Cosmo—, y no mires abajo.» El sol se estaba poniendo en esos momentos, de color violeta por el efecto de la niebla tóxica. «Eso es, por eso

podemos ver a los Parásitos —pensó Cosmo—. Por los productos químicos y las experiencias cercanas a la muerte. El trauma despierta el sexto sentido, y las sustancias químicas de nuestro organismo lo mantienen despierto, en ciertos casos.»

Había una pequeña caseta de cemento en el tejado, baja y muy básica, sin elementos adicionales salvo por unos cables de corriente enrollados que pasaban a través de un agujero relleno con espuma de aislamiento en la pared. En el tejado de la caseta había un micrófono y un plato que parecía una antigua antena de televisión digital, pero un examen más detallado revelaba la presencia de tres modernas cajas de chips soldadas en la base. Evidentemente, aquella era la Parábola a la que había aludido Stefan.

Mona estaba dentro, en un banco de plástico, envuelta en un saco de dormir de papel de aluminio. Ligeros y con una garantía de aislamiento térmico total, aquellos sacos habían sido utilizados por primera vez por astronautas y habían sido popularizados por los sin techo de todo el mundo. Mona tenía la cabeza apoyada en una almohada enorme rellena de bolitas de espuma de poliestireno que se le iban cayendo por una esquina rota.

Cosmo se paró un momento a mirarla: era guapa, según su criterio, pero no como las chicas que salían por la tele. Guapa como las personas de verdad, por ejemplo, como si hubiese sentimientos detrás de aquella cara.

—¿Vas a entrar o piensas quedarte ahí parado como un pasmarote? —dijo Mona sin abrir los ojos.

Cosmo abrió la boca para hablar. «Di algo inteligente», le ordenó a su cerebro.

«Eso es imposible —le contestó su cerebro—. Solo tienes neuronas suficientes para formar una palabra, así que elige alguna buena.»

—Café —soltó Cosmo. Podría haber sido mucho peor, teniendo en cuenta las circunstancias.

Mona se desperezó como un gato, meneando los dedos de los pies, que asomaban por debajo del saco de dormir cuya cremallera no había cerrado.

—Cerditos —dijo la boca de Cosmo antes de que él pudiera detenerla.

Mona abrió los ojos como platos para, acto seguido, fulminar al desdichado joven con la mirada.

—¿Cómo dices, Cosmo?

—Este cerdito fue al mercado. Es una canción... para niños.

Mona escondió los dedos dentro del saco.

—Pues yo no soy ninguna niña, Cosmo.

—Lo siento. Es que había un chico en el orfanato que solía decir eso cada vez que veía un cerdito.

—O sea que ahora soy una cerdita.

—Exacto. No, no. Tú no, tus dedos de los pies. ¿Cómo ibas a ser una cerdita?

Eres demasiado...

Rezó para sus adentros para que Mona lo interrumpiese antes de poder terminar la frase, pero la chica no tenía ninguna intención de hacer eso. Se recostó hacia atrás yladeó la cabeza, esperando a oír lo que decía Cosmo.

—Soy demasiado... ¿qué?

Cosmo se sintió como si se le estuviese hinchando el cerebro. Estaba seguro de que la placa que llevaba en el cráneo le iba a saltar de golpe.

—Demasiado... mmm... humana.

Mona lo miró fijamente.

—¿Has tenido alguna vez algo parecido a... mmm... una conversación con otro ser humano?

Cosmo se encogió de hombros.

—Pues la verdad es que no. A menos que cuente: «Sí, señor. No, señor. Tiene razón, señor».

Mona aceptó la taza de no-café y, por fortuna, cambió de tema.

—Gracias, Cosmo. ¿Qué hora es?

—La hora de la puesta de sol —respondió Cosmo.

Mona se asomó a la ventana de la caseta.

—Esta noche es de color violeta. Los alérgicos lo van a pasar mal. ¿Has visto alguna vez el crepúsculo en una peli, Cosmo? Todo es de color anaranjado y precioso. ¿Crees que las puestas de sol de antes eran de verdad así?

Cosmo se encogió de hombros.

—Tal vez. Lo dudo. Hoy en día pueden hacer cualquier cosa con los efectos especiales.

Mona tomó un sorbo del no-café.

—Seguramente tienes razón.

Apartó a un lado el saco de dormir y se inclinó hacia delante, hacia la caja de control que se sostenía sobre dos bloques de cemento y una plancha. Una luz verde parpadeaba en el visualizador.

—Excelente —dijo—. La batería ya está cargada. Ahora podremos detectar a cualquier Parásito que se encuentre en un radio de un kilómetro de la calle Abracadabra.

Cosmo examinó la caja. No parecía lo bastante sofisticada como para hacer una tostada, conque no digamos para localizar a criaturas sobrenaturales.

—Si ese cacharro puede localizar a los Parásitos, entonces seguro que podremos averiguar dónde viven, ¿no?

—Puede detectarlos —lo corrigió Mona—, pero no localizarlos. En cuanto dejan el ámbito de alcance del plato, desaparecen. La Parábola la inventaron las grandes compañías eléctricas para detectar los escapes de energía, no para localizar Parásitos.

Su funcionamiento obedece al mismo principio que el pico del ornotorinco, que utiliza unos sensores incorporados para afilárselo a base de descargas eléctricas generadas por seres vivos. Lo vi en uno de esos documentales sobre la naturaleza que Stefan nos hace ver como parte de nuestra educación.

La caja de control de la Parábola estaba enchufada a un viejo ordenador portátil. Mona lo encendió y abrió un programa de una rejilla en tres dimensiones.

—Cada vez que el plato de la Parábola capta el espectro de un Parásito, envía su posición, su velocidad y su dirección. Con el tiempo conseguimos acumular mucha información.

—¿Podría conducirnos a la guarida de los Parásitos?

—No —contestó Mona—. Es una absoluta pérdida de tiempo. Pueden venir de cualquier parte y en cualquier momento. Su dirección depende de la catástrofe a la que se dirijan. Y el plato solo tiene un radio de alcance de un kilómetro.

—Entonces, ¿por qué lo hacemos?

Mona miró hacia atrás para asegurarse de que estaban a solas.

—Son medidas desesperadas. Ejecutamos este programa durante más de un año sin resultados. Lo que tendríamos que hacer es estar ahí fuera, cazándolos.

—Pero aunque los encontremos, ¿qué podemos hacer? Las varas electrizantes no hacen más que ayudarlos a reproducirse.

Mona se pasó la mano por el pelo alborotado.

—No lo sé. ¿Agua tal vez? A lo mejor podríamos rociarlos. Tiene que haber algo. Una luz azul parpadeó en la pantalla.

—Mira, ahí hay uno. Cien metros al nordeste. Desplazándose a sesenta kilómetros por hora.

Cosmo se precipitó a la ventana. A lo lejos, un Parásito desapareció por la cornisa de un edificio.

—Entonces, ¿de qué nos sirve? —espetó Mona—. De nada, a menos que podamos cazarlo. —Volvió a recostarse sobre la almohada y se abrazó con fuerza al saco de dormir—. Lo que necesitamos es un milagro.

Cosmo sonrió.

—Bueno, pues estamos en el lugar adecuado.

—En eso tienes razón, Cosmo. La calle Abracadabra. ¿Sabes por qué se llama así?

Cosmo se sentó junto a ella en el banco y negó con la cabeza.

—Hace años, los genios que diseñaron Ciudad Satélite decidieron que habría secciones específicas para los artesanos, por eso tenemos el distrito Van Gogh y la galería Whitman. Se suponía que todos los pintores iban a vivir en Van Gogh y todos los poetas en Whitman. La calle Abracadabra era por la gente de Las Vegas: magos, cantantes de salón y bailarinas. Era una idea estúpida. No se puede encerrar el arte en

cajas. Nadie que tenga talento de verdad deja que le impongan dónde vivir. Stefan consiguió este sitio por una miseria. Ni siquiera paga impuestos. Es muy listo, casi siempre.

—Casi siempre —repitió la voz de Stefan a sus espaldas.

Su tono no rezumaba alegría. Nadie le pediría nunca a Stefan que hiciese de Santa Claus en las fiestas navideñas, ni aunque hubiese más de dos millones de personas que siguiesen celebrando esas fiestas.

—¿Te importa si sigo yo? Necesito hablar con nuestro nuevo Oteador.

Mona se levantó y se subió el embozo del saco hasta los hombros.

—Adelante. No me importaría nada dormir unas cuantas horas en una cama de verdad. Quién sabe... A lo mejor salgo por el día, ahora que tenemos las noches libres.

Mona se agachó hasta poner la cara a la altura de Cosmo.

—Buen trabajo, lo que hiciste con aquel tanque. Me salvaste la vida otra vez. — Le dio un beso en la mejilla—. Gracias.

—De nada —murmuró Cosmo. La cara le ardía tanto que parecía como si se la acabasen de conectar a un enchufe.

Mona se echó a reír.

—A este paso voy a tener que estar besándote todo el día.

Cosmo consiguió al fin componer una frase entera.

—A lo mejor la próxima vez eres tú quien me salva la vida a mí. Y entonces te deberé un beso. —Era una obra maestra de la gramática, dadas las circunstancias.

—A lo mejor —dijo Mona con los ojos brillantes—. A lo mejor lo hago.

Se acercó a Stefan.

—¿Ya me diriges la palabra?

Stefan no parecía mucho más contento que la noche anterior.

—Escucha, Mona. Anoche estaba de muy mal humor. Todo mi trabajo se fue al garete.

Mona le dio un golpecito con el nudillo en el pecho.

—Todo «nuestro» trabajo. Somos los Sobrenaturalistas. Un equipo.

—Tienes razón. Un equipo. Lo tendré en cuenta de ahora en adelante.

Le dio un pellizco afectuoso en el brazo.

—Hazlo, Stefan.

Mona echó a correr a través del frío tejado, dando pequeños saltitos en el interior plateado de su saco de dormir. Stefan entró en la caseta y cerró la puerta de acordeón antes de sentarse junto a Cosmo.

—Bueno, Cosmo. ¿Cómo estás?

El chico se encogió de hombros.

—No lo sé. Me siento como una pantalla de televisión que no emite nada de nada.

En blanco. No he tenido tiempo de convertirme en una persona.

—Es el efecto que tiene Ciudad Satélite. Este lugar no muestra ningún respeto por los individuos. Encaja, haz lo que te dicen y no hagas preguntas. — Ajustó un botón de la caja de la Parábola—. Ahora tienes tiempo, Cosmo. Tiempo para formar parte del grupo.

—¿De veras lo soy? ¿Soy parte del grupo?

Stefan lanzó un suspiro.

—De eso precisamente quería hablarte. Últimamente he estado de muy mal humor, Cosmo, pero eso no tiene nada que ver contigo, soy yo.

Cosmo no respondió de inmediato, sino que se limitó a mirar fijamente la pantalla del ordenador.

—Si voy a formar parte de este grupo algún día, necesito que me lo digas.

—Decirte... ¿el qué? —preguntó Stefan, aunque ya sabía a qué se refería.

—Por qué hacemos esto. ¿Qué te pasó?

Stefan permaneció con una expresión severa en el rostro durante varios segundos, pero luego la dulcificó. Había tomado una decisión.

—Está bien, Cosmo. Te mereces saber la verdad. Todos merecemos saber la verdad, pero créeme si te digo que a veces saberlo todo no hace que resulte más fácil dormir por las noches...

Stefan se inclinó hacia delante, apoyó la cara en las manos y empezó a hablar, con vacilación al principio, pero las palabras no tardaron en salir rodando de su boca como guijarros de un saco.

—Hace tres años, yo era un cadete de los mejores. Quince años y el primero de mi clase. La profesora Faustino, mi tutora y una amiga íntima de la familia, me había recomendado para mi ingreso en la academia de policía. Entonces, un día, las cosas salieron muy mal. Mi madre me llamó a la academia, necesitaba que alguien la recogiese en la clínica donde trabajaba y que la llevase a casa. Yo acababa de aprobar el examen de piloto de coche patrulla, así que la recogí con el coche. Tenía pensado dejarla en nuestro piso y luego dejar el coche patrulla en el cuartel general de policía.

Stefan se masajeó las cuencas de los ojos con las manos.

—Fui idiota. Un coche patrulla siempre es un objetivo. Siempre. Se supone que nunca hay que llevar a civiles inocentes en un coche patrulla. Yo lo sabía. ¿En qué demonios estaría pensando?

—¿Qué pasó? —preguntó Cosmo.

—Íbamos de camino a casa cuando el coche hizo explosión. Los expertos dijeron que fue una mina camuflada en el chasis. Nunca descubrieron quién la había colocado.

Stefan recorrió con el dedo la cicatriz que tenía en la comisura de la boca.

—Yo quedé destrozado. Mi madre también fue herida gravemente. Su estado era

muy grave, pero habría sobrevivido, estoy seguro de ello. He visto a multitud de malheridos y estoy seguro de que habría logrado sobrevivir.

—Si no hubiese sido por los Parásitos —adivinó Cosmo.

—Esos demonios azules se arremolinaron a nuestro alrededor como abejas en torno a un panal. Y yo no podía moverme, no pude salvarla. Me quedé allí quieto, atrapado en mi asiento. Mirando mientras le absorbían la vida a mi madre hasta dejarla seca. Tres de ellos aterrizaron sobre mí, en los brazos y el pecho. Mirándome con aquellos ojos enormes.

Stefan inspiró hondo y se pasó la manga por delante de los ojos.

—La ambulancia llegó en apenas segundos. Dio la casualidad de que había una cerca. Lorito me salvó la vida con un desfibrilador, pero en el caso de mi madre... era demasiado tarde. Yo llegué demasiado tarde. Le fallé.

Cosmo pensó durante largo rato antes de contestar.

—No le fallaste —dijo—. Los Parásitos son naturales, y no se puede luchar contra la naturaleza.

Stefan rodeó el hombro de Cosmo con el brazo.

—Gracias, Cosmo —dijo—. Eso ha sido muy bonito por tu parte, pero las ballenas también eran seres naturales y bien que nos deshiciéramos de ellas.

En comparación con la semana anterior, los días que siguieron fueron extremadamente tranquilos. Mona controló de cerca los resultados de la Parábola, pero el ordenador no podía hacer una predicción concreta a partir de las veces que avistaba a los Parásitos.

Al final, Stefan los reunió a todos después de una visita a las cenizas de su madre. Había ido a visitarla casi todos los días desde su encuentro con Ellen Faustino. En esos momentos, más que nunca, echaba de menos su fortaleza y sus consejos.

—He estado pensando en todo esto —explicó, señalando al almacén y sus equipos e instrumentos tecnológicos—. Es una locura, todo esto es una locura. ¿Qué creíamos que podíamos hacer contra... la mismísima naturaleza? Cada vez que hacíamos saltar por los aires a un Parásito, creábamos otros doce más para que se nutrieran de nuestra especie. ¿Cuántas vidas ha costado eso?

—Pero ahora tenemos el Pulso de Energía —objetó Mona—. Lo único que tenemos que hacer es encontrar el nido y hacerlo estallar por los aires.

—No, tenías razón, Mona —repuso Stefan lanzando un suspiro—. La Parábola nunca ha funcionado. No tengo ningún derecho a ponerlos en peligro.

Hizo una pausa, mirando a cada uno de los miembros del grupo a los ojos, uno a uno. Estaba a punto de decir algo importante. Mona estiró el brazo por debajo de la mesa para coger la mano de Cosmo. Fuera lo que fuese lo que iba a decir Stefan, iba a afectarles a todos.

El líder de los Sobrenaturalistas tomó aire inspirando profundamente.

—He tomado una decisión. De hoy en adelante, somos oficialmente gente normal.

La frase retumbó por todo el almacén. ¿Gente normal? ¿Es que existía tal cosa?

—Tú nunca me has puesto en peligro —replicó Cosmo—. Nadie me ha obligado a hacer nada. Hice lo que creí que era correcto. Lo único que hiciste por mí fue salvarme la vida.

—Igual que conmigo —dijo Mona—. De no haber sido por los Sobrenaturalistas, ahora mismo sería una mancha de aceite en el arcén de un circuito de carreras en alguna parte.

Stefan negó con la cabeza.

—Ha llegado la hora de que despierte. Mi madre ha muerto, tengo que aceptarlo.

Mona se levantó de golpe.

—¡No podemos rendirnos, Stefan! Ya sabes cuál es nuestro destino. Lucharemos contra esos bichos hasta que no podamos luchar más. Díselo, Lorito.

El niño Bartoli tenía la mirada fija en el suelo.

—A lo mejor el jefe tiene razón —dijo—, A lo mejor deberíamos dejarlo.

Mona lanzó los brazos al aire.

—No me lo puedo creer. Una operación sale mal y todo el mundo se desmorona.

Lorito encendió un no-cigarrillo.

—¿Se desmorona? Eso no es así, Mona. No es así en absoluto. Lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas, pero es como intentar secar el mar con un pañuelo de papel. ¿Quién dice que no podemos ser felices siendo seres normales durante un tiempo?

Mona tenía el rostro lívido de ira.

—A la gente normal esas criaturas les chupan la sangre, solo que ellos no lo saben. ¿Quieres quedarte de brazos cruzados mientras los Parásitos siguen saliéndose con la suya?

Stefan asió a Mona de los hombros con delicadeza.

—No es eso lo que quiero, pero nos han derrotado. Solo somos una panda de críos. ¿Qué podemos hacer?

—Ahora los de Myishi están con nosotros —murmuró Mona—. Tenemos el Pulso de Energía y la Parábola.

—No funciona. Nunca ha funcionado. He tardado mucho tiempo en verlo, pero ahora lo veo.

—Es una lástima lo de esa Parábola —musitó Cosmo con aire pensativo, casi para sí mismo.

Mona se apartó de Stefan y se volvió para mirarlo.

—¿Qué quieres decir, Cosmo?

—Algo que dijo la profesora Faustino. Los Parásitos suelen alimentarse de

energía eléctrica. Me apostaría lo que fuese a que si encontrásemos escapes de energía, encontraríamos a los Parásitos. —Apoyó la barbilla en una mano—. Si tuviésemos un plato más grande para la antena...

Mona corrió a la ventana más próxima y recorrió las pesadas cortinas.

—Los de Myishi tienen un plato bastante grande —dijo señalando a las estrellas—. Un intento más, Stefan. Solo una vez más.

La resignación de Stefan se resquebrajó como una mascarilla de arcilla y destapó la vieja determinación que se ocultaba debajo.

—Lorito —dijo—, ¿dónde está mi teléfono?

—No y mil veces no —dijo Ellen Faustino.

Stefan no podía creer lo que estaba oyendo.

—Profesora Faustino, lo único que le pido es un puerto de datos en el Satélite. Una sola conexión, ¿qué tiene eso de malo?

La expresión de Faustino era dura en la pantalla del teléfono.

—El Satélite es algo inaccesible, Stefan, incluso para mí. Solo soy la directora de investigación. No me darían trabajo ni siquiera fregando el suelo en el Satélite.

El auricular del teléfono estuvo a punto de desintegrarse en las manos de Stefan.

—Está bien, realice usted el escaneo. Una concentración de escapes de energía en el centro de la ciudad, es lo único que busco.

Faustino consultó una agenda digital de su escritorio.

—Esa idea está mucho mejor. Puedo conseguir un espacio dentro de un par de meses.

—¡Un par de meses! ¿Tiene alguna idea de a cuánta gente pueden sorberle la vida en un par de meses?

—No puedo hacer nada —protestó Ellen, al tiempo que volvía su agenda digital para que Stefan pudiese ver la pantalla—. Mira los clientes que tenemos a la espera: Nike, Disney, Krom... El Satélite cuesta millones por cada vínculo. ¿Te das cuenta del poder publicitario de una sola emisión? Hay una lista de espera de cinco años para conseguir tiempo en el Satélite. Un par de meses es lo más pronto que puedo acceder, e incluso entonces tendré que reclamar que me devuelvan todos los favores que me deben.

Stefan hizo verdaderos esfuerzos por no perder la calma.

—¿Y cómo se supone que voy a usar su Pulso de Energía si no localizo a los Parásitos?

Faustino permaneció impasible.

—Stefan, toda esta operación es clandestina. Los Especnoides 4 no existen, igual que el Pulso de Energía modificado. Ni tampoco, ya puestos, existís tú ni tu banda de vigilantes. ¿Qué quieres que haga yo? ¿Ir a la oficina central con una historia sobre unas extrañas criaturas azules que chupan y reciclan la energía?

—No —admitió Stefan, al tiempo que fruncía el ceño ante la pantalla—. Supongo que no, pero ¿qué quiere que haga yo?

—Quiero que encuentres otro modo —dijo Ellen Faustino.

Stefan apagó el auricular.

—No se preocupe —dijo—. Lo haré.

Distrito de Booshka, más allá de la Barricada, Ciudad Satélite

Mona maniobró la Furgomóvil a través del hervidero de actividad de Booshka. Técnicamente, no debería estar conduciendo con un cambio manual, pero allí abajo no había ningún policía para comprobar su permiso de conducir, o su carencia del mismo. Las pandillas nocturnas habían sido reemplazadas por multitudes de personas pacíficas. Bajo el pálido azul del día, la vida seguía, como en el resto del mundo, y fueran cuales fuesen sus circunstancias la gente también tenía que comer, vivir y amar.

Los puestecillos comerciales se extendían por el lado de la carretera como mesas de magos. Los sastres africanos trabajaban junto a los hackers orientales y los zapateros europeos. El mercadeo se realizaba de forma rápida y enérgica, y el regateo era muy animado.

Cosmo vio pasar el mundo desde su asiento en la Furgomóvil.

—No es un mal sitio para vivir.

—De día —puntualizó Stefan—. Y estará mucho mejor si la profesora Faustino consigue que vuelvan a conceder las subvenciones con fines sociales.

Lorito se estaba mirando la barbilla en un espejito con la esperanza de ver algún pelo.

—Sí, claro. Por eso estamos haciendo esto a sus espaldas.

—La profesora Faustino trabaja desde dentro —explicó Stefan—. Tiene que seguir las reglas, nosotros no. Si los Sobrenaturalistas pueden encargarse del problema de los Parásitos, el Satélite se estabiliza y las subvenciones sociales vuelven a fluir. Y todos contentos.

—Sobre todo Myishi —dijo Lorito, guardándose el espejo en el bolsillo—.

Creo que es muy amable por nuestra parte hacerles todo el trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que llevan años intentando matarnos.

Mona gritó desde el asiento del conductor.

—¿Acaso tienes una idea mejor, Lorito? ¿La tienes? —Le dio cinco segundos para responder—. ¿No? Eso me imaginaba.

—Nunca las tengo. Solo es sano escepticismo —contestó—. No todos podemos ser borregos. Esta situación apesta. De repente, trabajamos para las grandes empresas. No me gusta.

—A mí tampoco me gusta —repuso Stefan—, pero la profesora Faustino es mi amiga, primero, y la representante de una gran empresa después. Podemos confiar en ella.

—¿Estás seguro? ¿Te apostarías todas nuestras vidas?

—La única vida que me apuesto en el futuro es la mía. En cuanto localicemos la guarida de los Parásitos, seré yo quien conecte el Pulso de Energía. De ahora en adelante, vosotros, niños, seréis solo ayudantes.

Mona estuvo a punto de estrellar la Furgomóvil.

—¿Niños? ¿A quién estás llamando niño? Solo tienes un par de años más que nosotros, y si soy lo bastante mayor para correr por las azoteas también soy lo bastante mayor para conectar Pulsos de Energía. No estoy aquí para ver las cosas a través de un monitor.

—Participarás en la operación, pero desde una distancia segura. Y si no te gusta la nueva organización, para la furgoneta y bájate ahora mismo. Estoy seguro de que los Encantos se alegrarán mucho de tenerte de vuelta.

Mona pisó a fondo el acelerador.

—¿Sabes una cosa, Stefan? A veces puedes llegar a ser un verdadero cerdo.

Condujeron durante más de tres horas hasta que la Furgomóvil bordeó la circunvalación de Ciudad Satélite. La siguiente parada sería el desierto. Cosmo vio el final de la ciudad y se sintió fascinado. ¿Aquella ciudad tenía final? Por alguna razón, siempre había imaginado que la totalidad de la ciudad era una prisión gigantesca, y aunque al final se pudiese abandonarla, ¿cómo sobrevivía la gente ahí fuera, en el campo?

Aquel no era como el campo que se veía en los viejos vídeos: no había caballos galopando a cámara lenta ni columpios colgando de los árboles. De hecho, no había muchos árboles. La mayor parte de la vida vegetal que había tan cerca de la ciudad había muerto a causa de la niebla tóxica química o por los vertidos de las fábricas.

Allí, la gente existía fuera del alcance del Satélite y libre de su influencia. La mayoría de los habitantes vivían en edificios de una sola planta construidos con el material que tuviese más posibilidades de mantenerse en pie durante más tiempo. A Cosmo, las casas le parecían salvajemente exóticas. Tras pasar toda su vida rodeado de hierro colado, era refrescante ver paredes construidas con puentes de autopista reforzados y tejados hechos con viejas vallas publicitarias.

Lorito sintió un escalofrío.

—Este sitio me pone los pelos de punta. Aquí no tienen tele por satélite, ¿sabéis? Algunas casas solo tienen diez o quince emisoras pirata. ¿Qué hacen todo el día?

—Seguir con vida —dijo Stefan, señalando a una montaña de desechos a lo lejos—. Por allí, Mona. Allí es a donde vamos.

A medida que fueron acercándose, Cosmo se dio cuenta de que la montaña de

residuos era en realidad un patio vallado lleno hasta los topes de la basura que se desechaba en la ciudad. Dos guardias armados estaban apostados a la sombra de una torre cubierta, con unas armas tan antiguas como todo lo que estaban custodiando.

Mona detuvo la Furgomóvil delante de unas puertas de hierro decoradas que, en una vida anterior, habían sido la entrada de un parque temático llamado Diño Doom.

Stefan abrió la portezuela, bajó del vehículo y salió al calor y en mitad de una nube de polvo. Inmediatamente sintió cómo lo apuntaban dos rifles desde arriba.

—Será mejor que sigas tu camino con esa *fragoneta*, chaval —dijo uno de los guardias, un individuo escuálido con apenas tres dientes—. Como no tengas algo qué vender... más te vale largarte con viento fresco. Esto no es ningún parque de atracciones, no importa lo que diga en la puerta.

—Cállate y escucha —dijo Stefan con su delicadeza habitual—. He venido a ver a Lincoln. Dile que soy Bashkir, y como esta puerta no se abra dentro de dos minutos te haré a ti responsable.

El guardia pensó en contestarle, pero entonces Stefan consultó su reloj con gesto elocuente, así que decidió ir a hablar con Lincoln. Si aquel chico alto quería enfadarse con alguien, el guardia preferiría que no fuese con él. Había algo inquietante en aquellos ojos intensos y la cicatriz torcida que le prolongaba la boca.

El segundo guardia escupió detrás de su compañero de trabajo.

—Corre como un conejo, pollo. No tienes las agallas ni de una lombriz de tierra. —Evidentemente, al hombre le gustaba la imaginería animal.

Stefan volvió a subirse al vehículo.

—Creo que nos van a dejar entrar.

—Debe de ser gracias a tu encantadora personalidad —señaló Mona, dolida todavía por el comentario de «para la furgoneta y bájate ahora mismo».

—Ahora, cuando entremos ahí, quiero que todos os andéis con muchísimo cuidado. ¿Habéis visto alguna vez esas películas del salvaje Oeste, donde se montan tiroteos por cualquier tontería insignificante?

Cosmo asintió con la cabeza.

—Bueno, pues el Vertedero es así, solo que con balas de verdad. Lorito, serás un niño hasta que yo lo diga.

Lorito protestó con un gemido.

—Vaya, hombre. Con lo que odio ser un niño...

—Es muy probable que necesitemos un as en la manga, y tú eres ese as.

Bastante menos de dos minutos más tarde, las puertas del Diño se abrieron, maniobradas a cada lado por uno de los extraños guardias. Vistos de cerca, Cosmo se dio cuenta de que era mucho mejor verlos de lejos.

—Puedes entrar el cacharro, señorito Bashkiiir. Apárcalo delante de la entrada.

—¡Puaj! —exclamó el otro—. Eres más feo que un cruce de piojo y orangután.

Cosmo no sabía si el hombre le estaba hablando a la Furgomóvil o a su propio reflejo, aunque, a decir verdad, él tampoco era quién para meterse con el aspecto físico de nadie. Su cabeza no era ninguna belleza desde que Lorito le había cosido aquellos parches, aunque al menos ya le había crecido algo de pelo para tapar los bultos.

Mona se abrió paso por un sembrado de esqueletos de automóviles y aparcó enfrente de un porche construido con antenas parabólicas oxidadas. La entrada, por lo visto.

—Recuerda —le advirtió Stefan a Lorito—, actúa como un niño inmaduro.

Mona se echó a reír.

—¿Actuar? Solo sé tú mismo, Lorito. Nadie notará la diferencia.

Los horrorosos gemelos los escoltaron a través de una cortina de tuercas y tornillos ensartados en cables de cobre. El interior estaba aún más sucio que el exterior. Cada centímetro de superficie estaba recubierta de una mezcla hedionda de aceite, suciedad y óxido. Millones de ácaros del óxido pululaban por el techo, y su actividad hacía que los copos de óxido cayesen revoloteando hasta el suelo como polillas robóticas.

Tras un escritorio construido con palés de almacenaje se sentaba un hombre que, a todas luces, se sentía como pez en el agua en medio de la inmundicia. Tenía los pies apoyados encima de la mesa, y un gato obeso de color anaranjado le chupaba los dedos de los pies.

—Bonito gato —comentó Stefan—. ¿Cómo se llama?

—Camuflaje —respondió el hombre—. Cuando cierra los ojos, es imposible encontrarlo, ni con una manada de perros sabuesos.

Stefan quitó de un manotazo los pies del hombre de encima de la mesa y se sentó frente a él. El gato soltó un bufido y corrió por la pierna del hombre a acurrucarse en su barriga.

—Veo que no crees en los buenos modales.

—Los buenos modales no te abren muchas puertas en el Gran Colador ni más allá de la ciudad, Lincoln.

Lincoln tenía la cara demacrada, con bolsas debajo de los ojos, como carne derretida. Podía tener cualquier edad y pertenecer a cualquier raza, aunque su acento era decididamente de clase alta. Llevaba un traje tres piezas de raya diplomática; por desgracia, el traje tenía al menos veinte años.

—Sabes cómo me llamo, chico, pero yo no sé quién eres tú. Has utilizado el nombre de una amiga mía para entrar aquí, pero, desde luego, tú no eres la doctora Aerial Bashkir.

—Soy su hijo, Stefan. Ella me habló de usted.

Lincoln estudió su rostro un momento.

—Sí, tienes sus ojos. ¿Cómo está tu madre?

Stefan bajó la mirada.

—Murió. Hace tres años.

Lincoln se quedó en silencio durante un rato.

—Siento oír eso. Era una buena mujer.

—Lo era. Por lo que me decía, usted le debe un favor.

Lincoln se echó a reír. Tenía los dientes del mismo color que el resto del cuerpo.

—Puede ser, pero, desde luego, a quien no le debo ningún favor es a ti, chico. Los favores son intransferibles.

Stefan apoyó los codos en el escritorio.

—Lincoln, hace cinco años mi madre salió de la ciudad para extirparle la hernia del apéndice. Ningún otro doctor de la ciudad se habría arriesgado a hacer eso. Mientras estaba aquí, vio subir un HALO. Me lo contó todo. Los dos sabemos que usted es el pirata que lleva años enviando HALO ilegales, sin permisos, garantías de seguridad ni nada que se le parezca. Una llamada mía y los detectives de Myishi se presentarán aquí para hacer picadillo este lugar con sus espadas láser. Y esos dos gemelos tan horribles no le servirán absolutamente de ninguna ayuda.

Lincoln no estaba impresionado.

—Has conocido a Floyd y Bruce. Son mis chicos. Los recogí de la calle cuando acababan de dejar los pañales, como quien dice. Creo que entonces tenían veintiséis años. Son tontos de remate, pobrecillos, pero, desde luego, saben disparar. De hecho, ahora mismo te están apuntando a la cabeza con unos pistolones viejos.

—Ah, ¿sí? —dijo Stefan—. Bueno, pues en ese caso yo les aconsejaría que mirasen abajo.

—¿Mirar abajo? —repitió Floyd—. No estarás intentando que apartemos la mirada del objetivo, ¿verdad?

—Tú te crees que nacimos antes de ayer, ¿no? —añadió Bruce con voz sibilante por los dientes mellados—. Os tenemos rodeados. A ti y a los dos jovencitos.

—¿Y qué me decís del niño pequeño? —preguntó Stefan.

—¿Qué pasa con él? —se burló Floyd—. ¿Qué va a hacer? ¿Escupirnos?

Floyd y Bruce sintieron cómo alguien les hincaba dos varas electrizantes en la rótula y empezaron a aullar de dolor. Lorito les sonreía desde abajo.

—Sois vosotros los que vais a empezar a escupir si os vació un cargador entero.

Lincoln no tuvo más remedio que echarse a reír.

—¿Un niño Bartoli?

Lorito asintió.

—Uno de los últimos.

—Está bien, imbéciles —dijo Lincoln—. Bajad esos pistolones antes de que el pequeñín os chamusque el pelo.

Floyd y Bruce hicieron lo que les decía a regañadientes.

—Un auténtico niño Bartoli —exclamó Lincoln—. ¿Qué mutaciones tienes?

Lorito arrugó la frente.

—Yo prefiero llamarlos poderes especiales.

—Mutaciones, poderes especiales, lo que tú quieras. ¿Qué sabes hacer?

—Soy el médico de nuestro grupo.

—Curación con las manos. He oído hablar de eso. ¿También eres sensible?

—¿A qué?

—Al mundo de los espíritus. Los científicos de la tele dicen que a los niños Bartoli se les despertaron partes del cerebro que han permanecido dormidas durante milenios.

—Ya sé lo que dicen los lavacerebros —le espetó Lorito con una ferocidad inusitada—. No, no soy sensible. Bueno, solo a la belleza, eso sí.

Lincoln se arrellanó en su raído asiento.

—Por lo que parece, tienes la sartén por el mango, Stefan, así que vayamos al grano. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito una nave de Hiper Altitud y Limitada Órbita —soltó Stefan a bocajarro.

Lincoln se echó a reír. Unos copos de óxido cayeron revoloteando de las arrugas de su rostro.

—Un HALO, así, sin más. ¿Sin que entablemos un poco de conversación primero?

—No tengo tiempo para chácharas. Necesito un HALO ahora. Hoy.

—¿Y cómo iba a tener yo un HALO? Eso sería ilegal. La policía, tanto pública como privada, estaría intentando meterme entre rejas. Tu madre debió de equivocarse. Lo que vio fue un espejismo del desierto, tal vez.

Stefan dio un puñetazo en la mesa.

—Mi madre era una apasionada de las naves espaciales. Era su hobby. Solía llevarme al Cabo a ver despegar los cohetes. Conocía todos los modelos que se habían fabricado en la historia de la era espacial. No se equivocó. Usted es el pirata espacial al que buscan las autoridades.

—¿Y si lo fuera? —dijo Lincoln—. Aunque no es que esté admitiendo nada, ¿eh? ¿Quién si no limpiaría el espacio? ¿Quién rescataría todos esos satélites convertidos en chatarra? En mi humilde opinión, sea quien sea quien esté lanzando esos HALO ilegales, le está haciendo un favor a la Tierra. Es el primer basurero cósmico del mundo. La retransmisión televisiva pirata ocasional es un pequeño precio que pagar por mantener el espacio limpio.

—Sí, sí, se merece una medalla. Y ahora, ¿dónde está la nave?

Lincoln se puso muy serio de repente.

—¿Y por qué iba a daros una nave a vosotros? ¿A una panda de críos? No sois lo bastante mayores para conducir ese trasto que tenéis ahí fuera, conque mucho menos un HALO.

—Uno crece muy deprisa en el Gran Colador —replicó Stefan con amargura—. Hemos sobrevivido por nuestra cuenta durante años. Lo único que han hecho los adultos por nosotros en el pasado reciente es tratar de matarnos. Puede programar el HALO desde aquí. La nave subirá y volverá sin que nosotros tengamos que tocar un solo instrumento. Lo único que queremos es estar a bordo.

—Todavía no me has dicho por qué iba a querer dejaros mi nave, si tuviera una. ¿Qué gano yo?

Stefan extrajo un ordenador de bolsillo del interior de su abrigo y lo puso encima de la mesa.

—¿Y esto qué es? ¿Lo último en videojuegos 3D?

—No, Lincoln. Es un ordenador de bolsillo con una placa solar Lockheed Martin y una capacidad de memoria de dos millones de gigabytes.

Lincoln dio un golpecito a la máquina.

—Un ordenador de bolsillo, ¿eh? ¿Qué hay en la memoria?

—Nada, de momento. Pero hay memoria de sobra para la retransmisión de una emisora de televisión pirata.

Lincoln calibró el peso de la placa con la palma de la mano.

—En teoría, pero necesitas una antena gigantesca para conectarla.

—Tenemos una antena. La mayor de todas.

—No trates de engañar a un estafador, chico. Nadie se acerca al Satélite sin los códigos de acceso de la empresa. Si entras en un radio de un kilómetro sin los códigos, te hacen volar por los aires y te catapultan al espacio.

Stefan se metió el ordenador en el bolsillo.

—De los códigos me encargo yo. Esta es la oportunidad de su vida, Lincoln. Puedo conectarle con una placa del Satélite. Podrá retransmitir durante meses antes de que lo localicen.

Lincoln se rascó una parte imberbe de la barbilla.

—¿Y lo único que tengo que hacer es...?

—Darme la tarjeta de arranque para el HALO que sé que tiene aparcado en la parte de atrás.

—¿Dos millones de gigabytes, dices?

—Todos suyos. Le daré un chip de conexión y listos.

Lincoln ya había aceptado el trato, pero siguió oponiendo resistencia.

—¿Sabes cuánto cuesta cada una de esas naves, Stefan?

—Aproximadamente una décima parte de lo que obtendrá de las emisoras de televisión independientes.

—Todo eso podría ser mentira, Stefan. A lo mejor solo necesitas mi nave y no tienes ningún código.

Stefan cortó con la mirada el aire cargado de partículas.

—Tiene mi palabra, Lincoln. Se lo juro por el alma de mi madre.

Lincoln hizo un ademán desdeñoso con la mano.

—No hace falta ponerse tan morboso, jurando por el alma de los muertos. Eso no son maneras.

—Bueno, entonces, ¿trato hecho?

Lincoln se levantó y el óxido se le desprendió de la ropa como si fuera la piel seca de una serpiente.

—Sí, joven Bashkir. Trato hecho.

Stefan extendió el brazo.

—Entonces estrechémonos la mano.

Lincoln hizo caso omiso del gesto.

—Te la estrecharé cuando me devuelvas mi nave intacta.

Lincoln guió a los Sobrenaturalistas a la parte de atrás del Vertedero, a lo que parecía una pared sólida de coches desguazados. Cogió un mando a distancia de la puerta de un garaje que llevaba colgando de una cuerda alrededor del cuello y apretó el botón. La pared se abrió por la mitad y se desplazó a los lados sobre unos rieles destartados. Acto seguido, media docena de perros bajos y robustos se abalanzaron hacia delante sujetos a unas cadenas extensibles. Al abrir la boca, dejaron al descubierto unos dientes amarillos, mientras unos hilillos de baba les chorreaban de las fauces como si fueran cordeles.

Lincoln pulsó otro botón del mando a distancia y las cadenas se enroscaron sobre sí mismas.

—Da lo mismo los progresos de la tecnología avanzada: en materia de seguridad, sigue sin haber nada comparable a un chucho hambriento.

Los perros eran de una curiosa raza con el morro chato y la piel roja.

Lincoln les arrojó un puñado de huesos que había dentro de un cubo.

—¿Os gustan mis niños? Me costaron una fortuna. Los pedí por encargo a Cuba, son perros probeta. La mayoría proceden de genes de pitbull con una mezcla de osos y algunas secuencias de camaleón por el color.

El HALO estaba en un soporte rodeado de un cajón de hielo. Unas bombas refrigerantes vomitaban cristales bajo cero por la superficie reluciente. El casco de la nave brillaba en el interior de las placas congeladas.

—Eres un jovencito muy afortunado, Stefan —dijo Lincoln—. Teníamos un lanzamiento previsto para esta noche; nada especial, solo una pesca rutinaria para ver qué recogíamos. De no haber sido así, habríamos tardado días en congelar el casco.

Cosmo se acercó a Mona.

—¿Para qué es todo ese hielo?

—Camuflaje, Cosmo. El HALO necesita un par de cohetes de propulsión líquida para recorrer el primer kilómetro antes de penetrar en la franja solar. Ese calor aparece en los escáneres de Myishi, y no tienen paciencia con los piratas que merodean por el espacio. El hielo impide que el lugar del lanzamiento aparezca en la pantalla. Los piratas llevan décadas usando cajones de hielo.

Floyd y Bruce movieron uno de los paneles de hielo con ayuda de unos ganchos. El HALO estaba apoyado en cuatro bloques como un coche al que le hubiesen afanado las ruedas.

Los Sobrenaturalistas entraron en el recinto de hielo y Cosmo tocó el frío revestimiento de la nave.

—¿Este cacharro vuela?

Lincoln le dio un tirón de orejas.

—Pues claro que vuela, insolente. Vuela, se remonta en el aire y planea, pero lo que es más importante: aterriza. —Les hizo entrega de la tarjeta de arranque con un majestuoso ademán—. Supongo que no querréis compartir el propósito de vuestro viaje.

Stefan se metió la tarjeta en el bolsillo y le dio la placa solar Lockheed Martin.

—Supone bien, Lincoln. Saldremos al anochecer, así que dispone de tres horas para transferir el software que necesite a la placa.

—¿Tenéis mecánico?

Mona ya estaba trajinando con un destornillador en uno de los paneles de acceso.

—Tenemos mecánico. Déme una hora y le diré si tenemos nave.

Mona informó de veinticuatro defectos electrónicos, informáticos y mecánicos de su lista de comprobación del HALO.

—Veinticuatro —repitió Stefan, rascándose la barbilla—. ¿Alguno crítico?

Mona consultó la lista.

—Casi todos son defectos de confort. Habría que cambiar los filtros del aire, pero si es un vuelo corto no debería pasar nada. He realizado pruebas de presión en los trajes especiales. Todos necesitan remiendos excepto uno. Saldrás de la nave tú solo, Stefan.

—Bien. No más riesgos innecesarios para nadie de ahora en adelante.

—Los alerones apenas se mueven, así que nada de virajes bruscos. La mayoría de los circuitos se aguantan pegados con cinta aislante del siglo pasado, y el parabrisas está asqueroso.

—¿Hay limpiaparabrisas?

—No.

—Vale. Coge una esponja y agua caliente. Despegamos dentro de una hora.

El HALO pesaba catorce toneladas y era de forma más o menos cónica. La dirección de la aeronave dependía de los alerones de cola y de una docena de propulsores de gas, seis de los cuales funcionaban, incluso. En algún momento, habían recubierto el casco con azul Unión Europea, pero la mayor parte del mismo se había descascarillado durante diversas misiones salvajes. En la base de la nave había dos cohetes fijos que proporcionaban la propulsión para el cambio de gravedad inicial, momento en el cual la Alianza de Boda tomaba el relevo.

La Alianza de Boda era un anillo chapado de oro de placas solares que oscilaban continuamente mientras avanzaba la nave. Cada placa se cargaba por turnos, luego regresaba para entrar en contacto con un anillo magnético del casco y así depositar su carga y dejar espacio a la siguiente batería. En el espacio sideral, el HALO no parecía más que una surfista haciendo girar un hula-hop.

—¿A cuánta distancia vamos a subir en el espacio? —le preguntó Cosmo a Mona.

Mona estaba realizando una comprobación definitiva del sistema, con la ayuda de un manual muy viejo y gastado.

—Técnicamente no vamos a salir al espacio sideral, sino que solo vamos a traspasar el límite de la atmósfera. De todas formas, ¿qué más te da, Cosmo? Cualquier caída desde una altura superior a cinco metros siempre es mortal. De todos modos, es más probable que muramos de una fuga de presión que de una caída.

—Gracias —dijo Cosmo—. Ahora estoy mucho más tranquilo.

—Bien, porque vas a ser mi copiloto.

Cosmo se arrebujó con la chaqueta de combate para protegerse del frío de las placas de hielo que los rodeaban.

—¿Tu copiloto? Pero, Mona, si ni siquiera sé enviar coordenadas de un automóvil al Satélite.

—No te preocupes, Cosmo. El ordenador se encarga de la mayor parte del trabajo, y cuando nos hayamos acercado lo suficiente el Satélite nos guiará.

—Eso sí conseguimos los códigos de acceso... —le recordó Cosmo.

Mona frunció el ceño al ver una luz roja en el tablero de instrumentos. Le dio unos golpecitos con el nudillo y el piloto se puso de color verde.

—Si a Stefan eso no le preocupa, entonces a mí tampoco.

Lincoln asomó la cabeza por la escotilla.

—El Lockheed —dijo, dándole a Mona la placa de bolsillo—. Aseguraos de que establecéis un contacto sólido. Despegue en diez minutos.

A Mona no le gustaba recibir órdenes.

—¿Despegue en diez minutos? ¿Es que hay un centro de control en alguna parte y yo no me he dado cuenta?

Lincoln esbozó una sonrisa llena de ternura.

—No, mi muchachita sarcástica, no hay ningún centro de control, pero mis

bombas de congelación se están quedando sin combustible, así que o despegáis en diez minutos o el recubrimiento de hielo se fundirá y, si se derrite, entonces no despegáis. Se lo explicas tú a Stefan, ¿de acuerdo?

Mona volvió a encargarse de la comprobación final.

—Tiene sentido. Entonces, despegamos en diez minutos.

Nueve minutos más tarde, los Sobrenaturalistas se habían ajustado los cinturones de los giroasientos, con las costillas protegidas de la fuerza de la gravedad por unos chalecos blindados. Por encima de sus cabezas, las placas de hielo relucían en la penumbra.

—Ese hielo se romperá, ¿verdad? —preguntó Cosmo—. Parece muy grueso.

Mona tenía el dedo suspendido encima del botón de ignición.

—Debería, al menos en teoría. La proa va provista de un rompehielos.

Lorito y Stefan iban sentados en la parte posterior. De hecho, solo había tres asientos decentes, así que Lorito se sentó en las rodillas de Stefan, sujeto por un arnés de seguridad extensible.

El niño Bartoli no daba saltos de alegría precisamente.

—De todas las humillaciones que mis limitaciones me han obligado a soportar, esta es sin duda la peor.

Stefan le dio una palmadita en la cabeza.

—Tranquilo, tranquilo, hijo mío. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Stefan. No es el momento. Puede que sea pequeño, pero todavía puedo hacer daño.

Mona se retorció en su giroasiento.

—Estás un poco gruñón, Lorito. A lo mejor tienes gases.

Lorito se inclinó hacia delante, pero el arnés lo retuvo.

—Vamos, Mona. Antes de que se suelte.

Mona levantó la tapa de seguridad del botón de ignición.

—Allá vamos —anunció, y pulsó el botón rojo.

Con un estruendoso rugido, los cohetes propulsores empezaron a echar chispas y convirtieron el hielo en vapor en apenas segundos. El contenedor se derritió alrededor de ellos, y las nubes de vapor envolvieron el HALO y ensombrecieron la pantalla del visor.

La nave abandonó la rampa de lanzamiento despacio, abriéndose paso con esfuerzo para luchar contra la gravedad que la retenía al suelo. Los indicadores de energía se pusieron en rojo mientras el ordenador soportaba la presión. El dispositivo rompehielos de la parte delantera resquebrajó la placa superior de hielo y luego la atravesó. Debajo, el agua hervía y se condensaba para formar una espesa neblina.

Cosmo sintió como si lo estuviesen agitando hasta hacerle pedazos. No era así como describían los vuelos en los vídeos de vacaciones de la televisión, aunque

también había que tener en cuenta que aquella no era una nave de ocio para ejecutivos controlada por el Satélite. El HALO era un vehículo espacial pirata de veinte años de antigüedad y dos propulsores con apenas memoria suficiente para poder conectarle algún sistema de entretenimiento.

El morro se hundió ligeramente.

—Este es un momento crítico —explicó Mona, mientras le castañeteaban los dientes—. Si el impulso inicial es demasiado fuerte, la popa va a mayor velocidad que el morro.

—¿Y luego qué?

—Y luego damos una vuelta de campana.

—Las vueltas de campana no parecen nada bueno.

—No lo son.

El ordenador ajustó las coordenadas y enderezó la nave.

—Vale, ya estamos en posición vertical. Y ahora, la parte más divertida.

Cosmo, el novato, estaba a punto de formular otra pregunta. «La parte más divertida —quiso decir—. ¿Cuál es la parte más divertida?»

En ese momento, la Alianza de Boda se desplegó y sumó la energía de unas baterías solares de eficacia superior a la propulsión decreciente de los cohetes y a las propias baterías de litio del HALO: la nave salió disparada a dos mil cuatrocientos kilómetros por hora a través de un cúmulo de nubes de color verde como una piedra lanzada con honda. La fuerza de la gravedad volvió a meterle a Cosmo las palabras dentro de la garganta.

Mona acertó a hablar, aunque las cuerdas vocales le sobresalían del cuello como los puntales de un puente.

—La parte más divertida —dijo.

«El cielo azul —pensó Cosmo cuando cesaron las sacudidas—. El cielo verdaderamente es azul.» Unos hilos de niebla tóxica viscosa aún seguían adheridos al parabrisas, pero al otro lado había un cielo azul nítido salpicado de estrellas. Era una imagen espectacular. Azul, como en las viejas postales. La vista desde el Observatorio de Myishi había sido impresionante, pero aquello era aún mejor porque el cielo los rodeaba por completo. Cosmo llegó a ver incluso una nube blanca suspendida al borde del espacio.

Por el altavoz de un ordenador sonó un mensaje.

—Gravedad a una quinta parte del nivel en la Tierra. Activando la gravedad artificial.

—Bien —dijo Mona—. Esto de ir flotando no le hace ningún bien a mi estómago.

A continuación, el ordenador dijo:

—Fallo del sistema de gravedad artificial.

Mona aporreó el interruptor de la gravedad artificial varias veces, sin resultado.

—Vaya, genial —farfulló—. El cometa vómito.

—¿Qué? —preguntó Cosmo, justo antes de sentir cómo el contenido del estómago le subía por la garganta.

—Quédate muy quieto —le advirtió Mona—. Se tarda un poco en acostumbrarse a la reducción de la gravedad. No te quites el cinturón. —Miró por encima del hombro y gritó—: No hay gravedad. Intentad no moveros demasiado.

—Demasiado tarde —dijo Stefan.

Lorito ya estaba doblado sobre su estómago en el asiento: tenía la cara verde y había un charco marrón flotando en el aire ante él.

—No debería haberme comido esa *pazza* esta mañana —gimió.

Stefan sacó un pequeño aspirador de debajo del asiento y limpió el vómito.

—Gracias, Lorito. Es el tipo de trabajo que me gusta. Puedes estar seguro de que te lo devolveré, si me permites el juego de palabras.

El ordenador de a bordo accionó los frenos o, para ser más exactos, los propulsores delanteros, por lo que el HALO aminoró la velocidad a setecientos kilómetros por hora. El Satélite estaba suspendido al borde del espacio como una nave nodriza extraterrestre, y el elegante logotipo de Myishi parpadeaba en el vientre cóncavo del plato de la antena.

—He leído que se necesita tanta energía para mantener encendido ese logotipo como para iluminar veinte manzanas de la ciudad —comentó Mona.

A medida que se fueron acercando, el Satélite inundó todo su campo de visión y los miembros del grupo vislumbraron a cientos de *dish-jockeys* de mantenimiento realizando reparaciones en la superficie de la antena. Llevaban botas magnéticas e iban sujetos a la estructura de la antena por cuerdas elásticas y mosquetones de escalada. Se desplazaban con movimientos ágiles y expertos, lanzándose al espacio y colocándose en el lugar exacto donde necesitaban estar.

—Seguro que no es tan sencillo como parece —dijo Lorito, limpiándose la boca—. Me alegro de no tener que ser yo el que salga ahí fuera.

La radio del tablero de instrumentos emitió tres pitidos.

—Mensaje entrante —anunció Mona, abriendo un canal. Una voz se abrió paso por los altavoces. La voz era tan fría como el mismísimo espacio.

—HALO no identificado, le habla el oficial al mando del Satélite, se encuentra en el espacio de Myishi.

Stefan se quitó el arnés de seguridad y se tendió junto a Lorito en la rejilla del suelo.

—Le recibimos, Satélite —dijo al micrófono auxiliar—. Un momento, estoy buscando el código de acceso.

—Treinta segundos —respondió la voz—. Después, abriremos fuego.

Stefan sacó su videoteléfono del bolsillo y buscó el menú de llamadas salientes.

Seleccionó la última llamada que había realizado a Ellen Faustino a la Torre Myishi y proyectó el vídeo. Ellen apareció en la diminuta pantalla del teléfono, explicándole a Stefan por qué no podía conseguirle un espacio en el Satélite. Para demostrarle sus argumentos, la profesora hizo girar la pantalla de su ordenador para enseñarle la agenda. La lista de empresas era claramente visible en el monitor y, junto a cada empresa, su código de acceso y su hora concertada.

—De acuerdo, Satélite. Somos un equipo de mantenimiento de Automóviles Krom.

—¿Sois de Krom? —dijo el hombre de seguridad—. ¿Y venís en esa cafetera?

—Eh, que somos de mantenimiento, no de la realeza —dijo Stefan, tratando de hacerse el ofendido—. El anuncio de las cinco de la tarde sale con la imagen intermitente, así que nos han mandado a colocar un chip en otra placa.

—Eso lo podríamos haber solucionado desde aquí. Habéis venido desde muy lejos para tan poca cosa.

—Sin ánimo de ofender, pero es que vosotros cobráis un riñón y parte del otro solo por limpiar las placas solares, y estábamos por los alrededores. Tenemos el código, así que activanos el puerto y ya está.

—Introducid el código primero. Luego ya hablaremos de vuestro puerto de mantenimiento.

Stefan le dio el teléfono a Mona, que introdujo el código de diez dígitos dos veces. La segunda, a modo de verificación.

—Vale —rezongó el hombre de seguridad de mala gana—. Estáis dentro. Puerto setenta y cinco. Seguid las luces de aterrizaje y no dejéis vuestro puerto.

—Recibido, Satélite. Que tenga un buen día.

La orden de seguir las luces de aterrizaje era innecesaria, pues fue el ordenador el que se acopló a la frecuencia de los faros rojos y dirigió el HALO al puerto setenta y cinco. Los faros estaban dispuestos en círculos concéntricos que actuaban como una diana, acercándolos a una pasarela de acero que se extendía del plato, una de las cientos de pasarelas que estaban ensambladas en aquella parte. El logotipo de Krom estaba pintado en la pasarela. La nave aterrizó con una sacudida chirriante y dos *dish-jockeys* se apresuraron a asegurar los cables de proa y de popa.

—Ya estamos dentro —anunció Stefan, al tiempo que desabrochaba el arnés de Lorito—. Pon a punto los cables mientras me visto con el traje. — Cogió una maleta del compartimento superior y desapareció en la letrina.

Lorito desenrolló un conducto enroscado de la bahía de carga. En su interior había dos cables: un cable de electricidad y otro de módem. La vieja nave no iba equipada con un sistema *wireless* para aquel volumen de información.

—Para Myishi, solo estamos recargando baterías y sustituyendo el chip de vídeo de Krom, pero mientras está ahí fuera el jefe, conectará el cable del módem y

secuestraremos el Satélite para hacer una búsqueda clandestina.

—¿Cuánto tardará?

—No mucho, Cosmo. Debería bastar con un minuto. Si tarda más, Myishi sabrá lo que estamos haciendo. También hay que contar con que los de Krom de verdad estarán aquí de un momento a otro.

Stefan salió de la letrina. No llevaba el traje.

—Se suspende la misión —dijo—. Tendremos que encontrar otra manera.

Mona hizo girar el asiento para encararse con él.

—¿Qué? ¿Otra manera? ¿Por qué?

Stefan les enseñó el traje. Llevaba el nombre de Floyd garabateado en la placa de identificación con tinta roja.

—Este traje. Es demasiado pequeño.

—No —repuso Mona—. Los trajes espaciales son talla única. El diseño de los brazos y las piernas es de acordeón.

Stefan suspiró.

—Por lo general así es, pero este traje es del siglo pasado. Hecho a medida para un individuo en concreto. Un individuo bajito. No va a funcionar. Se suspende la misión, antes de que nos descubran.

Mona se desabrochó los botones de su chaleco antigraedad.

—Entonces iré yo, Stefan.

—Aunque me gustase la idea, no es práctica. Tú eres el piloto, Mona. Si el ordenador de a bordo se estropea, cosa que bien podría suceder en este trasto volador, entonces dependerá de ti que volvamos o no a casa.

Mona se mordió el labio inferior. Stefan tenía razón.

—Lorito. Tú sabes cómo funcionan los ordenadores. Irás tú.

El niño Bartoli se cruzó de brazos. El lenguaje corporal fue más que elocuente para todos, pero solo por si acaso quedaba todavía alguna duda dijo:

—Ni lo sueñes, Vasquez. Ni una caja entera de hormonas de crecimiento haría que me metiese en ese traje. Además, tal como ha dicho Stefan, el traje no es ajustable. Si me pones esa cosa, pareceré un bebé jugando a disfrazarse de gigante.

A Cosmo se le secó la garganta de repente. Nadie iba a pedirle que lo hiciera él; él era el novato. Dependía de él ofrecerse como voluntario.

—Yo lo haré —soltó.

Stefan lo amenazó con un dedo rígido.

—No —dijo con una rotundidad apabullante—. Cierra la boca, Cosmo. No sabes lo que dices.

El cerebro de Cosmo estaba de acuerdo con él: no tenía ni idea de lo que decía, pero formaba parte del equipo y había que completar aquella misión.

—Yo iré. El traje me irá bien, y solo tengo que conectar unos cuantos cables,

¿verdad?

Mona no estaba tan entusiasmada como él esperaba.

—No sé, Cosmo. Podría ser peligroso. A lo mejor deberíamos suspender la misión.

Lorito subió flotando hasta la altura de su cabeza.

—Escucha a Vasquez, chico. Yo no me preocuparía por el trabajo, lo que debería preocuparte es la posibilidad de quedarte flotando en el espacio para toda la eternidad.

Cosmo señaló el parabrisas. La pasarela apenas medía seis metros.

—Veo el puerto desde aquí. Iré sujeto en todo momento. ¿Qué podría salir mal?

Lorito se dio una palmada en la frente.

—Tenías que decirlo, ¿no? Ahora serás gafe seguro.

—Sé lo importante que es esto —aseguró Cosmo—. Si volvemos a Ciudad Satélite sin ese escaneo, ¿cuánto tiempo tendrá que pasar para que se nos presente otra oportunidad? No veo cuál es el problema. Esto es mucho menos peligroso que ir por ahí saltando por los tejados, y no teníais ningún problema con eso.

—Ya lo sé, Cosmo —dijo Stefan—, pero he aprendido mucho a lo largo de la semana pasada. He recobrado el sentido común.

Cosmo extendió las manos para que le dieran el traje.

—Cinco minutos y tendremos el mapa de todos los nidos de Parásitos de la ciudad.

Stefan se lo dio.

—Cinco minutos, Cosmo. Luego te traemos adentro.

Cosmo tenía el mundo a sus pies. Al mirar abajo, a través de la rejilla metálica de la pasarela, veía la Tierra, más de ochenta kilómetros más abajo. Desde ahí arriba parecía muy dañada: a través de los huecos entre los bancos de niebla tóxica multicolor, Cosmo veía con toda la claridad los incendios forestales de Los Ángeles que habían ocupado los titulares de las noticias de todo el mundo durante más de un mes.

El plato de la antena del Satélite se cernía sobre él como la gigantesca oleada congelada de un maremoto, dispuesto a abalanzarse sobre él y las demás lanzaderas atracadas en los distintos puertos de un momento a otro. Había al menos otras cuarenta naves acopladas solo en aquel nivel. Docenas de *dish-jockeys* estaban haciendo lo mismo que él hacía en esos momentos: conectar el ordenador de su HALO con el Satélite.

El casco de Floyd no llevaba intercomunicador, así que lo único que oía Cosmo era su propia respiración, amplificadas por el casco esponjoso. Al menos el visor estaba recubierto de un espray antiniebla, por lo que la visión era nítida, aparte de unas cuantas rayas y marcas en el cristal del visor.

Cosmo empezó a hablar consigo mismo, para hacerse un poco de compañía.

—Muy bien, Cosmo. Esto no tiene ningún secreto: coges el cable y lo enchufas al puerto. Conectas el ordenador de bolsillo, esperas sesenta segundos, y luego vuelves a enrollar el cable. Es así de sencillo.

Las botas de Floyd no eran magnéticas, así que Cosmo tuvo que arrastrarse por el casco de la nave centímetro a centímetro. El espacio parecía absorberlo suavemente, animándolo a que se dejase llevar. Sin embargo, aunque lo hiciese, había una cuerda extensible que lo mantenía sujeto al HALO.

—Todo saldrá bien. Manos a la obra.

Stefan y Mona estaban asomados a la ventanilla, observando sus movimientos con ansiedad. Cosmo les hizo una señal de que todo iba bien para tranquilizarlos y luego se agachó para coger el cable del tubo hermético. Sacó el tubo blanco y se lo pegó a una cinta de velero que llevaba en el pecho. Sus movimientos eran lentos y torpes debido a la baja gravedad.

Cosmo se dirigió al puerto, tratando de controlar sus miembros mientras, a su alrededor, los *dish-jockeys* hacían piruetas y rebotaban en la cara del plato de la antena.

Al tacto, la barandilla de seguridad le parecía minúscula con aquellos guantes acolchados, y la comprobaba constantemente para asegurarse de que la sujetaba de veras. Avanzó por la pasarela arrastrándose centímetro a centímetro, con las botas flotando tras de sí y el cordón umbilical de la cuerda extensible formando ondulaciones como una comba a cámara lenta.

Por fin, Cosmo llegó al plato del Satélite. Su primera tarea consistía en conectar la placa pirata de Lincoln, así que se sacó la placa Lockheed de un bolsillo y la ensambló directamente con otra. Las placas eran tan finas que, desde lejos, era prácticamente imposible discernirlas. Solo estaba a tres metros de los puertos de conexión. Los pasamanos zigzagueaban por toda la superficie del plato y Cosmo tiró de sí hacia arriba, dejando la estela de ambos cables detrás. Ya solo le quedaba un metro y medio, ya casi había llegado.

Los enchufes de conexión del módem y de electricidad tenían una tapa de seguridad abatible. Lo único que debía hacer Cosmo era abrirla y enchufar ambos cables. Muy sencillo... solo que no llegaba. Debido a la curvatura del plato, la tapa de seguridad quedaba más lejos que las placas solares y el cable extensible de Floyd era poco más de medio metro demasiado corto. Cosmo extendió el cable hasta el límite de su elasticidad, pero seguía siendo demasiado corto. Le parecía increíble haber llegado tan lejos y no poder conseguirlo por tan poco.

Se volvió despacio para mirar la nave. En el interior, Mona le hacía señas para que regresase.

—¿Qué puedo hacer? —se dijo con la voz retumbándole en el casco—. No hay

otra solución.

«Más que desatar el cable extensible. Solo un segundo.»

La idea le surgió de la nada. ¿Desatar la cuerda? Una locura.

Solo un segundo. Engancharla a las barandillas y conectar el cable. Dos pasos y ya estaba.

Tal vez, pero un paso en falso y se quedaría perdido en el espacio para siempre.

«Dos pasos.»

—Idiota —se dijo Cosmo, al tiempo que desataba la cuerda.

Vio a Stefan por el rabillo del ojo. Unas nociones básicas de lectura de los labios le dijeron que, básicamente, el Sobrenaturalista estaba de acuerdo con la opinión que Cosmo tenía de sí mismo: era un idiota. Mona estaba golpeando la pantalla de plastiglás con las palmas de las manos. Ella tampoco parecía demasiado impresionada.

Cosmo utilizó una mano para sujetar la cuerda extensible a la barandilla, con mucho cuidado de no soltarse con la otra. No es que fuese a convertir aquello en una costumbre, con una sola vez sería suficiente. Siempre y cuando no perdiese la concentración, todo iría bien.

Apenas dos pasos después, ya estaba en el puerto de conexión. Cosmo pasó el brazo por los barrotes de la barandilla y encajonó el codo entre ellos. Ni dos rinocerontes tirándole de las botas conseguirían arrancarlo de allí. Arrancó el tubo de la tira de velero del pecho y lo conectó al puerto. En el interior, el cable de corriente y el cable del módem encajaron en su sitio. Una luz verde parpadeó en un panel junto al portal. Contacto. Ahora lo único que tenía que hacer era contar hasta sesenta.

Stefan estaba encorvado sobre el portátil que había conectado al ordenador de a bordo.

—¿Funciona? —preguntó Mona con la cara y las manos apretadas contra el cristal.

Stefan levantó un dedo.

—¡Espera!

—No me puedo creer que se haya desatado. Será estúpido... Espero que no crea que con eso va a impresionarme, porque no me impresiona. ¿Funciona?

Stefan dio una palmada.

—¡Está funcionando! Ahora lo único que necesitamos son sesenta segundos.

A pesar de que Mona fingía no estar impresionada, Lorito sí que lo estaba.

—Adiós a otro Oteador. Vamos a tener que poner un anuncio en la tele: «Se busca chico loco con inclinaciones suicidas». Placas robóticas incorporadas.

—Sé un poco más optimista —le espetó Mona—. Lo único que tiene que hacer es aguantar sesenta segundos.

Lorito se echó a reír.

—Sesenta segundos. Con la suerte que está teniendo últimamente, como si tiene que aguantar toda la vida. No me extrañaría nada que un meteorito decidiese estrellarse contra el Satélite justo ahora.

Cosa que, por supuesto, no sucedió.

Cosmo estaba contando.

—...Cincuenta y ocho elefantes, cincuenta y nueve elefantes, sesenta... elefantes.

Un elefante más, solo por si acaso. Había llegado el momento de volver a la cuerda extensible. Estaba desconectando el tubo con los cables cuando un temblor apenas perceptible sacudió la totalidad del Satélite.

Cosmo miró hacia arriba: una unidad residencial parecía un poco torcida. En su interior, se veía a la gente dando tumbos por delante de las ventanas. Otro temblor, en esta ocasión mucho más fuerte. A su alrededor, los *dish-jockeys* empezaron a tambalearse y a flotar hasta el extremo de sus cuerdas. Decididamente, le pasaba algo a aquella unidad residencial: dos de sus esquinas se habían despegado por completo de la estructura principal. Entonces se produjo un tercer temblor, una sacudida monstruosa comparada con las otras dos. El cubo residencial se separó por completo... y también Cosmo.

Con un grito de sorpresa que solo él podía oír, los dedos del adolescente fueron arrancados de cuajo de la barandilla y se fue flotando a la deriva en el espacio.

A su alrededor, las luces de emergencia empezaron a parpadear en los cascos de todos los *dish-jockeys*, alertándolos del peligro. La unidad residencial siguió separándose de la estructura principal, empujada por el gas que emitían los tubos de mantenimiento, arrancados. Lo único que podía hacer Cosmo era observar y no permitir que el pánico se apoderase de él. Si caía presa del pánico, tendría que respirar más profundamente y sus reservas de oxígeno ya se estaban aproximando al color rojo.

El rescate fue fantástico. Docenas de *dish-jockeys* se lanzaron al vacío, tratando de capturar la unidad antes de que saliese fuera de su alcance. Envolvieron los miembros alrededor de cualquier protuberancia, aferrándose a ellas como anclas humanas. Varios saltaban repetidamente en uno de los extremos de la unidad para así darle la vuelta y hacer que los propulsores de gas la devolvieran al Satélite. Era algo formidable: aquellos seres eran cowboys del espacio. A Cosmo le dieron ganas de aplaudir... justo antes de recordar su propia desgracia.

Algo se estrelló contra su pecho. El primer pensamiento de Cosmo fue fugaz y absurdo: «¡Un extraterrestre!». Pero no, era un *dish-jockey*. El hombre tenía la cara roja y arrojaba saliva al interior de su visor.

Cosmo se señaló las orejas, negando con la cabeza.

El jockey sacó una ventosa sónica de su cinturón y pegó el pequeño altavoz al casco de Cosmo. El contacto fue inmediato.

—¿...diablos estás haciendo, chico? ¿A quién se le ocurre desatarse así? ¿Es que te has vuelto loco?

—Mmm... lo siento.

—¿No lees el correo de la empresa? El Satélite está inestable. Últimamente estamos teniendo cada vez más averías como esta. Por suerte para ti, te he visto. ¿Para qué empresa trabajas?

Cosmo se esforzó por recordar.

—Mmm... Para Krom. Trabajo para Krom.

El jockey puso los ojos en blanco.

—Krom. Muy típico de ellos. Seguro que no tienes más de un par de horas de espacio sideral de experiencia. Dar empleo a aficionados y ahorrar dinero, esa es la política de Krom. Debes de ser un crío. ¿Qué edad tienes?

—Veintidós —murmuró Cosmo, esperanzado—. Bebo mucha agua, por eso parezco más joven.

—Veintidós —repitió el jockey mientras volvía con él a la antena, enrollando cuerda—. Debo de estar haciéndome viejo.

El jockey completó una vuelta espacial y los depositó a ambos de nuevo en la plataforma. Volvió a sujetar a Cosmo a su cuerda.

—Voy a tener que informar de esto —dijo, arrancando un cuaderno electrónico de un ordenador de muñeca—. ¿Cómo te llamas?

Cosmo se acordó del nombre que llevaba en el traje justo a tiempo.

—Mmm... Floyd. Floyd Faustino.

—Muy bien, Floyd —dijo el jockey, escribiendo en el teclado del ordenador—. Esto va a suponer una multa para Krom y probablemente para ti también. —Imprimió una tarjeta y se la metió a Cosmo en el bolsillo de su traje espacial—. Tienes catorce días para pagar esa multa o te retirarán el permiso de *dish-jockey*.

—Sí, señor —respondió Cosmo con humildad—. Lo siento, señor.

El jockey no estaba impresionado.

—No me des más disculpas, tú paga la multa y ya está.

Y una vez dicho esto, el jockey se autopropulsó a través del plato para ayudar a asegurar la unidad residencial. Cosmo se arrastró con movimiento tembloroso hasta la nave.

Mona lo esperaba en el interior de la cámara estanca.

—Imbécil —lo insultó, al tiempo que le propinaba un golpe en el hombro.

—Ya lo sé —dijo Cosmo con tristeza, sintiendo cómo le flaqueaban las piernas dentro del traje—. Por favor... ¿podemos volver a la Tierra? ¿Por favor?

Stefan estaba leyendo los resultados en el escáner.

—No lo sé, Cosmo. Cuando oigas los resultados de este escaneo, puede que quieras quedarte aquí arriba.

Cosmo se quitó el casco.

—¿Por qué? —exclamó riéndose—. ¿El nido de Parásitos no estará, por ejemplo, debajo del Clarissa Frayne?

Nadie más se rió. Ni siquiera sonrieron.

8

El Pulso

Calle Abracadabra



COSMO no había hablado demasiado durante el viaje de vuelta del espacio. No es que estuviese enfurruñado exactamente, porque no había nadie con quien estar enfadado, solo se preguntaba cuándo iba a acabar todo aquello. ¿Cuántas veces había que escapar de la muerte en una semana? Y ahora encima le pedían que regresase al lugar de sus pesadillas, el lugar del que había pasado los últimos espantosos catorce años tratando de escapar.

—¿Lo harás? —le preguntó Stefan cuando se hubieron reunido en torno a la mesa.

Cosmo estudió los rostros que lo miraban. Los Sobrenaturalistas. Él era ahora uno de ellos; a fin de cuentas, había salido al hiperespacio por ellos. Sin embargo, aquello no era por él, ni siquiera por el grupo: el Pulso de Energía debía ser detonado por todos los seres humanos que habitaban el planeta. Cuando se era huérfano, a veces era difícil pensar en otra persona que no fuese uno mismo, pero ahora tenía a Mona, y a Stefan y a Lorito.

—Es un plan muy sencillo —continuó Stefan.

—Ah, sí, como el último plan muy sencillo —dijo Cosmo. —Ese era un plan muy sencillo, hasta que empezaste a improvisar. Esta vez solo nos indicarás el camino.

—Haces que suene sencillo, pero pasará algo, siempre pasa algo. Me he dado cuenta de que mi nueva rodilla empieza a dolerme cada vez que se avecina algún peligro, y ahora me duele una barbaridad.

—Confía en tu rodilla, Cosmo —dijo Lorito con voz lúgubre.

—Cierra el pico, Lorito —le espetó Mona—. Esto es importante.

—Sí, claro, es muy importante que pongamos la bomba de Myishi en lugar de dejar que lo hagan ellos mismos.

—Es un pulso. Un Pulso de Energía.

—Eso dicen ellos, pero ¿quién sabe lo que hace ese cacharro en realidad?

Stefan abrió el maletín y lo hizo girar para que el niño Bartoli lo tuviese delante.

—Es un pulso, Lorito, ¿de acuerdo? Yo mismo lo comprobé.

Lorito no hizo caso del aparato.

—Sí, claro, lo que sea. ¿También te ha dado Myishi opciones de compra de acciones?

Mona perdió la paciencia.

—¿Es que eres incapaz de decir nada positivo? Empiezo a preguntarme de qué

lado estás.

Lorito se puso de pie, aunque no supuso una gran diferencia.

—¿Qué se supone que significa eso?

Stefan puso la mano en el brazo de Mona.

—Déjalo.

—No. Empiezo a pensar que no quieres que atrapemos a los Parásitos.

Lorito se puso colorado como un tomate.

—A lo mejor no quiero hacerles el trabajo sucio a los de Myishi y atrapar a los bichos en lugar de dejar que se encarguen ellos.

—Bueno, entonces a lo mejor deberíamos encontrar otra línea de trabajo.

Se quedaron mirando fijamente el uno al otro durante varios segundos hasta que Lorito interrumpió el contacto visual y salió corriendo hacia el ascensor.

—Te has pasado de la raya, Mona —le dijo Stefan cuando los ecos de la discusión se hubieron apagado.

Mona se cruzó de brazos con gesto resuelto.

—Él también.

Stefan se levantó y escogió un traje de la barra de colgar.

—Vas a tener que pedirle disculpas antes de que yo vuelva.

—Antes de que los dos volvamos —le corrigió Cosmo—. Nunca conseguirás meterte ahí sin mí.

Stefan le arrojó un traje más pequeño de la barra.

—Bien hecho, Cosmo. Necesito que me lleves a la boca del lobo. Vas a volver al Clarissa Frayne, por última vez.

Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres

El ex supervisor Redwood no se preocupó demasiado cuando vio entrar a aquellos dos hombres trajeados por la puerta principal. Lo más probable era que fuesen representantes médicos que venían a probar un nuevo producto. Parecían la típica pareja de las comedias del cine: uno alto y el otro bajito. Por Redwood, como si querían ser traficantes de esclavos. Si querían secuestrar a los huérfanos, Redwood los ayudaría a cargar el camión. No le debía absolutamente nada al Clarissa Frayne, sobre todo desde que lo habían metido tras el mostrador de una garita de seguridad con una investigación interna pendiente. Y todo por culpa de aquel escurridizo no-patrocinado, Cosmo Hill. Por lo visto, Cosmo había sobrevivido a la caída desde la azotea y ahora estaba en las listas de fugitivos. Si Cosmo se hubiese limitado a portarse bien y a morirse cuando le tocaba, entonces Redwood no tendría que quedarse allí sentado con aquellos imbéciles descerebrados viendo la CCTV ocho

horas al día.

Fred Allessanti, posiblemente el mayor descerebrado de toda Ciudad Satélite, estaba tomando no-café sentado en la única silla decente de la garita de seguridad.

—Oye, Fred. ¿me dejas sentarme un rato en la silla giratoria?

Fred tomó un nuevo e irritante sorbo de aquel líquido marrón.

—No puedo hacer eso, Redwood. La espalda me duele horrores si no la mantengo derecha.

Redwood frunció el ceño.

—¿Y si te quito la silla sin más? Pongamos que me vuelvo loco, por ejemplo, y te tiro por la ventana y me siento en tu silla mientras a ti te curan las heridas, ¿qué te parece eso, eh?

—Adelante, tío listo —contestó Fred, sonriendo—. Me vendrá muy bien el dinero de la indemnización.

A lo mejor Allessanti no era tan tonto como parecía.

—Bueno, pues al menos deja ya de sorber ese no-café. Te lo juro, Fred, me estás volviendo loco. Quién sabe lo que podría llegar a hacer...

Fred señaló la cámara que tenían encima de la cabeza.

—Asegúrate de que lo haces delante de la cámara, Redwood. Puedo usar las imágenes en mi juicio ante el tribunal.

Redwood se puso lívido de ira. Hasta el inútil de Allessanti se estaba volviendo insolente desde que a él lo habían degradado. Necesitaba volver a las calles, volver a donde todavía conservaba cierto poder. Si al menos pudiese volver a capturar a Cosmo Hill...

De repente, una alerta roja empezó a parpadear con suavidad en uno de los ordenadores de seguridad. El icono tenía la forma de un hombre corriendo: uno de los no-patrocinados se estaba desplazando fuera del perímetro de un área vigilada. Por fin alguien con quien desahogar toda su frustración... Redwood activó el programa de localización y realizó una búsqueda de coincidencias. Uno a uno, la máquina fue eliminando a los huérfanos, puesto que los localizaba o bien en sus camas, o bien en las zonas de ocio delimitadas. ¿Quién se estaba moviendo? ¿Quién quedaba? La señal era muy débil, como si la mayor parte de la capa de solución electronegativa que se empleaba para localizar a los huérfanos hubiese sido eliminada o se hubiese fundido.

¿Fundirse? El corazón de Redwood se le aceleró. Solo dos huérfanos podrían haber fundido sus gotas microscópicas: uno estaba muerto y el otro era Cosmo Hill.

Redwood activó el patrón de localización de Cosmo. Era muy débil, apenas una pulsación casi imperceptible pero decididamente activa. El ex supervisor dudaba de que los escáneres pudiesen recoger aquella señal si no se encontraba cerca. Muy cerca. De camino al sótano del edificio, por lo que parecía.

Redwood consultó los monitores de seguridad y se concentró en los dos hombres

trajeados que había tomado por investigadores médicos. El más bajo debía de ser Cosmo. Por alguna extraña y disparatada razón, Hill había vuelto. Redwood no sabía por qué ni le importaba, pero aquella era la oportunidad del ex supervisor para reparar su error. Podía capturar a Hill y a su cómplice. Por supuesto, primero tendría que hablar con Hill a solas, para asegurarse de que ambos contaban la misma versión sobre la noche del accidente. Redwood se levantó y sacó una vara electrificante del armario de las armas.

—Eh, Redwood —dijo Fred—. ¿Se puede saber qué haces con una vara? Ya no eres supervisor de planta, ¿recuerdas?

Redwood ni siquiera lo miró.

—Voy a hacer mi ronda.

—¿Tu ronda? ¿Qué eres, médico? Somos de seguridad, aquí no hacemos rondas. Por eso tenemos cámaras.

—No, en el sótano no hay cámaras. Ya va siendo hora de que alguien eche un vistazo ahí abajo. ¿Me acompañas?

Allescanti se recostó en la silla giratoria y aferró con las manos una taza de café caliente.

—No, gracias, Redwood. Todo tuyo.

—Eso suponía yo —contestó Redwood, enfundando la vara.

Cosmo y Stefan entraron andando por la puerta principal. A Cosmo le flaquearon las rodillas en cuanto percibió el olor a desinfectante barato del instituto. Se quedó inmóvil durante un segundo, dejando que los recuerdos le inundaran la mente: Mordazas, Redwood y años de experimentos médicos. Inspiró profundamente varias veces para serenarse y armarse de valor.

Stefan lo miró por debajo del ala de un sombrero de fieltro.

—¿Estás bien, Cosmo? —dijo meneando los pelos de su bigote falso.

—Estoy bien. Vamos.

—¿Estás seguro?

Cosmo asintió.

—Diez minutos y ya habremos salido.

Se acercaron a la garita de entrada y Stefan enseñó dos documentos plastificados de identidad falsos a un guardia que jugaba con un vídeo-cubo portátil. Cosmo mantuvo la cabeza gacha, a la sombra de su propio sombrero.

—De Komposite, ¿eh? —dijo el guardia, tratando de aparentar interés—. Menudo incendio tuvisteis ahí la semana pasada, ¿eh?

Stefan asintió.

—Sí. Arrasó todo el bar, qué mala pata...

El guardia sacudió la cabeza con aire comprensivo.

—¿Qué venís a probar esta vez?

Stefan dio unas palmaditas al maletín que llevaba bajo el brazo.

—Podría decírtelo, pero luego tendría que matarte.

El guardia les dio dos pases de visitantes.

—Sí, claro. Qué bueno el chiste... Podréis recoger vuestros documentos de identidad a la salida.

Stefan se colgó un pase de la solapa y le dio el otro a Cosmo. El guardia ya estaba jugando con su videojuego antes de que hubiesen dado seis pasos.

—Ni siquiera me ha mirado —susurró Cosmo.

Stefan sonrió.

—A estos guardias no les pagan lo suficiente para que presten atención.

Cosmo le condujo por una zona de recepción abovedada y con las paredes repletas de fotos en tres dimensiones de una Clarissa Frayne fallecida hacía ya tiempo haciendo cosas nobles con los jóvenes: yendo de excursión, leyendo y cavando agujeros, entre otras actividades al aire libre. No había nada noble en el Instituto Frayne. Las autoridades mostraban más interés por sumergir a los no-patrocinados en cubetas experimentales que en llevarlos a hacer senderismo.

Pasaron junto a varios guardias, pero ninguno de ellos los interrogó. Simplemente eran dos hombres trajeados más, de alguna empresa farmacéutica. Y además, ¿quién narices iba a tener algún motivo para irrumpir ilegalmente en un orfanato? Cosmo mantuvo la cabeza agachada y el cuello de la chaqueta levantado, con la esperanza de que creyesen que era un hombre bajito y no un niño alto.

—Por aquí —dijo Cosmo empujando con el hombro una endeble puerta de plástico escondida detrás de una estatua de Clarissa Frayne.

En aquella estatua en concreto, la fundadora del instituto estaba acunando en sus brazos a un niño abandonado. Todos los huérfanos del orfanato habían oído historias de la señorita Frayne. Al parecer, la mujer odiaba a los niños y había sido ella quien había acuñado el término «no-patrocinados».

La puerta daba a un pasillo claustrofóbico sin ningún motivo ornamental y dotado solo de luces de emergencia.

—Precioso —ironizó Stefan.

—Deberías ver los dormitorios.

El pasillo se fue haciendo cada vez más frío a medida que avanzaban por debajo del nivel del mar. Las luces de emergencia eran cada vez más antiguas, hasta que al final el camino lo iluminaban unas simples bombillas enroscadas a la pared.

—¡Bombillas! —exclamó Stefan—, Ya casi no se ven en ninguna parte, salvo tal vez en algún cine.

—Obtienen toda la electricidad conectándose gratis a los cables de alta tensión de la corriente general. El Clarissa Frayne lleva haciéndolo desde que yo tengo uso de razón. Por algún motivo, aquí abajo es el único lugar adonde pueden ir los no-

patrocinados sin que nadie los detecte.

Stefan asintió con la cabeza.

—Claro, porque la concentración de energía borraría vuestros patrones de localización para el escáner.

El pasillo fue hundiéndose cada vez más hasta que al final llegaron a un callejón sin salida, flanqueado por dos tuberías de desagüe.

—En los primeros tiempos, cuando la ciudad se inundaba, estas dos tuberías garantizaban que el sótano permaneciese seco.

—¿Y ahora?

Cosmo abrió una trampilla de mantenimiento con una facilidad pasmosa.

—Ahora los huérfanos las usan para reunirse de forma clandestina.

En el interior de la tubería había varios niveles, contruidos con cartón y desechos de hierro colado. Unas escaleras desvencijadas conectaban los niveles entre sí y descendían cada vez más hasta perderse en la oscuridad.

Stefan comprobó la resistencia de una de las escaleras apoyándose en ella. La escalera cedió bajo sus pies y se vino abajo.

—Ya no tengo doce años —dijo abriendo su chaqueta. Llevaba sujeto al pecho uno de los chalecos que Lorito les había robado a los leguleyos del tejado del edificio Stromberg.

Abrió el parche de velero que recubría el equipo de rappel y ató la cuerda alrededor de un saliente de aspecto sólido.

Stefan se dio a sí mismo una palmadita en la espalda.

—Bien, Cosmo. Adelante.

Cosmo hizo lo que le decía.

—La próxima vez, prométeme que utilizaremos las escaleras. Solo por una vez.

Stefan le guiñó un ojo.

—Veré qué puedo hacer —contestó al tiempo que se arrojaba al interior de la oscuridad de la tubería.

El tiempo que permanecieron deslizándose por la tubería parecía una eternidad, como si se dirigiesen al mismísimo centro de la Tierra. De hecho, la cuerda se terminó antes de que lo hiciese la tubería. Stefan extrajo una lumiluz del bolsillo y la prendió para activar los cristales luminosos antes de arrojarla al suelo. El final de la tubería estaba a pocos centímetros.

—A lo mejor esta es nuestra noche de suerte —dijo.

—Pues ya era hora.

Se desataron la cuerda de rappel y cayeron al suelo con un ruido sordo. La tubería estaba prácticamente corroída en su totalidad, de modo que salieron a tuestas a un suelo de piedra. Cosmo se topó con un cable grueso, se puso de rodillas y siguió su recorrido hasta una caja de empalme.

—Aquí hay algo. Un interruptor.

—Lógico —dijo Stefan—. Si los del Clarissa Frayne están robando la electricidad, tendrían que poder ver cómo lo hacen. Enciéndelo, Cosmo.

Cosmo rodeó con los dedos el grueso interruptor y lo accionó hasta oír un clic brusco. Una docena de reflectores halógenos iluminaron la cueva al instante. Se encontraban en un túnel inmenso, excavado originalmente por los equipos subterráneos de Ciudad Satélite casi un siglo antes para albergar las tuberías de gas, agua y electricidad. Los conductos eléctricos de cien metros de altura habían quedado reducidos a simples cables en determinados puntos y alimentaban varios generadores pequeños. Los cables desnudos emitían un zumbido grave.

Aunque no es que los cables estuviesen desnudos exactamente, sino que estaban arropados por una capa azul y luminosa: Parásitos dormidos. Millones de ellos. El corazón plateado de cada una de las criaturas latía al ritmo de la corriente alterna.

Stefan agarró con más fuerza el Pulso de Energía.

—Debe de ser aquí —susurró.

El primer impulso de Cosmo fue echar a correr. También fue su segundo impulso. Stefan apoyó la mano en su hombro.

—No te preocupes, Cosmo. No vamos a morir ni estamos heridos. Si lo estuviésemos, los tendríamos ya encima, por todas partes. Lo único que tenemos que hacer es ir con mucho cuidado, y no hay razón para que los Parásitos se den cuenta de nuestra presencia. ¡Pero si podríamos ponernos a cantar una ópera ahora mismo y ni se enterarían! No responden al sonido, solo al dolor.

—¿Estás completamente seguro de eso? ¿Tienes pruebas?

—No, lo que se dice pruebas, no. Pero lo siento aquí, en el estómago.

Cosmo se rió con una risa un tanto histérica.

—Yo también siento algo en el estómago.

—Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí. Yo colocaré el Pulso de Energía, y luego saldremos por donde entramos. Dos minutos y ya está.

Stefan avanzó con suma cautela por el laberinto de tuberías y cables, sorteando a los Parásitos durmientes. Su objetivo era colocar el Pulso lo más cerca posible del centro del grupo, donde causaría más daños. Podrían detonarlo por control remoto desde la calle y provocarían que una tormenta eléctrica arremetiese contra las criaturas. Si la teoría de Ellen Faustino era correcta, la energía les arrancaría el corazón a los Parásitos pero no afectaría en absoluto a los humanos, siempre y cuando no estuviesen demasiado cerca de la explosión.

Stefan trepó por una escalera viejísima y colocó el maletín bajo la curva inferior de la tubería principal. Estaba completamente rodeado de Parásitos, seres sobrenaturales que respiraban, brillaban y estaban vivos.

Bajó de la escalera y se volvió para hacer una señal de victoria a Cosmo. Sin

embargo, no llegó a completar la señal, porque Cosmo no estaba solo. Un hombre grandullón lo tenía cogido por el cuello, por detrás, apretándole la carne de la mejilla con una vara de empaquetar.

—Hola —dijo el hombre—. Todo un detalle por vuestra parte haber venido y habernos colocado una bomba aquí abajo.

Stefan estaba acostumbrado a actuar bajo presión. Si solo se hubiese tratado de él y del desconocido, habría echado mano de su vara y se habría enfrentado a él, pero en aquel momento peligraba la vida de otra persona.

—Hazlo —dijo el hombre sonriendo—. Desenfunda tu arma y este crío acabará chupando plástico antes de que te dé tiempo a pestañear.

—Tranquilo, Redwood —dijo Cosmo jadeando—. No sabe lo que pasa aquí.

—Lo sé perfectamente —repuso el ex supervisor—. Intentáis hacer volar el instituto por los aires y dejarme a mí sin trabajo. A Agnes le encantaría.

Stefan se acercó un escalón.

—¿Redwood? He oído hablar de usted, le gusta pegar a los chicos. ¿Quiere intentarlo con alguien de su tamaño?

Redwood se echó a reír.

—¿De mi tamaño? Chico, eres dos palmos más alto que yo. No soy idiota. Límitate a sacar tu arma y entregármela.

Stefan sintió cómo una perla de sudor le resbalaba por la columna vertebral. Parecía que estaban a salvo de las criaturas, a menos que alguien resultase herido, en cuyo caso se despertarían.

—Muy bien, Redwood. Tranquilo. Tenga, aquí tiene mi vara electrizante.

Stefan desenfundó su arma utilizando dos dedos. Colocó la vara en el suelo y le dio un puntapié para hacerla rodar hasta Redwood.

—Tenga. ¿Lo ve? Ahora estoy desarmado.

—Y ahora, el detonador —le ordenó Redwood—. No me digas que pensabas volar con el edificio. Debes de tener el detonador por ahí en alguna parte, así que dámelo.

Stefan hizo rechinar los dientes con frustración.

—Redwood, no es lo que piensa. Escuche un momento y deje que le explique...

Redwood hincó la vara bajo la barbilla de Cosmo.

—Escúchame tú, imbécil. Es muy sencillo: dame el detonador o empaquete al chico, para empezar.

—Vale, vale. Aquí tiene.

Stefan desabrochó una solapa de los pantalones de su traje y extrajo un cilindro metálico con un botón rojo en la parte superior. El botón rojo estaba protegido por una tapa de plastiglás, a prueba de tontos. No tenía temporizador, solo había que abrir la tapa y pulsar el botón.

Stefan dio una última oportunidad a la diplomacia.

—Supervisor Redwood, esto no es una bomba, es un Pulso de Energía. Estamos rodeados por un grupo de criaturas...

—¡Cállate! —ordenó Redwood, e hincó aún más el empaquetador en el cuello de Cosmo hasta hacerle daño. Mucho daño. El chico se estremeció de dolor.

Los Parásitos empezaron a incorporarse. La electricidad estaba muy bien, pero si había dolor que absorber...

—¡Pásame el detonador ahora mismo!

Una oleada de Parásitos se levantaron como fichas de dominó a la inversa, buscando con sus ojos enternecedores el origen de tanto dolor. Un millón de ojos aterrizaron en Cosmo. Un millón y subiendo.

—Redwood... —dijo Cosmo, tartamudeando—. Tenemos que salir de aquí ahora mismo. Vienen a por nosotros.

Los Parásitos se bajaron de su sitio de un salto y avanzaron en oleadas por las losas del suelo. Hicieron caso omiso de Stefan por completo y se centraron en Cosmo.

Stefan levantó la tapa del detonador.

—Suéltalo, Redwood, o saltaremos todos por los aires.

—¡Es un farol! —soltó Redwood—. No lo harás. No eres ningún fanático.

Stefan dejó el dedo suspendido encima del botón.

—¿Sabe una cosa? Tiene razón. No somos fanáticos. En realidad, lo cierto es que tenemos los pies bien puestos en la tierra.

Los Parásitos flotaban a su alrededor, saltando por encima de su cabeza. Stefan apenas era visible bajo un mar de azul.

«¿En la tierra? —pensó Cosmo—. ¿Qué ha querido decir con eso?»

Y entonces lo entendió. En la tierra, por supuesto. Cosmo se aseguró de que las suelas de goma de sus botas permaneciesen en sólido contacto con el suelo del túnel y cerró los ojos. Aquello iba a doler.

Stefan colocó el pulgar encima del botón.

—Esta es la última oportunidad, supervisor. ¿Qué va a hacer?

Los Parásitos estaban a escasos centímetros del cuello de Cosmo.

—Voy a empaquetar al chico primero y luego a ti —contestó Redwood.

—Respuesta incorrecta —dijo Stefan, y apretó el botón.

El Pulso de Energía explotó y lanzó por todo el túnel un hongo azul de electricidad contaminada. Con el aullido de un huracán, el hongo creció hasta inundar todo el espacio y luego se hundió en la roca. Los reflectores halógenos se fundieron de inmediato y chisporrotearon con una lluvia de neón. Del centro de la explosión irradiaron unos relámpagos que fueron directos al corazón plateado de los Parásitos, quienes quedaron ensartados, docenas en cada relámpago, vibrando mientras la

energía contaminada pasaba a través de sus filtros orgánicos. Los relámpagos se dividieron en pequeños filamentos como en una telaraña, arponeando a cada uno de los Parásitos a un tiempo. Las criaturas intentaron canalizar la súbita afluencia de energía, pero era demasiada para sus sistemas. Uno a uno, parpadearon en azul y luego se desplomaron sobre el suelo de roca, con los corazones plateados fríos y de color negro.

Los humanos salieron un poco mejor parados, sobre todo Cosmo y Stefan; las suelas de goma de sus botas sirvieron de conducto para alejar de sí lo peor de la onda de corriente. Pese a todo, recibieron una terrible sacudida por la descarga: Cosmo sintió cómo los ojos le daban vueltas sin cesar en el interior de la cabeza y cómo le humeaban los pantalones. El pelo de Stefan se le puso de punta y su chaqueta se incendió. Stefan apagó el fuego golpeando la chaqueta contra las rocas.

Redwood no tuvo tanta suerte. Obedeciendo un impulso estúpido, había soltado a Cosmo en cuanto había visto que la amenaza de Stefan no era ningún farol. Si hubiese seguido agarrado a Cosmo, aunque solo hubiesen sido unos cuantos segundos, la corriente habría pasado directamente a través de él hasta el chico, pero al soltarlo había recibido todo el impacto de la descarga. El efecto, aunque no tan espectacular como lo ocurrido con los Parásitos, fue igual de definitivo. La electricidad prendió fuego al viscoso aceite capilar que se untaba en sus preciosos rizos y le quemó hasta el último folículo de pelo de la cabeza. No solo eso, sino que le chamuscó los poros de manera que el pelo nunca podría volver a crecer. A continuación, la electricidad asió al ex supervisor en un puño gigantesco y lo estrelló contra la pared del túnel. Allí, con la ropa carbonizada y deshecha, el hombre se quedó con poco más que los calzoncillos largos de Bugs Bunny.

Cosmo se sacudió la descarga de encima.

—¿Qué es eso que lleva?

La habitación estaba iluminada por los relámpagos.

Stefan recogió su vara electrizante.

—Bugs Bunny. Un conejo bidimensional. «¿Qué hay de nuevo, viejo?» era su latiguillo.

La luz se fue difuminando a medida que los Parásitos iban cayendo al suelo. Tenían el corazón negro y encogido como pedazos de carbón.

—Lo hemos conseguido —dijo Stefan con una sonrisa sombría en la penumbra.

—Sí. Hemos acabado con ellos.

Stefan prendió una lumiluz.

—No con todos, pero es un buen comienzo. Sabemos que podemos hacerlo. Ahora necesitamos salir de aquí rápidamente o nos echarán las culpas de esto en lugar de echárselas al bueno de Redwood.

Cosmo asintió con la cabeza. Redwood cargaría con la culpa del cortocircuito.

Una ventaja añadida.

El ex supervisor abrió un ojo.

Cosmo se acercó a él.

—Eso ha sido por Mordazas, Bugs —dijo.

En el Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres reinaba un caos absoluto. No solamente había fallado el generador principal, sino también el sistema de emergencia. Las puertas del dormitorio habían quedado desactivadas y el programa de localización no funcionaba. Los no-patrocinados se habían escapado de sus camas apilando sus colchones de espuma en el suelo y utilizándolos para amortiguar la caída en su huida. En esos momentos trataban de escapar por todas partes, y como la mayoría de los guardias estaban realizando labores de transporte, la responsabilidad de mantener el orden recaía únicamente sobre una sola patrulla.

Fred Allessanti había asumido el mando, con resultados más que desastrosos. Hasta entonces había conseguido empaquetar a dos de sus propios hombres y dejado que varios huérfanos se escabullesen a través de las puertas principales. Por suerte para el equipo de seguridad, las puertas de las salidas de incendios se cerraban automáticamente en caso de cortes en el suministro eléctrico. Al final, a Allessanti se le había ocurrido la idea de construir una barricada al pie de la escalera principal. Retendrían allí a los huérfanos hasta que se restableciese el suministro.

Cosmo y Stefan se acercaron al tumulto por detrás. Fred Allessanti disparaba balas de celofán a cualquiera que asomase la cabeza por la esquina. Hasta entonces solo le había acertado a cosas a las que no estaba apuntando. El hueco de la escalera estaba recubierto de tantas capas de celofán que parecía el interior de un pañuelo.

—Será mejor que los no-patrocinados volváis a la cama —bramó—, o pasaréis todo el día de mañana en una cubeta. No bromeo.

Cosmo sintió cómo perdía los nervios.

—Esos chicos van a sufrir —le dijo a Stefan—. Cada vez que algo sale mal, los guardias nos culpan a nosotros.

Stefan le dio su chaqueta chamuscada a Cosmo.

—Esta vez no —dijo.

El joven ruso desenfundó su vara electrizante y cargó un cargador de bolas de chicle. Redujo a tres de los guardias desde atrás y dejó inconscientes a otros tres con golpes muy precisos. En total, tardó unos cuatro segundos.

Los huérfanos bajaron por las escaleras como una marea humana, embistieron contra la barricada y se arremolinaron en torno a las botas de Stefan.

—¿Alguno de vosotros ha salido solo ahí fuera alguna vez? —preguntó Stefan.

Un chiquillo dio un paso al frente, con los ojos apenas visibles a través de una madeja de pelo negro.

—Yo me escapé y estuve en la calle un par de semanas antes de que volvieran a trincarme.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre en la calle es Ganzúas, por lo que hago fuera.

Stefan le tomó la mano y anotó un número de teléfono en ella.

—Corred hacia el sur, chicos, pasada la Barricada. Ganzúas conoce el camino. Cuando lleguéis al canal, llamad a este número.

Ganzúas levantó la mano que le quedaba libre.

—¿Sí, Ganzúas?

—Nos han puesto una especie de localizador. La última vez, los supervisores me trincaron en cuanto puse un pie fuera de Booshka.

—¿Acabáis de notar una explosión?

Los chicos asintieron con la cabeza; algunos de ellos todavía tenían los pelos de punta.

—Ha sido un Pulso de Energía: ha cortado el suministro eléctrico y eliminado las gotas microscópicas localizadoras de vuestros poros. Sois libres.

Los huérfanos se quedaron en silencio un momento, digiriendo aquella noticia. Acto seguido, prorrumpieron en exclamaciones de alegría y se encaramaron al cuerpo gigantesco de Stefan como si fueran ardillas.

—Esperad un momento —dijo Stefan—. Tenéis que iros antes de que vengan los refuerzos. Llamad a este número: el hombre que os responderá es amigo mío. Siempre está buscando chicos para que trabajen con él en el mercado. Os dará trabajo y alojamiento. El sueldo no es gran cosa, pero suficiente.

Ganzúas frunció el ceño.

—Podría ser una trampa. ¿Cómo sabemos que no nos engañas?

Cosmo dio un paso adelante.

—¿Te acuerdas de mí, Ganzúas?

Ganzúas se apartó el pelo de los ojos.

—Cosmo Hill. Que me empaqueten si no es él... ¡Te dábamos por muerto! ¿Qué te ha pasado en la cara?

Cosmo se frotó la placa robótica que le sobresalía de la frente.

—Es una historia muy larga, Ganzúas. Ya te la contaré otro día. Haced lo que os dice Stefan. Podéis confiar en él. Me salvó la vida y, además, cualquier tipo de vida fuera tiene que ser mucho mejor que vivir aquí dentro. Es la única oportunidad que tendréis de empezar de cero.

La noticia se extendió por toda la escalera: Cosmo estaba vivo y aquel hombre era amigo suyo. Si Cosmo podía sobrevivir fuera, todos ellos podían conseguirlo también.

—Muy bien —dijo Ganzúas—. Llamaré a este número, pero si es una trampa iré

a por ti.

El chiquillo extendió la mano y Stefan se la estrechó.

—Me parece justo.

Se oyó el ruido de una sirena a lo lejos. Obviamente, la noticia de la explosión había llegado a oídos de las autoridades.

—Es hora de irse —dijo Cosmo—. Ahora o nunca.

—Ahora —decidió el diminuto Ganzúas, al tiempo que conducía a los no-patrocinados a las entrañas de la noche, como un flautista de Hamelín moderno.

Calle Abracadabra

Mona sabía que tenía que pedirle disculpas a Lorito, solo que lo estaba posponiendo el máximo de tiempo posible. La hora de la verdad llegó cuando Stefan llamó para decir que iban de camino a casa. La misión había sido un éxito absoluto y aparcarían en el garaje al cabo de diez minutos. Si no se le pasaba el enfado en ese mismo instante y le pedía perdón a Lorito, Stefan la arrastraría al tejado.

—¡Bueno, está bien! —protestó ante nadie en particular—. Le pediré disculpas, pero solo porque soy la mayor, en más de un aspecto.

El ascensor estaba en el nivel de la azotea, así que, para ahorrar tiempo, Mona subió por la escalera de incendios. El ascensor era tan viejo que todavía funcionaba con poleas y cuerdas en lugar de hacerlo con un campo magnético. Para cuando llegase a la planta donde ella estaba, le daba tiempo a pedirle disculpas a Lorito y cocinar una cena de cinco platos.

Mona trepó al exterior del número 1405 de la calle Abracadabra sin despegarse de la pared, para esquivar la neblina acida que descendía despacio hacia el suelo. Esa neblina no tardaría en convertirse en gotas del tamaño de bolas de naftalina y el ruido de las alarmas de los coches retumbaría por toda Ciudad Satélite.

Llegó a la azotea justo cuando Lorito ya se marchaba. El niño Bartoli había desplegado una escalera y la estaba cruzando para dirigirse al edificio contiguo.

—Eh, Lorito, ¿qué haces?

Pero el viento se llevó sus palabras y Lorito no se volvió. Qué raro... ¿A qué creía que estaba jugando? Mona sabía que lo que tenía que hacer era volver más tarde, pero también sabía que no iba a hacerlo. Aquella situación era demasiado intrigante. De modo que, moviéndose con la agilidad y el sigilo de una gata, Mona siguió a su compañero Sobrenaturalista hasta el siguiente edificio.

Lorito había dejado la escalera desplegada, lo que significaba que tenía intención de volver. Mona tendría que tener cuidado. Si no regresaba antes que Lorito, se quedaría sola en aquella otra azotea con el estallido inminente de la lluvia acida.

Lorito corrió a través de la superficie de hierro colado, sorteando los charcos

grasientos que llevaban años destrozando el tejado. Mona se encaramó a lo alto de la caseta de la azotea. Desde allí, ella podía verlo todo, mientras que desde abajo Lorito no podía verla a ella.

El diminuto Sobrenaturalista llegó hasta la esquina de la parte norte del edificio. La Estatua de la Voluntad destacaba en el perfil de la ciudad que se recortaba detrás de Lorito, con la luz roja parpadeando en su mano. También había una luz azul. Más cerca, en la propia azotea. Mona dio un respingo: había un Parásito tendido en la sombra del borde del tejado. Eso lo explicaba todo; Lorito había visto a la criatura en la Parábola y había ido a investigar.

¿Qué haría su compañero entonces? Nunca llevaba armas, y Stefan ya había hecho estallar el único Pulso de Energía que tenían. Mona estaba a punto de bajar de un salto de la caseta para reunirse con su compañero cuando Lorito hizo algo extraño: se arrodilló delante de la criatura y le tendió la mano. El Parásito, débil por la falta de energía, con su corazón palpitante de un azul pálido, extendió la mano de cuatro dedos hacia la de Lorito. Se estaban reconociendo el uno al otro, comunicándose.

Mona por poco se cae del tejado. Aquello era increíble. ¿Quién era Lorito? ¿Qué era? ¿Había sido un traidor todo aquel tiempo? Mona extrajo con nerviosismo su teléfono del bolsillo y marcó el número de Stefan. Pero no, eso no era suficiente. Sería su palabra contra la de Lorito. Necesitaba algo más.

El teléfono de Mona era muy viejo, sin demasiadas prestaciones en cuanto a tecnología se refería. Sin embargo, sí iba equipado de cámara fotográfica: sesenta segundos de vídeo o cien fotos. Mona escogió la opción de vídeo y apuntó con la lente del teléfono hacia Lorito y su amigo azul... Justo a tiempo para ver cómo Lorito se cortaba el dedo adrede con una navaja de bolsillo y le ofrecía la herida al Parásito. La criatura envolvió los cuatro dedos alrededor de la herida y absorbió una corriente plateada de fuerza vital. Al cabo de unos segundos, su color azul brillante natural había reaparecido. La criatura soltó a Lorito y se puso de pie.

Mona comprobó la grabación de vídeo para asegurarse de que había visto lo que creía haber visto. Lorito había curado al Parásito. Ahora todo tenía sentido. ¡Pues claro que Lorito no llevaba nunca una vara electrizante! ¡Claro que se había opuesto a utilizar el Pulso de Energía! Estaba del bando de los Parásitos.

Lorito se estaba chupando la herida del dedo cuando se abrió la puerta del ascensor. Stefan y Cosmo habían vuelto. Estaban reunidos alrededor de Mona, formando una pina y mirando algo: la pantalla del teléfono de ella.

—Eh, ¿qué es eso? —preguntó el niño Bartoli—. ¿Uno de esos e-mails de risa? Algunos son para desternillarse.

Stefan cogió el teléfono con manos temblorosas. Tenía la cara tensa y pálida.

—Sí, Lorito. ¿Quieres echarle un vistazo? Es para troncharse de risa. Por cierto, ¿qué te ha pasado en el dedo?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Me lo he pillado allí, en el panel de la puerta del ascensor. Ya sabes, ese que sobresale.

—Ya sé cuál es. Toma, echa un vistazo.

Lorito cogió el teléfono y apretó el triángulo para reproducir la imagen. Por un momento no supo reconocer qué era lo que estaba viendo, pero entonces se le hizo aterradoramente claro: lo habían descubierto. Lo habían pillado. Al fin. Después de todo aquel tiempo, había llegado la hora de la verdad.

—Vale —dijo devolviéndoles el teléfono—. Ya sé que esto tiene muy mala pinta, pero no es lo que parece. Puedo explicarlo.

Stefan miró directamente hacia delante, esquivando la mirada de Lorito.

—Recoge tus cosas y lárgate. No quiero verte por aquí mañana por la mañana.

—Espera un minuto, escucha lo que tengo que decirte...

Mona interrumpió al niño Bartoli.

—Todo este tiempo... ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? Con razón no disparabas a los Parásitos... Con razón siempre ponías objeciones a cualquier plan con posibilidades de funcionar...

Lorito retrocedió unos pasos.

—¿Con posibilidades de funcionar? No era así.

—Entonces, ¿cómo era, Lorito? Todos los días nos clavabas una puñalada en la espalda. Clavabas a todos los seres humanos una puñalada en la espalda. ¿Por qué no vas al Clarissa Frayne y curas a todos esos Parásitos a los que se acaba de cargar Cosmo?

Lorito agachó la cabeza.

—Ojalá pudiese —murmuró.

El comentario enfureció a Stefan, quien agarró a Lorito del cuello de la camisa y lo puso encima de una mesa de trabajo.

—¡Ojalá pudieses! ¿Cuánto tiempo llevas traicionándonos, Lorito? ¿Desde el principio? ¿Tres años?

Las acusaciones cayeron como un mazazo sobre Lorito. El hombrecillo pareció encogerse aún más, encorvándose sobre sí mismo.

Stefan le dio unos golpes en el pecho.

—Si vuelvo a verte, te trataré como un enemigo, y créeme, no te va a gustar.

—No lo entiendes, Stefan —protestó el niño Bartoli—. No ves lo que está pasando.

Stefan se le rió en la cara.

—Vaya, a ver si lo adivino: ¿otra teoría conspiratoria? Myishi nos utiliza para sus propios fines. Ellen Faustino ha estado mintiendo.

La verdad salió disparada por la boca de Lorito como un misil.

—¡Absorben el dolor! —gritó.

Cosmo sintió que estaba a punto de ocurrir algo importante. Lo que Lorito dijese cambiaría sus vidas para siempre.

—Los Parásitos absorben el dolor, no la fuerza vital, solo el dolor. Nos ayudan. Siempre nos han ayudado.

Stefan le dio la espalda a Lorito. No quería oír aquello.

—Tonterías. Dirías cualquier cosa con tal de salvar el pellejo.

—¿Recuerdas lo que me preguntó Lincoln en el Vertedero?

Mona lo recordaba.

—Tus mutaciones. Te preguntó si eras sensible.

Lorito se sentó en la mesa de trabajo.

—Los niños Bartoli suelen tener determinados poderes. Yo puedo curar con las manos. Puedo quitar el dolor.

—Lo sabía —dijo Cosmo—. Después de mi accidente, hiciste que desapareciera mi dolor de cabeza. Dijiste que fue la medicina, pero fuiste tú.

Lorito asintió.

—Es un don que comparto con los Parásitos. Hacemos lo mismo; a lo mejor por eso soy sensible a ellos. Yo percibo los fenómenos sobrenaturales y ellos me perciben a mí. La gente lo llama sexto sentido.

Cosmo recordó algo.

—En el Vertedero, Lincoln dijo que curabas con las manos. Creía que hablaba de tu capacidad como médico, pero él sabía que absorber el dolor es una mutación Bartoli.

Lorito se examinó las palmas de las manos.

—No es que cure con las manos. No hay nada que se cure más rápido que el propio cuerpo. Yo solo absorbo el dolor.

Stefan se negaba en redondo a creer sus palabras.

—Todo eso es absurdo. Completamente absurdo.

—¡Los Parásitos forman parte de la naturaleza! —insistió Lorito—. Son transformadores de energía, igual que yo. Igual que cualquier otro ser del planeta, de un modo u otro. Toda mi vida he podido verlos, sentirlos, percibirlos... Al principio les tenía miedo, hasta que me di cuenta de que estaban haciendo exactamente lo mismo que hacía yo. No son ninguna especie maligna. Les atrae el dolor; lo toman y lo transforman en energía. El ciclo de la vida.

Stefan se volvió. Tenía el rostro lívido de ira a duras penas contenida.

—¿Y qué hay de mi madre? Yo vi lo que le hicieron los Parásitos.

—Se estaba muriendo —dijo Lorito con delicadeza—. La ayudaron. Aliviaron su sufrimiento. Los Parásitos absorben el dolor cuando es demasiado tarde para que el cuerpo se cure solo. Esto era así antes de que empezasen a multiplicarse fuera de

control. Antes de que modificásemos el orden natural de las cosas.

—Una razón. Danos una buena razón para creerte ahora, cuando llevas tanto tiempo mintiéndonos.

Lorito permanecía sentado en la mesa, restregándose los ojos con el dorso de la mano.

—Las criaturas han estado ahí desde que tengo uso de razón. No es que nos comuniquemos exactamente, no como los humanos, pero nos percibimos unos a otros. Sé cuándo están nerviosos o cuándo tienen sueño. Había otro niño Bartoli con la misma habilidad, el número ochenta y dos, pero el sexto sentido lo aterrorizó, le volvió loco. Ahora vive en Booshka y lleva una venda en los ojos. Nunca se la quita. Yo no me volví loco porque sospechaba que las criaturas estaban ahí para ayudarnos, para hacer el dolor soportable y prepararnos para la próxima vida.

Cosmo le interrumpió.

—Pero ¿hay una próxima vida?

—Sí. Yo veo fragmentos de ella de vez en cuando.

Incluso Mona estaba interesada.

—¿Y cómo es?

Lorito se quedó pensando unos instantes.

—Diferente.

—¡Silencio! —gritó Stefan—. Callaos todos. Y si eso es verdad, ¿por qué no me lo contaste hace años?

Lorito levantó la mirada.

—Estuve a punto de decírtelo un millón de veces, pero no tenía ninguna prueba verdadera salvo lo que percibía. Por primera vez en mi vida formaba parte de una familia, y diciendo lo que percibía habría destruido todo eso. ¿Y para qué? Entonces no me habrías creído sin pruebas. De hecho, eras más fanático al principio. El tiempo está comenzando a ablandarte, Stefan. Hace poco que has empezado a preocuparte por los miembros del equipo, eso es toda una novedad.

—Podrías haberlo intentado.

—Sé que debería haberlo hecho, pero decidí hacer lo que pudiese desde dentro. Tú en realidad no estabas destruyendo a los Parásitos, eso lo percibía, y yo podía hacer todo cuanto pudiese por las víctimas de los accidentes. No sabía que estábamos ayudando a las criaturas a reproducirse.

—Luchar desde dentro —murmuró Cosmo.

Lorito asintió.

—Exacto, y todo habría ido bien si no se hubiesen involucrado los de Myishi. ¿Te das cuenta de lo que has hecho esta noche, Stefan? Si lo que dices es cierto, has matado a un buen número de criaturas. Ojalá hubiese reunido el valor de decírtelo todo antes, pero nunca pensé que el Pulso de Energía pudiese llegar a funcionar,

científicamente, no debería. ¿Cuántos humanos padecen dolores ahora mismo porque yo no hice nada? ¿Humanos como tu madre?

Stefan empezó a temblar.

—Cállate.

—No quieres escuchar, Stefan, porque durante años has tenido alguien a quien hacer responsable de la muerte de tu madre. Esta es la verdad, Stefan. Acéptala.

—No sé qué es, pero no es la verdad. Nada de lo que nos has dicho en todos estos años era verdad. No sabrías reconocer la verdad ni aunque asomase por un agujero y te arrancase un trozo de tu asqueroso trasero Bartoli.

Lorito sacó su teléfono.

—Pues llama a Faustino. Dile que tienes dudas. Pídele que su equipo de científicos investigue la posibilidad de que estas criaturas no absorban la fuerza vital sino solo el dolor. Anestesia natural.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque, si tengo razón, ahora mismo hay millares de personas retorciéndose de dolor que no deberían estar sufriendo. Igual que tu madre no sufrió, al final. Igual que tú no sufrías, si intentas recordar.

Cosmo recordó cómo, tras su caída de la azotea, el dolor había desaparecido en cuanto la criatura lo había tocado. Recordó que lo único que había sentido era paz, tranquilidad. No había sentido miedo.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Stefan.

Lorito se puso de pie en la mesa de trabajo.

—Si me equivoco, saldré de un agujero y me arrancaré un trozo de mi asqueroso trasero Bartoli.

Ellen Faustino estaba en el coche cuando llamó Stefan.

—Sabía que tendría noticias tuyas, Stefan —dijo con una sonrisa asomándole por la comisura de los labios—. Fuiste tú el del Satélite, ¿verdad? Floyd Faustino, claro. ¿Cómo demonios conseguiste los códigos de acceso? ¿No te dejaría ver yo la pantalla de mi ordenador, por casualidad?

—No sé de qué me está hablando —dijo Stefan con aire inocente.

—Creí que tal vez tomarías cartas en el asunto personalmente —continuó Ellen—. De hecho, esperaba que lo hicieras. A veces cuesta mucho trabajo desenredar todos los trámites burocráticos.

—Empieza a sonar como si trabajase para usted, profesora Faustino.

Faustino sonrió aún más.

—Sí, ¿verdad? También eras tú el del Clarissa Frayne, supongo. Los Sobrenaturalistas no pierden el tiempo, ¿verdad?

Stefan escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Si hubiésemos sido nosotros, y no estoy admitiendo ni por un momento que lo

fuésemos, entonces tal vez tendríamos un problema.

Ellen frunció el ceño.

—¿Un problema? Pero el Pulso de Energía funcionó a la perfección. Habría preferido que no se hubiese producido un apagón en diez manzanas a la redonda, pero no duró demasiado, y mi equipo ha estado recogiendo Especnoides 4 toda la mañana.

Le tocó el turno a Stefan de fruncir el ceño.

—¿Recogiendo Especnoides? ¿Para qué? ¿Por qué?

Ellen se llevó un dedo a los labios.

—No quiero decir nada más en una línea de la empresa. Ya he hablado demasiado. Por la alegría, supongo. Lo podrás ver por ti mismo en tu próxima visita.

—¿Para recoger mi cheque? —dijo Stefan irónicamente.

—Soy una mujer muy ocupada, Stefan. ¿Cuál es ese problema que tanto te preocupa?

—Un miembro de mi equipo, que no tardará en ser un ex miembro, cree que los Parásitos, es decir, los Especnoides 4, pueden no ser tan malignos como pensamos. Cree que simplemente alivian nuestro sufrimiento. Que absorben nuestro dolor, en resumidas cuentas. Si fuera cierto, no habría necesidad de combatirlos.

Faustino parecía preocupada de verdad.

—¿Qué? —Faustino hizo una pausa—. No entiendo cómo podría eso ser posible, pero pondré a mi equipo a trabajar en ello inmediatamente. No habrá más Pulsos de Energía hasta que averigüemos la verdad. Suspendemos el programa de momento hasta que realicemos algunas pruebas. No deberíamos tardar más de dos semanas en obtener resultados. ¿Puedes esperar tanto?

—He esperado tres años —respondió Stefan—. Puedo esperar un par de semanas más.

Faustino bajó la mirada.

—Sé que esto debe de ser difícil de aceptar para ti, Stefan, pero, recuerda, todavía no se ha probado nada. Todavía podríamos estar sobre la pista correcta.

—Dos semanas —dijo Stefan, cerrando el teléfono.

Lorito soltó el aliento que había estado conteniendo durante casi toda la llamada.

—Dos semanas. Tengo razón, ya lo verás.

Stefan le arrojó el teléfono.

—No quiero oírlo, Lorito. Sean cuales sean los resultados de las pruebas de la profesora Faustino, nos has estado mintiendo durante años. Pusimos nuestra fe y nuestras vidas en tus manos, y nunca fueron tu prioridad.

—Nunca hice nada con la intención de hacer daño. No pienso pedir disculpas por eso.

—Es demasiado tarde para pedir disculpas, Lorito. Nos has engañado a todos. Ya no podemos confiar en ti. En cuanto se haga de día, te quiero fuera de aquí.

Lorito miró a Stefan a los ojos, unos ojos que lo miraban con dureza y dolidos.

—Muy bien, si es eso lo que quieres, así será.

Stefan dio la espalda al niño Bartoli.

—Sí, eso es lo que quiero —dijo.

Cosmo estaba tendido en su catre, observando cómo un grupo de ácaros del óxido se comían un tornillo del techo. Parecía que cada vez que los Sobrenaturalistas salían de una crisis, se metían en otra de cabeza. Cosmo se sentía como una rata en un laberinto, sin saber qué acción aparentemente inocente podía conducir al desastre. ¿Y para qué? Para poder perseguir a un grupo de criaturas sobrenaturales que lo único que hacían era tratar de ayudar a la raza humana. Si lo que había dicho Lorito era verdad.

«Mira la parte positiva —se dijo—. Al menos te está creciendo el pelo. Dentro de un par de meses, ya no parecerás el trasero de un trol.»

Mona asomó por la entrada de su cubículo.

—Hola, ¿estás despierto?

Cosmo se incorporó en el catre.

—Sí, he dormido un par de horas, pero he estado soñando con Lorito.

Mona se sentó a los pies del catre.

—Sé lo que quieres decir. No creo que Stefan sepa cómo manejar este asunto. Primero ayuda a los Parásitos a multiplicarse, y ahora resulta que solo trataban de evitarnos sufrimiento.

—Si Lorito tiene razón.

—Sí, si Lorito tiene razón.

Mona se hizo una cola de caballo con el pelo, sujetándolo con una cinta.

—He estado pensando en irme, Cosmo. Tal vez encuentre un trabajo con Jean-Pierre en Booshka; lleva años intentando captarme. Además, si no va a seguir con vida mucho tiempo, alguien tendrá que encargarse de los coches de las pandillas.

Cosmo sintió que el corazón le daba un vuelco. La idea de que Mona pudiese llegar a irse nunca se le había pasado por la imaginación.

—¿Estás segura? Parece más bien que a ti lo que te gusta es la acción.

Mona sonrió.

—Sí, me encanta cargármelos. Es como un videojuego, disparar a los extraterrestres azules, pero resulta que no son extraterrestres, tal vez ni siquiera sean malos. No creo que pudiese apuntarle a algo a menos que estuviese segura al cien por cien de que ese algo es malo.

Cosmo asintió. Sentía lo mismo.

—Eso me parecía. Voy a necesitar un ayudante de mecánico, alguien que aprenda rápido. ¿Crees que podrías hacer un cambio de no-aceite?

Cosmo sonrió y los dientes le brillaron en la oscuridad.

—¿Yo? ¿Quieres que me vaya contigo?

Mona le dio un golpe en el hombro.

—¿Por qué no? Hacemos un buen equipo. Siempre me estás salvando la vida...

Cosmo abrió la boca para decir que sí, pero la palabra se le quedó atragantada.

—Me encantaría, Mona. Nada me gustaría más que eso, pero Stefan me acogió...

La mirada de Mona era triste, pero no de sorpresa.

—Lo entiendo, Cosmo. No te preocupes, no iré a ninguna parte hasta que Ellen Faustino haya terminado sus pruebas. A lo mejor cambias de opinión.

—A lo mejor —contestó Cosmo con aire apesadumbrado. Solo él y Stefan. Se lo iban a pasar en grande.

Los leguleyos de Myishi son extremadamente silenciosos. Una patrulla entera es capaz de pasar corriendo junto a un ciervo y el animal ni siquiera ladearía la cabeza. También disponen de muchísimos artilugios de tecnología punta que les permiten ser aún más sigilosos. Cada leguleyo lleva un total de treinta kilos de equipo que le ayuda a escalar, cortar, quemar y capturar.

Los leguleyos y sus treinta kilos son transportados por el aire por Susucópteros Myishi, una combinación de helicóptero y planeador con capacidad de elevación vertical y alerones rígidos. Por no mencionar que van equipados con armamento suficiente para derribar a cualquiera lo bastante estúpido como para apuntarlo con algo más que un dedo.

Los leguleyos disponen en su manual de varios métodos para irrumpir en las casas, pero su favorito es el del fantasma: les gusta que su presa se despierte empaquetada en celofán sin tener ni idea de cómo ha acabado así. No suele haber víctimas mortales y así hay menos papeleo.

La calle Abracadabra no era ningún reto para un escuadrón que había entrado por sorpresa en varios bancos extranjeros, dos fortalezas de capos criminales y una guardería privada. Se limitaron a descolgarse haciendo rappel por las paredes, a colocar dispositivos de radio para desactivar los sensores de movimiento y a adherir grandes cuadrados de disolvente de cristal en las ventanas.

Cuando el líder del escuadrón dio la orden, los leguleyos descargaron una corriente a través de los cuadrados disolventes y eliminaron las ventanas. Toda la operación quedó encubierta por las pesadas cortinas del edificio.

Dos docenas de leguleyos entraron en las instalaciones a través de distintas entradas y se colocaron las gafas de detección térmica. Cuando recibieron la orden, se dividieron en cuatro grupos y fueron tras sus objetivos preasignados.

En realidad, muchos de los leguleyos se llevaron una pequeña decepción. Habían oído hablar mucho del vigilante, Stefan Bashkir, y esperaban que opusiese una gran resistencia, pero aquello tenía toda la pinta de ser un asalto de lo más sencillo. Nadie iba a oponerles resistencia. Ni siquiera parecía que hubiese alguien despierto.

Cosmo abrió los ojos y vio a tres leguleyos de Myishi en su cubículo. Uno de ellos estaba insertando un cartucho en su vara. Cosmo inspiró hondo para inflar el pecho.

—Veo que ya has pasado por esto —comentó el leguleyo antes de apretar el gatillo.

Mona, que tenía el sueño muy ligero, llegó a salir de la cama antes de que la capturasen. Asombrosamente para alguien sin formación propiamente dicha en técnicas de combate, la chica consiguió reducir a dos leguleyos antes de que el tercero le disparase un Shocker. Esperaron hasta que hubo dejado de temblar para lanzarle una bala de celofán.

Stefan oyó la refriega en el cubículo de Mona, salió disparado a través de su puerta y cayó directamente en los brazos de media docena de leguleyos. Había varios más recogiendo las armas y los ordenadores de los Sobrenaturalistas. Por primera vez en toda su vida, Stefan Bashkir se rindió sin resistirse.

—Cometéis un error —dijo, entrelazando los dedos por detrás de la cabeza—. Trabajamos con Myishi. Poneos en contacto con la directora Faustino, del departamento de I+D. Os digo que se trata de un error.

Un leguleyo lo empaquetó a bocajarro.

—Eso es lo que dicen todos —dijo.

Lorito estaba tumbado despierto en su catre, completamente vestido. Tenía el petate en el suelo, listo para irse por la mañana.

—¿Eres el repartidor de *pazza*? —le dijo al primer leguleyo que asomó por la puerta.

—A nadie le gustan los graciosillos —comentó el hombre justo antes de empaquetarlo.

Ratas de laboratorio

Instalaciones de Investigación y Desarrollo de Myishi, Parque Industrial del Alcalde Ray Sol, Ciudad Satélite



LOS leguleyos de Myishi les leyeron a los Sobrenaturalistas sus derechos y luego los llevaron a un Susucóptero que los esperaba en la azotea. Realizaron un trayecto de diez minutos hacia el norte, hasta el Parque Industrial Ray Sol, y aterrizaron en un helipuerto en la azotea de uno de los edificios de Myishi. El encargado de cubetas favorito de Cosmo los estaba esperando junto a la cubeta de plastiglás en la zona de detención del edificio.

—Hola, cariño —lo saludó, al tiempo que sujetaba la ventosa de succión a la cabeza de Cosmo—. Sabía que volveríamos a vernos. Me han traído especialmente aquí para que haga este trabajito. Hoy hago horas extras dobles.

Arrojaron sin contemplaciones a los Sobrenaturalistas a la cubeta de ácido amarillo y los dejaron colgando de una serie de ventosas de succión. El sedante del celofán ya se les había filtrado en el organismo, por lo que no opusieron resistencia y se relajaron en su prisión líquida. La solución acida empezó a trabajar de inmediato en los envoltorios de celofán, absorbiendo el virus. Era un proceso lento y tendría que pasar al menos una hora hasta que recuperasen algo de movilidad.

Hasta ese momento, no tenían más remedio que permanecer allí pensando en cosas bonitas. Si trataban de revelarse, solo conseguirían que el celofán les hiciese más presión en el pecho.

Una vez que el encargado de la cubeta hubo terminado de colgar al último Sobrenaturalista, hizo una llamada por el intercomunicador del edificio. En apenas unos minutos, Ellen Faustino llegó flanqueada por dos guardaespaldas. Cuando vio a los Sobrenaturalistas suspendidos del techo, le dio un golpe en el pecho al hombre.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó—. ¡Se supone que tenían que estar muertos! Lo único que quería ver eran cuatro cuerpos para asegurarme de que estaban muertos. Está claro que siguen vivos y coleando.

Dentro de la cubeta, las palabras de Faustino se abrieron paso entre el aturdimiento de Stefan. ¡Muertos! Tenía que haber un error. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué iba la profesora Faustino a querer verlos muertos? Ellen Faustino no podía querer ver a nadie muerto, era una científica.

El encargado de la cubeta no llegó a inclinarse para hacerle una reverencia, pero estuvo a punto.

—Lo siento, directora Faustino. Nadie me lo dijo. Los bajaré ahora mismo.

Dentro de doce horas no quedará nada de ellos más que moléculas.

Stefan intentó hablar, pero su aliento rápidamente tensó el celofán. Se retorció débilmente en la cubeta de ácido, pero el celofán seguía sujetándolo con fuerza.

—Así que estás despierto, Stefan —dijo Faustino, apoyando las palmas de la manos en el plastiglás.

La boca de Stefan no podía preguntar por qué, así que sus ojos lo hicieron por ella.

—¿Estás confuso? —preguntó Faustino—. ¿No entiendes lo que pasa?

Todos estaban escuchando, luchando contra el sedante.

—Es tal como te dije, Stefan, estabas trabajando para mí. Todos vosotros. Los Sobrenaturalistas os encargabais de detalles de los que yo no podía encargarme, hacíais trabajos para los que yo habría tardado meses en obtener los permisos. Y no dispongo de ese tiempo.

Hizo una pausa en su narración y ordenó al encargado de la cubeta que se fuese al otro extremo de las instalaciones.

—Todo esto es *top secret* —explicó—. Si escucha algo más, tendré que matarlo, y es difícil encontrar buenos encargados de cubeta. Todo iba viento en popa hasta que empezó a remorderte la conciencia: encontraste a los Especnoides 4, tal como sabía que harías, y colocaste el Pulso de Energía. Si yo hubiese intentado llevar a cabo cualquiera de estos planes tan astutos, seguro que me habrían descubierto.

Stefan no se sentía muy astuto en ese momento. Se sentía crédulo e ingenuo.

—Podría haber sido perfecto: los Sobrenaturalistas eliminan a los Parásitos y mi equipo los captura. Yo habría desarrollado una fuente de energía limpia y salvado el Satélite, pero ahora, de repente, después de tres años, el obsesionado Stefan Bashkir cambia de idea y ya no quiere luchar contra los Parásitos. Ahora los Sobrenaturalistas ya no son nuestros socios, son cabos sueltos. Y todos sabemos lo que pasa con los cabos sueltos: se cortan. Dentro de unas horas no quedará ni rastro de ti ni de tus compañeros. He hecho incluso que mis chicos confisquen vuestro equipo de la calle Abracadabra. Para cuando haya terminado, ni siquiera quedará un archivo de ordenador ni una huella dactilar.

Stefan quiso golpear la pared de la cubeta con la parte inferior de su cuerpo, pero sus botas de suela de goma rebotaron en el plastiglás de forma inofensiva.

Faustino se echó a reír.

—El mismo pequeño Stefan de siempre. Peleando hasta el fin. Igual que tu madre. —Se acercó más a la cubeta—. Hay un par de cosas más que deberías saber, solo para castigarte por retrasar mi plan. En primer lugar, tu compañero tiene razón: por supuesto, los Especnoides 4 no absorben la fuerza vital. Solo alguien tan obsesivo como tú podría creerse eso. Hicimos pruebas con ratas de laboratorio; dejamos varias ratas heridas en un entorno submarino, lejos de los Especnoides 4, pero estas no

sobrevivieron más tiempo que las que obtuvieron la ayuda de los Parásitos. También realizamos pruebas con humanos, con... mmm... voluntarios. Los resultados fueron los mismos. De hecho, la intervención de los Especnoides 4 consiguió reducir el nivel de estrés de los sujetos. Las criaturas solo absorben el dolor. Y para colmo, en realidad sus emisiones de energía parecen estar reparando el agujero en la capa de ozono. Aquello de que desestabilizaban el Satélite solo era otra mentira para que mordieras el anzuelo. Si te hace sentir mejor, el Pulso no los mató. La energía no puede destruirse, eso es ciencia básica. El Pulso sí parece haberles convertido en estériles, por lo que los niveles volverán rápidamente a la normalidad.

Cosmo sintió que se le cerraban los ojos.

«No te duermas —se dijo—, o puede que no vuelvas a despertarte.» A su lado, Mona ya estaba inconsciente, pero los ojos de Stefan se volvían más brillantes por momentos. El odio lo mantenía activo, como lo había hecho en los tres años anteriores.

—Y esto que viene ahora te va a encantar, Stefan —continuó Faustino—. Si te has molestado alguna vez en comprobar mi historial en la academia, Stefan, habrás visto que hubo otros cadetes que sufrieron experiencias cercanas a la muerte.

Faustino observó la reacción de Stefan con atención, esperando que él mismo fuese capaz de sumar dos y dos. De repente, así lo hizo, y empezó a dar sacudidas violentas en el interior de su caparazón de celofán.

Ellen dio una palmada.

—Muy bien. Veo que ya lo has adivinado. Eso es, Stefan. Por aquel entonces ya trabajaba para Myishi, y tú formabas parte de un experimento. Me convertí en Oteadora por un accidente realmente fortuito, pero a ti te convertí en Oteador a propósito. Me di cuenta de cómo se hacían los Oteadores y decidí fabricar unos cuantos más. ¿Nunca te pareció extraño que hubiese una ambulancia esperando justo a la vuelta de la esquina? Todo estaba preparado. Al final te habría reclutado para mi grupo, pero abandonaste el cuerpo y decidiste crear tu propio grupo. Lo de tu madre fue una desgracia, pero lo cierto es que va contra el reglamento llevar pasajeros civiles en un coche patrulla de la policía, por lo que el único culpable de eso eres tú.

Stefan dejó de moverse de golpe, colgado de su ventosa de succión. Unas lágrimas amargas le resbalaban por las mejillas y formaban un charco en el celofán.

—Vaya... —exclamó Faustino—. ¿Te he destrozado el alma? Qué pena...

Hizo un chasquido con los dedos para llamar al encargado de la cubeta.

—Sumérgelos —le ordenó—. No quiero que quede ni siquiera un diente que pueda relacionarlos con I+D.

—Ningún problema, directora —dijo el hombre—. Considérelos fuera de su vida.

Subió los escalones hasta los cabrestantes de las ventosas de succión y liberó los trinquetes de cada uno. Las ruedas giraron a toda velocidad y las cabezas de los

Sobrenaturalistas acabaron sumergidas en la cubeta gigante de compuesto ácido.

—Buen trabajo —dijo Ellen Faustino—. Tendrás una pequeña bonificación en tu nómina de este mes.

—Gracias, directora, ha sido un placer, como siempre.

Pero el encargado de la cubeta estaba hablando solo, Ellen Faustino ya se había marchado. Había trabajo que hacer y no tenía horas libres para ver cómo los Sobrenaturalistas se deshacían en ácido.

Por supuesto, la disolución era el menor de los problemas de los Sobrenaturalistas. Se ahogarían mucho antes de que el compuesto ácido les corroyese la piel y los huesos. El celofán había cedido un poco, pero no lo suficiente para permitirles salir de la cubeta. Para cuando tuviesen las extremidades libres, las bolsas de aire del celofán ya haría rato que se habrían agotado.

Cosmo trató de luchar contra el sueño. El resto del grupo ya había sucumbido al sedante del celofán; suponía que la única razón por la que su cuerpo se resistía al componente químico era porque ya lo habían empaquetado tres veces.

«Piensa —se ordenó a sí mismo—. Todo está en tus manos. Tienes que tener una buena idea en alguna parte. Tiene que haber algo en esa cabeza llena de parches... Espera un minuto. Algo en la cabeza...»

Un recuerdo asomó a los ojos de Cosmo. En el almacén, después de su accidente. Mona le había dicho algo: «Por suerte para ti, Lorito tenía por ahí guardadas un par de placas base robóticas y ha usado una para remendar la fractura de cráneo. Esas placas robóticas están hechas del mismo material que se usa para revestir los tanques de asfalto. Cuando se te cure la piel, Lorito dice que serás capaz de atravesar una pared de ladrillo de un cabezazo».

La placa robótica.

Cosmo se aproximó con grandes dificultades a la pared de la cubeta, echando la cabeza hacia atrás el máximo posible. Luchando contra el sueño, la imposibilidad de respirar y el líquido espeso, dio un cabezazo al plastiglás con todas sus fuerzas. La pared de la cubeta se flexionó un poco y Cosmo sintió un terrible dolor en la frente.

El encargado de la cubeta se acercó, azuzado por la curiosidad.

—Oye, cariño —dijo sonriendo—. ¿Es que intentas escapar? Me temo que solo con piel y huesos no lo vas a conseguir. —Dio unos golpecitos en la cubeta—. Plastiglás. Como no tengas por ahí algo parecido a un tanque de asfalto, no vas a salir de aquí.

Por supuesto, Cosmo no oyó nada de todo aquello. Lo único que podía oír era el aullido de dolor de su cabeza. No tenía otra opción más que intentarlo de nuevo. Apretando los dientes, arremetió contra el plastiglás otra vez. Cuando el dolor remitió, advirtió que se había abierto una pequeña grieta en la cubeta.

—Déjalo ya —dijo el encargado de la cubeta, restregando la grieta con el pulgar—. Tengo que limpiar esto.

«Uno más —se dijo Cosmo—. Tengo aliento para uno más.»

Cosmo echó la cabeza hacia atrás y, con toda la fuerza de su cerebro, su cuello, su pecho y su columna vertebral, golpeó el plastiglás exactamente en el mismo sitio. Un ruido metálico retumbó por las paredes de la cubeta.

La grieta aumentó de tamaño y llegó al exterior de la cubeta.

«Una gota. Solo una gota.»

—Déjalo, chico —gritó el hombre—. Ve a dormir. Déjalo ya.

La grieta se extendió un poco más, como en una telaraña plateada. Una única gota de ácido amarillo se coló por la hendidura, y corroyó el interior sin tratar de la plancha de plastiglás.

El encargado de la cubeta frunció el ceño.

—¿Cómo has...?

La plancha se rompió. Seguramente las grietas tardaron unos cuantos segundos en destruir la parte externa de la cubeta, pero pareció instantáneo. El encargado tuvo el tiempo justo de abrir la mandíbula de asombro e incredulidad antes de que se le llenara la boca de compuesto ácido. Varios miles de litros de ácido siguieron al primer estallido y se desparramaron por el suelo de las instalaciones para extenderse por todos los rincones. Los Sobrenaturalistas y sus arneses fueron arrastrados por la corriente y aterrizaron sobre las losas del suelo, rebotando como peces vivos en el suelo de una pescadería.

El encargado de la cubeta fue quien se llevó la peor parte: se topó de cabeza con el martillo líquido, por no hablar de los distintos fragmentos de plastiglás que lo golpearon hasta estrellarlo contra un muro adyacente. Volvió a caer en el suelo inundado cuando ya le estaba saliendo un chichón en la frente.

«Ahora será mejor que me duerma —pensó Cosmo—. Todos los demás están dormidos.»

Por supuesto, los Sobrenaturalistas no estaban a salvo todavía, con sus movimientos limitados por su estado de inconsciencia y por los envoltorios de celofán. En cualquier momento, otro miembro del personal de Myishi podía entrar en el departamento de cubetas y descubrir el desastre, o los de seguridad podían encender el monitor y darse cuenta de que las cosas no iban ni mucho menos como la seda en el sótano. Sin embargo, al menos los Sobrenaturalistas seguían vivos de momento, algo por lo que ningún jugador experto habría apostado.

Los minutos pasaron muy despacio, con un tictac que seguía el ritmo de la porquería amarilla que manaba de la cubeta rota. A medida que iba pasando el tiempo, el ácido cumplía con su labor, comiéndose lentamente los envoltorios de celofán. Tuvieron que pasar cuarenta minutos, pero al final Stefan quedó libre.

Cuando la primera bocanada de oxígeno le limpió la sustancia sedante de los pulmones, recobró la conciencia y se liberó de los últimos jirones de celofán, como una mariposa saliendo de su capullo. Se puso de rodillas y empezó a toser para expulsar de su organismo una mezcla acre de celofán y gases ácidos. Poco a poco los recuerdos recientes reemplazaron a sus sueños.

—Faustino —exclamó jadeando, al tiempo que se quitaba la ventosa de vacío de la cabeza.

Lorito fue el siguiente en despertarse.

—¿Qué te dije? ¿Quién es ahora el traidor?

Stefan arrancó los restos de celofán del cuerpo del niño Bartoli.

—Por lo visto, últimamente me mienten todos mis amigos.

Lorito carraspeó con grandes aspavientos.

—La ambulancia que te recogió. Tienes que creerme, yo no lo sabía.

Stefan le dio una palmadita en el hombro.

—Pues claro que no lo sabías. Fue ella la que nos utilizó a todos.

Bashkir sacó a Mona de debajo de una lámina de plastiglás.

—Pero ¿cómo hemos logrado salir vivos de ahí? —preguntó—. Estaba seguro de que moriríamos.

Lorito puso el cuerpo de Cosmo boca arriba. Un trozo de metal asomaba por la carne rota de su frente.

—Lo creas o no, me parece que el novato ha vuelto a salvarnos. Ha utilizado la cabeza.

Lorito puso la mano en la frente de Cosmo, y una leve reverberación plateada brilló alrededor del contacto entre ambas.

—Puedo aliviarle parte del dolor, durante un rato. La curación tendrá que hacerla él solo.

Stefan ayudó a Mona a incorporarse.

—Deberías habérmelo dicho, Lorito.

—Tienes razón, debería haberlo hecho. Pero, ahora que ya lo sabes, ¿qué vas a hacer al respecto?

Stefan extrajo una cápsula de sales del botiquín que llevaba en el cinturón y la abrió bajo los orificios nasales de Mona.

—Voy a tratar de averiguar por qué Ellen Faustino está recogiendo Parásitos.

Mona se despertó chillando.

—¡Ni hablar, mamá! —gritó—. ¡No pienso ponerme ese vestido!

Stefan la levantó y la tendió en una camilla.

—Tranquila, Mona. No pasa nada. Estás entre amigos.

Mona arrugó el entrecejo con gesto suspicaz.

—¿Nada de vestidos?

—No, nada de vestidos. Solo relájate. Y sobre todo procura no moverte.

La cara de Mona era decididamente de color verde.

—¿Os importa si vomito?

—Adelante, no te preocupes —dijo Stefan retrocediendo dos pasos.

Cosmo se retorció en el suelo como un pez, tratando de zafarse de un enemigo imaginario.

—Ese chico ha pasado por muchas situaciones difíciles en las últimas semanas — señaló Lorito.

Stefan colocó a Cosmo en otra camilla.

—Después de esta noche, se acabó. Vidas normales para todos.

Lorito se sacudió unos filamentos de compuesto ácido de las manos.

—¿De verdad? ¿Dónde habré oído eso antes?

El encargado de la cubeta no estaba demasiado ansioso por compartir información, pero una mirada a los rostros de los Sobrenaturalistas bastó para que diera su brazo a torcer.

—Ni siquiera trabajo aquí a jornada completa. A veces sí hago algunos trabajitos extra para la directora Faustino, extraoficialmente, ya me entendéis...

—Lo entendemos —dijo Stefan—. Nosotros, sin ir más lejos, hemos estado a punto de ser muy extraoficiales.

—No era nada personal, solo hacía mi trabajo.

—Sí, sí, nada personal. Cualquier cosa a cambio de una pequeña bonificación en la nómina a final de mes.

El encargado de la cubeta estaba tendido en un charco de compuesto ácido, y el líquido amarillo empezaba a desmenuzar los pliegues de su carne.

—Dos preguntas —dijo Stefan—. Y será mejor que me contestes rápido porque, de lo contrario, las consecuencias serán muy graves.

El encargado de la cubeta asintió tan rápido que su barbilla parecía borrosa.

—Vale. Pregunta.

—Uno: ¿dónde están nuestras cosas?

—¿Vuestras cosas? ¿Te refieres al equipo, las varas y los ordenadores?

—Las varas son la prioridad ahora mismo. ¿Dónde están?

El encargado de la cubeta levantó la mano.

—¿Es esa la segunda pregunta?

Stefan cerró un ojo, el otro le sobresalía peligrosamente. La cicatriz que le alargaba los labios empezó a temblar.

—No, idiota. Esa todavía es la primera pregunta. Dime dónde están nuestras cosas... ¡ahora mismo!

—Vale, vale. Allí, en los cubos azules. Se suponía que tenía que incinerarlas después de haber tirado vuestras moléculas por el retrete. Sin ánimo de ofender...

Stefan hizo una señal a sus compañeros, que corrieron a los cubos para coger varas, cargadores, pistolas y teléfonos.

—Será mejor coger también las placas de cráneo —dijo Mona—. No queremos que nos recojan las cámaras de seguridad.

Se limpiaron unos a otros con mangueras y se sujetaron el armamento y el equipo, sintiéndose como zorros en una madriguera, rodeados de una jauría de perros de caza. Zorros bien armados.

—Segunda pregunta —dijo Stefan, agarrando al encargado de la cubeta del cuello—, ¿Dónde está Faustino?

La angustia en los ojos del hombre reflejaba que en realidad no quería responder a aquella pregunta.

—Ojalá pudiese decírtelo, de verdad que sí, pero...

—Vale más que tengas una buena excusa para ese «pero» —le advirtió Stefan—. Tu futuro inmediato depende de ello.

La nuez del encargado le daba sacudidas en el cuello como si tuviera un diminuto alienígena tratando de salir de él.

—Es un edificio muy grande. La directora Faustino podría estar en su despacho, o en la sala de reuniones o en cualquier otra parte. No lo sé.

—¿A estas horas de la noche? Tonterías.

El encargado de la cubeta consultó el reloj de pared.

—Cuando la directora Faustino viene tan tarde, normalmente suele ser para encargarse del trabajo extraoficial, como el mío. Por lo general, suele concentrarse en el proyecto Especnoide 4, sea lo que sea eso.

—Ese es el que nos interesa. ¿Dónde?

El encargado de la cubeta lanzó un suspiro. Aquello iba a costarle el puesto.

—El laboratorio uno. Al final del pasillo y a la derecha. Lo reconoceréis por los dos guardias que hay en la puerta. Son los únicos hombres de seguridad que vienen de noche.

Stefan volvió a soltar al hombre en un charco de compuesto ácido.

—Muy bien. Y ahora, mírame a los ojos y prométeme que no vas a hacer saltar la alarma en cuanto salgamos por esa puerta.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo el encargado—. ¿Hacer saltar la alarma? Por supuesto que no. Tienes mi palabra.

—Que levanten la mano los que le creen —ordenó Stefan. Nadie levantó la mano.

—Eso mismo pensaba yo —remató Stefan, mientras comprobaba que hubiese balas de celofán en su vara electrificante.

Lorito se estaba comportando como un verdadero crío, tirándose por el suelo del pasillo y berreando a pleno pulmón.

Los dos guardias de la puerta del laboratorio uno no pudieron evitar fijarse en él.

—Eh, mira eso —dijo la guardia A, una mujer fornida con implantes musculares en la parte superior del cuerpo y globos oculares de visión nocturna—. Un niño. ¿Cómo ha entrado aquí un niño?

—A mí que me registren —contestó el guardia B, un hombre igual de robusto con una barba espesa que le llegaba casi hasta las cejas—. Pero ya conoces las reglas. Hay que empaquetarlo.

La guardia A le dio un golpe en el hombro, un golpe que le habría destrozado la clavícula a cualquiera.

—Oye, ¿es que no tienes corazón? No tendrás miedo de un simple crío, ¿no?

Lorito ya había llegado a gatas junto a ellos, llorando a lágrima viva y tratando de secarse las lágrimas.

—Pues claro que no —contestó el guardia B—. No me da miedo ningún crío.

El crío les obsequió con una sonrisa socarrona, demasiado maliciosa para su edad aparente.

—Pues debería —dijo, al tiempo que extraía una vara electrizante de su camisa.

Los guardias A y B quedaron empaquetados antes de que tuvieran tiempo de decir «¿Dónde está tu mamá?».

Los Sobrenaturalistas estaban agazapados en el exterior de la puerta del laboratorio, tapándose la cara con las placas de cráneo. La puerta tenía dos hojas de vidrio esmerilado, y la luz que salía del laboratorio era de color azul.

—Odio ser un crío —protestó Lorito.

—Concéntrate —ordenó Stefan—. Esto es muy peligroso.

—¿Un par de científicos noctámbulos? Muy peligroso. Los de seguridad ya están empaquetados.

—No te olvides de Ellen. Nunca he visto a nadie capaz de disparar tan rápido ni de golpear con más fuerza. Era una de las mejores entrenadoras de combate de la academia.

—Vale, ya lo he captado. ¿El plan habitual?

Stefan apoyó la mano en el pomo de la puerta.

—No. Cosmo y Mona se quedan en la puerta. Podría haber más personal de seguridad en el edificio. Lorito, tú entrarás conmigo en el laboratorio. Echamos un vistazo rápido, a ser posible sin empaquetar a nadie, grabamos unos cuantos segundos de vídeo y luego volvemos a la calle Abracadabra a planear nuestro próximo movimiento. Tendremos que ocuparnos de esto, pero no hoy. Todavía no estamos preparados.

—¡Pero, Stefan! —protestó Mona.

—Otro día —contestó Stefan con firmeza—. Hoy solo echaremos un vistazo.

Cosmo presintió que no iba a ser tan sencillo, que sucedería algo inesperado, y que antes de saber dónde estaba los Sobrenaturalistas estarían metidos de nuevo en un

buen lío.

La puerta del laboratorio no estaba cerrada con pestillo, y Stefan y Lorito se deslizaron en el interior sin hacer ruido. Mona metió el pie entre el marco y la puerta y la dejó entreabierta.

—Nunca se sabe... —le susurró a Cosmo—. Podrían necesitarnos.

La puerta daba a una pasarela elevada que presidía un laboratorio de dimensiones gigantescas. Las paredes estaban pintadas de un blanco aséptico y unas lámparas de fluorescente de veinte metros colgaban del techo. Los técnicos de laboratorio se afanaban por las baldosas blancas del suelo como hormigas albinas, y en el centro de la sala había una construcción descomunal hundida en el suelo que parecía nada menos que un nivel de burbuja gigante, con una maquinaria sólida en ambos extremos y una sección azul transparente en el medio.

—Solo para confirmar: ¿vamos a grabar unas imágenes de vídeo y luego vamos a salir pitando hacia la calle Abracadabra? —preguntó Lorito.

—Eso lo he dicho por el bien de los otros dos —respondió Stefan—. Tú y yo sabemos que nunca volveremos a tener una ocasión como esta. En cuanto Ellen se entere de que hemos escapado, rodearán este lugar y no dejarán salir ni a una mosca. Tenemos que averiguar lo que pasa ahora mismo.

Lorito asintió.

—Eso pensaba yo. ¿Qué crees que es eso de ahí abajo?

—Una especie de generador. Nuclear, diría yo.

—Pero la energía nuclear está prohibida en todos los continentes.

Stefan asintió con aire pensativo.

—Puede ser, pero no en el espacio.

Lorito y Stefan desenfundaron sus armas y empezaron a bajar despacio por la escalera. Lorito abrió su teléfono y grabó unas imágenes del laboratorio.

—Por si Mona lo está viendo —susurró.

De repente, un estrépito resquebrajó el aire. Una especie de chasquido como si fuera un trozo de bambú al golpear la madera. Lorito lo reconoció de inmediato: un disparo. Una bala de verdad, de las de antes. Las pandillas de Booshka a veces trucaban las varas electrizantes para poder cargarlas con proyectiles. Las balas eran subsónicas, pero estaban recubiertas de teflón para compensar su lentitud. Stefan se llevó la mano al pecho y se tambaleó dando unos pasos hacia atrás hasta topar con la pared. A continuación, volvió a tambalearse hacia delante y tropezó con la barandilla. Cayó en picado los veinte metros que lo separaban del suelo.

—¡Stefan! —gritó Lorito con la voz agarrotada por la angustia. Bashkir estaba tendido boca abajo sobre las losas del suelo, con un charco de sangre que se iba extendiendo por debajo del torso. No se movía.

Abajo, en la planta principal del laboratorio, Ellen Faustino levantó la vista del

panel de lecturas que había estado inspeccionando.

—¿Por qué será que no me sorprende? —murmuró meneando la cabeza.

Lorito la apuntó con su vara electrizante.

—¡Faustino! —gritó.

—Espere un momento, señor Bonn, ¿o debería decir Lorito? Y mírese el pecho.

Lorito miró hacia abajo. Tenía un punto rojo de láser brillante danzándole por la tela de la camisa.

Faustino se acercó a los escalones.

—Mi vocecilla interior me dijo que tomase precauciones. Vosotros los Sobrenaturalistas habéis demostrado ser muy escurridizos en el pasado, así que dejé a un hombre de seguridad «por si acaso» para que vigilase la puerta. Por lo visto, tomé la decisión correcta, y a ti también te disparará, Lorito. No hay cámaras en esta sala, nada que pueda incriminarnos más tarde. Y ahora, tira el arma.

Lorito hizo lo que le decía y vio caer la vara castañeteando a través de las barras hasta el suelo.

Faustino alzó la voz.

—Y ahora dile a los otros dos que se reúnan con nosotros o mi hombre en la sombra se verá obligado a apretar el gatillo una vez más.

Lorito se puso tenso.

—Adelante, dé la orden. Al menos dos de nosotros vivirán para contarlo.

Cosmo y Mona irrumpieron atropelladamente a través de la puerta de acceso.

—¡No! —gritó Cosmo—. Estamos aquí. No dispare.

—Idiotas —masculló Lorito entre dientes—. Ahora estamos todos muertos.

Mona levantó las manos.

—Solo tratábamos de ganar un poco de tiempo.

Lorito bajó despacio por la escalera.

—¿Qué está haciendo aquí, Faustino? ¿Qué es todo esto?

Faustino señaló a Stefan.

—Primero ve a ver cómo está tu jefe. Si tengo que explicar para qué sirve esta máquina, no quiero tener que hacerlo dos veces. Vosotros dos, niños, bajad aquí donde pueda veros. Y recordad, al menor signo de heroicidad, heredaréis el punto rojo de láser del señor Lorito.

Lorito corrió a ayudar a Stefan. Con considerable dificultad, dio la vuelta al cuerpo del joven ruso y comprobó el pulso. Era débil, pero su corazón seguía latiendo.

Stefan cogió la mano de Lorito y se la llevó a la herida del pecho.

—Ahora lo entiendo —susurró con la voz quebrada—. Lo entiendo todo. Las cosas son distintas aquí.

Lorito le sujetó la cabeza.

—No, Stefan. Todavía no. Aún tenemos muchas cosas que hacer.

—Quítame el dolor —gimió Stefan entre resoplidos y borbotones de sangre—. Me está reteniendo.

Lorito se concentró y trató de eliminar el dolor con su sexto sentido, atrayendo la energía hacia sí. Sintió cómo el zumbido de la electricidad le atravesaba el escuálido cuerpo.

—¿Mejor?

La mirada de Stefan era cristalina.

—Mejor. Mucho mejor.

La herida tenía mal aspecto. Muy mal aspecto.

—No estás curado, Stefan. Yo no puedo curarte.

—Ya lo sé, Lorito —dijo Stefan, tras un ataque de tos—. Ya lo sé.

Varios científicos se escabulleron a otras partes del edificio, pues no tenían ningún deseo de presenciar lo que sucediese a continuación. Faustino se quedó con un solo guardaespaldas y el francotirador escondido.

—Bajad aquí, vosotros dos —ordenó a Cosmo y a Mona—. Os quiero a todos juntos.

Stefan se apoyó en un codo para tratar de incorporarse.

—Dígame que eso no es lo que creo que es, Faustino. Ni siquiera usted podría ser tan despiadada.

Faustino se echó a reír con su risa entusiasta de chiquilla.

—Vaya, Stefan, veo que todavía te queda una chispa de decencia. Te recuerdo en la academia, siempre tan ingenuo... Te incorporaste a la policía para ayudar a la gente y veo que todavía intentas ayudarla.

—Pero ¿un reactor nuclear? ¿Después de todas las catástrofes que la energía nuclear ha provocado en el mundo? No hay ningún gobierno que acepte la energía nuclear. ¿Cómo ha podido Myishi hacer esto?

A Stefan le costaba mucho esfuerzo hablar. Incluso el hecho de permanecer consciente requería concentración.

Faustino tamborileó con los dedos en su propia barbilla.

—Mi trabajo aquí es oficialmente extraoficial. Bueno, Ray Sol sabe perfectamente lo que estoy haciendo, pero finge que no lo sabe. De ese modo, si algo sale mal, yo cargo con toda la responsabilidad. En eso consisten todos los negocios: en encontrar alguien a quien hacer responsable. Solo que esta vez no habrá responsabilidad, solo beneficios.

Stefan se acercó tambaleándose hacia el generador. Ambos extremos eran tradicionales, pero el centro era un cubo de doble cristal y plastiglás aislado con hidrogel. La placa de la superficie era del tamaño de un campo de fútbol y, en el interior del cubo, al menos un millón de Parásitos se retorcían y daban sacudidas

mientras la radiación pasaba por sus filtros biológicos.

—Recogimos a los Especnoides 4, que vosotros tuvisteis la gentileza de noquear para nosotros, con un electromagneto, y los retuvimos prisioneros con el hidrogel. El laboratorio entero tiene las cámaras de aire de las paredes repletas de hidrogel. Por eso no hay ningún Parásito encaramado a tu pecho ahora mismo.

El reactor era la viva imagen de una cámara de tortura: las criaturas que debían estar cumpliendo su función natural aliviando el dolor se retorcían en las entrañas de un reactor nuclear.

Faustino permanecía impasible ante su propia crueldad.

—La verdad es que es un invento muy inteligente. El reactor en sí es un modelo de agua, pero hemos sustituido el agua por criaturas vivas: los Especnoides 4.

Stefan se sujetó las rodillas para que no le flaqueasen.

—Está desquiciada, Faustino. Completamente loca.

Ellen Faustino arqueó ambas cejas y miró a su guardaespaldas, como si aquella fuese la afirmación más estúpida que hubiese oído en su vida.

—¿Loca? ¿Tienes idea de lo que he conseguido con esto?

—No —dijo Lorito, ansioso por ganar tiempo—. Díganoslo.

—Ah, sí, señor Lucien Bonn, el niño Bartoli. La gente también llamaba locos a los Bartoli, ¿sabéis? —Faustino se paseaba por la plancha de plastiglás del nivel del suelo que sellaba la sección central del reactor. A sus pies, cientos de miles de Parásitos se estremecían de dolor—. El problema con el reactor de agua en ebullición era que contaminaba el agua y, en última instancia, las aspas de la turbina. Los Especnoides 4 resuelven ese problema. No solo eso, sino que son mucho más eficientes para ralentizar los neutrones y devolverlos al núcleo de uranio. Mantienen el reactor completamente limpio, cien por cien eficaz, y solo usan una décima parte del total de uranio. Los Especnoides 4 son un milagro natural.

—Pero la gente sufre sin ellos —repuso Stefan entre jadeos.

—Vamos, Stefan, crece de una vez —le espetó Faustino, con su verdadera naturaleza violenta asomando a través de su imagen sofisticada—. La gente sufre a todas horas. Yo no provoqué el sufrimiento. Con el NeoSol Faustino, la verdad es que tal vez ayude a la gente. Puede incluso que ponga en marcha uno de esos proyectos sociales ficticios de los que te hablé. Aunque la ayuda social solo será algo anecdótico, principalmente hago esto por dinero.

—El NeoSol Faustino —dijo Stefan con amargura. Se acercó tambaleándose al borde del generador. Unas turbinas gigantes rrunneaban bajo los pies de Faustino, chispas de energía pura que danzaban alrededor de sus aspas en movimiento.

—¿Por qué, profesora? ¿Por qué todos esos «accidentes»? Arriesgar todas esas vidas... Mi madre es uno de los muertos.

Los últimos vestigios de cortesía cayeron de los ojos de Faustino como si fueran

escamas.

—¡El Satélite se está cayendo, idiota! —gritó—. Está cayéndose del cielo porque pesa demasiado y está demasiado bajo. Hay demasiadas unidades comerciales para que las aguante la estructura original. Para mantenerlo en su órbita actual, en su órbita comercialmente viable, Myishi necesita un nuevo generador, un generador un poco más eficaz. Si no consigue uno, Myishi perderá todos sus contratos de publicidad. Miles de millones de dinares. Miles de millones. Y eso es solo la punta del iceberg. Myishi tiene un contrato para diez satélites más. ¡Diez! Es el trato comercial más importante de la historia mundial. Y el NeoSol Faustino proporcionará la energía necesaria para cada uno de ellos.

Stefan hizo señas a Cosmo y a Mona, que corrieron en su auxilio y lo ayudaron a levantarse, uno de cada brazo.

—Subidme —susurró con la voz cargada de agonía.

El dolor volvía a apoderarse de su cuerpo. Los jóvenes Sobrenaturalistas hicieron lo que les decía y ayudaron a Stefan a subir a la plataforma.

El guardaespaldas de Faustino se acercó un paso.

—Demasiado cerca, chico. No me hagas dislocarte unas cuantas cosas.

—No se preocupe, Manuel —dijo Faustino poniéndose de puntillas con sus sandalias—. Stefan nunca pudo ganarme en ningún combate cuando estábamos en la academia, y ahora tengo unos cuantos litros de sangre más que él y ningún agujero en el pecho.

Stefan se arrodilló en el plastiglás. Debajo de él había un infierno azul, un infierno que había creado él mismo. Un océano de Parásitos flotaba debajo de él, con la mirada vidriosa y sin vida.

Faustino se arrodilló.

—¿Es así como termina, Stefan? ¿Gimoteando en el suelo? Para eso, deberías haberte quedado en la cubeta.

El guardaespaldas se quitó las gafas de sol.

—Directora Faustino, estoy un poco nervioso. Tengo que decírselo. Y eso que no me pongo nervioso fácilmente...

—Tranquilízate, Manuel. Tú cubre a los niños. ¿Crees que podrás hacerlo?

Manuel apoyó las gafas en el puente de una nariz que le habían roto tantas veces que casi era plana.

—Sí, señora directora. Tengo a los niños vigilados.

Faustino se quitó las sandalias de un puntapié y empezó a dar saltitos como un boxeador.

—Bueno, Stefan, ¿todavía tienes fuerzas para un asalto más?

Los espasmos se apoderaron del pecho de Stefan.

—No voy a luchar contra usted, profesora.

—¿De verdad? Venga, vamos. Soy la única responsable de la muerte de tu madre, ¿recuerdas?

Stefan no respondió a la provocación.

—Hay una forma mejor de hacerle daño, Faustino.

La mujer dejó de dar saltos y de sonreír.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué forma es esa?

—Luchando desde dentro —contestó Stefan con voz casi inaudible—. Atacando desde la retaguardia, ¿recuerda?

Stefan estaba moviendo las manos, escondidas entre los pliegues de su abrigo.

—¿Qué haces? ¿Qué es lo que tienes ahí?

—Nada peligroso, solo mi teléfono móvil. Nada de qué preocuparse, directora Ellen Faustino.

—¿Un teléfono? ¿Y a quién vas a pedir ayuda?

—A nadie. No voy a pedir ayuda a nadie. Solo voy a enviar un mensaje de correo.

Faustino se acercó unos pasos.

—¿Correo?

—Tengo un amigo en la prensa que daría lo que fuese por ver el vídeo que estoy grabando ahora mismo. Me va a deber una.

Faustino tardó unos segundos en comprender lo que estaba ocurriendo, pero cuando lo hizo su cara se transformó en una versión de Halloween de sí misma.

—¡Está enviando un vídeo! Si la prensa consigue imágenes de nuestro reactor antes de que estemos preparados, será el fin.

La mujer se abalanzó sobre el ruso herido e hincó sus manos como garras en su torso. Obligó al chico a mostrarle las manos... que estaban vacías.

—¡Sorpresa! —exclamó Stefan al tiempo que abrazaba a Faustino con una fuerza animal. Ella empezó a golpearle el pecho con los puños, pero era en vano—. El abrazo del moribundo —gimió Stefan, mientras se le acumulaba el sudor en las cejas—. Será lo último que haga en mi vida.

Cualquiera familiarizado con una academia de policía había oído hablar del abrazo del moribundo: si un sospechoso se estaba muriendo y lo sabía, era mejor mantener las distancias con él, porque lo último a lo que solían aferrarse muchas veces terminaba en la tumba con ellos. Era asombroso cómo alguien a quien apenas le quedaban segundos de vida podía reunir la fuerza capaz de doblar objetos metálicos y romper huesos.

El francotirador de las vigas del techo desplazó la mira del láser a la cabeza de Stefan.

Manuel habló a un micrófono que llevaba oculto en la manga.

—No. No dispaes. Repito. No dispaes. Yo me ocuparé de esto.

—No soy yo el que está grabando imágenes de vídeo —susurró Stefan—. Es

Lorito.

—¡Coge al chico! —gritó Faustino—. ¡Al rubio!

Manuel apuntó a Lorito con su vara electrizante.

—¿Tienes un teléfono, chico? Pues venga, dámelo.

—Sí, tengo un teléfono. Tranquilo, Manuel. Solo voy a meter la mano en el bolsillo y a sacarlo.

Manuel asintió con la cabeza.

—Muy bien. Hazlo, pero que sea muy despacio. No me hagas que te empaquete.

Lorito mantuvo una mano en el aire y metió la otra en el bolsillo. Sacó el teléfono con dos dedos.

—Mira, aquí está. Ningún problema. Ahora te lo llevo.

—No, quédate donde estás. Tírame el teléfono.

Lorito hizo a Cosmo una señal casi imperceptible.

—¿Quieres que te lo tire?

—Eso he dicho. ¿Qué te pasa? ¿Eres idiota además de contrahecho?

—Muy bien, Manuel. No te pongas nervioso, ahí va.

Lorito lanzó el teléfono al aire, mucho más alto de lo necesario. Un par de ojos siguieron su trayectoria, los de Manuel. Cosmo y Mona desenfundaron sus varas electrizantes y dispararon al guardaespaldas al menos cuatro balas de celofán. El virus se propagó por su cuerpo y lo envolvió por completo en apenas segundos.

Lorito sonrió.

—Eso ha sido digno de admiración —comentó mientras recuperaba el teléfono.

—Idiota —exclamó Faustino con la voz amortiguada por el cuerpo de Stefan—.

Imbécil.

—Se le acaban las opciones, profesora —dijo Stefan débilmente.

Faustino se retorció para encararlo.

—No te engañes, Stefan. Todavía me queda mi francotirador. Puede mantener a tus Sobrenaturalistas lejos del plastiglás hasta que te mueras, cosa para la que ya no debería faltar mucho.

La mira del láser del francotirador fue de un objetivo a otro. El hombre de las vigas no sabía a quién cubrir.

—Ríndete, Stefan. No tienes escapatoria.

El punto rojo se perdió por el plastiglás y Cosmo, Mona y Lorito se agacharon detrás de una hilera de vagones de monorraíl.

Stefan sonrió. Tenía sangre en los labios.

—Ahora están a salvo. Estamos solos usted y yo.

—Nada ha cambiado. Sigue siendo una simple cuestión de tiempo.

La voz de Lorito perforó el zumbido del generador.

—No lo hagas, Stefan. Tiene que haber otro modo.

—¿De qué está hablando? —inquirió Faustino.

Stefan no le respondió.

—Lo siento, Lorito. Lo siento por todos vosotros. A partir de ahora tendréis que arregláros las solos.

Cosmo agarró a Lorito del hombro.

—¿Qué ha querido decir con eso?

Lorito enterró la cabeza en las manos.

—Stefan se está muriendo. La bala le ha dado demasiado cerca del corazón. Quiere que su muerte tenga sentido.

—¿Que tenga sentido? —dijo Mona—. ¿Qué sentido?

Lorito asomó la cabeza por encima de lo alto del vagón.

—El fin del dolor.

Con la última gota de fuerza que le quedaba en las piernas, Stefan se puso de rodillas, arrastrando consigo a la inmovilizada profesora Faustino.

El punto del láser le parpadeó en los ojos y se detuvo en su frente.

—¡Voy a matarla! —gritó a las vigas del techo—. Mató a mi madre.

Faustino intentó gritar, pero tenía la cara asfixiada en el pecho de Stefan.

—¡Lo digo en serio! ¡Voy a matarla!

El punto empezó a titubear. El francotirador no estaba seguro de querer disparar.

—¡Es mujer muerta!

El pistolero oculto tomó su decisión. La boca de un cañón emitió un destello entre las sombras y lanzó una bala subsónica que recorrió la trayectoria del haz del láser y desparramó su capa de gel mientras se desplazaba.

Stefan vio el destello. Lo había estado esperando. Había contado con él. Dejó que le fallaran las rodillas y se desplomó en el suelo una centésima de segundo antes de que la bala subsónica le pasara rozando la oreja y atravesase perforando directamente las capas gemelas de plastiglás.

Faustino vio cómo el gel burbujeaba a través de los agujeros.

—No —acertó a decir con un hilo de voz.

La bala se incrustó en el interior del reactor y arrancó una esquirla de una de las turbinas. La esquirla salió disparada en espiral hacia arriba y agujereó el plastiglás como si fuera un dedo atravesando la arena. Cada vez se desparramaba más y más hidrogel y dispersaba a los Parásitos que aún tenían fuerzas para moverse. Las luces de alarma se encendieron en una docena de paneles de mandos, que cerraron y sellaron automáticamente las secciones nucleares del reactor. Sin embargo, la zona de los Especnoides 4 estaba irremediablemente resquebrajada: decenas de grietas recorrían la superficie, compitiendo unas con otras para ser las primeras en llegar al borde. Cada grieta daba origen a un centenar más, hasta que no quedó un solo centímetro cuadrado sin plastiglás intacto. El hidrogel caía en oleadas y provocaba

una docena de incendios en el suelo, debajo. Los Parásitos se apartaban de su camino, pero no podían huir sin energía limpia.

Faustino apoyó la mejilla en el plastiglás.

—Suéltame —suplicó.

Stefan la soltó.

—Es demasiado tarde, profesora —dijo—. No se preocupe, no sentirá nada.

Faustino se levantó, pero antes de haber podido avanzar media docena de pasos la superficie transparente se vino abajo por completo y arrojó a ambos al vientre de la sección central del reactor. Todas las ventanas del edificio estallaron, mientras ríos de hidrogel seguían manando de los paneles de cristal doble.

Stefan aterrizó de espaldas, pero no sintió dolor. No había dolor porque un Parásito solitario se le había abrazado al pecho. La agonía fluyó del cuerpo del Sobrenaturalista a la criatura.

—Toma —dijo Stefan, arrastrando las palabras—. Sé libre.

El Parásito extrajo el dolor en un cordón de color plata reluciente. En apenas segundos, su corazón seco empezó a palpar con energía de nuevo. Los ojos redondos y cálidos del Parásito se clavaron en los de Stefan.

—Ahora lo entiendo —dijo Stefan. Y aún pronunció una palabra más después de eso. Una palabra con su último aliento—: Mamá.

El Parásito extendió una mano de cuatro dedos y la apoyó en el hombro de un hermano agonizante. Una ráfaga de energía fluyó del uno al otro y liberó al segundo. Y así, el dolor de Stefan se extendió y se dividió entre miles de Parásitos, que se dieron unos a otros la energía suficiente para escapar del reactor nuclear y encontrar la energía para liberar a más Parásitos. Subieron correteando por las paredes, esquivando los pegotes de hidrogel, y se diseminaron por el laboratorio como la hojarasca atrapada en un torbellino.

El corazón de Stefan había dejado de latir, pero aún tuvo tiempo de verlos marchar. Y en medio de todo ese azul, vio algo más. Un lugar distinto. Un lugar diferente.

Cosmo y Lorito estaban asomados al borde de la parte central del reactor. Lorito parecía un niño de verdad, con unos lagrimones rodándole por las mejillas.

—Tenías que hacerlo, Stefan —exclamó entre sollozos—. Tenías que hacerte el héroe, idiota. No te habría servido nada más.

Cosmo, como de costumbre, no podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Quieres decir que provocó al francotirador adrede?

—Pues claro. Una bala era el único modo de atravesar el plastiglás. Estaba esperando el destello en la boca del arma. Balas lentas, ¿sabes?

Los Parásitos se arremolinaron alrededor de los muchachos en busca de energía. Algunos de ellos ya habían regresado a través de las ventanas hechas añicos,

cargados de nueva energía para liberar a los demás. Un Parásito se quedó suspendido encima del hombro de Cosmo, con la cabeza ladeada en actitud expectante.

Cosmo dio un paso hacia atrás.

—Está percibiendo algo.

Un punto rojo apareció en su pecho.

—¡Oh, no! —exclamó Lorito—. El francotirador sigue ahí arriba. No te muevas. Intentaré negociar.

Lorito levantó las manos y se volvió hacia el origen de la raya roja.

—Faustino ha muerto —gritó a las sombras—. No tiene que hacer esto. Tenemos dinero.

Durante unos instantes no hubo ninguna reacción, pero luego el ruido familiar de una bala de celofán al ser disparada y hacer impacto inundó el espacio. Mona surgió de entre las sombras, arriba, en las vigas del techo.

—Aproveché la confusión —dijo—. Es lo que Stefan me enseñó. —Hizo una pequeña pausa tratando de reunir el coraje para preguntar—: ¿Ha muerto?

—Sí —contestó Cosmo—. Ha muerto.

Y también había desaparecido el Parásito que tenía encima del hombro.

Mona se quedó en silencio unos minutos y Cosmo creyó ver cómo temblaba su esbelto cuerpo. Después de eso, la joven se serenó.

—Entonces será mejor que nosotros también nos vayamos. Las alarmas están sonando en todo el edificio. Los leguleyos llegarán de un momento a otro.

Era verdad. Cosmo ya oía el aullido de las ambulancias a lo lejos. Se asomó al borde por última vez y luego salió corriendo hacia la escalera y la libertad.

10

Secuela

Utopian Acres, afueras de Ciudad Satélite, dos semanas más tarde



POR increíble que parezca, Ellen Faustino sobrevivió para comparecer ante el presidente de Myishi Corporation. En cuanto le hubieron insertado los injertos cutáneos la llevaron en helicóptero a la finca del alcalde Ray Sol en Utopian Acres.

El alcalde Ray Sol, quien, casualmente, también era el presidente de Myishi Corporation en Ciudad Satélite, interrumpió especialmente un partido de golf para hablar con ella. Ray era un personaje extravagante que nunca se vestía de manera informal, en ninguna ocasión. El atuendo de ese día consistía en un suéter de cuadros rosa y amarillos con gorra de visera a juego, pantalones bombachos de tweed y calcetines de rombos.

El alcalde aposentó su oronda barriga detrás de un escritorio con patas de marfil y se sirvió un vaso de agua purificada, mientras Faustino hacía una mueca. Bebió durante largo rato, eructó suavemente y lanzó un suspiro.

—Ellie, Ellie, Ellie... ¿Qué estabas haciendo en ese laboratorio de I+D? — Hablaba con delicadeza, pero Faustino sabía que era el hombre más cruel que había conocido en toda su vida.

—Ray... Presidente Sol, con todos mis respetos, usted sabía exactamente qué estaba haciendo. Se lo expliqué.

—Ah, ¿sí? —exclamó Sol con aire inocente—. Pues no recuerdo haber mantenido esa conversación, y parece ser que tampoco ha quedado registrada en ningún sitio. No, me temo que esta vez tendrás que arreglártelas sola, Ellie. Es una pena que la prensa le haya echado el guante a ese vídeo. Fabricando un reactor nuclear... pero ¿en qué estabas pensando?

Faustino se enfureció.

—Estaba pensando en salvar a esta empresa de la ruina. Ya vio las cifras... Y lo habría conseguido de no haber sido.

—Ya lo sé, de no haber sido por una panda de naturistas que entraron desnudos en tu laboratorio.

—Sobrenaturalistas —replicó Faustino, apretando los dientes con fuerza—. Y son mucho más peligrosos de lo que usted cree, aunque haya muerto su cabecilla.

—Sí, bueno, a lo mejor los someto a vigilancia. Bueno, el caso es que no tienes que preocuparte por eso, teniendo en cuenta que estarás muerta.

A Faustino se le heló el corazón.

—¿Muerta? Pero, señor presidente, no hay necesidad de...

Sol la hizo callar con un movimiento de la mano.

—No muerta, muerta, Ellie. Muerta periodísticamente hablando. Tenemos que dar a los periodistas un chivo expiatorio, y vas a serlo tú. Por desgracia, el cuerpo quedó demasiado desfigurado para poder ser identificado y no creo que nadie pueda reconocerte, no con tu nueva cara.

Faustino se ruborizó, algo que no hacía desde que era una colegiala.

—Entonces, ¿qué es lo que tiene Myishi planeado para mí?

Sol se recostó en su asiento hasta que este crujió.

—El hecho, Ellie, es que tu reactor era nuestra mejor apuesta. No sé cómo lo hiciste, pero las cifras de las pruebas que hiciste eran muy prometedoras. Tus criaturas Especnoides 4 lo estaban haciendo la mar de bien.

A Faustino se le iluminó el rostro.

—Entonces, ¿no va a cancelar el proyecto?

—Pues claro que no, pero vamos a tener que ser mucho más discretos.

—¿Cómo de discretos?

Sol sonrió.

—Como en el Polo Sur. —Faustino estuvo a punto de protestar, pero sabía demasiado bien qué le pasaba a la gente que ponía objeciones a Ray Sol—. ¿Te parece bien?

Ellen compuso una sonrisa forzada.

—El Polo Sur. Aislados. Sin interrupciones. Bien.

El alcalde Ray Sol se levantó y se alisó el jersey de cuadros.

—Así me gusta, Ellie. Un helicóptero te espera para transportarte a las instalaciones del Antártico. Que tengas un buen viaje.

—Excelente. Muchas gracias, señor alcalde.

Faustino se levantó con ayuda de una muleta y se fue renqueando hacia la puerta del despacho.

—Ah, y... ¿Ellie?

—¿Sí, señor alcalde?

—Solo tienes una segunda oportunidad. Si vuelves a fastidiarla, puede que necesites a uno de esos Especnoides 4 para ti sola. ¿Queda claro?

—Como el agua, señor alcalde.

1405 de la calle Abracadabra

Del almacén de la calle Abracadabra quedaba poco más que las ventanas y las paredes, y casi todas las ventanas estaban agujereadas por donde habían entrado los leguleyos. Los Sobrenaturalistas estuvieron dos semanas limpiando, arreglando y llorando la muerte de su compañero, tratando de reparar los daños infligidos por

Myishi. Todavía les quedaba mucho por hacer.

—Todavía nos quedan los catres para dormir —dijo Mona, intentando poner al mal tiempo buena cara tras una jornada especialmente agotadora.

Lorito dio una patada a los restos rotos del frigorífico.

—Caramba, una buena noticia... Catres, menos mal. Pero no hay nada de comer.

Cosmo trataba de conectar un disco duro destrozado a un ordenador destripado.

—Mona ha traído unas *pazzas* antes. Las ha dejado encima del motor de la Furgomóvil. Aunque a lo mejor ya no te gustan las *pazzas*, después del incidente del HALO.

El niño Bartoli se frotó las manos.

—¿Estás de guasa? Sería incapaz de echarle la culpa de mi debilidad de estómago a un trozo de comida en perfecto estado —se rió, dirigiéndose al ascensor—. *Pazzas* y catres. ¿Qué más podría desear?

De repente, un cansancio inmenso se apoderó de los huesos de Cosmo. Enderezó una silla y se sentó en ella. Sin embargo, el hecho de sentarse no pareció ayudarle demasiado. Apenas había dormido cuatro horas seguidas desde que habían perdido a Stefan. A veces todo parecía tan absurdo...

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó a Mona después de varios minutos en silencio—. Sin él.

Mona se encogió de hombros.

—Sobrevivir, igual que hemos hecho hasta ahora, igual que hace todo el mundo. Ciudad Satélite va a sufrir muchos cambios. Cada vez más gente se va a ir a vivir fuera de los límites. Dentro de unos años, puede que incluso no exista ningún Satélite. Tendremos que ir labrándonos nuestro propio camino. Al menos estamos vivos. Al menos tenemos amigos.

Cosmo no estaba listo para sentir consuelo todavía.

—Pero él nos mantenía unidos. Nos hacía seguir adelante.

Mona se aclaró la garganta.

—¿Sabes una cosa, Cosmo? Técnicamente, allí, en el laboratorio, te salvé la vida.

Cosmo seguía mirando al suelo.

—Tienes razón. Con el francotirador. Quería darte las gracias pero es que todo sucedió tan...

De pronto, Cosmo recordó una conversación que habían mantenido en la azotea.

«A lo mejor la próxima vez eres tú quien me salva la vida a mí —le había dicho a la chica—. Y entonces te deberé un beso.»

Cosmo levantó la mirada. Mona tenía lágrimas en los ojos, pero estaba sonriendo. El joven se levantó despacio, preguntándose de repente si le sobresalía la placa de la frente.

—Te debo un beso.

Mona se señaló la mejilla.

—Tienes razón. Me lo debes.

La placa de la rodilla de Cosmo empezó a picarle.

—La verdad es que yo nunca... Nunca he...

Mona esbozó una sonrisa maliciosa.

—A lo mejor deberíamos olvidarnos del asunto.

Cosmo asintió con la cabeza.

—A lo mejor.

Y entonces la besó.

Por supuesto, Lorito escogió precisamente ese momento para volver cargado de *pazzas*.

—¡Vaya, lo único que me faltaba! —exclamó tirando a la papelera de reciclaje un envoltorio vacío—. Ahora voy a tener que soportar vuestras miradas de tortolitos enamorados cada vez que salgamos a cazar criaturas sobrenaturales.

—¿Criaturas? —repitió Cosmo—. ¿Qué criaturas? Los Parásitos son buenos, ¿recuerdas?

Lorito empezó a trastear en la parte posterior de su televisor favorito.

—¿Parásitos? ¿Quién ha hablado de ellos? Para ser sincero, hay cosas mucho peores que los Parásitos. Solo porque vosotros no podáis verlas, eso no significa que no existan. Yo, en cambio, soy sensible, ¿recordáis? Un niño Bartoli. Nada puede ocultarse a mis ojos.

Lorito dio un enorme mordisco a su segunda *pazza*.

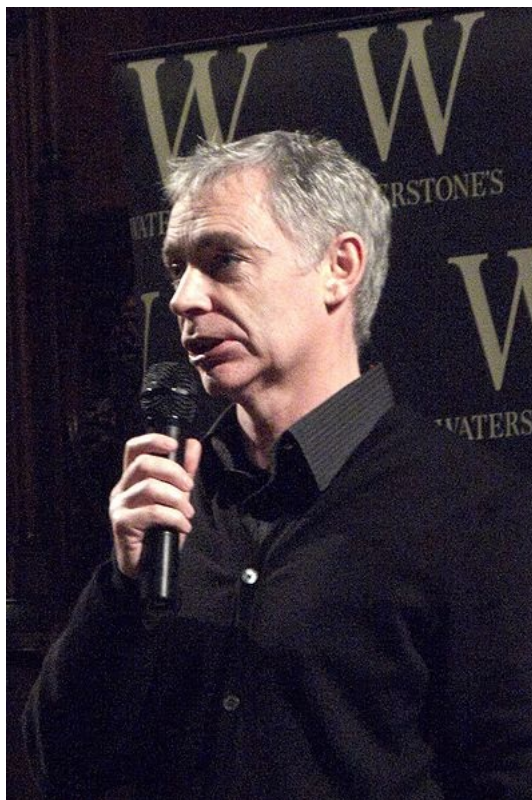
—Creedme —farfulló con la boca llena—. El trabajo de los Sobrenaturalistas no ha terminado, ni mucho menos. Pero necesitamos equipo. ¿Qué nos queda?

Mona extrajo una tarjeta de arranque del bolsillo.

—Tenemos la Furgomóvil.

Lorito asintió con la cabeza.

—Por algo se empieza.



Eoin Colfer nació y creció en Wexford, Irlanda. Tiene cuatro hermanos, Paul, Eamon, Donal, y Niall. De niño asistió a la escuela Wexford Christian Brothers School. Su padre, Billy, era maestro de escuela primaria, así como artista e historiador. Su madre, Noreen, era una profesora de teatro. Desde la primaria demostró gran pasión por la escritura, leyendo libros sobre vikingos inspirado por sus lecciones de historia, cuando cursaba sexto grado de primaria escribió su primer trabajo: una obra de teatro sobre vikingos en la que todos los personajes morían, menos él. En 1986, Colfer se recibió como maestro de escuela, pero continuó escribiendo en su tiempo libre.

Tras terminar sus estudios primarios, obtuvo su grado en la Universidad de Dublín y calificó para maestro de primaria, regresando a su trabajo en Wexford. Se casó en el año 1991 y junto con su esposa, Jackie, pasaron cuatro años trabajando en Arabia Saudí, Túnez e Italia.

Su primer libro *Benny y Omar*, basado en sus experiencias en Túnez, fue publicado en 1998. Y luego fue traducido a varios idiomas. En el 2001, fue publicado el primer libro de la serie *Artemis Fowl*, lo que le permitió abandonar su trabajo como maestro y dedicarse de tiempo completo a la escritura. Actualmente, Eoin Colfer vive en Irlanda con su esposa y dos hijos.

Una de sus frases más conocidas es "Continuaré escribiendo hasta que la gente pare de leer o me quede sin ideas. Por suerte, nada de esto ocurrirá pronto".

Cuando Eoin Colfer está de gira presentando un libro, no habla sobre éste. Él confesó que en sus giras anuncia que el nuevo libro está a la venta y luego comienza a contar historias cómicas sobre su infancia.